

PELEAMOS CONTRA LA INJUSTICIA



ENRIQUE FLORES MAGÓN
CUENTA SU HISTORIA A **SAMUEL KAPLAN**



**CÁMARA DE
DIPUTADOS**
LXIV. LEGISLATURA



ce
CONSEJO EDITORIAL
H. CÁMARA DE DIPUTADOS

PELEAMOS CONTRA LA INJUSTICIA

**ENRIQUE FLORES MAGÓN,
PRECURSOR DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA,
CUENTA SU HISTORIA A SAMUEL KAPLAN**

AUTOBIOGRAFÍA



PELEAMOS CONTRA LA INJUSTICIA

ENRIQUE
FLORES MAGÓN

CUENTA SU HISTORIA

A SAMUEL KAPLAN · AUTOBIOGRAFÍA



CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA



ÍNDICE

Nota del editor	7
Prefacio.....	11
<i>Bajo la dictadura</i>	13
<i>El ataque inicial</i>	32
<i>Nace Regeneración</i>	51
<i>La conjura de la Segunda Reserva</i>	74
<i>Opacamos el desfile de Díaz</i>	112
<i>Belén</i>	132
<i>La justicia de San Antonio</i>	154
<i>El tormentoso San Luis</i>	171
<i>Aventuras canadienses</i>	196
<i>El desastre</i>	219
<i>El fatídico 25 de junio de 1908</i>	241
<i>El ataque contra Palomas</i>	263
<i>Atizándole el fuego a Díaz</i>	291
<i>MacNeil Island</i>	316
<i>Un personaje en Leavenworth</i>	351

<i>Noche fatal</i>	381
<i>Deportado</i>	395
<i>Teresa estropea el plan de Almazán</i>	414
<i>Adversarios de Veracruz</i>	430
<i>Mis discursos causan revuelo</i>	454
<i>Sigue la lucha</i>	476
Notas	498

Prefacio

Cuidado del texto

Patricia Licea, Priscila Madrigal,
Edmundo Rosales Falcón y Talía
Pedraza Ávila.

Diseño y formación

Casa del Ahuizote

Imagen de la portada

“Mis cinco cuates”, retrato múltiple de
Enrique Flores Magón, Los Angeles,
California, ca. 1922. Acervo histórico de
la Casa del Ahuizote.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción,
transmisión o almacenamiento en un
sistema de recuperación de cualquier
parte de esta publicación—incluido
el diseño tipográfico y de portada—,
en cualquier forma o por cualquier
medio, sea electrónico, mecánico,
fotocopiado, grabado o de otro tipo, sin
la autorización por escrito del titular de
los derechos.

Impreso y hecho en México.

Printed and made in Mexico.

*Peleamos contra la injusticia. Enrique
Flores Magón, precursor de la Revolución
Mexicana, cuenta su historia a Samuel
Kaplan. Autobiografía* se terminó de
imprimir el 30 de octubre de 2020 en
los talleres de Offset Rebosán SA de
CV, Acueducto 115, Huipulco, Tlalpan,
Ciudad de México.

Se tiraron 1000 ejemplares.

DR © LXIV LEGISLATURA
DE LA H. CÁMARA DE DIPUTADOS
Av. Congreso de la Unión Núm. 66
Edificio E, Planta Baja
Col. El Parque, Venustiano Carranza,
Ciudad de México
Tel. 50360000 ext. 51091 y 51092
www.diputados.gob.mx

DR © CENTRO DOCUMENTAL
FLORES MAGÓN AC
“Casa del Ahuizote”
República de Colombia, 42
Centro Histórico, Cuauhtémoc
CP 06000, Ciudad de México

DR © Herederos de Samuel Kaplan

PRIMERA EDICIÓN, 2020

H. Cámara de Diputados
ISBN 978-607-8621-57-6

Centro Documental Flores Magón AC
ISBN 978-607-99002-0-5

Título original: *We Battle Tyranny*
Traducción: Editorial B. Costa-Amic

Oyendo a Enrique Flores Magón contar su increíble historia, tenía la impresión de que era una crónica de tiempos remotos, no de fines del siglo XIX y principios del XX. Las condiciones inhumanas que sufrió en la prisión de Belén corresponden a las brutalidades practicadas por las hordas de Atila. El salvajismo de la policía montada de Porfirio Díaz y la furia de los carniceros, panaderos y zapateros resistiendo contra ellos bajo la jefatura del adolescente Enrique tienen su paralelo en las revueltas campesinas de la Edad Media. La servidumbre del peón mexicano no era esencialmente distinta de la existente en la Rusia feudal.

Para quienes mantienen los ojos tenazmente fijos en el éxito económico, resulta incomprensible y raro saber que hay hombres cuyo objetivo es algo menos material y espiritualmente más satisfactorio. Enrique y su hermano Ricardo pensaron que luchar para liberar a las masas mexicanas de la miseria, impuesta por un dictador brutal e insensible, era más desable que la riqueza.

Mucho antes de la Revolución de 1910, Enrique y Ricardo negaban el derecho de Díaz a hacer de México un dominio feudal. Eran los revolucionarios pioneros, los precursores que proclamaron el futuro, que iluminaron el camino, que incitaron al pueblo a corregir los agravios, a luchar por lo que les pertenecía en justicia.

Madero cosechó lo que ellos sembraron. Por desgracia para México y para él mismo no dio la talla que exigían el momento y la nación.

Los obstáculos puestos en el camino revolucionario de los hermanos Flores Magón por el gobierno de Estados Unidos no son algo de lo que pueda vanagloriarse una democracia. ¿Cuáles fueron las fuerzas que impulsaron al gobierno norteamericano a perseguirlos? Fueron las mismas que hicieron que Latinoamérica exclamara al unísono y con desdén: “Estados Unidos Imperialista”. Una férrea y helada actitud que sólo empezó a derretirse y a ablandarse con la puesta en marcha de la “Política del buen vecino” de Franklin D. Roosevelt.

A causa de estos obstáculos, la vida de los hermanos Flores Magón en Estados Unidos y Canadá se convirtió en una larga serie de aventuras arriesgadas y dolorosas. Para Enrique no terminaron ni aun cuando finalmente fue deportado a su país.

“El que quiera llegar hasta las estrellas tiene que estar dispuesto a pagar el precio”. Y muy dispuestos a llegar lejos estaban Enrique y Ricardo. Y pagaron el precio.

Samuel Kaplan

Bajo la dictadura

Tengo buenas razones para recordar aquella fatídica tarde de junio. Corría el año de 1885, y yo no tenía más que ocho años. El incidente se destaca tan clara y distintamente en mi memoria como si hubiera sucedido ayer, porque alumbró una manera de pensar que se convirtió en rugiente hoguera más tarde, cuando llegué a ser uno de los primeros combatientes en la guerra a muerte contra el infame régimen del presidente Porfirio Díaz.

Paseábamos mi padre y yo por el Zócalo, enorme plaza de la Ciudad de México, donde la gran catedral mira de reojo al Palacio Nacional. De repente, mi padre divisó a Adolfo Gamboa. Era un viejo amigo de nuestro pueblo de Teotitlán, en Oaxaca.

—¡Qué gusto de verte, mano! —exclamó mi padre.

Con caras radiantes se dieron un fuerte abrazo.

—¡Qué ojos tan pícaros tiene este chamaco! —dijo Adolfo mientras me acariciaba la cabeza.

Notando lo mal que iba vestido mi padre, le preguntó:

—¿Cómo te va, Teodoro?

—No muy bien que digamos —repuso secamente mi padre.

—Pues mira—dijo Adolfo con tono de reprobación—, si eres pobre, Teodoro Flores, tú has de saber por qué. Pa' qué eres tan menso.

Mi padre lo miró sorprendido.

—¿Por qué me dice eso, Adolfo?

—¿Has olvidado —contestó éste—, que eres dueño de tres grandes haciendas en nuestra tierra? ¿No es cierto que tienen los suelos más fértiles de Oaxaca? Pues entonces... vende esas propiedades y te harás rico. Así podrás vivir como quieras en una mansión de México y pasarte tus vacaciones en las capitales de Europa. ¡Ya me gustaría una vida así! Dime, Teodoro, ¿no te dio el presidente Benito Juárez los títulos de esas haciendas?

—Sí, Adolfo. Tengo los papeles. Me dio las tierras como premio a mis servicios en la guerra contra el austriaco Maximiliano. Pero esas tierras no me pertenecen —dijo mi padre, acompañando sus últimas palabras con un movimiento negativo de su voluminosa cabeza.

Adolfo lo miró con ojos incrédulos

—¿Tienes los títulos, pero la tierra no te pertenece? ¿Estás loco? ¿De qué estás hablando?

—La tierra pertenece al que la trabaja. Su esfuerzo y su sudor la hacen fértil. Adolfo: es tierra comunal. Por lo tanto no tengo derecho ni a un palmo, ni a un elote...y estoy lejos de esa tierra querida —y mi padre dejó escapar un largo y tembloroso suspiro.

Cuando nos separamos de Adolfo, tenía yo la cabeza hecha un lío de ideas confusas. Mi padre ¡dueño de tres haciendas! Sin embargo, vivíamos en la más negra miseria. ¿Qué quería decir con

eso de que era tierra comunal y de que no tenía derecho a ella? Mi padre me dio con el codo en las costillas.

—¿Por qué tan callado, Enrique? —me dijo sonriendo—. Hace diez minutos que no dices nada.

Me le quedé viendo.

—No entiendo lo de las haciendas. Le dijiste al señor Gamboa que en realidad no te pertenecen.

Se quedó callado unos segundos.

—Sí, Enrique, y lo debes saber. Y Jesús y Ricardo también. Recuérdame esta noche, después de la merienda.

Con impaciencia aguardé esa noche hasta que hubiéramos terminado nuestra frugal cena de frijoles, tortillas y café aguado.

—Ahora, papacito —le dije recordándole.

Asintió con la cabeza e hizo señas a mis hermanos Jesús y Ricardo, de 13 y 11 años, respectivamente, para que escucharan.

—Han de saber, hijitos —empezó—, que descendemos de un miembro de una fuerza militar azteca. Fue enviado por el emperador azteca a percibir los tributos de la tribu subyugada de Oaxaca. Esto fue siglos antes de que Cortés llegara a México. Nuestros antepasados fueron forasteros, pero nosotros somos oaxaqueños por haber nacido allí.

Siguió hablando en un tono serio y digno mientras nosotros lo escuchábamos extasiados.

—¡Qué distinta es la vida en Teotitlán y su región a la vida en gran parte de este pobre México! En Teotitlán todo se posee en común, menos las mujeres. Toda la tierra alrededor de cada uno de nuestros pueblos pertenece a la comunidad entera. Todas las mañanas salimos a trabajar la tierra. Todos, menos los enfermos, los inválidos, los viejos, las mujeres y los niños. Y cada cual lo hace

con alegría, porque le da fuerzas saber que el trabajo que él y sus compañeros realizan es para el bien común. Llega el tiempo de la cosecha. Observen, hijos míos, cómo se dividen las cosechas entre los miembros de la tribu. Cada uno recibe su parte de acuerdo con sus necesidades. Quitarle a un vecino lo que es suyo por derecho —y aquí mi padre hizo una mueca de desdén—, práctica en que incurren muchos en la Ciudad de México y en otras partes, ni se les ocurra.

—Entre nosotros —prosiguió, levantando un dedo para hacer resaltar lo que iba a decir—, no hay ricos ni pobres; ni ladrones ni limosneros. En esta gran capital se ve todo lo contrario: los más ricos y los más pobres. Ladrones y mendigos por todas partes. Esto no pasa en Teotitlán. Estamos todos en el mismo nivel económico. Se dice que yo era el que mandaba sobre ellos —y al decirlo mi padre sonrió—, porque yo era el tata. Es verdad, yo era el jefe. Pero hasta el momento de marcharme de Teotitlán yo no di órdenes. No ejercí jamás una autoridad coercitiva. No hice más que de consejero y árbitro.

Sus ojos oscuros destellaban con una mirada profunda y lejana.

—No se nos impone una autoridad —siguió diciendo—. No hace falta, hijos míos. Vivimos en paz, estima y cariño los unos de los otros, como amigos y hermanos. (Esta forma de vida idílica acabó violentamente en 1895, cuando el presidente Díaz envió a jueces, políticos y soldados y dividió la tierra entre sus favoritos).

Yo escuchaba estáticamente a medida que mi padre seguía hablando acerca de la hospitalidad de la tribu para con los forasteros.

—Muchas veces llegó una familia de forasteros a uno de los pueblos de los cuales yo era tata. Querían hacerse miembros de la comunidad, y yo les daba la bienvenida a nombre de todos.

Una familia del pueblo los alojaba durante unos días, mientras otros llevaban al padre a que escogiera un lugar donde se pudiera trabajar.

—¿Y no tenían que pagar los extranjeros por la tierra que escogían? —preguntó Jesús. Mi padre sonrió.

—Ahorita oirán... Una vez que había sido escogido el lugar, los miembros de nuestra tribu se ponían al trabajo como hormigas. Traían leña, piedras, cal, arena y otras cosas necesarias. Además de construirles la casa, les dábamos a los recién llegados un cuarto de acre de tierra. Y todo se les daba como propiedad privada.

—Pero no era eso todo —continuó—. El jefe de familia se convertía en copropietario de las tierras comunales del pueblo. En común con todos los demás, entiéndanlo bien, hijos míos. La casa le seguía perteneciendo mientras viviera en ella, pero no si se marchaba. Entonces perdía todos sus derechos. Muy distinto de la serena atmósfera de Teotitlán es la de otros lugares de México. Aquí en la capital, vean ustedes el miserable estado del obrero —y los ojos de mi padre brillaron coléricamente—. Trabaja doce horas al día o más en una sucia fábrica. ¿Y qué gana? Veinticinco centavos al día. De cincuenta a setenta y cinco centavos, si es especializado. ¿Y el peón de las haciendas? —y levantó el puño en alto mientras seguía hablando con voz ronca—. Trabaja de sol a sol, y aún hasta más tarde. Le dan doce centavos al día, hijos míos, un poco de maíz, un puñado de frijoles y un buen latigazo del capataz si no trabaja con la rapidez que a él se le antoja.

Así, con verdadera furia, mi padre siguió hablando durante dos horas, como el que lleva dentro un doloroso secreto del que quiere desahogarse. Todo lo que decía giraba alrededor de la espantosa condición de la gente bajo Díaz. Jesús, con la cara encendida, entre

las manos, se apoyaba en la mesa; con los puños crispados Ricardo no apartaba la mirada de nuestro padre, y yo escuchaba con los ojos abiertos de par en par, y el corazón que quería salirse del pecho. Con sus hermosos ojos fijos con adoración sobre la cara de mi padre, mi madre, de vez en cuando, daba golpes sobre la mesa llevada por la emoción.

Esta fue la primera de muchas pláticas. Al hablarnos, nuestro padre inculcaba en nosotros el amor a la justicia y el odio al gobierno de Díaz, a ese detestable poder que fomentaba la miseria entre el pueblo y se la hacía tragar a fuerza de bayonetas.

Quiero hablar ahora del primer encuentro de mis padres que sucedió prácticamente en el frente de batalla. No pido disculpas por esta digresión, pues la verdad, si no se hubieran conocido no tendría nada que decir.

Durante el sitio de Puebla por el ejército francés en 1863, Teodoro Flores estaba entre sus defensores. Le tocaba defender uno de los barrios de las afueras de la ciudad.

Un día, al saltar a los parapetos a la cabeza de sus hombres, oyó unos gritos en la retaguardia. Metido como estaba en la dirección de las operaciones, al principio no hizo caso, pero durante una breve tregua los volvió a oír. Era la voz de una muchacha que gritaba apasionadamente.

—¡Valerosos compatriotas, adelante! ¡Salvadores de México, derroten al invasor!

Teodoro dio media vuelta. Allá, sobre el techo de una casa, justo detrás de la última línea de parapetos, se alzaba una muchacha. Se la quedó viendo con asombro. Agitando las manos, animaba a sus hombres. En ese momento los franceses lanzaron una descarga. Las balas pasaron silbando junto a la cabeza de la muchacha.

—¡A tierra! —rugió Teodoro—. ¡Refúgiense en la casa, insensata!

Pero la muchacha no hizo ningún caso de sus furiosas órdenes. Riéndose de emoción y de fervor patriótico, le hizo gestos con las manos y siguió envalentonando a sus hombres, quienes asombrados de su valor la miraban con admiración.

En cuanto pudo después de la lucha, Teodoro se le acercó.

—Mire, señorita —le dijo—, no debe volverlo a hacer. Se lo prohíbo. No lo haga. —Y se enderezó, enfadada.

—Como no puedo hacer de soldado —dijo llorando—, lo menos que puedo hacer es animar a nuestros heroicos defensores.

De repente, su enfado desapareció, y con las pupilas bailándole en los ojos dijo:

—Usted siempre va a la cabeza de sus hombres en el ataque. No los dirige desde la retaguardia, como lo hacen muchos jefes. Entonces ¿por qué no puedo exponerme un poco por la causa sagrada de la libertad?

Teodoro quedó encantado. La miró con atención. De veintidós años, estatura mediana, Margarita Magón era hija de padres hispanoamericanos. Con ojos catadores, Teodoro notó su cutis rosado y lechoso, el espeso cabello castaño oscuro que le llegaba casi hasta los tobillos, los hermosos y tiernos ojos, y la fuerte barbilla que revelaba su enérgico carácter.

Con intuición femenina, Margarita adivinó instantáneamente su manera de ser franca y decente. La cautivó su aspecto viril. Tenía entonces treinta y cuatro años, era enhiesto como un pino; alto de uno ochenta, musculoso, enormemente fuerte. Este es un hombre, se dijo, y el corazón le dio un vuelco.

Cada vez más se sintieron atraídos el uno hacia el otro. Los franceses apretaban el cerco de la ciudad bloqueada. Cada día

escaseaba más la comida. Gatos y perros desaparecían misteriosamente de las calles. Hasta las lagartijas acababan en las bocas hambrientas. Por último, también eso se terminó. La situación se hizo desesperada. Después de un sitio de sesenta y cuatro días, los heroicos defensores tuvieron que rendirse.

—Cuando hayamos derrotado a los franceses volveré por ti —le dijo Teodoro a Margarita.

—Te esperaré, mi vida —contestó ella, las pestañas temblándole. Con el corazón en un puño le vio marcharse prisionero. Con muchos otros le llevaban a pie hacia el puerto de Veracruz. Entre los cautivos estaba Porfirio Díaz. Los franceses pensaban llevarlos hasta Francia. Porfirio Díaz se escapó en Puebla.

—¡Qué desgracia para México! —comentó Teodoro más tarde. Puede ser que 34 años de las sangrientas hazañas de Díaz no hubieran inundado las páginas de la historia de México, si él no se hubiera escapado.

A cierta distancia ya de Puebla, la columna de soldados franceses y de prisioneros empezó a pasar una profunda barranca. Caía la tarde. Los ojos indios de Teodoro divisaron, en la tenue luz del anochecer, grupos de matorrales. Se le ocurrió una idea y el pulso se le aceleró. De repente, cogió al guardia que estaba a su lado, le dio un empujón y se tiró al barranco. Rodó y rodó hacia los matorrales que había visto de antemano. Tal y como lo había calculado, le sirvieron de barrera para no caer al terrible precipicio. De arriba le llegó una descarga de fusilería. Las balas silbaron sobre su cabeza, y sobre su cara caían hojas al abrazar él la tierra.

Teodoro sonrió. No se atreverían a jugarse la vida en ese precipicio y con tanta oscuridad. Permaneció inmóvil durante un cuarto de hora. Luego, con cautela, subió hasta la carretera. Los

franceses y sus prisioneros habían desaparecido. Con los brazos desgarrados y sangrantes emprendió el camino hacia Oaxaca. En las cabañas, los campesinos le ofrecían hospitalariamente frijoles y tortillas de su pobre despensa. Para evitar las patrullas enemigas, caminaba cautelosamente de noche, guiándose por las estrellas. Por fin llegó a Teotitlán. De allí le envió un recado al presidente Juárez:

—Señor presidente, estoy listo a ir dónde y cuándo usted lo ordene.

En 1867 llegó un mensaje de Porfirio Díaz. Estaba atacando a los conservadores en Puebla, pero sin éxito. “Compañero Teodoro Flores —le escribió —necesito urgentemente su brazo derecho y el de sus valerosos compañeros. Venga inmediatamente, se lo ruego”.

Teodoro no le tenía ningún cariño a Díaz. Lo consideraba un zorro astuto y egoísta, con más deseos de servirse a sí mismo que a su país. A pesar de todo, acudió a su llamado. Al contarnos la historia a nosotros, años después, confesó que no era a Díaz a quien quería ayudar, sino a la patria. Enseguida escogió 300 hombres. A pie, tomaron el camino más corto, gran parte del cual pasaba por un difícil terreno montañoso. Evitando a las fuerzas superiores del enemigo llegaron a los alrededores de Puebla en 30 días.

En el barrio de San Juan había una trinchera en poder de los imperialistas. Varios batallones de Díaz habían tratado de atacarla. El poderoso enemigo, fuertemente atrincherado, los había rechazado con grandes pérdidas. Los indios de Teodoro llegaron ante la disputada trinchera a eso de las siete de la mañana.

El bigote de Porfirio Díaz se estremeció de gusto al verlos.

—Aquí viene Teodoro Flores —gritó—. Ahora, ¡por Dios, que les quitaremos la maldita trinchera!

Durante la larga marcha de un mes, los hombres se habían alimentado principalmente de verduras crudas y raíces arrancadas del suelo. Teodoro les echó una mirada orgullosa mientras esperaban la orden de marchar sobre el enemigo, y pensó: “Desde luego que estos pobres podrían aprovechar una buena comida antes de seguir. No han comido más que un puñado de frijoles desde que empezamos”.

—¡Atención, hermanos! —gritó—. ¿Ven esa trinchera? —y la señaló, con los ojos echando chispas—. Me gustaría tomarla cuanto antes. Pero estoy seguro que deben tener un hambre canina. ¿No les gustaría antes despachar un montón de tortillas y una buena cazuela de frijoles?

Y sin pensar desenvainó la espada. Luego, recordando lo que acababa de decir, la volvió a meter en la funda, haciéndola sonar a veinte metros de distancia.

—Tata, tomemos antes la trinchera. ¡Luego comeremos! —gritaron los impacientes indios al oír el chasquido del metal. Díaz sonrió.

—Teodoro Flores —dijo—, me parece que tus hombres tienen hambre de trinchera.

Teodoro le miró, y luego miró su espada. Desenvainándola, arrojó la funda para que no le estorbara en la marcha. Hizo flamear la espada sobre su cabeza.

—Está bien, hermanos —gritó—. Oaxaca quiere tomar esa trinchera. Lo que Oaxaca quiere, Oaxaca lo tiene. ¡Adelante!

Y allá fueron. Con los estómagos vacíos, pero con el corazón lleno de odio contra los partidarios del intruso Maximiliano. Una granizada de balas llovió sobre ellos como un enjambre de abejas furiosas. Cayeron muchos. Con la respiración entrecortada por la cólera, el resto se abalanzó. Los muertos y los heridos de ataques

previos estaban desparramados por el suelo, y ellos saltaban, se tropezaban, resbalaban sobre aquellas pilas sangrientas.

Llegaron a la trinchera. El primero en saltar fue Teodoro. Por un momento pareció que iba camino de encontrar a San Pedro. Tres soldados enemigos se le echaron encima con bayonetas. Mugiendo como un toro embravecido, detuvo a uno. Ágil como una pantera se arrodilló y las bayonetas de los otros dos le pasaron por encima de la cabeza sin tocarle. Ya sus indios caían sobre la trinchera. Sus largos y afilados machetes centellaban en el sol mañanero. Gritando enloquecidos se tiraron sobre el enemigo. A los pocos minutos todo había acabado. San Juan había sido tomado. Como era la posición clave de la ciudad, su captura permitió a Díaz flanquear el resto de las posiciones francesas y vencerlas el dos de abril. Al rendir su informe a Juárez, él, como de costumbre, dio rienda suelta a su egoísmo. Se adjudicó todo el mérito. De la proeza de Teodoro, que cambió la suerte de la guerra, ni siquiera hizo mención.

La ejecución de Maximiliano en Querétaro en junio de 1867 puso fin al grandioso sueño de Napoleón de construir un imperio francés en México. Con la guerra ya terminada, Teodoro pidió la mano de su novia. En las montañas, entre los de su tribu, hicieron su hogar. Mi madre era medio española y forastera. Sin embargo, la recibieron con afecto por el cariño que la tribu le profesaba a mi padre. En poco tiempo, la dulzura de su carácter hizo que la quisieran por sí misma en todas partes.

Jesús nació el 6 de enero de 1872 en San Simón; Ricardo, el 16 de septiembre de 1874, en San Antonio Eloxochitlán. Yo, Enrique, el 13 de abril de 1877 en Teotitlán. Todos estos pueblos se hallan en el distrito de Cuicatlán.

Predominaba entre muchos conservadores una extraña costumbre. Los padres no permitían que sus hijas aprendieran a escribir. Se basaba esta tradición medieval en la teoría de que una muchacha puede sucumbir a la tentación de escribirse con miembros del sexo opuesto, lo cual sería poco púdico. Los padres de mi madre eran partidarios de esta manera de pensar, y mi madre, aunque no podía escribir, podía leer. Después de casada, mi padre, que se había enseñado a sí mismo, le enseñó también a ella, quien, dotada de una inteligencia desenvuelta, no tardó mucho en aprender.

A mi madre le encantó la grandiosidad de la Sierra Juárez. La entusiasmaba la pintoresca disposición de pueblecitos encaramados en las laderas de las montañas y constituía para ella una alegría constante el contemplar la paz pastoral de otros pueblos incrustados en profundos y verdes valles rodeados de majestuosos picos.

Pero, cuando nació, se le ocurrió: “¿Estará bien que mis hijos se críen aquí? En esta parte del país no hay escuelas. Quiero que se eduquen, que sean licenciados. Así podrán ayudar a la tribu. Porque si los políticos hambrientos llegaran a desear sus fértiles campos —no lo quiera Dios—, estas almas simples serían como ovejas entre lobos devoradores.” Mi madre tomó una decisión trascendental. Dejaría su amada casita de las montañas. Con sus hijos iría a reunirse con su marido.

En aquella época mi padre estaba en la capital. Por ser teniente coronel retirado recibía una pensión de dos pesos diarios. “Eso apenas basta para una sola persona —pensó—; demasiado poco para un hombre que quiere traerse a su familia de Oaxaca. Más vale que me ponga a buscar la manera de ganar un poco de dinero.” Tentó fortuna en los negocios. Pronto descubrió algo desanimador. Para tener éxito había que adoptar ciertos

métodos especiales, que repugnaban a su conciencia. Mi padre quería mantener relaciones amistosas con su mentor moral, por lo que abandonó la idea de ser hombre de negocios. Se hizo cobrador de rentas de un hombre acaudalado que poseía una gran cantidad de propiedades que, aunque lejos de permitirle vivir en la opulencia, le consentía, como él mismo le decía a un amigo “dormir un sueño tranquilo”.

Fue entonces cuando mi madre decidió venir a la capital. Pero una cosa era decidirlo y otra hacerlo. Se necesitaba dinero para el viaje y no era fácil ahorrar unos pesos. Por fin lo consiguió. Pero no le bastaban más que para ella; y pasarse meses y meses más ahorrando para los pasajes de Jesús y Ricardo, ¡eso sí que no! Por lo tanto, mi madre recurrió a una estratagema, admirable por su sencillez. Metió a Jesús en una gran cesta de bambú sin asas, que amarró sólidamente con una cuerda que se puso alrededor de los hombros. Atada a las muñecas llevaba otra cesta con Ricardo acurrucado dentro. Y yo, el bebé, en brazos. Equipada de esta manera abrió la puerta... y se quedó paralizada de sorpresa.

La tribu entera estaba allí. Miles habían venido de todos los pueblos vecinos. Surgió un grito mezclado de alegría y de tristeza. Con los brazos abiertos se apiñaban hacia ella.

—No nos deje, doña Margarita —lloraban las mujeres.

—Cállense, cállense —gritaban los hombres. Habían dejado sus campos para acompañar a mi madre al tren—. Cállense, cállense —repetían —, doña Margarita va con nuestro querido tata.

—Hermanos, hermanas —les decía con los ojos llenos de lágrimas—, yo no quiero dejarlos. Pero aquí van mis hijos —y señalaba las cestas —a aprender, a educarse. Ya les dije por qué. Para que puedan volver a ayudarles. ¿No les parece bien?

—Sí, sí —lloraban las mujeres—. Pero nos da pena que se vaya, usted es el consuelo de los pobres y sólo tenerla aquí nos da alegría.

Los hombres decían: “Doña Margarita sabe lo que le conviene a la tribu. El tata lo aprobará. Eso nos basta”. Manos temblorosas cogieron las cestas y las llevaron cuidadosamente... Ya se oía el tren silbando a la vuelta de la curva. Mi madre abrió los brazos como queriendo abrazarlos a todos.

—No me olviden, como yo no olvidaré los días felices que he pasado con ustedes.

—¡Adiós, adiós, vaya con Dios!

Y las verdes montañas devolvían el eco atrapador de sus gritos. Con las lágrimas rociándole por las mejillas, mi madre recibía las cestas que le iban pasando.

Allí estaba toda la familia con el boleto de uno solo. Y el *porter*, ni sospecharlo. Para allá íbamos, triunfantes, hacia nuestro destino.

Lo mismo que hoy, los viajeros de segunda clase —entre los que nos contábamos— colocaban pollos, sacos de papas, cajas de fruta y toda clase de cachivaches alrededor de sus asientos. Mi madre hizo lo mismo. La congestión que todo esto suponía constituía un problema de gran magnitud para el conductor cada vez que quería pasar. Y así tuvo lugar un grave incidente: Nos acercábamos ya a la Ciudad de México cuando, sin querer, dio una patada a uno de los cestos cubiertos. Jesús, despertado con tan poca consideración, asomó la cabeza entre la tela, frotándose los ojos y bostezando indignado. El *porter* se le quedó mirando estupefacto. Reponiéndose de la sorpresa, se fijó en el otro cesto y agachándose metió en él la mano, para sacarla con la cabeza de Ricardo cogido por los pelos. Los pasajeros se echaron a reír. Pero el colector enrojó de ira, y dejando caer a Ricardo en el cesto,

cogió a mi madre por los hombros para echarla del tren. Pero los pasajeros, divertidos y conmovidos, nos ayudaron. Gente pobre toda ella —de otro modo no estarían sentados en los incomodísimos asientos de madera de segunda clase —pasaron el sombrero y reunieron así el dinero suficiente para pagar el boleto de los muchachos.

Mi padre había pensado volver a su tribu, pero ahora tenía que quedarse en México. Vivíamos en una vecindad, grande y viejísima, la cual, en sus tiempos, había sido el monasterio de San Antonio. Las celdas de los frailes se habían convertido en apartamentos, que consistían de una sola pieza. La nuestra emanaba ese olor persistente a humedad que tienen las paredes mohosas. Allí comíamos, allí dormíamos y allí tiritábamos de frío. En México, durante todo el año, el sol brilla en el cenit, pero esta particularidad del visitante solar no nos hizo mucha impresión. Pocos eran los rayos que se metían en nuestra estancia, y a 2 400 metros de altura, un cuarto sin sol es bastante incómodo, sobre todo de noche. En invierno, desde luego hace frío. No teníamos chimenea, sólo un brasero en el que mi madre preparaba las comidas. Por la noche nos sentábamos a su alrededor y tratábamos de calentarnos, mientras por detrás se colaban corrientes de aire que nos llegaban hasta los huesos.

El odio de mi padre hacia Díaz estallaba casi diariamente.

—Enrique —me dijo una noche, con la frente pensativa sobre el brasero—, ¿sabes quién es Cahuantzi?

—No, papá.

Y mirando a Jesús:

—Y tú, ¿qué sabes de Cahuantzi?

Rascándose la cabeza Jesús miraba al vacío.

—Nada... primera vez que lo oigo mencionar.

—Yo lo sé —exclamó Ricardo—. Los muchachos en la escuela contaron una cosa de él. Es el gobernador de Tlaxcala.

Mi padre asintió.

—Cierto. ¿Y qué contaron de él?

—Este... —y Ricardo se pasaba las manos por la espesa cabellera negra—. Ah, sí, ya me acuerdo. Un amigo del pueblo le dijo: “Señor gobernador, ¿por qué no hace construir escuelas en Tlaxcala?” ¿Y qué creen que contestó Cahuantzi? —nos preguntó Ricardo mirando a su alrededor.

—Pues, ¿qué dijo? —le pregunté.

—Dijo: “¿Para qué?”. Y el amigo del pueblo contestó: “Para que el pueblo aprenda a leer y a escribir”. “¡Bah!”, dijo Cahuantzi. “Eso es tirar el tiempo y el dinero. Mírame a mí”. El amigo del pueblo lo miró: “Sí, señor gobernador, lo estoy viendo”. “Pues mira bien”, concluyó Cahuantzi, “porque yo no sé leer ni escribir y, sin embargo, aquí estoy de gobernador de Tlaxcala”.

Mi padre enrojeció, nos miró y habló con fuerza.

—Te creo el cuento —dijo—. Díaz le deja mano libre para robar y saquear a los pobres tlaxcaltecas y lo hace con todo su poderío, el muy cabrón —y al decirlo, su fuerte mano descargó un terrible golpe sobre la silla.

—Cuidado, Teodoro —le previno mi madre—, las sillas cuestan mucho dinero.

—Sí, sí, Margarita —dijo entre dientes. Y sacudiendo su cabeza de león se volvió hacia nosotros.

—Ese bestia de Díaz ha hecho gobernadores a otros analfabetas. Y son tan corruptos como Cahuantzi. Y algunos, hasta son asesinos, como Atenógenes Llamas.

Su dedo apuntó como puñal hacia nosotros.

—Escuchen cómo se convirtió este canalla en gobernador de Zacatecas. Uno de mis íntimos amigos era el general Trinidad García Cadena. Un buen hombre de verdad. Se presentó para presidente contra Díaz. Todas las clases sociales, ricos y pobres, le dieron su apoyo entusiasta. A Díaz no le gustó. ¿Qué hizo entonces? Le ordenó a Llamas que matara al general. El premio del asesino fue la gubernatura de Zacatecas. Corren malos tiempos —mi padre dijo algo más entre dientes y se calló.

Su trabajo le obligaba a salir hiciera el tiempo que hiciera. Durante la estación de lluvias se resfrió. En nuestro cuarto húmedo y helado empeoró y el resfriado se convirtió en pulmonía doble. Mi madre le cuidaba noche y día.

—Margarita, mi vida —murmuró—. Creo que es el final.

Mi madre se puso lívida.

—No digas eso, Teodoro —gritó con pasión—, te pondrás bueno, Dios mediante. —Él sonrió.

—Va de veras —dijo, y sacó su mano, temblorosa. Ella la cogió entre las suyas. La cabeza hundida, sus lágrimas bañaban aquella pobre mano sin fuerzas.

—Margarita mía —murmuró—, en este mundo brutal tú has sido mi consuelo. El refugio de mi alma dolorida. Muchas veces, en medio de las mayores desventuras, me bastaba pensar en ti para volver a cobrar vida.

—Por favor, Teodoro —sollozaba ella—, no hables. Te rinde.

Sus ojos hundidos la miraban con urgencia.

—Escucha, Margarita. Sólo siento una cosa. Te he tenido pobre todos estos años... y te dejo en la pobreza. Por ello te pido perdón.

Mi madre le puso la mano sobre los labios. Débilmente él la apartó. Y prosiguió.

—En mi poder estaba el haberte dado una linda casa y buena ropa, y todo lo que se compra con dinero. Pero no pude hacerlo de otro modo sin dejar de ser hombre.

Nos escrutaba a los tres, primero a Jesús, luego a Ricardo y por fin a mí. Los tres llorábamos. Yo tenía un nudo en la garganta que me ahogaba. Para aliviar el dolor del corazón, que me parecía iba a estallar, me sujeté el pecho con las dos manos.

—Por favor, hijitos —dijo desmayadamente—, dejen de llorar y escúchenme.

La palidez de su cara anunciaba ya la muerte. De repente sus ojos fulguraron, al decir con voz rauca:

—No dejen que el tirano les robe su hombría. Recuerden siempre que son hijos del hombre que sirvió a Benito Juárez con honor en la causa sagrada de la libertad del pueblo.

Con un esfuerzo tremendo se irguió sobre el catre. Sacó la mano derecha de entre las cobijas, la alzó en el aire:

“¡Recuerden!”. Se le ahogó la voz y cayó muerto.

Mi madre, las pupilas dilatadas, se le quedó mirando. Luego cayó sin sentido sobre las baldosas.

Sesenta y dos años tenía cuando el destino nos deparó este terrible golpe. Nunca existió padre más bondadoso. Era todo lo contrario de los de la vieja escuela, que exigían obediencia a sus hijos. Nos trataba como compañeros, compartía sus confidencias con nosotros y con mi madre, como lo hacíamos nosotros con él. Todavía me llega fragante el perfume del recuerdo de mi padre.

Si hubiese querido ser uno de los partidarios de Díaz no hubiera tenido necesidad de morir en la miseria, y podría haber vivido muchos años más. Varias veces se le acercaron los emisarios de Díaz. Le ofrecían uno y otro puesto lucrativo junto con el gran

aumento de su escasa pensión. Su prestigio entre los paisanos era muy grande. Como era uno de los más destacados partidarios de la causa de Benito Juárez por la libertad, hubiera constituido una fachada inestimable para Díaz, que trató, ridículamente, de aparecer como amigo de las masas.

Al escoger, en lugar de ello, la pobreza honrada, murió como había vivido: siendo un hombre libre. Con su muerte, se robusteció nuestra decisión de hacernos abogados. Por medios legales aprenderíamos a combatir el despotismo del tirano y así ayudaríamos a remediar la miseria mortal del pueblo. Era una resolución noble. ¿Cómo podíamos saber lo que significaba? ¿Cómo anticipar los increíbles sufrimientos que habíamos de padecer al alzarnos contra el autócrata más poderoso que haya tenido la historia de México?

El ataque inicial

A los 14 años, encontré trabajo como aprendiz de tapicero. En seis meses llegué a ser ayudante de primera clase. ¿Con qué salario? Con la maravilla de un peso y 25 centavos diarios. Por la noche estudiaba para contador y auditor público. Pero hubo algo más que ocupó mis energías: antes y después de las clases me metí en actividades revolucionarias. Lo mismo hicieron Jesús y Ricardo. Corría el año de 1892. Díaz se estaba preparando para apretar la garra con la que tenía sujetos los cuellos de sus compatriotas, haciéndose reelegir una vez más. La noticia nos puso frenéticos.

—¡No podemos aguantar que Díaz se quede entronizado para siempre! —Gritó Ricardo.

Se dirigía a una multitud de 300 estudiantes de la preparatoria y de las escuelas profesionales, en el gran patio de la Escuela de Minería. Yo estaba a su lado, en el balcón, mirando a los estudiantes excitados. Vi cómo brillaban sus ojos escuchando a Ricardo. Estos camaradas nuestros, embebidos del hermoso idealismo de

la juventud, rabiaban de vergüenza ante la intolerable esclavitud del pueblo.

—En 1876 —gritó Ricardo —Díaz denunció al presidente Lerdo de Tejada. ¿Por qué? Por querer reelegirse. Pero, ¿qué sucedió al año siguiente? El rebelde Díaz se adueñó del control del gobierno. ¿Y qué pasó entonces, compañeros? Díaz, cómodamente, perdió la memoria en cuanto a su santo y seña de la no reelección. Desde entonces el tirano se ha hecho reelegir sin cesar, menos en el periodo en que su protegido González ocupó la presidencia.

Ricardo levantó el puño furiosamente, y siguió.

—¿Cómo se reelige? ¡Ya lo saben! Por medio de sus jefes políticos controla las elecciones en todos y cada uno de los distritos del país. ¿Qué está pasando bajo la constitución de 1857, la Constitución que concede a todo el mundo el derecho de votar libremente?

Hizo una pausa. Luego se inclinó sobre el balcón, como buscando con la suya las miradas furiosas de su público.

—¡Sobornan a los votantes! ¡Cuando no los sobornan, los intimidan, los obligan a votar por Porfirio Díaz! —gritó un estudiante de cara bruniada y aspecto macizo.

—¡Silencio, no interrumpen! ¡Que siga Ricardo! —gritaban otros. Ricardo levantó la mano.

—Que Carlos diga lo que siente como lo decimos nosotros, y algo más. Compañeros —y su voz se agudizaba—, amenazan a los obreros con correrlos del trabajo si no votan por Díaz. Aterrorizan a los campesinos. Los emborrachan con pulque o mezcal y los llevan como ganado a las urnas. ¿Y qué pasa con los votos que favorecen al candidato de la oposición? Los rompen los secuaces de Díaz que están en todas las urnas.

Dio un golpe con el puño en el balcón y dejó escapar:

—Tenemos que suprimir esta farsa que es una tragedia para México.

Hubo un momento de silencio. Los estudiantes se miraron entre ellos, con los ojos en llamas. Y entonces gritaron:

—¡Dinos, Ricardo, lo que piensas! ¿Qué planes tienes?

Yo temblaba de emoción. ¿Tenía un plan? Nada me había dicho acerca de eso. Ricardo hizo gesto de que se callaran. Se calmó el alboroto. En la tensa atmósfera se oyó su voz.

—Escuchen esto: vayamos por la ciudad. Digámosle al pueblo que tiene derechos que el dictador escarnece. Contémosle sus propios sufrimientos y vamos a darle valor para que acabe con tanta infamia. ¿Cómo? ¡Obligando a Díaz a que renuncie a la reelección! ¡Haciendo demostraciones! ¡Marchando sobre el Palacio Nacional si es necesario!

Con grandes vítores los estudiantes acogieron la propuesta. Algunos solos, otros en grupos de dos o tres se repartieron por la ciudad. Con candentes palabras expusieron el evangelio de la “No reelección para Díaz”; pero con los ojos abiertos de par en par buscaban entre los ciudadanos a quienes se dirigían, la inevitable intervención de la policía. Yo era uno de aquellos cientos de oradores. El proletariado complacido reconocía en nosotros sus campeones naturales. Nos llamaban *jefecitos*.

En el Zócalo, al atardecer de un día de marzo, me subí sobre un poyo. Allí dejaban los indios su pesada loza y otras mercancías para reposarse unos minutos. A la sombra de la catedral más antigua del Nuevo Mundo me alcé sobre el poyo. Miré a mi alrededor y viendo un grupo de media docena de cargadores levanté la mano. Con las cuerdas colgando de los hombros, aquellos cargadores esperaban por allí a que llegaran clientes.

—Amigos —les dije—, tengo que decirles una cosa importante acerca del hombre que está allí sentado —y señalé al Palacio Nacional—, y... sentado sobre las cabezas de ustedes.

Uno de ellos levantó los ojos, que me miraron a través de una maraña de cejas.

—¡Quihubo! —dijo con la cara arrugada encendiéndosele—. Tú eres el jefecito que nos habló anoche en La Merced, dijiste algo sabroso de veras. Por la Santísima que sí —les hizo una señal a los otros—. Vengan, compañeros —y dirigiéndose a mí—: siga, jefecito.

¿Qué nos va a decir ahorita?

—Un momento, amigo. En cuanto venga más gente.

Miré con miedo en dirección del Palacio Nacional. No había a la vista ni soldados ni policía. Sólo un par de centinelas haciendo guardia delante de las entradas principales. Respiré tranquilo.

De la verja de hierro de la catedral salían los feligreses. Algunos se detenían y se acercaban a los cargadores que estaban a mi alrededor. Del centro de la gran plaza, cubierta de pasto, donde los fresnos se agitaban bajo una leve brisa, vinieron unos indios. Pero seguí esperando. De vuelta para sus casas, pasaban obreros de caras barbudas. Viéndolos desde mi poyo les hice un gesto con la mano, invitándolos a que se acercaran. Curiosos, muchos se acercaron. Peladitos de todas las edades vinieron corriendo. De todas partes se acercaban grupos de gente. Yo me sentía rebotante de alegría. ¡Iba a tener un gran público! Me llenaba la inspiración.

Temblando de emoción levanté la mano y empecé.

—Amigos: ¡el presidente Díaz los ha traicionado a ustedes y a todo México!

Un murmullo de asombro se levantó de entre el público.

—Ha violado nuestras tradiciones —seguí—, ha destruido las Leyes de Reforma de Benito Juárez; se ha puesto a traición del lado de la Iglesia —y señalando con el puño amenazante la catedral—, esa Iglesia voraz, que les ha quitado sus casas, sus tierras, sus posesiones, que es dueña avariciosa del noventa por ciento del patrimonio nacional. Somos esclavos de la Iglesia. Por eso sufrimos hambre y miseria.

La cólera me dejaba sin aliento y me detuve un momento. La muchedumbre se apiñaba alrededor del poyo. Escuchaban en silencio, con labios apretados y ojos atentos. Serían unos quinientos. Con gran alegría vi que se acercaban varios cientos más.

Levanté la voz para que los que estaban más lejos pudieran oírme bien, y las palabras salieron como un torrente.

—Recuérdenlo bien: fue la Iglesia la que trajo a Maximiliano, y esto fue la causa de que corrieran ríos de sangre mexicana por nuestro suelo sagrado en la lucha contra el invasor. Recuerden, compatriotas, que el arzobispo Antonio Pelagio de Labastida y Dávalos estaba entre los “notables” que fueron a París. ¿Para qué fueron allá? ¿Con qué propósito? Para rogarle a Napoleón III que enviara al austriaco Maximiliano a gobernar a México. Fíjense bien en la astucia de este prelado. Le ha entregado a Díaz cuatro millones de pesos. ¿Para qué?

¡Para sobornar al presidente! Y ¿qué gana la Iglesia? ¡Carta blanca para hacer con ustedes lo que se les antoja!

Con la vehemencia de mis propias palabras eché el cuerpo hacia delante y perdiendo el equilibrio caí del poyo entre la gente. Entre la carcajada general volví a encaramarme.

—Está bien —dije sonriéndome—. Una caidita como ésta no me va a hacer olvidar lo que les quiero decir.

—Siga, jefecito, siga —gritaron varias personas.

Haciendo con la cabeza gestos de asentimiento y sintiéndome embriagado de una intensa luz interior, proseguí.

—Hay otra razón por la que sus esposas y sus hijos mueren de hambre. Pero antes, quiero hacerles una pregunta. ¿Quién vende nuestro país a los industriales franceses, ingleses y norteamericanos, de modo que además de ser esclavos de la Iglesia lo somos también de los países extranjeros? ¿Quién, les pregunto, tiene la culpa de todo esto?

Entre la gente, alguien gritó: “¡Porfirio Díaz!”.

—¡Así es! No se puede dudar de su perfidia. Es un déspota sanguinario, un traidor que entrega las riquezas de su país a los extranjeros.

Callé un momento. A lo lejos oí cascos de caballos. ¡La policía montada! Venían a disolver la manifestación. Éramos ya alrededor de dos mil.

—Atención, amigos —dije levantando la mano—. ¿Oyen a la policía? Más vale que se dispersen en silencio.

Surgió una ronca exclamación, como el sordo rugido de una bestia gigantesca.

—No, jefecito. ¡Nos quedamos! Siga hablando. Le protegeremos. ¡Lucharemos contra la policía!

De repente el aire se cargó de una tensión eléctrica, visible en los ojos relampagueantes y las mandíbulas apretadas de la multitud arremolinada. Prisionero de su agitado abrazo, temblé de emoción.

—¡A la orden, compatriotas! —seguí diciendo—. Les daré ahora algunos ejemplos de cómo nuestro desalmado presidente le vende concesiones a los extranjeros, ¡cómo se forra los bolsillos

a costa de nuestra patria! En Baja California le ha dado las minas de oro y plata de Boleo a los franceses. En el norte del país tenemos grandes fajas de tierra que Díaz ha entregado a los norteamericanos. Por ejemplo, hay un tal Otis, dueño del periódico *Los Angeles Times*. Es dueño de enormes territorios, pero se dice que no pagó más que dos centavos por acre. Pero la verdad es que probablemente no le costó nada. Entonces, ¿por qué le dio Díaz esos grandes territorios? No es difícil hallar la respuesta: Otis corresponde apoyando y elogiando a su corrompido gobierno.

De nuevo me interrumpieron. Eran niños y muchachos que recibían a la policía con gritos de desafío y una granizada de piedras que tiraban con hondas. La policía montada se les echó encima. Ágiles como monos, los tiradores de honda se subieron a los árboles del Zócalo.

Era obvio que el seguirles hablando para soliviantarlos resultaba superfluo. Sus mentes enfebrecidas recordaban las múltiples ocasiones en que la policía montada los había tratado con desprecio, atropellándolos bajo los caballos cuando habían hecho alguna manifestación para pedir un pequeño aumento de sus miserables salarios, pegándoles con la hoja de los sables cuando tenían la osadía de expresar sus quejas en las manifestaciones callejeras.

En el encontrón que estaba a punto de suceder, la rugiente multitud apenas me podía oír, pero, para aliviar la tensión de mis propios nervios, grité a voz en pecho.

—¡No dejaremos que Díaz se vuelva a reelegir! ¡Muera Díaz! ¡Viva la libertad!

Como una gran ola corrió el rugido de aquella marea humana: “¡Muera Díaz! ¡Viva la Libertad! ¡Vivan los jefecitos!”. Entonces, en el atardecer cada vez más oscuro, estalló la tormenta. El arma

montada del dictador se lanzó a la carga. Fue recibida por una lluvia de piedras lanzadas por los tiradores encaramados en los árboles, y de baldosas que los trabajadores arrancaban del pavimento. El pueblo no tenía fusiles ni armas de fuego. Pero lucharon, ¡y cómo! Muchos de ellos con las herramientas de sus talleres. Los carniceros de los mataderos utilizaron sus tremendos cuchillos, los zapateros sus mortales chavetas; los panaderos sus cortadores de latón, triangulares por un lado y afilados como navajas de afeitar por el otro.

Algunos hombres empezaron a abalanzarse sobre los jinetes, arrastrándolos a tierra, apuñalándolos, abriéndoles en canal. Otros se lanzaron contra los caballos abriéndoles el vientre, y al caer el animal a tierra arrancaban a los jinetes de la silla y los hacían pedazos. No hacían ningún caso de los sables que la policía blandía de manera atroz. Enloquecido por el sufrimiento, el pueblo luchaba contra ellos, en la mayoría de los casos, con los puños y las manos... Cuando se les hubo agotado la munición de piedras, los muchachos bajaron de los árboles. Frenéticos, se pusieron a arrancar piedras del pavimento con palos, pedazos de fierro, con las uñas, y se las pasaban a los hombres para que las lanzaran contra el enemigo.

Loco de rabia, yo pegaba saltos sobre el poyo. Con toda la fuerza de mis pulmones animaba a mis partidarios y maldecía a la odiada policía. De pronto, una bestia de gendarme encuñó su cabalgadura por entre la muchedumbre enfurecida y antes de darme yo cuenta me descargó un sablazo que me desplomó. Sin aliento, echando boqueadas, ahí quedé en el suelo, sin poderme mover.

A mi alrededor se arremolinaban trabajadores e indios. Gritando, maldiciendo, tropezando los unos con los otros tratando de

acercarse al gendarme. Un hombrón, gritando: “¡quítense de enmedio!”, dio un salto sobre él, lo derrumbó en la silla y en menos que se dice, le dio doce puñaladas en el cuerpo, pago más que generoso por lo que me había dado. Manos amigas me levantaron.

—¿Estás herido, jefecito?

—Me duele la espalda donde me dio con el sable.

—¿Puede caminar, jefecito?

Traté de hacerlo, vacilé y por poco me caigo. Dos vigorosos carniceros, entrelazándose las manos, se agacharon.

—Siéntese en nuestras manos, jefecito —dijo uno de ellos—, y pónganos los brazos alrededor del cuello.

Y así me llevaron a casa, mientras la batalla seguía con furia creciente. Mas por desgracia el valor no basta para vencer a los más fuertes. Llegaron refuerzos de la policía. Mataron a treinta y cinco trabajadores e hirieron a cientos. Los demás tuvieron que dispersarse, pero no porque se sintieran vencidos. Mi madre se puso lívida al verme entrar en brazos de mis guardianes.

—¡Qué Dios se los pague! —dijo—, que Dios les pague el haberme traído a mi hijo.

—No es nada, señora —replicó uno, y mirándome con una amplia sonrisa—. Estuvo bueno el discurso, jefecito.

—No podíamos dejar que la policía despedazara a nuestro jefecito —dijo el otro, al mismo tiempo que abandonaba la habitación.

—¿Qué pasó, Enrique? —me preguntó mi madre ayudándome a echarme sobre el catre.

Se lo conté, y ella escuchó, con el corazón queriéndosele salir del pecho. Quitándome la camisa —me encontraba inutilizado hasta para eso—, me aplicó compresas frías y calientes sobre la espalda.

—Pobrecito, pobrecito mío —repetía—, es un golpazo terrible. Y las lágrimas le llenaban los hermosos ojos castaños.

—Hiciste bien —murmuró, acariciándome amorosamente el rostro.

En una semana ya estaba yo vivo y coleando, como se dice. Una y otra vez, bajo la dirección de los estudiantes, el pueblo hacía manifestaciones. Del 14 al 31 de mayo le hicieron la vida imposible al dictador. La situación se agravó a tal extremo que armó a los soldados con rifles Remington. Para proteger su inestimable escondite, tomó sus precauciones. Fortificado en el Palacio Nacional, hizo colocar cañones apuntando a las puertas, en caso de que el pueblo las echara abajo.

Sus batallones recorrían las calles dispersando manifestaciones.

En un salvaje tumulto frente al Palacio Nacional, aprehendieron a Ricardo y a Jesús. Yo logré escaparme. ¿Cómo? Porque aunque no contaba más que quince años, tenía, por la desnutrición que había sufrido, el aspecto de un muchacho más joven. En eso no era yo el único. Era el estado general de los niños del pueblo. A Ricardo lo confinaron con otros estudiantes en una torre del departamento de policía que estaba frente a la catedral, acertada conjunción del vecindario policiaco y clerical, símbolos de la administración de Díaz. A Jesús se lo llevaron a la asquerosa cárcel de Belén.

Mi madre no podía más de preocupación y yo no las tenía todas conmigo. No sabíamos lo que les esperaba. La horca o el pelotón de ejecución solían rematar cualquier resistencia activa contra la autoridad de Díaz. Pero al cabo de un mes los soltaron. Mi madre los abrazó sonriendo con orgullo.

—Son los hijos de su padre —les dijo.

Pero en su voz latía un sollozo.

Díaz se volvió a reelegir. No hubo cambios en su política. Beatíficamente siguió vendiéndoles concesiones a los extranjeros y fomentando el analfabetismo y el vasallaje entre su pueblo. La amargura de nuestros corazones se volvió fiero contento en 1893. Fue en aquella fecha cuando varios estudiantes, muchos de ellos de la Facultad de Leyes, y nosotros mismos reunimos suficiente dinero para empezar el semanario *El Demócrata*. Lo dirigíamos Jesús, Ricardo y yo. Compramos los tipos, las cajas y la imprenta de segunda mano. Lo componíamos todo a mano. Luego llevábamos las páginas de la estancia que nos servía para editar y para componer al cuarto vecino. Allí, nuestro impresor imprimía la hoja de cuatro páginas. Con el mismo tamaño aproximadamente de los periódicos de hoy en día, no llevaba anuncios.

—¡Por fin —dijo Ricardo gozoso—, podemos hacer algo! Contamos con un arma que le puede asestar golpes terribles a este asqueroso gobierno. Pero creo que más vale, al principio, no meterse con Díaz personalmente, sino con sus paniaguados.

—Buena idea —dijo Jesús.

—¿En qué bichos estás pensando, Ricardo? —le pregunté yo. Los ojos se le encendieron.

—Metámonos primero con los tribunales corrompidos y esos hacendados salvajes, y los tripudos dueños de fábricas que les pagan a los trabajadores salarios tan miserables. ¡A la chingada todos! ¡Démosles en la mera madre con toda nuestra fuerza!

—¡Bravo! —gritamos Jesús y yo entusiasmados.

En aquella época mis hermanos estaban estudiando leyes, lo cual les permitía un cierto conocimiento del lenguaje. Se daba principio y fin a los editoriales con la fórmula de que estaban escritos para el interés general.

—¿Ves, Enrique? —me explicaba Ricardo—, lo que alegamos está estrictamente dentro de nuestros derechos constitucionales. Es esta una muralla que nuestros enemigos no pueden romper, porque constituye la ley suprema de la patria. Bajo sus estipulaciones, no somos culpables de calumnia, si lo que decimos está dicho de buena fe y en interés del pueblo.

—Y probamos punto por punto todas nuestras acusaciones —añadió Jesús.

—Así es —asentí yo—, con las pruebas hasta las cachas.

A mí me tocaba una tarea más humilde: escribir, o más bien, redactar las quejas malamente escritas por gente casi analfabeta. A veces me costaba trabajo descifrarlas, pero por Dios, ¡sus quejas transformaban los garabatos en palabras de fuego!

He aquí una de un peón de la hacienda de Íñigo Noriega en Morelos. El capataz le había dado una paliza despiadada porque, azuzado por el hambre, había hurtado una panocha de maíz. Otra queja de un pobre diablo de la hacienda de los Terrazas de Chihuahua contaba cómo lo habían azotado cruelmente porque se había aventurado más allá de los límites de la hacienda. Todo porque salir estaba prohibido y él hubiera podido escaparse, dado que estaba en deuda con el hacendado, deuda que había él heredado de su padre.

Estaba yo leyendo esto cuando un campesino entró en la oficina.

Vacilando y con un viejo sombrero de paja en sus manos morenas, se me acercó. Tenía la cara tan arrugada que era difícil adivinarle la edad.

—Soy de Tlaxcala —me dijo con voz ronca—. Un amigo mío lee su periódico. Dice que usted cuenta las injusticias que nos hacen. Quisiera saber si es verdad.

Le dije que sí, con lo que añadió que quería contarme lo que un hacendado le había hecho a otro amigo suyo.

—Cuénteme, hombre —le animé.

Respiró hondo y empezó.

—Fue así. La esposa de mi amigo es muy linda. El hacendado la deseaba. La perseguía a diario. Temiendo por su virtud, se lo contó al marido. Furioso, éste se lanzó a buscar a su patrón y le advirtió que la dejara en paz. El hacendado quedó más picado todavía. ¿Qué cree usted que hizo este desgraciado? Llamó al acordado para que se llevara a mi amigo. Y luego...

El campesino se detuvo. Nerviosamente le daba vueltas al sombrero en las manos y tragó saliva.

Al fin prosiguió.

—A un kilómetro de la hacienda, el capitán del acordado dice: “¡Dénle agua!”. Entonces le pegaron un tiro.

Me quedé callado un momento, tratando de digerir esta terrible historia.

—¿Y qué explicación dio el hacendado? —le pregunté.

—Cuando la esposa se quejó —dijo con un gesto amargo—, el hacendado le dijo que su esposo había tratado de escaparse y que por eso el acordado le había aplicado la ley fuga.

Me dolía el corazón y sentía que las lágrimas se me querían salir, y cuando se le contó a Ricardo, apretó los labios.

—Sabes, Enrique, este tipo de cosas está pasando en todo México. No es nada nuevo.

Y se marchó, los ojos enrojecidos y murmurando entre dientes: “¡Hijos de la chingada, cabrones!”.

Aquella tarde escribimos un editorial que decía:

Cada hacendado se ha convertido en un barón feudal. Tiene poder de vida y muerte sobre sus infelices peones. Sus mujeres y sus hijas están a su merced. Y no hay autoridad que les ponga un límite.

Cuando venden sus posesiones las calculan en tantos miles de hectáreas, tantos bueyes, vacas, cerdos, peones y otros animales. Así dicen los documentos legales. Vea el lector por sí mismo (y a lo largo de la columna editorial aparecían facsímiles de tales documentos). Que Dios proteja a México, donde los seres humanos son tratados peor que vacas o cerdos; donde el ochenta por ciento de todos los trabajadores de las plantaciones existen —no viven— en un estado de peonaje o sencillamente de esclavitud. ¡Mexicanos! Meditad sobre vuestra Constitución. ¿Reconoce el derecho del acreedor a apropiarse del cuerpo del deudor? Por la memoria de nuestro glorioso Benito Juárez, ¡no! ¿Pero a quién le importa un comino la Constitución? ¿A quién le ha de importar?, cuando es la cosa más fácil de arrastrar en el fango del desprecio; ¡hasta el punto de que ya ni se le ve en los tribunales de la justicia!

En interés del Público declaramos con toda solemnidad que esto es verdad. En todas partes las autoridades, lanzando gritos de placer, se unen con los opresores del pueblo. El porqué de esto, hasta los ciegos lo pueden ver. Los supuestos protectores del pueblo obtienen sus riquezas de la nefanda alianza. ¿Por cuánto tiempo más, señor?

Una corriente de dinero alimentaba continuamente la misión de *El Demócrata*.

—Mira —le dije a Ricardo poniendo una carta en sus manos. El mismo grito de tristeza que se oía en tantas otras comunicaciones y contribuciones espontáneas aparecía en ésta. Decía: “Siento mucho no poder enviar más de cincuenta centavos. Se

los he quitado al pan de mis hijos, porque sé que ustedes usarán el dinero para conseguir nuestra libertad. ¡Que dios los bendiga!” Ricardo me devolvió la carta.

—Creo que estamos progresando —dijo secándose los ojos con la mano—. La tirada del segundo número subió hasta diez mil.

Con gran asombro, supimos que mucha gente pagaba hasta 10 pesos por copia. La suscripción costaba tres pesos al mes. Aunque la mayoría de la gente no podía leerlo, se lo aprendían de memoria. Se reunían en grupos de 30, 50 o más, en algún lugar en que no pudieran molestarlos sus patrones o los lacayos de éstos. Allí esperaban la llegada del compañero que sabía leer. Después de terminar de leer *El Demócrata*, le pedían que lo volviera a leer varias veces. Su público, de campesinos en el campo y de obreros en la ciudad, lo escuchaba atentamente. Se aprendían el contenido de memoria y lo repetían a amigos y vecinos. De este modo la influencia del periódico llegaba mucho más allá del número de ejemplares impresos.

—Están haciendo un gran trabajo —nos decía mi madre con los ojos brillantes.

—¿No era eso lo que papá quería? —dijo Ricardo en voz baja.

Desde el primer momento surgieron poderosos enemigos: jueces corrompidos, burócratas venales, hacendados sin escrúpulos. Demasiado bien lo sabíamos, como que también estaban decididos a hacernos callar haciendo suspender la publicación del periódico. Entre ellos estaban los que ya habíamos denunciado dando sus nombres, y otros que temían que tarde o temprano les tocará el ácido también a ellos. Asustados veíamos crecer su número. Muchos eran favoritos de Díaz, y no era más que cuestión de un poco de tiempo antes de que la noticia llegara a sus oídos, y

de que se diera cuenta de que estábamos inflamando al pueblo y fomentando el desprecio contra su gobierno.

—La rata se está revolviendo como loca —observó Ricardo, frotándose las manos.

—Las ratas muerden cuando se las arrincona —comentó Jesús.

—Ya sabíamos que algo así iba a pasar —dije yo—, antes de que empezáramos a utilizar el palo que las está soliviantado.

—Pues vamos a seguir dándoles con el palo —añadió Ricardo con el puño apretado—, ¡pero más fuerte!

Un estudiante amigo vino a darnos la alarma. Su padre trabajaba en el Palacio Nacional. El hijo nos pedía que dulcificáramos el tono violento de nuestros ataques.

—Mi papá dice que el presidente recibe muchas quejas de empleados que ustedes han descubierto. Le dicen que le están pegando a él, a través de ellos. Muchachos, eso no es bueno. Les aconsejo que cambien el tono de los artículos si no quieren pasarla mal.

Lo escuchamos callados. Luego Jesús dijo:

—Jiménez, nosotros publicamos la verdad ...

—Y la seguiremos diciendo —interrumpió Ricardo. Jiménez le puso una mano sobre el brazo.

—Si Porfirio Díaz decide que ustedes le estorban, la van a pasar mal. Lo saben, ¿verdad?

—Es la rata mayor de todas —dije yo en tono de broma—, de modo que puede dar el mordisco más grande.

Con un gesto de determinación en la cara, tomó la mano de nuestro amigo y le dijo:

—Muchas gracias, Jiménez, por adelantarnos la noticia. Tenemos que correr nuestros riesgos. Sólo que no teníamos manera de saber cuándo caería el rayo.

Fue la noche siguiente a la publicación del cuarto número. Jesús y yo estábamos en el cuarto editorial, y Ricardo, en el cuarto de al lado, que era el de la imprenta, leía y corregía galeras. Estaba yo tratando de descifrar la carta de un peón de Yautepec, Morelos, cuando se me ocurrió pensar que si Díaz nos encarcelaba, mi madre quedaría preocupadísima. Hacía ya tiempo que no se sentía bien. ¿Nos estábamos portando como buenos hijos, turbando su paz? Sin embargo, quería que siguiéramos. Suspiré y volví a la carta del peón. De repente, se oyó un golpe terrible contra la puerta. Dejé caer la carta. Dando un salto, di media vuelta. La puerta se abrió violentamente, de par en par, dejando entrar a Miguel Cabrera al frente de una escuadra de policía, todos pistola en mano.

—¡Manos arriba! —gritó Cabrera.

Obedecimos inmediatamente. Cabrera nos esculcó para ver si traíamos armas. Luego, con voz gritona, le preguntó a Jesús cómo se llamaba.

—¿Dónde está Ricardo Flores Magón?

Jesús se encogió de hombros.

—Salió hace media hora, sin decir a dónde iba —dijo levantando la voz.

Cabrera se frotó la barbilla.

—Así que usted es su hermano. Está bien. Queda usted arrestado —se volvió y me miró arrugando el entrecejo.

Con la boca abierta me le quedé viendo. Yo hacía todo lo que podía para aparecer lo más estúpido posible. Pensé, “¿será que me va a arrestar a mí también?”.

Falto de alimento, me veía tan niño que probablemente me tomó por uno de los muchachos que vendían nuestro periódico en las calles.

—Pinche mocoso —gruñó—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí? Vete con tu mamá —y me echó de la habitación a patadas.

Frotándome las nalgas, me marché renqueando. “Bueno, después de todo —pensé—, el sinvergüenza éste no me arrestó”.

Mientras tanto, Cabrera interrogaba a Jesús. La puerta del cuarto de prensa estaba entreabierta. Cabrera señaló con el pulgar.

—¿Quién está ahí?

—Los hombres que imprimen el periódico —contestó Jesús.

—¿Seguro que su hermano no está ahí?

Jesús levantó las manos en un gesto de resignación.

—Ya le dije, señor, salió hace media hora.

—¿Y no ha vuelto desde entonces?

—Ya le habría yo dicho —dijo Jesús, mirándole en los ojos.

—¡Pinche mentiroso! —escupió Cabrera.

Se dirigió hacia la puerta y de una patada la abrió de par en par. Ricardo había oído los berridos de Cabrera. Cogiendo un delantal de los impresores, se lo puso. Al entrar Cabrera parecía absorto echándole tinta a la prensa.

—En fila contra la pared, pendejos —ladró Cabrera.

Con las manos cruzadas en la espalda los miró de arriba abajo.

—¿Quién de ustedes es Ricardo Flores Magón? —preguntó, mirando furiosamente a Ricardo.

Recordando lo que le había oído decir a Jesús, Ricardo ya estaba preparado, y le contestó que el señor Ricardo se había aparecido un momento hacía una media hora y había dicho que volvería en un par de horas.

—¿Dónde dijo que iba?

—Pues... no dijo.

Cabrera se dirigió a los otros.

—¿Alguno de ustedes le oyó decir adónde iba? Movieron la cabeza negativamente.

—No señor —entonaron a coro

A Ricardo se le encendió la mirada.

—Señor —dijo—, sabe usted, su hermano Jesús está en el otro cuarto.

—¿Y qué hay con su hermano Jesús?

—¿Por qué no le pregunta? —sugirió Ricardo servicialmente.

—Cállese. Y ahorita, ¡salgan todos de aquí! ¡Fuera!

Dicho lo cual, Ricardo, con toda calma, se quitó el delantal, lo dobló con todo cuidado y lo dejó encima de un banco. Con una reverencia respetuosa a Cabrera, se salió con los impresores, libre como un pájaro.

Nace *Regeneración*

Metieron a Jesús en la cárcel de Belén. Ricardo desapareció. Cuando le conté a mi madre lo que había pasado, empezó a preocuparse. Pero no lloró, aunque mejor hubiera sido para aliviar la tensión de sus nervios agotados. Cuando volvía a casa del trabajo me la encontraba sentada en la butaca de mi padre, la mirada perdida en el espacio.

—Tengo hambre, mamacita —le decía yo alegremente, aunque no era precisamente alegría lo que sentía.

—La cena está lista, Enrique.

Y mirándome de reojo:

—¿Has sabido algo de Ricardo?

Le decía que no con la cabeza.

—La policía no dejará de buscarle hasta que lo agarren —me dijo un día—. Quizás ya lo tienen y no lo sabes.

La mirada de miedo que tenía ahora siempre en los ojos, se hizo más profunda.

—No te preocupes, mamacita. Si estuviera arrestado, ya lo sabríamos —me serví unos frijoles.

—¿Por qué no comes?

—No tengo hambre —dije mientras ella apretaba las delicadas manos cubiertas de venas azules.

—Belén está lleno de enfermedades. Es horrible. Todo el mundo lo dice. Tratan a los prisioneros a patadas —tembló toda ella—. Le puede dar un tifus a Jesús o cualquier otra enfermedad asquerosa en ese inmundo lugar —se sirvió unos frijoles en una tortilla—. No sabemos cuánto tiempo lo tendrán encerrado. No sabemos siquiera si volverá a salir —y se quedó viendo la tortilla, pero sin llevársela a la boca.

—Pues claro que saldrá. No te pongas a imaginar cosas.

Mis propias palabras de ánimo me parecían estúpidas. No tenía modo de saber si soltarían o no a Jesús. Mientras tanto, el infierno que era Belén podía hacerle polvo la salud. Se llevaba la de miles de hombres que morían allá.

Al cabo de un tiempo mi madre sufrió una profunda postración nerviosa. Durante mes y medio no se levantó de su catre, y durante ese tiempo no salí de casa: hacía de enfermero, de cocinero, de criado. Era yo un estupendo jugador de trompos, canicas y balero. Cuando mi madre reposaba o se dormía, disponía yo de unos minutos que aprovechaba para escurrirme del cuarto y jugar una partida. Para los demás muchachos era una diversión, pero no para mí.

—¿Pues qué te pasa, Enrique? —me dijo uno de ellos mirándome en los ojos—. ¿Qué te pica? ¿Por qué andas como loco?

—No me pasa nada —le contesté enojado—, sigue y juega. Sólo podía pensar en una cosa: necesitaba dinero, para el doctor, para

las medicinas y la comida, y volver al lado de mi madre enseguida. Algunas veces dejaba de jugar de repente, en medio de un juego, imaginándome, en mi estado de nerviosismo, que ella me llamaba. Temblando de angustia, corría a mi casa para encontrarme a mi madre dormitando tranquilamente. De puntillas volvía a salir para ponerme a jugar de nuevo; con la misma intensidad ganaba trompos, canicas y baleros, y se los vendía a sus dueños. Las ganancias de un día llegaban a veces a la fantástica suma de dos o tres pesos.

Un día mi madre me dijo:

—Como te quedas en casa por mí, ¿de dónde sacas el dinero para pagar todo esto? —y señalaba los huevos y la jarra de leche sobre la mesa—. No... ¿no los robaste...?

Me eché a reír.

—No mamacita, no te preocupes.

Le conté cómo conseguía aquel dinero.

—Pero si tuviera que hacerlo —añadí apasionadamente—, no vacilaría un segundo y robaría para devolverte la salud.

—No hagas nunca eso —me replicó en tono severo.

Pero en sus ojos pude ver una tierna luz. Le sonreí, sintiendo un nudo en la garganta. Había veces en que me quedaba días enteros sin salir para atenderla. Entonces pasábamos verdadera hambre. Empeñé todo lo que se podía empeñar, y al fin no nos quedaron más que la manta y el catre en que ella estaba. Me pasaba la noche acurrucado en un rincón, cubriéndome con sus viejas faldas, que no me habían querido tomar en el Monte. La miseria se hacía cada vez más pesada, pero nos trajo una gracia. Nos acercó más el uno al otro. Han pasado muchos, muchos años desde entonces, pero todavía puedo ver sus lágrimas de cariño al verme ajetreteado tratando de hacer que estuviera cómoda, en ese catre en el que yacía inútil.

Una tarde, al anochecer, apareció Jesús. Con la voz trémula y ahogada, mi madre se le acercó a pasitos. Le dio unas palmaditas en los hombros, en las mejillas hundidas. Temblando toda le echó los brazos al cuello para acercárselo.

—Ya hace nueve meses que te llevaron —gimió—, nueve largos meses. Pero Dios es bueno. Todos los días le he rezado. Ya ves —y la cara se le iluminó—, me ha contestado.

Con el corazón agradecido, le di un abrazo a mi hermano. Luego, dimos un paso hacia atrás y nos sonreímos.

—Bien flaco te han dejado. Estás en el puritito hueso. Dime, ¿de qué crimen te acusaron?

—Ahora no —interrumpió mi madre—, pregúntale cuando haya comido —se acercó al brasero y levantó la cazuela—. Aquí hay chiles poblanos y arroz. Y también frijoles.

Jesús asintió. Hizo una mueca con la boca, posándole la mirada encima.

—Sí, mamacita. ¡Qué sabroso volver a comer aquí! en lugar de... —y ahogó sus últimas palabras en una especie de silbido—. ¡Qué sabroso! De veras que tengo hambre.

Se sentó y cogió una tortilla. Partiéndola por la mitad me dijo:

—Esto te asombrará. Nunca comparecí ante la corte. Me tenían allí, sencillamente al capricho de Díaz.

Me le quedé viendo, con ojos incrédulos. Dobló media tortilla y la mordisqueó.

—Así fue, Enrique. Cuando le convino al sinvergüenza ese, me soltaron.

Y acometió con la comida. Movié la cabeza y le sonrió a mi madre.

—No te puedes imaginar, mamacita, qué sabroso está esto.

Luego, levantando la mano:

—¿Saben cómo me soltaron? El carcelero vino y nos pidió excusas por habernos tenido allí. Han de saber que al mismo tiempo que a mí, metieron en Belén a un montón de estudiantes. El carcelero dijo que podíamos irnos, que estábamos perdonados —se le encendieron los ojos.

—Nomás así. Sin explicaciones, sin comentarios. Uno de los muchachos, furioso, le preguntó que qué quería decir eso de que nos perdonaban. ¡De nada los habían acusado! Y como no nos habían llevado ante la corte, ¿qué quería decir ese perdón? Pero la cotorra esa del carcelero, no hacía más que repetir su misma fórmula estúpida: “Pueden irse. Están perdonados”.

Jesús preguntó por Ricardo. El rostro de mi madre se ensombreció. Le dije que no habíamos vuelto a saber de él desde el día en que había desaparecido.

Una noche, seis meses más tarde, llamaron a la puerta. Mi madre fue a abrir y gritó: “Ricardo”, desmayándose en el suelo. Levantándola como una hoja en sus vigorosos brazos, Ricardo la llevó hasta la cama. Después de reanimarla, contó su historia, mientras ella parecía querérselo comer con los ojos. Había huido a Pachuca, en el estado de Hidalgo. Allí había encontrado trabajo como amanuense en la oficina de un abogado. Pero no aguantaba las ganas de vernos, así que había decidido correr el riesgo de que lo agarrara la policía.

Interrumpiéndose, se inclinó sobre mi madre, los ojos en los suyos.

—¿Cómo te sientes, mamacita?

—¡Cómo has crecido! —dijo ella sin hacer caso de la pregunta. Le metió las manos por el negro cabello.

—Y ahora, hijito, ¿qué piensas hacer? —Se la quedó viendo pensativamente.

—Huí para volver más tarde, para continuar, como mejor pudiera, lo que habíamos empezado con *El Demócrata*. Pero no sé... te ves enferma, mamacita. Te preocupas por nosotros. Creo que por el momento voy a dejar todo eso.

—No —le dijo—, recuerda las palabras de tu padre. Te ruego que escuches tu conciencia... Te prometo no preocuparme —añadió en serio. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo puedes mantener una promesa como esa, mamacita?

Se puso de rodillas y poniéndole los brazos alrededor de los hombros le dijo:

—Bueno, si lo apruebas...

Los labios de mi madre temblaron. Pero tenía los ojos limpios y firmes. Se volvió hacia Jesús y hacia mí y preguntó suavemente:

—¿Y ustedes dos?

—Queremos hacer lo mismo —contestamos a la vez.

Ella levantó la cabeza con orgullo.

—¡Son los hijos de su padre!

Con un suspiro, dejó caer la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. Quisimos acostarnos para que pudiera tener una larga noche de descanso. Pero se opuso.

—Sigán hablando. Me descansará oír de nuevo la voz de Ricardo.

Acercamos nuestras sillas al catre.

—¿En qué piensas? —le pregunté a Ricardo.

—Tenemos que conseguir dinero para empezar otro periódico. Si logramos que algunos de nuestros amigos contribuyan,

podremos empezar a funcionar dentro de un par de meses, o quizás antes.

—¡Amigos! —dijo Jesús haciendo una mueca de disgusto—. Escucha nomás: algunos de nuestros amigos estaban en Belén como agitadores —y nombró a unos cuantos—. Los soltaron al mismo tiempo que yo. Y ¿qué crees que hicieron? ¡Que el diablo se los lleve! Se dejaron comprar por el gobierno y ahora están todos con chambas del gobierno. Más vale que nos olvidemos de pedir ayuda y tengamos el control completo del periódico.

—Pero nosotros tres solos vamos a tardar años en reunir suficiente dinero para empezar un periódico —dije yo.

—Siento lo que me has contado.

Ricardo miró a Jesús, y quedándose callado unos segundos, añadió:

—Quizás tengas razón. Vamos a hacer lo que tú dices.

—Pasarán años antes de que podamos sacarlo —protesté yo—, pero si así lo quieren, ni modo.

—Y después —añadió Jesús con una amarga sonrisa—, hasta un ángel del cielo tendrá que probar su pureza antes de que le admitamos como confidente.

—Jesús, no digas blasfemias —dijo mi madre con voz indignada.

A los 19 años (en 1896) por fin me convertí en contador y auditor. Empecé a ganar suficiente dinero y a tener suficiente tiempo para entrenarme físicamente. En el Club Atlético Tinerero empecé a boxear, a hacer lucha libre y a hacer esgrima con sable y florete. Todo esto, junto con la gimnasia, me puso fuerte y saludable. No creo que hubiera podido resistir los sufrimientos físicos de más tarde sin el hierro que todo esto me dio. Al mismo tiempo

estudiaba leyes por la noche. También Jesús y Ricardo asistían a la escuela de leyes. Se mantenían trabajando en oficinas de abogados y ganaban un promedio de un peso diario. De lo que ganábamos ahorramos durante seis años. ¡Y de qué manera! Prescindiendo de los placeres propios de la juventud. Nuestras ansias y vigor juveniles se habían concentrado en un deseo feroz de combatir a Porfirio Díaz. Por fin llegó el día. El glorioso día en que, después de haber ahorrado lo suficiente para comprar una imprenta de segunda mano, nació *Regeneración*, el 7 de agosto de 1900.

Los años que habían pasado desde la muerte de *El Demócrata* nos habían parecido interminables. Durante todo ese tiempo, nuestra inactividad impuesta nos había irritado constantemente y con ojos y corazones iracundos habíamos visto cómo nuestro pueblo se iba hundiendo cada vez más en las arenas movedizas de la pobreza, la enfermedad y la esclavitud.

—Ya podemos gritar nuestras denuncias, multiplicarlas mil veces con nuestra imprenta —gritó Ricardo abrazándonos alegremente a un tiempo a Jesús y a mí.

Durante los cuatro primeros meses guardamos un silencio sepulcral acerca de Díaz y sus crímenes. Nos limitamos a dirigir nuestros ataques contra el sistema judicial y pusimos al desnudo, con frases corrosivas, la hipócrita pretensión de la integridad de los jueces, inundando con la luz de la verdad sus actos de justicia pervertida. Nuestras acusaciones no estaban veladas por amables generalizaciones. Mencionábamos hechos específicos, dábamos nombres, provocábamos a los culpables a que hicieran lo peor de que fueran capaces. Por ejemplo, el número del 30 de noviembre de 1900 contenía los datos siguientes:

Benito Carrizales, segundo juez penal de San Luis Potosí, ha dado rienda suelta a su arrogancia en el caso del señor José María Facha. Es un asunto al que daremos toda la atención que se merece.

El juez Carrizales, según los informes que nos han sido proporcionados, no trata a los abogados del señor Facha con el respeto debido. Este hombre hace gala del despotismo de un empleado brutal que abusa de sus servidores.

Ya es hora de que se haga comprender a este juez falaz que está en su puesto como servidor del pueblo, y de que debe servir con integridad y respeto al público que paga su sueldo. Actuar como tirano constituye una violación insolente del juramento que prestó al tomar su puesto. Afirmamos esto en el interés del público. A juzgar por su conducta, se cree Dios, pero nosotros nos inclinamos a creer más bien que es un discípulo de Satanás.

En número siguiente nos ocuparemos en detalle de los métodos arbitrarios de este juez, y de todo el asunto.

Al principio, el lema de *Regeneración* fue “Contra la mala administración de la justicia”. Para diciembre de ese mismo año nos habíamos ganado la atención de todo el país. Fue entonces cuando empezamos a considerar nuestro objetivo supremo: el apuntar nuestros cañones contra el dictador. Una noche en casa, tomamos la fatídica decisión. Por un momento nos quedamos todos callados. Luego, mi madre, que había estado escuchando, dijo:

—Me imagino que pensarán una frase para caracterizar su nueva actitud.

Ricardo nos echó una mirada a Jesús y a mí.

—Mamacita —dijo gravemente—, tengo que decirte que la nueva actitud puede tener consecuencias desagradables.

Se puso pálida y siguió callada.

—¿Comprendes, mamá? —continuó Ricardo—. Esta vez no vamos a perdonar ni al mismo Díaz.

Mi madre asintió con la cabeza; la respiración violenta, el pecho palpitante.

Ricardo vaciló un momento y se aclaró la garganta. Luego, apretando los puños, dijo:

—No va a ser fácil. Francamente, tendremos que vivir en una incertidumbre continua.

—Permítanme, hijos, que sugiera este lema para reemplazar al que tienen ahora: Periódico Independiente de Combate.

—Magnífico —gritó Ricardo.

—Y permítanme sugerir otra cosa —añadió mi madre—, escriban un artículo describiendo el carácter cruel de Díaz.

—Es una idea excelente, mamá —observó Jesús.

Yo observaba a mi madre. De pie, con la cabeza hacia delante, contra la pared, tenía los brazos apretados contra el cuerpo. Una extraña sonrisa temblaba en sus labios.

—¿Quién va a escribir el artículo? —pregunté. Ricardo miró a Jesús.

—¿Te gustaría escribirlo?

La extraña sonrisa de mi madre me intrigaba. De repente, lo vi claro. En un momento de iluminación interior, comprendía la profundidad de su nobleza de carácter.

Contemplaba con angustia el posible sacrificio de sus hijos. Estaba dispuesta a padecer esa suprema agonía porque sería en aras de la causa sagrada de la libertad, por la cual su amado esposo había luchado, aunque en vano.

—¡Quiero escribirlo yo! —dije.

De este modo, escribí lo siguiente.

Para mucha gente el presidente Porfirio Díaz es un enigma. Se preguntan por qué hace gala de tanta severidad a cada rato. Nosotros creemos que es un rasgo hereditario. Piensen ustedes en su padre, Chepe. Domador de caballos, los que no podía domar los mataba. A otros los castigaba con una estrella de acero en la punta del látigo. Deliberadamente les pegaba en el vientre, que, como todos saben, es la parte más sensible del animal. De este modo se divertía el progenitor del presidente. Noten ustedes las manifestaciones de este rasgo hereditario en su hijo cuando era niño. Su hermano Félix, por ejemplo, le hacía enojarse con alguna disputa pueril. Pacientemente esperaba a que Félix se hubiera dormido. ¿Qué hacía entonces el niño Porfirio? Le llenaba las fosas nasales de pólvora, y le prendía fuego con un cerillo. La desfiguración consecuente le valió a Félix el apodo de “Chato”.

El pequeño Porfirio se hizo mayor. Llegó a ser presidente. Nombró a Chato gobernador de Oaxaca. Chato era borracho y calavera. Lo mataron por los ultrajes que cometió contra los habitantes de Juchitán. Lo que siguió dos semanas más tarde fue una tragedia. Estaban los habitantes del pueblo escuchando en la plaza el concierto vespertino de la banda municipal y comentando la presencia de los soldados que el presidente había enviado a Juchitán. De pronto se oyó una orden, a la que siguieron descargas y más descargas de fusilería. Hombres, mujeres y niños, todos cayeron muertos o heridos. Cuando ya no quedó ni uno de pie, entonces cesó el fuego.

Fíjense bien, compatriotas, en este terrible suceso. La matanza fue preparada, no en el acaloramiento de la pasión, sino mucho después de la muerte de Chato. La muerte de la gente inocente

fue planeada con fría premeditación. El rasgo sádico que Chepe le pasó en herencia a su ilustre hijo, aparece aquí con toda su aterradora claridad.

Compatriotas, ¿es este —cabe preguntarse— un incidente aislado de la extraña naturaleza del presidente? Si así fuera, se le podría perdonar, ya que no olvidar. Pero recordemos un acontecimiento que tuvo lugar hacia el final de su primer periodo. Había empezado un movimiento para reelegir a Lerdo de Tejada, quien había huido a los Estados Unidos al apoderarse Díaz de la presidencia. El movimiento empezó a tener éxito. De repente, nueve de sus jefes fueron arrestados en Veracruz, en junio de 1879. El gobernador Mier y Terán le preguntó a Díaz qué debía hacer con ellos. “Mátalos y en caliente”, contestó con palabras que la historia no ha olvidado. Así, de este modo, como si estuviera ordenando la matanza de ganado, dio la orden el hijo de Chepe Díaz, el domador de caballos.

Compatriotas, pensemos de nuevo en la manera en que el general Ramón Corona, gobernador de Jalisco, halló la muerte. ¿Por qué fue condenado a muerte?

¡Corona tuvo la temeridad de atreverse a pensar en la presidencial! ¿Fue por inspiración divina por lo que un grupo de la policía supo cuándo, dónde y por quién se había de llevar a cabo esta muerte? Esperaron a la vuelta de la esquina. Después del hecho, cuando se acercó el asesino, le enterraron los puñales en el cuerpo. Medida prudente, que eliminó la posibilidad de que alguna vez cometiera la indiscreción de nombrar al personaje que, con una calma despiadada, digna de Calígula, decretó su muerte.

¿Necesitamos más indicios de su inclinación sanguinaria? Suprimir pueblos enteros, asesinar individuos, constituyere sencillamente la

conocida política de Díaz para mantener su concepto de la ley y el orden.

—Tengo que decirte, Enrique —comentó Ricardo al leer el artículo antes de que lo entregara yo al impresor—, que esto es un plato bien fuerte.

—Así quiero que se imprima, palabra por palabra. Sin omitir nada. ¿Tienes alguna objeción?

—Al contrario, me gusta —me contestó poniéndome una mano sobre el hombro.

Jesús lo leyó.

—Creo que se podría endulzar un poco. Sabes, Enrique, me gustaría que *Regeneración* durara un poco más.

La conmoción que causó mi artículo fue como la de un violento terremoto. El terror que Díaz había logrado imponer sobre los habitantes de México era increíble. Nadie se atrevía a levantar la voz en público contra él, temiendo que uno de sus omnipresentes espías pudiera escuchar.

Gente temerosa escribía casi todos los días a *Regeneración*: “¿Por qué atacan ustedes a nuestro gran presidente?”, “Es un presidente fuerte y mantiene el orden”, “No perturben la paz de la nación”.

Ah, pero poco después la levadura empezó a fermentar. Los mismos que objetaban, acabaron viendo que lo único que hacíamos era dejar que la luz de la verdad inundara la oscuridad de nuestra vida nacional. Se les pasó el miedo. Armándose de valor, tal y como lo habíamos esperado, cambiaron de actitud, y con el tiempo se convirtieron en nuestros defensores más ardientes. *Regeneración* estaba haciendo que la gente se diera cuenta de su

lastimero estado, dejando caer en sus corazones y mentes las semillas de la rebelión.

¡Qué alegría la nuestra al ver surgir esta actitud militante! Brillaba como las estrellas en una noche serena; en las cartas que inundaban la redacción del periódico, en los informes personales de nuestros partidarios en todo el país. Nuestra exaltación tenía algo de místico.

Estábamos seguros de que nuestros ataques provocarían represiones. Tan ciertos como de que la muerte sigue a la vida. Pero yo me sentía lleno de fervor de una causa sagrada, doblemente santificada por el ejemplo de mi padre. Estaba dispuesto a dejar que el incierto futuro siguiera su curso. Y, sin embargo, no era agradable pensar en la no remota posibilidad de que me arrancaran las narices, precisamente en la edad en que las muchachas empiezan a sonreírme y mi vida está en pleno hervor.

Mi madre sonreía y nos animaba. No nos dábamos cuenta de que ella también estaba entablando una lucha desesperada. No veíamos más que el valeroso exterior. Pero el miedo le iba minando las entrañas. Lo que pasó en San Luis Potosí, el 5 de enero de 1901, no hizo más que aumentárselo.

Tengo que retroceder un poco, a la ocasión en que el obispo de San Luis Potosí hizo un discurso en París. Sus comentarios, provocativos, tuvieron en México un efecto explosivo. El prelado declaró que, a pesar de la Constitución y de las leyes, la Iglesia en México estaba en pleno florecimiento.

La idea de que las jerarquías eclesiásticas volvieran a ser supremas nos traían, a mis hermanos, a mal traer. Veíamos en ellas la sombra de una amenaza mayor a la salud nacional que el mismo Díaz.

—Después de todo —decía Ricardo —tiene que morir algún día.

Pero la vida de la Iglesia sigue, día tras día. Es intolerable pensar que volvamos a condiciones que prevalecían antes de las Leyes de Reforma, cuando la Iglesia era omnipotente a costa de todo el mundo. Es decir, de todo el mundo, menos los hacendados y las otras sanguijuelas millonarias. ¡Hay que hacer algo!

Y algo se hizo. De los esfuerzos reflejados en muchas discusiones furiosas en todo el país, nació el Partido Liberal en el otoño de 1900.

Díaz, de zorro que era, permitió que naciera. ¿Por qué no? El peligro de una oposición legal a su sexta reelección había sido suprimido. Pero en menos de cinco meses después del incendiario discurso del obispo, habían surgido más de cien clubes liberales. El entusiasmo general había llegado a su punto álgido cuando se celebró una convención en el Teatro de la Paz de San Luis Potosí el 5 de enero de 1901.

Los delegados empezaron a llegar, Ricardo entre ellos, y tantos espectadores como podían caber. Afuera, la gente que no había podido entrar, llenaba las calles. Uno tras otro, los oradores pasaron a la tribuna y atacaron al gobierno. Pero se evitó la crítica directa contra Díaz, con gran impaciencia de Ricardo que escuchó atentamente notando la intencionada exclusión del tema central. Por fin le llegó el turno. Se dirigió hacia la plataforma. Alto, fuerte, con sus 25 años, imponía. Había algo en su aspecto severo que parecía dejar entrever lo que iba a decir. El público calló. Ricardo hizo una pausa, echó una larga y lenta mirada al teatro abarrotado, y dejó oír su poderosa voz:

—¡Lo que hay que atacar es el gobierno de Díaz! ¡No es más que una madriguera de ladrones!

Sus palabras rompieron el silencio como tiros de pistola. Como una marea corrió un murmullo de asombro y en las galerías estalló una tormenta de chiflidos de desaprobación.

Con los puños cerrados, Ricardo se adelantó en la plataforma. Cesó la rechifla. Entonces rugió:

—¡Porque el gobierno de Díaz es una madriguera de ladrones!

De nuevo se oyó una rechifla ensordecedora, junto con gritos de “¡Traidor! ¡Échenlo!”. Pasó una piedra rozándole la cabeza. Ricardo, levantando el puño, con los ojos echando fuego, y con su imponente figura que parecía engrandecerse, repetía:

—¡Porque el gobierno de Díaz es una madriguera de ladrones!

Y al decirlo por tercera vez se descargó en la palma de la mano izquierda un puñetazo con la derecha, que se oyó en todo el teatro.

El efecto que esto tuvo fue verdaderamente como el de una descarga eléctrica. Entusiasmado por su vehemencia, su valor y su personalidad dominante, el público estalló en una salva de aplausos. Cuando cesó, Ricardo prosiguió:

—Hablemos como hombres. Yo les pregunto, ¿cómo vamos a convencer al pueblo de que el Partido Liberal es un partido que se propone reparar las injusticias que contra él se hacen? Sólo hay una contestación posible: señalando directamente, así, con el dedo condenador al que maneja la administración nacional, esa máquina monstruosa que aplasta bajo sus ruedas sus esperanzas, sus aspiraciones y sus cuerpos.

Hizo una gran pausa. El público, paralizado, esperaba lo que iba a decir después. Levantando lentamente el dedo hacia la galería, con pausadas palabras, dijo:

—El presidente Porfirio Díaz es la araña que teje la tela del engaño y la injusticia que las arañas menores imitan. Ya saben

ustedes quiénes son: los gobernadores de los estados, los jefes políticos, los generales.

Con la voz temblándole de furia, expuso en detalle los sueldos miserables, las deplorables condiciones de vida y de trabajo que padecía el pueblo que trabajaba en fábricas, molinos y minas; de los peones en las haciendas, de la esclavitud, disfrazada con el eufemismo de “trabajo de contrato”, que existía en las plantaciones de tabaco de Valle Nacional, de donde apenas regresaba un esclavo de cada cien: de las confiscaciones y robos a la gente del pueblo por obra de los secuaces de Díaz.

—Todas estas injusticias tienen su origen en Porfirio Díaz. Él es la ley. Para mantener su dictadura les concede un poder ilimitado a las harpías que le siguen, quienes se ceban en la sangre del pueblo.

El público, en atenta tensión, escuchó lo que Ricardo proponía para reformar al país: ¡Expulsar a Díaz! En el ínterin, reemplazarlo con el presidente de la Suprema Corte, como lo decretaba la Constitución, y finalmente, el pueblo votaría libremente por los candidatos presidenciales que ofrecieran los diversos partidos políticos, incluso el Partido Liberal.

Terminó de hablar. Por un momento no hubo más que silencio. Parecía como si su atrevida propuesta hubiera petrificado a la audiencia. Siguió luego un estallido de aclamaciones que sacudieron las paredes del teatro.

Pero las medidas que se adoptaron después, siguieron un curso más comedido, y representaban las ideas de la mayoría de los miembros del Partido Liberal, es decir, realizar una campaña o reforma por medios pacíficos. (Durante el segundo congreso del Partido Liberal, el 24 de enero de 1902, interrumpido por los hombres de Díaz, se adoptaron algunas de las ideas de Ricardo, pero en

aquella época éste estaba en la prisión militar de Santiago Tlatelolco). Cuando volvió de San Luis Potosí, Jesús y yo lo felicitamos calurosamente por su discurso. Mi madre, con los ojos brillantes, lo abrazó.

—¿Crees tú que Porfirio Díaz lo sabe? —preguntó.

Ricardo se echó a reír.

—Probablemente recibió un informe completo aún antes de salir yo de San Luis Potosí.

—¡Oh! —exclamó ella suavemente por todo comentario.

Unos días más tarde la policía irrumpió en *Regeneración* mientras yo no estaba. A Jesús y a Ricardo se los llevaron a Belén.

Desde ese momento mi madre fue cuesta abajo. Unos amigos les pidieron a las autoridades que les permitieran a sus hijos encarcelados que fueran a visitarla, bajo estrecha vigilancia, en su lecho de muerte. La petición fue rechazada. Se le pidió a Díaz en persona. De nuevo la respuesta fue negativa.

—Maldito monstruo —pensé en mi amargura—. Aumentar el sufrimiento de mi madre no permitiéndole que tenga el consuelo de decirle adiós a sus hijos. ¡Otra deuda más que cobrarle! —terminé murmurando.

—Mi madre estaba echada en un catre, los ojos cerrados, la respiración apenas perceptible. Volvió la cabeza y me miró con sus grandes ojos.

—¿Dijiste algo, Enrique?

—Pensaba en Jesús y Ricardo.

—También yo —la voz le tembló—. Me acuerdo de la vez que los traje en cestos desde Teotitlán, contigo en los brazos. Y el *porter* del tren nos quería echar. Pero los pasajeros no lo permitieron. Dieron dinero para nuestros boletos.

Se detuvo para respirar. Su cobija subía y bajaba sin parar, al ritmo de la respiración espasmódica. Poco después prosiguió:

—Esa es la clase de gente por la que Ricardo y Jesús están en Belén —cerró los ojos y apretó los labios.

Después de un rato, pasado ya el dolor:

—Cuando pienso en todo lo que han realizado, quizás el precio que están pagando no sea demasiado alto.

Su rostro tembló todo. Las lágrimas le caían por las mejillas. Luego añadió tranquilamente:

—Quería verlos antes de marcharme. Como Díaz me niega esa felicidad, siento que se le haya dado la satisfacción de sentirse rogado. Cuando salgan, Enrique, díles que siempre les tuve presentes en mis pensamientos y en mis oraciones. Volvió a detenerse, con el miedo reflejado en sus pupilas.

—Sí... si salen con vida de ese lugar horrible —murmuró.

Alguien llamó a la puerta. Fui a abrir. Un desconocido con sombrero de copa y levita preguntó si era esa la casa de la señora Flores Magón. Le dije que sí. Pidió hablar con ella y le hice entrar. Con su ropa inmaculada, sus botas brillantes, el cuerpo gordo y bien alimentado, contrastaba marcadamente con la pobre mujer extenuada que le miraba desde un catre. Cortésmente, le pidió que acercara una silla, explicando que le costaba mucho trabajo hablar.

—Señora Flores Magón —dijo—, tengo el honor de hacerle una propuesta de parte del presidente don Porfirio Díaz.

—¿De veras? —mi madre arqueó las cejas—. ¿Y de qué se trata?

—El presidente le promete, sobre su palabra de honor, que en menos de media hora sus hijos quedarán en completa libertad.

El rostro de mi madre se iluminó con una sonrisa celestial. Me miró, con brillo en sus ojos hundidos.

—Enrique, parece que he juzgado mal al presidente.
—Sí, mamacita. También yo le debo excusas —contesté.
Débilmente, mi madre levantó una mano impaciente.
—Que vengan pronto, señor. Temo que no voy a durar mucho.
—Espero que no —dijo él con voz complaciente.
—Por favor, no pierda un minuto —insistió ella.
El hombre de levita se aclaró la garganta.
—No hay más que una pequeña condición que cumplir—ella me miró, primero a mí, luego a él.
—Una condición que yo tengo que cumplir, ¿no es eso?
—Estoy seguro, señora Flores Magón, que no se la negará al presidente. Sinceramente desea que usted vea a sus hijos.
—Sí, sí —dijo con impaciencia.
—No es más que una pequeña condición. Le ruega que la acepte —volvió a decir levantando el índice.
—Por favor, si es tan amable, señor —preguntó ella—, ¿qué es lo que quiere de mí el presidente Díaz?
El emisario juntó las manos en un gesto de súplica.
—El presidente sólo quiere que le pida usted a sus hijos, como última voluntad, que dejen de atacarlo.
Aquella alegre luz se apagó en sus cansados ojos. Permaneció callada un largo rato. Parecía que estaba reuniendo fuerzas para el esfuerzo supremo.
Afuera, la lluvia caía, pues la estación no había pasado aún. Hacía frío en el cuarto, más que de costumbre, pensé yo, y me eché a temblar viendo a mi madre. Sus hundidos ojos brillaban de la fiebre que la consumía.
—Dígale al presidente Díaz que escojo morir sin ver a mis hijos —dijo con voz tranquila.

El emisario se puso de pie, mirándola incrédulamente. Sin detenerse, mi madre siguió hablando.

—Y, es más, dígame esto: prefiero verlos colgados de un árbol a que se arrepientan o retiren nada de lo que han dicho o hecho.

El hombre dio un paso atrás, estupefacto de admiración. Temblando de emoción, en silencio, hizo una profunda reverencia a la mártir agonizante que le dirigió una mirada. Mordiéndose los labios, salió sin pronunciar palabra.

Rendida, mi madre cerró los ojos. Sus labios se movieron. Yo me incliné sobre ella, y alcancé a oír el murmullo angustiado.

—Mis hijos, mis hijos.

Me enderecé. Sentía como si una mano de hierro me estuviera apretando el corazón. El dolor me arrancó un sollozo. Mi madre abrió los ojos, sonrió débilmente y me tendió una mano. Me arrodillé y se la tomé entre las mías. Estaba helada. Yo se la calenté, frotándola suavemente. Una hora después moría.

En una especie de estupor me quedé viendo su hermosa cara cansada. Los rasgos de ansiedad y de tensión se habían ablandado. Ahora estaba tranquila y en paz. Parecía como si la sombra de una sonrisa se hubiese posado sobre sus pálidos labios, como si estuviera soñando algún sueño placentero.

Pocas veces había parecido tan tranquila. Pero un dolor intolerable me atenazaba. Habían sido nuestras actividades revolucionarias lo que había contribuido a minar su vitalidad. Su tierno corazón se había desbordado de amor por nosotros.

Había sumergido sus sentimientos para no ablandar nuestro espíritu luchador. Nos había animado, por su amor a la memoria de su querido esposo, y por la causa que los dos habían abrazado. Y todo el tiempo había tenido el corazón oprimido entre el miedo

y la ansiedad por nosotros. Contemplé el cielo gris de donde la lluvia septembrina caía en grandes mantas, y me pregunté por qué tenían que haberle asestado a ella un golpe así. Era la suya una naturaleza dulce y suave; no vivía más que para darle felicidad a sus seres queridos. ¿Qué crímenes había cometido que justificaran la tortura que a la larga la había abatido? ¿En qué había ella ofendido a Dios? Y por única respuesta del cielo, la lluvia caía y caía.

Me levanté de la silla y la besé en la frente, ya helada. Yo tenía un nudo en la garganta.

—Mamacita—dije—, te prometo que seguiré la lucha por la que diste tu vida.

Con la ayuda de nuestro fiel camarada Eugenio Arnoux, seguí publicando *Regeneración* hasta que la mano vengativa de Díaz lo suprimió. El último apareció el 7 de octubre de 1901.

Para mi felicidad, a fines de ese año, Ricardo y Jesús recobraron la libertad. Cuando los arrestaron no les dieron razones. Una vez puestos en libertad, le dijeron sencillamente que se fueran. Nada más. Las caras desencajadas y los cuerpos enflaquecidos decían a las claras lo que habían sufrido. Y, sin embargo, tuvieron más suerte que otros miles. Salieron de Belén por sus propios pies.

Fue entonces cuando Jesús declaró que no creía poder seguir en la lucha. Teniendo en cuenta lo que había sufrido, su determinación era comprensible. Además, quería casarse con Clara Hong, su novia desde hacía 11 años. Ricardo y yo le deseamos buena suerte.

Cuando se marchó, Ricardo se quedó sentado, con una expresión meditativa. Al cabo de un rato alzó la vista.

—Enrique ¿recuerdas lo que nuestro padre nos aconsejó al morir?

—¿Cómo puedo olvidarlo? —contesté—. Dijo: “no dejen que el tirano les quite su hombría”.

Ricardo asintió.

—Eso es lo que dijo. Y también que éramos los hijos del hombre que sirvió a Benito Juárez honradamente por la causa sagrada de la libertad.

—Sí, Ricardo, esas fueron sus palabras.

Ricardo se levantó y dijo tranquilamente:

—Yo vuelvo a empezar donde lo dejé.

Le cogí la mano y sacudiéndolo con fuerza grité:

—Los dos, Ricardo, juntos.

En el recuerdo tenía la imagen de mi madre en su lecho de muerte, y pensé “esté donde esté, estoy seguro de que lo aprueba”.

Al renovar la batalla contra el hombre que mantenía a México oprimido bajo su férrea mano, nos exponíamos a cualquier peligro imaginable, incluso el de una muerte repentina. Pero en nuestros corazones ardía una hoguera encendida por las palabras de nuestros padres muertos, hoguera que no se apagaría hasta que el campesino y el obrero se vieran libres de su esclavitud económica y espiritual.

La conjura de la Segunda Reserva

Regeneración había muerto. ¿Con qué otro periódico podríamos reemplazarlo? Nuestros ojos se fijaron en *El Hijo del Ahuizote*. El periódico había estado, bajo la dirección de Daniel Cabrera, a la cabeza de la prensa libre. Con vigor, había fustigado a Díaz y su obra. La valiente actitud de Cabrera y las mordaces caricaturas de *El Hijo del Ahuizote* habían hecho que el periódico fuera sumamente admirado por los liberales. Por desgracia, Cabrera cayó gravemente enfermo y los que se quedaron a cargo del periódico no podían compararse en valor, de modo que *El Hijo del Ahuizote* se convirtió en algo desabrido y sin sustancia, con la consiguiente pérdida de influencia y circulación. Un día fuimos a visitar a Cabrera.

—¿Qué desastre —dijo Ricardo —que esté usted enfermo, señor Cabrera! Permítame que le diga que nadie le admira más que yo por la lucha que dirige contra el hombre de Palacio Nacional. Pero ahora, sin usted, permítame que le diga que no tiene el periódico más carácter que una prostituta.

—Así es, señor Flores Magón —suspiró Cabrera—. Esos están más asustados que conejos. A mí mismo me avergüenza el reconocer que soy dueño del periódico.

—¿Qué circulación tiene? —pregunté.

—Doscientos cincuenta —dijo tristemente.

—¡Caramba! ¡Eso sí que es dar un bajón! —y Cabrera hizo un gesto de disgusto con las manos.

—¡Está a punto de desaparecer! —dijo.

—Señor Cabrera —dije—, ¿no le gustaría ver a *El Hijo del Ahuizote* otra vez en pie de guerra?

—¡Pregunta tonta! —y mirándome intensamente—, ¿tiene usted un plan?

—Sí. Alquilémos el periódico. Le pagaremos cien pesos a la semana mientras lo sigamos publicando.

Durante la vida de *Regeneración* se habían reunido suficientes fondos como para permitirnos esto.

Se quedó pensando un momento. Asintió con la cabeza y añadió:

—Con una condición.

Me le quedé viendo.

—¿De qué se trata, señor Cabrera?

—Que de veras le den en la torre a Díaz.

Ricardo se frotó las manos y sonrió.

—Usted nomás espere y verá.

—Espere y verá —repetí, haciéndole eco entusiasta.

—Escribiremos nuestros artículos con pseudónimos —dijo Ricardo—, hasta que Díaz se entere. Después... —los ojos se le achicaron.

Yo le puse las manos sobre los hombros.

—Después, Ricardo, confiaremos en la diosa de la fortuna.

Desde el primer número, que apareció en marzo de 1902, empezamos a ridiculizar y a satirizar al dictador. Para que escociera más, hacíamos caricaturas, caricaturas devastadoras, que se burlaban y se reían de su régimen. En cuatro meses la circulación subió hasta 26 mil, la mayor de cualquier periódico opositorista.

—¿Qué te parece, eh? —dije yo triunfante, y Ricardo sonrió.

—Quisiera saber qué le parece a Díaz —dijo.

—Ya te lo puedes imaginar.

Llegó el 21 de marzo, aniversario del natalicio de Benito Juárez, día que le brindó a Ricardo una espléndida oportunidad para hacer que el presidente se retorciera en su silla.

Con otros miles, Ricardo y yo fuimos a rendir homenaje a la tumba del gran libertador. Poco después llegó Díaz. Lo acompañaba un grupo de aduladores de la Cámara de Diputados y un destacamento de soldados. Mientras escuchábamos el elogio de Juárez que hacía el dictador, le di un codazo a Ricardo en las costillas.

—Mira, mira las lágrimas. ¡Qué hipócritas! Fíjate en las caras luctuosas de Corral, Limantour y los otros actores que están detrás del actor principal.

—¡Otros hipócritas! —dijo mi hermano.

—¡Pero Díaz se lleva la palma de las plañideras!

—Sí, todos los años es lo mismo. Aprieta un botoncito y salen lágrimas como de un grifo —y Ricardo escupió con asco en el suelo.

Me fijé bien en Díaz.

—No parece que le cueste ningún trabajo hacerlas salir.

—A lo mejor tiene una cebolla escondida en el pañuelo para ayudarse a hacerlas salir —dijo Ricardo.

—¿Cuánta gente se estará dando cuenta de la farsa que está representando? —añadí yo.

—Una farsa trágica —dijo Ricardo enfadado.

—Pero una farsa.

Y me dio una palmada en el hombro.

—¡Magnífico! —gritó, con la cara toda entusiasmada.

—¿Eh? ¿Qué? —dije yo entornando los ojos.

—Me has dado una idea estupenda para un editorial. Vente —y me cogió del brazo—. Vámonos de aquí.

En su entusiasmo, Ricardo corrió prácticamente hasta nuestra oficina en la calle de República de Colombia.

Y he aquí lo que salió de su máquina de escribir:

Una escena conmovedora fue la que pudieron contemplar miles de personas el 21 de marzo en la tumba de Benito Juárez. Como de costumbre el día del aniversario del hombre que liberó a México de las garras de la Iglesia y de los franceses invasores, el presidente Porfirio Díaz pronunció un discurso en memoria suya. ¡En verdad que fue aquel un noble y conmovedor espectáculo!

Ahí estaba nuestro gran presidente, quien, habiendo fomentado una rebelión contra Benito Juárez, dejaba ahora olvidar el agua pasada, en un bello espíritu de magnanimidad. ¿Para qué desenterrar recuerdos desagradables?, parecían dejar a entender las bien escogidas palabras del presidente. Sí, ¿para qué? ¿No impera la paz y el orden bajo su benigna administración?

Aunque posiblemente, algún crítico capcioso pueda decir que son una paz, un orden y una ley diferentes de las que regían en tiempos de Juárez. Mas, ¿quién podría dudar de la sinceridad de las palabras del presidente en este histórico día? Desde luego que

la multitud que vio lo que vimos no podía dudar. ¿Y qué fue lo que vimos?

Con respeto profundo reproducimos para nuestros lectores la tierna escena. En el momento más conmovedor de su apasionado panegírico, se detuvo. No tuvo más remedio: lágrimas cegadoras le bañaban las mejillas. Modestamente desdobló un pañuelo, miró a su alrededor para ver si sus compatriotas le estaban viendo y se enjugó las húmedas huellas de la emoción. Eran lágrimas sinceras.

¡Bien que lo sabemos! Porque en cada aniversario del natalicio de Benito Juárez, corren con la misma fuerza incontrolable, acompañadas de un pañuelo diferente.

Una carcajada gigantesca resonó por todo México al aparecer el editorial. Esa era la reacción que esperábamos. Inmediatamente, Ricardo escribió otro por el estilo:

Algunas personas se han dirigido a *El Hijo del Ahuizote* con motivo de nuestro editorial acerca de las lágrimas del presidente Díaz el día del aniversario de Juárez. Dicen que lo exponen bajo una luz extraña. ¿Por qué extraña? preguntamos. Al contrario, mantenemos que la facilidad que el presidente tiene para llorar en las ocasiones propicias le sientan sumamente bien. Queremos informar a estos críticos algo que quizás no sepan: que nuestro presidente tenía la capacidad de llorar aun antes de llegar al máximo puesto de la nación.

Recordémosles un suceso histórico que hizo que la atención del país se concentrará en este dominio de sus “lacrimoductos”. Sucedió cuando estaba luchando para quitarle el poder a Lerdo de Tejada en 1876. Antes de triunfar, fue derrotado en la batalla

de Icamole, lo cual le hizo pensar que había llegado el fin de sus esperanzas. Se echó a llorar. Ante este viril desahogo de fuertes emociones, sus partidarios le dieron la espalda, algunos, dicen, asqueados. Por nuestro honor, nos apresuramos a proclamar ante el mundo que este dramático desahogo de su exaltada naturaleza le valió, justamente, el famoso título de “El llorón de Icamole”.

—Sus salidas satíricas —dijo Juan Sarabia muerto de risa —tienen un efecto que va más allá de la risa. La gente está perdiendo el miedo. Entierran entre carcajadas el respeto que le tenían a Díaz. Les aseguro compañeros, que su reacción está empezando a preocupar al gobierno.

—Así debe ser —dijo Ricardo—, porque nuestra política consiste en liberar al pueblo del terror a los rurales, al ejército, a la policía, a la acordada, a los jefes políticos.

—Ah, Juan —dije yo—, cuando veamos a las masas oponerse a todo el despliegue de fuerzas tras las cuales atrinchera a su poder autoritario, ¿ese será nuestro gran día!

—Y pensar —se lamentó Juan— que nada más al otro lado del Río Grande el pueblo de Estados Unidos goza, como en la cosa más natural, de libertad política, de libertad de prensa y de libertad de voto. Yo les pregunto, compañeros, ¿somos seres humanos como ellos, o no?

Empezábamos a organizar al pueblo. Espíritus afines se sentían atraídos a nuestra órbita, tales como el mencionado Juan Sarabia, Santiago de la Hoz, Antonio Díaz Soto y Gama, Librado Rivera y otros. Todos intelectuales, por lo general estudiantes, salvo Rivera que era maestro de escuela. Rebosante de entusiasmo le dije a Ricardo:

—Da gusto saber que tenemos el apoyo de un número creciente de personas.

—Sí, es verdad —contestó él, acariciándose el bigote con un gesto de satisfacción.

Luego arrugó el entrecejo, pensativo y agregó:

—Pero hasta ahora no ha producido ninguna reacción en el Palacio Nacional.

Debe quedar claro que no fomentábamos la violencia, pero en un estilo cuidado y prudente, le advertíamos constantemente al dictador que estaba corriendo el riesgo de que lo echaran por la fuerza; que por sus actos estaba empujando al pueblo a una sangrienta revolución, y subrayábamos con toda solemnidad nuestras advertencias: la Constitución de 1857 le concede al pueblo el derecho a sublevarse si las condiciones se hacen intolerables.

—No puede estar muy lejano el día en que la bota de Díaz nos aplaste —dijo Ricardo pensativamente.

—¡Que se vaya a la chingada! —contesté yo.

¡Qué época más extraña fue aquella! ¿Puede concebirse algo más grotesco que el que nosotros hayamos protegido a Díaz de las maquinaciones de un miembro de su familia oficial? El secretario de la Defensa, general Bernardo Reyes, era un típico compinche de Díaz. Ejemplarizaba los pájaros de rapiña cuyos feroces instintos hallaban incitación en la sangrienta pajarera del dictador, el Palacio Nacional.

Antes de tener el puesto de entonces, su señor le había hecho gobernador de Nuevo León. Allí Reyes hizo de su nombre contra-seña y escarnio. Cualquier actividad que fuera contra sus intereses la contrarrestaba con la violencia y el asesinato. Mandaba asesinar

a los opositores que incurrían en el mal gusto de resistírsele, o los mataba él mismo, como por ejemplo en la siguiente ocasión.

Se daba una fiesta en el Palacio de Gobierno en Monterrey, capital de Nuevo León. Estaba Reyes bailando con una muchacha de una distinguida familia, cuando se le acercó uno de sus hombres.

—Perdóneme excelencia —dijo—, abajo tenemos a su hombre.

Al oírlo, Reyes se puso rojo y tembló. Como era epiléptico, su sistema nervioso se agitaba fácilmente.

—Espléndido —gritó.

Luego, sin pronunciar siquiera una palabra de excusa, dejó a la asombrada señorita.

Abajo encontró a un cautivo. Le habían obligado a caminar muchos kilómetros desde el campo, con las manos atadas a la espalda, mientras sus aprehensores le seguían a caballo. Tenía las manos todavía atadas cuando Reyes le vino al encuentro. Estaba seco, quemado y agotado de la marcha punitiva bajo el candente sol, pero al ver aparecer al gobernador de Nuevo León, se le iluminaron los ojos inyectados en sangre y dibujó con los labios una mueca de desprecio.

Reyes lo miró en silencio. Echó mano a la pistola, la sacó y la vació sobre el hombre indefenso.

De magnífico humor, su excelencia volvió a su agradable compañía y prolijamente se excusó de su abrupta marcha. Luego, al empezar a bailar, comentó displicentemente:

—Acabo de tener el placer de matar con mis propias manos a uno de mis enemigos.

Ante su desparpajo, la muchacha sonrió cortésmente, pensando que se trataba de algún chiste, pero de repente, percibiendo un

resplandor casi demente en sus ojos, se sintió desmayar. Reaccionando, se separó violentamente de sus brazos, y corriendo aterrada hacia los demás miembros de su familia, contó lo sucedido. Otros huéspedes que estaban alrededor lo oyeron también, y como un viento desencadenado la noticia se expandió por todo el país.

Por lo visto Díaz pensó que esta hazaña merecía algo especial y nombró a Reyes secretario de la Defensa. Fue entonces, al frente de este estratégico puesto, cuando concibió el plan de formar una Segunda Reserva del ejército. Convenció a Díaz de que diera su aprobación, alegando que teniendo una Segunda Reserva que aumentara el ejército regular, la tarea de mantener la ley y el orden quedaría simplificada. Por ejemplo, si, como sucedía de vez en cuando, los agitadores clamaran contra el gobierno, teniendo la Segunda Reserva se podrían despachar fuerzas considerables a los lugares inquietos sin debilitar peligrosamente las áreas de donde se las sacara. Díaz quedó encantado. Era verdaderamente una idea admirable. El ambicioso secretario de la Defensa sabía muy bien que llegar a la presidencia por medio de una elección era imposible. El pueblo le odiaba demasiado. Además, con toda probabilidad, Díaz se desharía de él, como lo había hecho con otros, en cuanto anunciara su candidatura. Pero una Segunda Reserva de 200 mil hombres estaría bajo su mando directo.

Cuando las cosas estuvieran en su punto, fácilmente podría superar al ejército regular, pues éste, incluyendo a la policía, no ascendía a más de 60 mil hombres. Con todas estas fuerzas, y después de relegar a Díaz al olvido, no le costaría ningún trabajo manejar el país a su capricho. Cuando Ricardo y yo supimos que estaba formando la Segunda Reserva nos entró curiosidad. ¿Qué había detrás de este movimiento extraordinario? Tratamos de

averiguar la verdad por medio de algunos partidarios que teníamos en Palacio, pero sus versiones contradictorias nos dejaron perplejos. No eran más que simples rumores. Uno decía que se trataba de fortalecer al ejército, otro que se trataba de balancear el poder de los generales; un tercero, que capacitaría al gobierno para imponer una mayor tranquilidad interior.

—¿Qué te parece si me alisto en la Segunda Reserva? —le dije a Ricardo.

—Una vez dentro, no creo que me sea imposible oler lo que está sucediendo en la cola de este enorme perro del ejército.

—No es una mala idea—pero luego, moviendo la cabeza en señal de negación—... no, creo que más vale que la olvides.

Lo miré sorprendido.

—¿Por qué? Si es buena idea, ¿por qué dejarla?

—Si lo averiguan alguna vez, ya sabes lo que te pasará. Sería tu fin —dijo Ricardo alzando las manos.

—Te aseguro que tendré mucho cuidado.

—Olvídalo —contestó violentamente.

—De nada sirve que te opongas. Yo estoy decidido.

Ricardo se mordió los labios.

—Creo que no voy a dormir bien hasta que vuelvas.

Así pues (corría el año de 1902) me alisté en la Segunda Reserva en calidad de soldado común. Con cautela empecé a interrogar a los soldados. Con gran desilusión me di cuenta de que no sabían casi nada.

—Hablar con ellos es una pérdida de tiempo —pensé disgustado—, tengo que hacer amistad con los oficiales de instrucción.

Los oficiales de instrucción eran capitanes. Su deber consistía en hacer soldados de los reclutas a macha y martillo. Y literalmente

así lo hacían. Me producía verdadera náusea ver cómo les daban de bofetadas, de patadas, de garrotazos, en fin, cómo abusaban de ellos, sin excluirme a mí. Los trataban con la misma brutalidad que a los reclutas del ejército regular.

—Tienes que pasarles por alto la bestialidad —me dijo Ricardo—, estás ahí para realizar tu trabajo.

De modo que, tragando lo que fuera, fui cultivando la amistad de los instructores. Como ellos eran capitanes y yo no era más que un soldado raso, era para ellos poco más que la tierra que pisaban. Yo no perdía los estribos y hacía lo que mandaban, lo cual acabaron por reconocerme, aunque no fuera más que dispensándome una especie de tolerancia desdeñosa. Con el capitán Figueroa, sin embargo, llegué a establecer relaciones bastante buenas.

Manteniendo los ojos bien abiertos, noté algo que me llamó la atención. De vez en cuando los instructores se metían en cierto barracón y se encerraban con llave. ¿Qué sucedía detrás de la puerta? ¿Podía ser algo que me sirviera? Me propuse averiguarlo.

Un día, hablando directamente con otros reservistas, aludía al cuarto misterioso. Pero fue como si les hablase de la luna. Me di cuenta entonces de que tenía que obtener la información de uno de los capitanes. ¿Pero cómo arreglármelas?

Una tarde, los instructores empezaron a dirigirse hacia el cuarto tentador. Me puse a pensar con detenimiento. ¿Qué podría yo hacer para saber lo que tramaban allí? En ese momento vi acercarse al capitán Figueroa. Esta es la mía, pensé. El corazón se me salía del pecho. Lo saludé. Luego caminando a su lado, le dije:

—Capitán Figueroa, he tratado de limpiarle el uniforme con gasolina, pero siento tener que informarle que las manchas no salen.

—Pues pruebe con otra cosa.

—Sí, mi capitán. ¿Qué otra cosa indica usted?

En ese momento justo, cuando nos acercábamos a la puerta, uno de los otros le llamó. Entraron juntos y yo seguí tras el capitán Figueroa. Mi corazón hacía más ruido que el reloj de un abuelo. En el cuarto, sin muebles apenas, había una media docena de instructores, unos de pie y otros sentados. Poco a poco llegaron otros. Mirando por la ventana, me hice el tonto y pretendí que no me daba cuenta de nada. Pero lo que llegó hasta mis oídos, me hizo poner los cinco sentidos en tensión.

Eran los hombres de Reyes. Con asombro les oí comentar alegremente el plan con el cual su jefe estaba seguro de poder suplantarse a Díaz. Con las caras radiantes hacían chistes y se reían, saboreando por adelantado la consternación de Díaz cuando se viera ante lo inevitable, y se felicitaban mutuamente por los ascensos que recibirían después del golpe de Estado.

Habiendo oído todo lo que quería oír, no pensaba en otra cosa más que en marcharme para exponer la conjura en *El Hijo del Ahuizote*. Pero la cosa no era tan fácil. Con la sangre batiéndome en las sienas me puse a pensar en las consecuencias que tendría el que estos conjuradores me descubrieran en el momento de escurrirme. Se darían cuenta en el acto de que había estado espiando. Sería mi última hora, pues no tendrían el menor escrúpulo en darme una paliza mortal. Me sentía atrapado. Me había preocupado tanto de la manera de entrar, que no se me había ocurrido hacer un plan para salir. Mi única esperanza, pensé en mi desasosiego, era que al salir no se dieran cuenta de mi presencia. De pronto oí una voz ronca que gritaba.

—Por favor, dejen de hablar.

Inmediatamente se hizo un silencio, sólo interrumpido por el taconear de unas botas que se acercaban.

De reojo vi a un capitán ceñudo y picado de viruela acercársese. Hice como que estaba profundamente absorto en lo que veía tras la ventana. En ese momento una bandada de pichones volaba sobre el techo cercano.

—Vuélvete —gruñó.

Me di media vuelta y saludé. Se me quedó mirando intensamente.

—¿Cómo entraste aquí? —preguntó arrugando el entrecejo.

—Pues —contesté con aire inocente— nomás entré con mi amigo el capitán Figueroa.

—Capitán Figueroa —gritó mi inquisidor —tenga la bondad de acercarse... este soldado —y me señaló con el dedo —dice que vino con usted. ¿Es cierto?

—¿Qué? ¿Qué viniste conmigo? —exclamó el capitán en el colmo del asombro.

—Qué, ¿no se acuerda, mi capitán? Tuve el honor de encontrarle en el pasillo y le hablé...

—¿Qué caradura la tuya de haberme seguido! —gritó, poniéndose rojo de ira.

—Pues mi capitán, pasó así...

—¿Pendejo! —me interrumpió— ¿Acaso te invité yo?

—Invitado no, mi capitán, pero usted recordará que con todo respeto le pregunté qué debía usar para limpiar su uniforme. En ese momento usted saludó al capitán Dávila, de modo que yo le seguí esperando sus instrucciones para usar algún otro quitador de manchas, porque sería una lástima que el uniforme...

—¡Largo de aquí! —gritó, dándome una patada.

La patada me dolió, pero qué gusto el de sentirme libre con el pellejo a salvo. No volví más a la Segunda Reserva. En el número siguiente de *El Hijo del Abuizote* denuncié la conjura. Causó una conmoción nacional. El día en que se publicó el artículo, estábamos Ricardo y yo en la oficina hablando sobre él. De repente irrumpió un capitán de la policía con media docena de hombres.

—¡Quedan todos arrestados! —anunció.

Ricardo se le encaró, apretando los labios.

—Por orden del presidente Díaz, me imagino.

—Por orden del general Bernardo Reyes, el mismo secretario de la Defensa —dijo el capitán.

Le hice una señal a Ricardo para que se calmara.

—¿De qué nos acusan? —le pregunté al oficial.

—De insultar al secretario de la Defensa.

—¿Insultar al secretario de la Defensa? ¡Imposible!

El capitán volvió a arrugar el entrecejo, pensativamente. Por lo visto no estaba seguro de lo que quería decir.

—¡Esa es la acusación! Salgan todos —dijo enseguida.

—Un momento—protestó Ricardo—. Estos hombres—y señalé a los empleados de la oficina— no son más que empleados. No tienen nada que ver con los artículos publicados.

—Las órdenes que tengo son de arrestar a todo el mundo que esté aquí —gruñó el capitán.

—¡Andando! —ordenó sin dar lugar a réplica.

Nos llevaron a los cuatro a la primera delegación. Luego a los cuarteles del 24º batallón, y allí nos metieron, sin grandes amabilidades, en el cuarto de las banderas.

Por la noche hizo mucho frío. Miré las banderas y pensé: “Han sido deshonradas al servicio de Díaz. No tengo por qué tener

escrúpulos para abrigarme con ellas”. Cogí varias; luego, viéndome los zapatos cubiertos de barro, me detuve. Hubo un tiempo, me dije, en que estaban en manos de patriotas honrados. Patriotas que murieron para liberar a su país de las garras del invasor extranjero. Y dejándolas de lado, pensé: “Llegará el día en que volverán a ser limpias, después de ondear sobre las cabezas de hombres decididos a liberar a México de su invasor doméstico”.

Nos sentamos a tiritar. Tratamos de dormir. Nada más fue cerrar los ojos y quedábamos derrengados sobre las sillas. Un centinela nos custodiaba, marcando el paso de arriba a abajo. Al llegar a un extremo del cuarto, lo marcaba con una sonora patada. Luego giraba y volvía sobre sus pasos. Cuando llegaba al otro extremo, de nuevo daba otro ¡bang! con el pie. Cada cuarto de hora gritaba a voz en cuello:

—¡Centinela, alerta! —con lo cual hacía saber a sus superiores del cuarto vecino que estaba despierto y que nos vigilaba.

—Este tipo me molesta —murmuré. Ricardo entreabrió los ojos.

—Cállate. Quiero dormir —dijo.

—¿Cómo puedes dormir con ese mugiendo de esa manera? —dije enfadado.

Los empleados, tiritando de frío, hicieron un gesto de reproche al oírme gritar. Les hice señas de que me perdonaran.

—Perdonen —dije.

Pero no podía estar tranquilo. Las infernales patadas y los gritos me sacaban de quicio, por lo que cometí el pecado de lanzarle maldiciones al centinela cada vez que gritaba. Me miraba entonces de reojo. Por lo demás, ni caso me hacía. Pero más tarde me acusó ante los oficiales, quienes añadieron una nueva acusación contra mí, la de insultar a un centinela. Por fin pasó la helada

noche. Una luz pálida empezó a colarse en la habitación. A las cinco oí la diana por primera vez. Su fresca nota musical acabó de despertarme. Me encantó oírla en el aire mañanero, pero sólo un momento, al que siguió otro de furia.

Nos ordenaron a los cuatro que saliéramos del cuartel, rodeados por una compañía entera de soldados. ¡Unos 150 en total!

—Date cuenta, Ricardo. Quieren hacernos aparecer como temibles criminales, bestias salvajes que tienen que ser custodiadas por todo un ejército. ¡Vamos a demostrarles lo que pensamos de este pinche despliegue de fuerzas!

—Vamos —gritó Ricardo—. ¡Ahora!

Levantó los brazos, y a voz en cuello exclamamos: “¡Muera Porfirio Díaz! ¡Muera Bernardo Reyes! ¡Muera la tiranía!”.

Sin parar, mientras atravesábamos las silenciosas calles, rompíamos la quietud matutina con gritos de “¡Muera!”. Cada vez que lo hacíamos, nuestros dos empleados parecían encogerse, metían la cabeza entre los hombros y trataban de anularse.

Al poco rato, los soldados trataron de callarnos, a lo que contestamos con un “¡Muera el ejército!”.

Esta vez, el capitán de la compañía se dirigió a grandes pasos hacia nosotros por entre las bayonetas, caladas como si fueran a lanzarse contra el enemigo.

—Respeten al ejército.

Los dos a una, Ricardo y yo contestamos:

—¡A la chingada tú y tu ejército!

La cara morena del capitán se puso como un tomate.

—¡Atención! —rugió.

Ricardo y yo nos cambiamos una mirada. Apreté los dientes. Iba a dar orden de que nos acuchillaran. Pero cambió de parecer.

Por qué, no lo sé. Lo más probable es que pensara que unos prisioneros a quienes se les ponía una escolta de 150 soldados eran personajes de importancia y que más valía entregarlos sanos y salvos.

Yo me daba perfecta cuenta de que el pobre diablo estaba en un aprieto, vacilando entre su reacción y su deber. Se mordió los labios, se retorció el bigote y rápidamente se alejó. Ricardo y yo nos sonreímos.

Aunque soliviantado por aquel desfile estúpido, me estaba empezando a divertir.

Como era tan temprano, nuestras voces resonaban en las calles solitarias. La gente se despertaba; se iban asomando cabezas por las ventanas; hombres todavía con sus gorros de dormir, sus mujeres detrás de ellos, con sus camisones multicolores flotando en la brisa matutina. Contemplaban nuestra imponente escolta, y se fijaban luego, atónitos, en nosotros, que los saludábamos con gritos de “¡Muera Porfirio Díaz!”.

Las calles empezaron a llenarse de gente. Le di un codazo a Ricardo.

—Mira cuántos nos siguen.

Asintió y echó una mirada a los soldados.

Corría ya en el aire un zumbido de excitación. Cada vez que uno de nuestros sonoros “¡Muera!” estallaba en el aire, nos contestaba la multitud con una especie de gruñido, apasionado y vaticinador. Se aproximaban todo lo que podían a las bayonetas relumbrando en el sol. Percibíamos comentarios compasivos: “Pobrecitos, ya se amolaron”; “Si salen con vida, tendrán suerte”; “Ahora sí ya se les hizo”. Seguíamos caminando. Los soldados parecían inmovibles, pero de reojo los veía yo echar miradas furtivas y aprehensivas hacia la multitud que se hacía cada vez más

numerosa y agitada. Por el cuerpo me subía un cosquilleo nervioso. Si la gente atacaba a los soldados se iba a armar la gorda. Ricardo me miró, sonriendo firmemente.

Luego, la gente empezó a arremolinarse, vacilante. Nos acercábamos a nuestro punto de destino. Se oyó un murmullo cuando entramos en la prisión militar de Santiago Tlatelolco.

Una vez dentro, seguimos armando un escándalo. Los guardias de la prisión, al oír nuestros gritos de “¡Muera Porfirio Díaz!” no sabían qué hacer, creyendo que era que los prisioneros se estaban amotinando. Nosotros nos divertíamos, pero nuestros dos empleados, pálidos y temblorosos, no le hallaban la gracia al asunto.

A Ricardo y a mí nos pusieron en celdas vecinas, cada una con espacio suficiente para un estrecho catre y una silla. De techo alto, la celda no medía de largo ni de ancho mucho más que el catre. De ahí su nombre de cartucheras. Nos pusieron incomunicados, con un centinela con la bayoneta calada delante de cada celda.

No podíamos hacer nada como no fuera pensar. Como era Reyes quien nos había mandado encarcelar, toda clase de negros pensamientos me pasaban por la cabeza. Yo le había puesto en evidencia ante Díaz. En uno de sus ataques epilépticos podía mandarme fusilar. Me dije que, si seguía así, en las condiciones de incomunicación en que me hallaba, acabaría por volverme loco.

Pero tenía mis recursos. Años antes, de niño, tenía yo el pasatiempo de cultivar la capacidad de concentración, de perderme en sueños agradables, imaginando escenas, sonidos y olores. Puedo asegurar que las escenas que yo había presenciado en aquella época y luego, desde entonces, en México: niños de vientres monstruosos, hombres y mujeres de mejillas hundidas, ciegos, limosneros sarnosos, constituían un escape espiritual satisfactorio.

Ahora, en mi cartuchera, cerrando los ojos hice un esfuerzo para recordar la sexta sinfonía de Beethoven.

Con la imaginación veía la sala de conciertos, llena de gente. El director, en el podio. Levantó la batuta y dulcemente los violines empezaron el primer movimiento. Suavemente, se empezaron a oír los chelos mezclándose con un tema secundario: el sereno movimiento con las notas iniciales del contrabajo. Mi angustiada celda quedaba olvidada, mientras escuchaba la sexta sinfonía hasta el final del quinto movimiento. Así me distraía. Había imágenes más agradables que la cara brutal del secretario de la Defensa.

En cuanto a la comida de la cárcel, con decir que era vil, ya está dicho todo. Jesús nos enviaba comida tres veces al día, no sólo para mí y para Ricardo, sino también para los otros dos empleados, que estaban en una crujía mucho mejor y que podrían pasar el tiempo jugando a las cartas.

Ricardo y yo estuvimos encerrados en nuestras cartucheras durante dos meses agotadores. Luego nos pusieron en la misma habitación que los otros dos.

—¡Qué cambio de esas horribles celdas donde ni siquiera nos podíamos hablar! —dije yo.

—Parece como si todavía Reyes no estuviera listo para hacernos fusilar —comentó Ricardo.

Inmediatamente tratamos de hacernos amigos de los soldados. Con gran asombro nuestro, nos rechazaron, sin que pudiéramos entender por qué.

Una tarde, estaba un grupo de soldados hablando en la otra punta de la habitación. De cuando en cuando nos miraban con caras enfadadas. Le dije a Ricardo:

—¿Qué tendrán contra nosotros?

—Somos amigos suyos —dijo encogiéndose de hombros — pero por lo visto no lo saben.

Escuché con cuidado y entonces comprendí.

Nos odiaban porque pensaban que éramos oficiales, pues la prisión de Santiago Tlatelolco estaba destinada exclusivamente a los prisioneros militares. Le hice una señal a uno. Vaciló un poco y al fin se acercó, poniéndome una cara de disgusto. Yo le sonreí:

—He oído que hablaban mal de nosotros.

—No, yo no —contestó alarmado.

—Sí, usted también. Tengo buenos oídos. Pero no tema. No soy oficial, sino simple civil. Me llamo Enrique Flores Magón, y este es mi hermano Ricardo.

Le expliqué luego que escribíamos para *El Hijo del Ahuizote*, y que por eso nos habían metido en la cárcel. Los ojos se le iluminaron.

—Ah —dijo con una amplia sonrisa—, de modo que ustedes son los escritores que defienden la causa de los pobres. Siento mucho que los hayan arrestado, pero me alegro de tener el honor de conocerlos. Todos nosotros, menos los oficiales, somos de familias pobres, y todo lo que ustedes dicen acerca de los hacendados y de los ricos, de cómo nos hacen la vida imposible, es verdad. Se los juro por Dios. Míreme no más. Estoy en este horrible ejército tan sólo porque traté de escaparme de un hacendado.

—¿Por qué lo hizo? —le preguntó Ricardo.

El soldado tomó aliento.

—Pasó de este modo, señor Flores Magón...

Entonces explicó que su padre había quedado deudor del hacendado. Aunque trabajaba desde el amanecer hasta la noche

no lograba salir de la deuda. Al contrario. Se metía en ella cada vez más.

—La comida que nos daba el hacendado no bastaba para alimentar a toda nuestra familia...

Se detuvo un momento, haciendo con la mano un gesto de odio indescriptible.

—Mi padre no recibía dinero. No le daban más que crédito, con el cual obtenía la comida de la tienda de la hacienda. Los precios eran mucho más altos que en la tienda del pueblo que estaba a tres kilómetros de allí. Murió a los 41 años de edad de agotamiento. Entonces el hacendado me dijo que yo tenía que cargar con la deuda de mi padre.

La mirada se le oscureció. Luego prosiguió:

—Yo sabía que no podría salir de ella. ¡Ser un esclavo de ese desgraciado! ¡Morir como mi padre! Sólo pensarlo me resultaba insoportable. Entonces decidí escaparme. Pero me agarraron. El hacendado, don Fernando González (ojalá y que siga en el infierno por toda la eternidad), le ordenó a dos peones que me ataran a un árbol. Me azotaron hasta que me desmayé. Me revivieron con agua. Cuando abrí los ojos, tenía al hacendado delante que me preguntaba: “¿Estás listo para asumir tu deuda, Julio?”. La espalda me ardía como si estuviera en llamas, y temblaba de frío y de dolor. “Que me mate de una vez”, pensé. “¡Nunca!”, contesté. Entonces me entregó a los rurales para que me llevaran al ejército.

La mirada de odio desapareció, y con los ojos brillantes, Julio Carrasco siguió hablando.

—Desde este momento, señores Flores Magón —dijo aún con severidad—, cuenten con la amistad de cada soldado. Pero no de los oficiales. Sólo de los soldados.

—¿Pues qué tiene contra los oficiales? —preguntó Ricardo, como si no supiera.

—Que ¿qué tenemos contra ellos? —y Julio escupió en el suelo—. ¡Esos hijos de puta! ¡Cómo los odiamos! Nos tratan como bestias, como perros viles. Si no hacemos las cosas con la rapidez que ellos quieren, nos pegan con la hoja de la espada, ¡los muy cabrones!

Se detuvo un momento, y medio entornando los ojos dijo:

—¿Oyeron la diana con los tambores ayer en la mañana?

—¿Qué era? —pregunté.

—Era que uno de nosotros estaba en el banco de palo. Allí le azotaron hasta que se desmayó. ¿Y por qué creen que lo castigaron? Porque el capitán Hernández notó un bulto sospechoso en la bolsa del pobre tipo: una botella de mezcal. No estaba borracho, en absoluto. José se repondrá, creo, pero muchas veces se mueren de la terrible paliza... Ahora, señores Flores Magón —dijo—, voy a contarles a los otros —automáticamente nos saludó y se reunió con sus camaradas.

No sólo se los dijo a ellos. Al poco tiempo, todos los soldados de todos los cuarteles de México estaban informados.

Por las mañanas, al despertarme, mis pensamientos se dirigían inconscientemente a Reyes. Sabiendo que el sádico secretario de la Defensa no tenía el menor escrúpulo en deshacerse sumariamente de cualquier persona que le molestara, sentía yo que estaba viviendo hasta que él se decidiera. Con un esfuerzo de voluntad, me libraba del pensamiento, pero durante el día se me volvía a meter en la cabeza si no la ocupaba con otra cosa. Una de las maneras que tenía de distraerme era haciéndoles contar a los soldados cómo los habían hecho ingresar en el ejército.

En casi todos los casos, lo que contaban tenía que ver con manejos del gobierno local, que se inspiraba, y aún actuaba, bajo la autoridad del gobierno federal.

Allí estaba, por ejemplo, Carlos Navarro, quien había trabajado en una fábrica de calzado en León, Guanajuato. Tres años después de casarse, se dio cuenta de que no podía mantener a su familia con sólo 75 centavos diarios. Desesperado, urgió a los otros a lanzarse a la huelga para conseguir un salario mayor. El capataz informó al administrador de todo y éste mandó arrestar a Carlos acusándolo de incitar a la rebelión en la fábrica.

Convendría deshacerse de un agitador tan peligroso para la comunidad. Así pues, el administrador le aniquiló por medio de su amigo local, el cacique. Hizo que el juez que le procesó lo enviara al ejército en lugar de la cárcel.

—Me enviaron a Quintana Roo —dijo Carlos, hombrón de unos 26 años y de voz suave— a luchar contra los mayas. Éramos siempre unos tres mil contra ellos. Quintana Roo es una región muy malsana. Casi todos los soldados mueren de enfermedad o de hambre. Veo que se asombran ustedes. Pero es la verdad. Por cada soldado muerto por los mayas, mueren cien más. ¡Caen como moscas! El general Bravo está al mando de las tropas de allá. Se roba el dinero que debería gastar en comprar comida para los soldados. La región es rocosa, por lo que no resulta práctico enterrar a los muertos. El gobierno le envía dinero al general Bravo para que compre petróleo para cremar los cuerpos. Pero ese sinvergüenza de Bravo se queda con el dinero y los cadáveres se pudren al sol.

Prácticamente todas las muertes eran resultado de la inhumana conducta de Bravo. Quedó demostrado en los años de 1902 a 1903

cuando este monstruo se fue de vacaciones, siendo reemplazado por el general Vega, quien no robó ni comida, ni medicinas, ni dinero. Por lo tanto, el número de muertes bajó de treinta al día hasta sólo tres. Carlos suspiró y meneó la cabeza.

—Aquello era de veras un infierno. Cuando ya llevaba nueve meses en Quintana Roo caí enfermo con fiebre. Creo que hubiera muerto como todos los otros de no haber sido por el teniente Villanueva. Yo le había salvado la vida en una ocasión en que había sido herido en una escaramuza. Lo cargué hasta la tienda del doctor en la retaguardia. Como tiene mucha influencia con el general Bravo, me enviaron a un hospital de la Ciudad de México, donde, gracias a Dios, me puse bueno.

—¿Quieren saber cómo es que estoy en el ejército? —dijo Antonio Brambilio, esbelto muchacho de unos 33 años de edad.

Hizo una ligera inclinación.

—Pues bien, se lo contaré porque son amigos, aunque les aseguro que no me da mucho gusto contarlo. Yo era ebanista y ganaba bastante, pues, aunque esté mal el decirlo, conozco bien mi oficio. No sé cómo el jefe político lo averiguaba, pero cada vez que yo lograba ahorrar unos centavos, llegaban sus esbirros y ¡vamos! a la cárcel para decirme que me llamaban a filas.

Bajo el régimen de Díaz, el jefe político tenía el poder de reclutar hombres para el ejército. En teoría, el recluta podía contratar a otro para substituirle, pero en la práctica, el jefe político le sacaba su buena libra de carne antes de soltarlo.

—En dos años me pasó esto cuatro veces—continuó—. ¡Cuatro veces en dos años! Cada vez encontré a una persona que me substituyera por cien pesos, pero también tenía que darle otros cien al jefe político. Total, que estaba trabajando para el maldito

jefe. Así, la última vez les dije: “¡A la chingada todos, a mí no me hacen sudar más!”. Entonces me llevaron al cuartel. Más tarde me arrepentí de haber perdido los estribos. Tengo mujer y dos niños. Para ellos es muy duro. Mi mujer tiene que vender verduras y gana muy poco. Ni ella ni los niños tienen bastante para comer, y yo, con los miserables pesos que me da el ejército, tengo que comprarme mi propio alimento, pues no puedo mantener mi salud con la raquítica ración que nos dan.

La cara se le puso triste, de una tristeza indescriptible.

—Cuatro años más tengo que estar en el ejército. Cuatro años más antes de que pueda volver con mi familia.

Me dolía el corazón de oír estas historias de crueldad oficial. ¡Si pudiéramos aplastar el sistema! Luego se acordó que antes teníamos que salir de la cárcel... con vida. Gracias a su afectuosa amistad, hicimos un descubrimiento asombroso.

—Hermanos —comenté un día ante un grupo—, mientras estemos aquí no podremos escribir. No podemos contarle al pueblo muchas cosas malas acerca del gobierno que debiera saber.

—¿Y por qué no? —dijo uno.

Y otros asintieron.

—Si en algo podemos ayudar, nomás mándenlos. Ricardo se puso rojo de emoción.

—Pero, ¿y el director de la prisión, el general Cabañas, no nos lo impedirá?

Yo estaba tan emocionado como él. ¿Qué podríamos perder?

—Mira, Ricardo —le dije entusiasmado—, si nos lo impide, ni modo. Pero vamos a ver qué podemos hacer.

Y eso hicimos. Por medio del hermano del administrador de nuestra oficina, quien nos traía la comida de casa de Jesús,

obtuvimos papel, lápices, pluma y tinta, todo lo necesario. Además, traía y llevaba recados de nuestros partidarios. Ricardo me dio una palmada.

—¡Ahora, a trabajar! —me dijo.

Ebrios de placer de poder expresar una vez más nuestros sentimientos ultrajados, escribíamos artículos y editoriales que nuestro mensajero llevaba al impresor. Cuando las pruebas estaban listas las corregíamos y aprobábamos. ¡*El Hijo del Ahuizote* volvía a aparecer! El artículo de fondo, escrito por Ricardo, se refería al recluta. Con su pluma, mojada en ajenjo, escribió:

¡Las penas del infierno no son nada para el recluta del ejército de Díaz! Recibe el magnífico salario de veinticinco centavos al día. Nos apresuramos a añadir que también recibe raciones; y ¡qué raciones! Son tan pequeñas que es casi necesario verlas con un microscopio. Para no morir de hambre, mientras está al servicio del presidente Díaz, tiene que gastarse toda su paga en comida.

¿Hay algo más que le dé el ejército? Sí, mucho más. Los oficiales lo tratan como si perteneciera a alguna especie infrahumana. Le pegan, le dan de patadas, le insultan por la ofensa más trivial o sin razón alguna. Apenas pueden estar una hora sin tener a un oficial encima. Durante sus cinco años de soldado, el pobre recluta es tan prisionero en su cuartel como un convicto en la Penitenciaría.

¿Quiénes son esos soldados? ¿De dónde vienen? ¿Es que son asesinos? ¿Ladrones, acaso? No. El 95 por ciento ha sido reclutado. ¿Por qué? Porque son obreros que se atrevieron a hacer huelga, campesinos que ofendieron a su hacendado, ciudadanos comunes y corrientes que se resistieron a dejarse robar sus ahorros por el jefe político.

Este es el ejército, orgullo del presidente Díaz. Sus múltiples actividades, que el pueblo conoce demasiado bien, son planeadas, con todas sus odiosas ramificaciones, por el genio de nuestro ilustre presidente.

¡Qué satisfacción la nuestra cuando nuestro mensajero nos trajo una copia del periódico!

Mientras lo estábamos leyendo, vino Antonio Brambilio acompañado por una docena de compañeros. Traía en las manos una copia de *El Hijo del Ahuizote*.

—Esto —dijo señalando la página con un dedo tembloroso— ¡es hermoso! ¡Muchas gracias, señores Flores Magón, por contarle al pueblo que sufrimos!

—Sí —dijo un tipo de cara algo triste—, ahora el dolor de aquí —y se señaló el pecho— parece más fácil de soportar cuando sabemos que el pueblo comprende y está de nuestro lado.

—Muchas gracias, señores Flores Magón —exclamaron los otros. Un nudo se me subió a la garganta al ver la radiante expresión que tenían en los ojos. Ricardo se dio media vuelta, tosió para aclararse la garganta y dijo:

—No nos den las gracias, amigos. Decir la verdad es un privilegio. Somos nosotros quienes tenemos que agradecerles el que nos hayan dado la idea de que podíamos hablar desde aquí.

—El problema está—dije yo con la mano en la barbilla, al marcharse los otros —en ver si el director estrangulará el periódico.

Resultó que no teníamos nada que temer del general Cabañas. Por lo visto, adoptó la política de no provocar la enemistad de prisioneros que tenían el poder de levantar a la opinión pública contra él. Sabía que los soldados eran amigos nuestros y cualquier

indignidad que nos infligiera se sabría de inmediato. Ni tampoco serviría el utilizar a soldados de otros cuarteles para castigarnos. Una noticia así se extendería por el exterior como fuego. El general Cabañas era un oficial de lo más prudente y circunspecto.

Hicimos del cuarto de guardia una oficina de periódico. A través del hermano de nuestro administrador, nos comunicábamos a diario con nuestros amigos. Hacíamos borradores de las caricaturas y viñetas que nuestros dibujantes diseñaban, recibíamos correspondencia, enviábamos cartas, mensajes y copias para la imprenta. ¡Era increíble!

—Cada vez que me pongo a pensar —le dije a Ricardo —me río tanto que hasta me duele.

Ricardo sonrió.

—Pero sabes, Enrique, no nos falta más que una cosa.

—Nuestras máquinas de escribir.

Así era, y constituía un obstáculo mayúsculo por varias razones. Conviene darle al impresor las cosas escritas a máquina, porque elimina la posibilidad de errores de lectura, permite mayor rapidez al componer los tipos y reduce las revisiones, lo cual tiene su importancia cuando hay que publicar un periódico en una fecha señalada de antemano. Si tuviéramos nuestras máquinas de escribir, le podríamos entregar al impresor una copia limpia; y no sólo eso, sino que se lo podríamos entregar más aprisa, porque a máquina se escribe más rápidamente que a mano. Yo no hacía más que pensar en el comentario de Ricardo.

Un día en que el director vino al cuarto de guardia, dije:

—Su excelencia ha sido sumamente amable en permitirnos matar el tiempo escribiendo. Pero el escribir nos da calambres en las manos.

—¿De veras? —contestó—. Nunca lo hubiera pensado.
—Excelencia, es porque escribimos mucho.
—Ya. Pero entonces —sugirió—, ¿por qué no descansan de cuando en cuando?
—Magnífica idea, pero vea, excelencia, ¡hay tanto que escribir! Y no queremos perder el tiempo mientras gozamos de la hospitalidad de este techo. —Se sonrió.
—Siento mucho, señor Flores Magón, que le den calambres en la mano, pero —y su sonrisa se hizo más amplia— nada puedo hacer yo.
—Al contrario, excelencia; sí que puede.
Arqueando las cejas me miró fijamente.
—Si nos permite el privilegio de que nos traigan nuestras máquinas de escribir.
Cabañas se tocó el bigote, pensativo, unos segundos.
—No creo que eso sea aconsejable —dijo.
¿Qué podía yo responderle? Algo que, con suerte, lo ablandara.
—Permítame hacerle notar, excelencia, que una máquina de escribir no es como una pistola o un puñal.
—Desde luego —contestó secamente—, pero ¿qué tiene eso que ver?
—No podríamos escaparnos usándola como un arma.
Esto pareció divertirle, pero no le hizo cambiar de opinión. Hizo ademán de marcharse. Disparé mi último tiro.
—Mucho me temo que tendré que dejar de escribir. Los calambres de la mano empeoran cada día.
—Está bien —dijo bonachonamente—. Traigan sus máquinas.
Entonces surgió una complicación. El hombre que las traía fue detenido por el segundo comandante de la prisión. Inquirió

con severidad para dónde iban destinadas. Cuando se lo dijeron se puso furioso. ¡Máquinas de escribir para prisioneros! ¡Qué atrevimiento!

Sin dejar que nuestro mensajero explicara que el general Cabañas había concedido su permiso, gritó “¡Sáquenlas de aquí inmediatamente!”.

Nos indignamos. ¿Es que Cabañas había dado contraorden? Nos quejamos con él. Entonces fue él quien se puso furioso. Se metió con su subordinado por no cumplir su orden.

—Encárguese usted mismo —le dijo severamente— de que reciban las máquinas de escribir.

Nos las dieron. Pero yo todavía estaba furioso por la arrogancia del tipo aquel, y le dije a Ricardo que debiéramos hacerle algo a esa rana hinchada para que lo pensara con cuidado antes de volvernos a molestar. Le conté lo que se me había ocurrido. Entonces se echó a reír y me contestó que estaba bien. Su vacilación al principio me hizo dudar. Pero el enojo pudo sobre mi duda.

En el número siguiente de *El Hijo del Ahuizote* apareció una caricatura que representaba al segundo comandante mirando una máquina de escribir con una lupa. En la parte de atrás ve una imprenta.

Debajo del dibujo decía: ¡Loco! El director ayudante de la prisión militar de Santiago Tlatelolco, por su ignorancia y estupidez, veía una imprenta en una máquina de escribir.

Con un ejemplar del periódico en la mano, el general Cabañas hizo llamar al subordinado. Sin decir una palabra le enseñó la caricatura. El otro se puso como un energúmeno.

—¡Esto es un ultraje! Con su permiso, excelencia, les haré tragar sus insultos a esos descarados destruyéndoles las máquinas.

—Ah, sí, ¿eh? —dijo Cabañas—. No hará usted nada de eso. Piense usted un poco en lo que ha salido ganando. Es usted el hazmerreír de todo México. ¿Cree usted que yo quiero que a mí también me salgan orejas de burro?

Después del incidente, el segundo comandante no nos volvió a molestar. Mi resquemor había sido innecesario.

Estaba yo una mañana pensando en lo que nos tendría preparado Reyes, cuando el director ayudante entró en la habitación a grandes pasos. Sonriendo con malicia, exclamó:

—El general Cabañas me ha dado instrucciones de que le informe, Enrique Flores Magón, que mañana a las diez deberá usted comparecer ante un juez militar de primera instrucción —y se marchó.

Miré a Ricardo.

—Parece que por fin Reyes ha preparado el escenario para acusarme de algún cargo inventado.

—En efecto—dijo frunciendo el entrecejo—, pero su buen trabajo le va a costar.

Desde el instante en que vi al juez me desagradó. Se llamaba Telésforo Ocampo. Tenía mis años, más o menos, y se veía que estaba poseído de su propia importancia hasta el punto de estallar. Con un gesto altivo en su cara mofletuda y con voz arrogante, me preguntó:

—¿Cómo se llama?

Se lo dije. Entrecerró los ojos y movió la cabeza. Parece, pensé yo, como si acabara de confesar un crimen. Su actitud iba haciendo que rápidamente mi disgusto se convirtiera en asco. Apoyando los codos sobre la mesa, se quedó mirándome las manos regordetas, y con la vista fija en sus propias uñas, con un tono aburrido, me preguntó:

—¿Edad?

—Veinticinco —contesté, mientras pensaba “esta es la clase de animales que las dictaduras convierten en jueces”.

Desdeñosamente, con el grueso labio inferior protuberante:

—¿Profesión? —preguntó en una especie de ladrido.

—Soy abogado.

Se echó hacia atrás en la silla y miró hacia el techo.

—¿De modo que es usted abogado? —dijo retorciendo los labios y hablando como de lado.

Sentí que el calor se me subía a la cara. Traté de reprimirme, pero su insolente actitud me acabó la paciencia.

—No tengo nada más que decirle a un chango como usted —dije al fin.

Durante varios segundos no pudo hacer más que bloquear como un pez sacado violentamente del agua. Con voz atragantada gritó:

—¡Conteste con respeto o le irá mal!

Le miré fijamente. Mi cólera estaba llegando a su punto culminante. A mi lado había un tintero. La tentación era demasiado fuerte. Lo cogí y se lo lancé a la cabeza. Se agachó justo a tiempo, escurriéndose bajo el escritorio y gritando histéricamente:

—¡Llévenselo, llévenselo! —mientras los espectadores estallaban a carcajadas.

Aquella sala de justicia era todo menos un lugar de respeto en el momento en que resonaban por todos lados las risotadas, mientras el juez, todavía debajo del escritorio, seguía gritando “llévenselo, llévenselo”. Me cogieron dos ayudantes y me sacaron de la sala a través de un público que rugía. Me volvía para ver al juez. Todavía era invisible. Dudo que sacara algún provecho de

mi lección educativa. Inflado como un balón por su propia importancia, es seguro que su cerebro impenetrable contiene toda la sabiduría del universo. Nunca más lo volví a ver. Se negó a seguir con el caso y se lo pasó a otro juez.

Algunos de los cargos lanzados contra mí y más tarde contra Ricardo, fueron: insultar al presidente, al secretario de la Defensa, a la Segunda Reserva del Ejército; incitar a la rebelión (léase sedición), en total unos 25. Lista verdaderamente terrible, pero ninguno de los tribunales nos pudo condenar basándose en ellos.

No habíamos escrito nada que no nos estuviera garantizado bajo la Constitución. Un misterio que comprendí fue el de no haber sido acusado de insulto a la majestad de la ley en la persona del pomposo Ocampo. “¿Qué hará Reyes ahora?”, nos preguntábamos.

Unas semanas después del incidente con Ocampo, estábamos trabajando en el siguiente número de *El Hijo del Ahuizote*. Levanté los ojos de mi trabajo en el momento en que entró un soldado, que nos informó que estábamos a punto de ser llevados por las calles hasta el Palacio Nacional.

—¿Qué se propone, Pepe? —le pregunté—. ¿Lo sabe usted?

—Sí, señor Flores Magón. Pude oír las órdenes, dadas por el mismo general Reyes. Quiere avergonzarlos públicamente.

—Ya veo, Pepe —dije enrojeciendo de cólera—. De modo que nos van a pasear por las calles rodeados de guardias, para darle al pueblo la idea de que somos bandidos comunes. Servirá como advertencia; los bandidos siempre acaban por caer en manos de la ley, ¿no es eso?

Pepe asintió:

—Así es.

—¿Cuándo viene a buscarnos, Pepe? —preguntó Ricardo.

—Enseguida, señor Flores Magón.

Rápidamente arranqué el título de dos copias de *El Hijo del Ahuizote*, que abarcaba todo el ancho de la página. Le puse una en el pecho a Ricardo, sujetándola con un alfiler, y otra me la puse yo.

—Muy bien —exclamó Ricardo—, ahora el pueblo sabrá qué clase de bandidos somos.

Apenas habíamos terminado esta ceremonia cuando entró una fila de soldados. Nos llevaron.

Abajo nos encontramos a otros 70 guardias armados. Los ojos se les abrieron al ver nuestras decoraciones. Los que podían leer sonrieron de gusto. Luego, pusieron caras de madera al ver que el teniente les miraba severamente.

—Qué lástima que nuestros amigos —dije señalando a los soldados— estén obligados a ayudar a ese animal de Reyes de esta triste manera.

—Pero míralos. ¿Ya les viste las caras? Pobrecillos, sus sentimientos nos acompañan.

Empezamos nuestra marcha. La gente se paraba, y leía con asombro: *El Hijo del Ahuizote*. Semanario de oposición e intransigente con todo lo malo. Mirando fascinados, empezaron a seguirnos. Oíamos sus voces excitadas. En unos cuantos minutos la muchedumbre había adquirido tamaños gigantescos. El periódico se vendía principalmente en la Ciudad de México, pero pocos eran los lectores que nos conocían personalmente. De repente, alguien gritó.

—¿Cómo se llaman, amigos?

—Este es mi hermano Ricardo Flores Magón —grité—. Yo soy Enrique Flores Magón.

Como de una sola garganta, la muchedumbre gritó “¡Viva Ricardo Flores Magón! ¡Viva Enrique Flores Magón!”. Hubo un momento de silencio, seguido por un rugido: “¡Muera Porfirio Díaz!”. Ricardo y yo nos cambiamos miradas de satisfacción. El plan de Reyes, de hacer pensar a la gente que éramos bandidos, no le estaba saliendo muy bien.

El teniente se metió entre los guardias a grandes zancadas, echando toda clase de maldiciones.

—¡Ahora mismo acabaré con todo esto! —y extendió la mano para arrancarnos los papeles del pecho.

Nos echamos para atrás, dando contra los soldados que estaban detrás de nosotros.

—No, no puede hacer eso —le gritamos.

—¿Qué no?, ¿eso vamos a ver ahorita!

Ricardo le apartó la mano diciéndole que hasta que no nos declararan culpables y sentenciaran, no tenía derecho de ponernos las manos encima.

El teniente se detuvo, con la mano suspendida en el aire.

—¿Y eso? —dijo amenazadoramente. Ricardo se irguió y dijo con plena seguridad:

—Le advierto que estamos actuando de acuerdo con nuestros derechos constitucionales.

Ante esto, el teniente se rindió. Miró un momento a Ricardo y luego a mí. Nerviosamente se rascaba la frente. La mención de la Constitución parecía haberle paralizado las facultades mentales.

—¡Ching...! —y se marchó.

Ya el griterío de la gente se había convertido en rugido incesante. Todavía estábamos a unas seis cuerdas del Zócalo. La espesa muchedumbre que nos rodeaba empezaba a estorbar la marcha de

los soldados mientras los mueras a Porfirio Díaz aumentaban en volumen y agresividad. Empezaron a llover pelambres de plátanos y papaya, y de cuando en cuando una piedra.

—Si empiezan a tirar piedras —dije yo alegremente —espero que le apunten al teniente.

Ricardo asintió, los ojos brillantes de emoción.

—No quisiera que le pegaran a alguno de los soldados que son nuestros amigos.

De repente una voz se destacó de la algarabía.

—Que suelten a los Flores Magón.

En medio segundo la multitud toda estaba vociferando: “Suelten a los Flores Magón”, “¡Suéltelos!”, en un crescendo salvaje que hacía temblar el aire.

Ricardo me dio un fuerte codazo en las costillas. Nuestras miradas se cruzaron. Yo me preparaba al desenlace inevitable. Lo sentía ya allí, sobre nosotros.

El teniente lanzaba miradas rápidas y nerviosas en todas direcciones. No cabía duda de que el pueblo estaba a nuestro favor, fuera de sí. Si aceleraba a sus hombres, como parecía iba a hacer, y nos llevaba, se encontraría en un penoso aprieto, pues no podía esperar la menor consideración de sus superiores, especialmente del secretario de la Defensa.

Le oí dar una orden. Instantáneamente, las bayonetas centellearon al sol vespertino contra la multitud. De este modo, abriendo el paso con una muralla de acero, nos condujeron dentro del Palacio.

Apareció inmediatamente el jefe de plaza y escuchó el informe del teniente, que terminó con “tengo el honor de entregarle a los prisioneros bajo custodia”.

El otro movió la cabeza en señal de reprobación.

—Si no se trata de eso.

El teniente se quedó asombrado.

—No entiendo, mi comandante.

—Tiene usted que volverlos a llevar a la prisión.

El teniente se quedó boquiabierto.

—Por la Virgen guadalupana. ¿Tengo que volverme a encarar con esos salvajes?

El jefe de plaza se echó a reír.

—Está bien, regréselos en una carroza.

De este modo tan poco glorioso acabó la idea de Reyes de cubrirnos de lodo. En lugar de envilecernos, como él hubiera querido, el pueblo nos rindió un homenaje.

La demostración del pueblo fue el colmo para Díaz, ya enfurecido por mi denuncia de la conjura de Reyes en *El Hijo del Ahuizote*. Lo depuso de la Secretaría de la Defensa y lo envió a Nuevo León, a que terminara su periodo de gobierno. Probablemente no hizo fusilar a Reyes porque no había llegado a convencerse de su deslealtad.

Cuando volvió a tomar cargo de su puesto, el pueblo de Nuevo León estaba indignado y, recordando las salvajadas que les había hecho en el pasado, llevaron a cabo una serie de demostraciones.

En Monterrey organizaron un gran desfile para desahogar su resentimiento. El resultado fue un gesto catastrófico.

Los manifestantes, completamente ignorantes de lo que les esperaba, empezaron a desfilar delante del palacio del gobernador. De repente, cayó sobre ellos una granizada de balas de ametralladoras instaladas en el techo, segándolos en masa. La matanza ocurrió cuando Ricardo y yo ya habíamos salido de Santiago Tlatelolco después de nueve meses de cárcel. De vuelta en nuestro

trabajo, *El Hijo del Ahuizote*, nos apresuramos a acusar a Reyes. Luego, más tarde, acusamos también a Díaz por dos razones:

En primer lugar, pasando por alto desdeñosamente la ola de indignación que se levantó por todo el país, mantuvo a Reyes en su puesto; y, en segundo lugar, habiendo llamado al bestial gobernador al Palacio Nacional, le elogió con estas palabras: “Así se gobierna”.

Pero esta infame aprobación no fue criticada sólo por nuestro periódico. Se publicó también en otras publicaciones de la Ciudad de México, incluso las católicas, como *El País* y *El Tiempo*, y otras muchas del país entero. Hago mención de las publicaciones católicas porque casi invariablemente seguían las indicaciones de la jerarquía católica mexicana (que apoyaba a Díaz por los favores recibidos, en especial por la relajación de las Leyes de Reforma). Por política, es decir, por prudencia, rara vez publicaban algo derogativo contra el dictador.

La noche del 31 de enero de 1903, ocurrió un incidente que le dio un nuevo giro a la lucha.

Opacamos el desfile de Díaz

Siete opositores del régimen estábamos reunidos en nuestro apartamento: Manuel Sarabia, Benjamín Millán, Librado Rivera, Rosalío Bustamante, Federico Pérez Fernández, Ricardo y yo.

Retirándose el cigarrillo de la boca, Librado Rivera hizo notar:

—Se me acaba de ocurrir que no faltan más que unos días para el aniversario de la Constitución.

—Es cierto —murmuró Rosalío Bustamante con voz sorprendida—, estamos casi a cinco de febrero.

Federico Pérez le miró y dijo irónicamente:

—¡La Constitución está muerta! ¡Que viva Porfirio Díaz!

Con la silla echada hacia atrás, contra la pared, Ricardo miraba al techo pensativamente.

—Sería maravilloso que pudiéramos dramatizar ante el pueblo el día de la Constitución el estado de degradación en que ha caído la ley del país —dijo—. Estoy seguro en que haría pensar a muchos de la manera que queremos que piensen.

Benjamín Millán se sacó el cigarro de la boca. Lanzó una bocanada de humo y escrutó a Ricardo.

—¡Vamos, venga esa idea!

—No, Benjamín —dijo éste moviendo la cabeza—. Estoy todavía cavilando.

Se detuvo en el momento en que se abrió la puerta de par en par dejando ver a Juan Sarabia, con la cara bañada en sangre. Nos precipitamos gritando: “¿Qué te ha pasado, Juan?”.

Cayó sobre una silla. La cabeza hundida, con la barbilla tocándole el pecho, rogó con voz apagada: “Denme un trago”.

—Aquí tienes—dijo Ricardo poniéndole una copa de tequila en los labios.

Tornó un largo trago, tosió, cerró los ojos llenos de lágrimas un momento.

—Ya me siento mejor.

—¿Cómo pasó? —pregunté, pasándole un paño empapado en agua de sal sobre la herida de la frente.

Hizo una mueca al sentir el escozor.

—Déjale que recobre el aire —dijo Ricardo. Juan hizo un gesto con la mano.

—Ya estoy bien —miró a su alrededor, al círculo de rostros ansiosos, y su pálida cara se iluminó con una sonrisa—. Un poco mareado, nomás... Ya conocen el restaurante de Esperanza a la vuelta de la esquina —se detuvo y se mordió el labio inferior.

—Mejor espérate a que te sientas mejor —sugirió Manuel. Juan volvió a menear la mano con impaciencia.

—Le digo que ya estoy bien... Entré para tomarme unos tacos y una taza de café. Dos hombres se sentaron a mi mesa. Los dos habían estado bebiendo. En voz alta, uno de ellos le dijo al

otro dándole una palmadita en los hombros: “Hoy hice un buen negocio. Envié cuatrocientos hombres a una plantación de café de Tabasco. Me dieron cincuenta pesos por cada uno”. Me le quedé mirando. La bestia esa tenía unos cuarenta años, de cuello grueso, con ojos pequeños y rojos. Su compañero, más joven, le preguntó: “¿Cuánto les darán de raya?”. El del cuello ancho abrió la boca en un gesto repugnante: “Se creen que les van a dar tres pesos al día y comida. ¡Ja, ja! —se rió—, “les darán 50 centavos y se tendrán que pagar la comida”. Me incliné sobre la mesa. La cabeza me quemaba de rabia.

Y Juan nos miró, con los ojos inyectados.

—Ya pueden imaginarse, compañeros, cómo me sentía. No pude menos de exclamar: “¡Pinche enganchador desgraciado que eres! ¡Si la Constitución no fuera una cosa muerta, te aseguro que pasarías el resto de tus días en Belén!”. Me miró fijamente, con su hocico de cerdo abierto. Luego, antes de que me pudiera dar cuenta, me dio en la cabeza con una botella de cerveza —Juan se tocó la cabeza vendada cuidadosamente.

—Debo de haberme desmayado —prosiguió—. Cuando volví estaba en el suelo, mirando a un grupo de gente a mi alrededor. El enganchador y su amigo habían desaparecido. Eso es todo.

Le di una palmadita en el hombro.

—Compañero, me has dado una idea. ¡La que buscaba Ricardo!

—¿Eh? ¿De qué se trata, Enrique? —dijo entrecerrando los ojos.

—Le dijiste al enganchador que la Constitución era un cadáver. Digámoselo al pueblo de esa manera —agité mi mano en el aire—. Pongamos un gran letrero en la fachada de *El Hijo del Ahuizote*, entre las ventanas. Pongamos decoraciones de luto y la inscripción “¡La Constitución ha muerto!”. ¿Qué les parece?

—¡Espléndido! —exclamaron todos.

Se apiñaron a mi alrededor, me dieron palmadas en la espalda, me pellizcaron las mejillas. Estaba entusiasmado con su calurosa aprobación. Con tequila brindamos por el buen éxito de la idea.

—De veras, Enrique —dijo Juan con los ojos brillantes de entusiasmo —el chingadazo en la cabeza será algo que tendré que agradecer si tu cartel le abre los ojos al pueblo y entiende lo que ha perdido.

¡Y el pueblo entendió! El día de la Constitución, desde la mañana temprano hasta cerca de la medianoche, grandes muchedumbres se detenían delante del cartel. A cada lado tenía los colores de la República enmarcados en negro. El sombrío mensaje del cartel se reflejaba en las trágicas caras que lo contemplaban.

Desde las ventanas donde estábamos unos cuantos, de nosotros, veíamos las miradas furiosas. Con salvaje alegría oímos el hondo, colérico murmullo del pueblo, como un trueno lejano que anuncia la tormenta que se aproxima. De vez en cuando pasábamos entre la gente. Teníamos ganas de oír lo que comentaban. Eran en su mayoría trabajadores analfabetas. Juan y yo nos detuvimos en el momento en que un muchacho joven, de pantalones manchados y de chamarra, leía el letrero. Conocía yo demasiado bien la ignorancia popular sobre las cosas cívicas, sin embargo, me sorprendió oír a unos cuantos decir: “¿Qué es la constitución?”.

—¿No sabes? —le contestó el que leía sorprendido—, es la gran ley del país. La Constitución debe garantizarnos ciertos derechos como ciudadanos mexicanos.

Al alejarnos de esos dos, Juan dijo:

—Piensa nomás, Enrique, lo que veintiséis años de la brutalidad de Díaz le han hecho al hombre de la calle. Ha descendido al

nivel del burro. No puede leer, no sabe lo que le están haciendo. No puede hacer más que trabajar hasta que se muera.

Le eché un vistazo a la muchedumbre. Todos tenían los ojos puestos en el cartel. En el corazón me ardía una llama.

—Quién sabe—le contesté—. Quizás nosotros podamos ayudar a cambiar las cosas.

Por todos lados oí comentarios de admiración y de sorpresa acerca de nuestro atrevimiento, y algunos en el sentido de que estábamos locos al exponemos así a la ira de las autoridades. De cuando en cuando aparecía una patrulla de la policía. Los oficiales de la ley miraban al cartel solemnemente, y luego a los grandes grupos cuyo silencio se hacía cada vez más acusador. Satisfechos, por lo visto, de haber cumplido con su deber, se alejaban, de puntillas, por así decirlo, sin romper el desafiante cartelón. Nuestra exaltación llegaba ya a su límite. En la oficina seguíamos trabajando. En cuanto a mí, mezclada con la emoción sentía un fuerte tensión nerviosa. Me esperaba el arresto en cualquier momento.

A las 11 de la noche oímos muchos pasos en la escalera. Ricardo, Juan Sarabia y yo nos miramos rápidamente. ¡La policía!

Levantándonos, retiramos las sillas al mismo tiempo que se oyeron fuertes golpes en la puerta. Agarré el respaldo de la silla. El corazón me saltaba en el pecho.

—Adelante —dijo Ricardo.

La puerta se abrió y entró un pequeño ejército de trabajadores. A la cabeza estaba un obrero, chaparro, de unos 30 años de edad. Tenía el overol manchado de pintura amarilla como los huaraches que traía en los pies. Con las manos extendidas y la cara brillándole, dijo con voz temblando de emoción:

—Señores, mis compañeros —y los señaló con la mano —y yo queremos decirles que lo que *El Hijo del Ahuizote* hace por el pueblo está bien hecho. Lo que escriben por favor, ¿quién es el que escribe?

Señalé a Ricardo que tenía una sonrisa de oreja a oreja, y que dijo, señalándome:

—Los dos escribimos, y también nuestro amigo —señalando esta vez a Juan.

—Que Dios los bendiga, señores.

—¿No tienen miedo de que la maldita policía los agarre? —preguntó uno alto y delgado.

Ricardo sonrió.

—Desde luego la prisión no nos gusta.

—Le pediremos todos los días a la Virgencita de Guadalupe para que los mantenga a salvo de esos desgraciados —dijo el hombre con gran seriedad.

Ricardo hizo una ligera inclinación.

—En nombre de mis compañeros, le doy las gracias, amigo.

—Por favor tengan la bondad de decirnos cómo se llaman, señores —dijo el obrero chaparro.

Ricardo se lo dijo.

Enseguida el grupo aquel estalló en gritos de “¡Viva Ricardo Flores Magón! ¡Viva Enrique Flores Magón! ¡Viva Juan Sarabia!”. Ricardo alzó los brazos. “¡Viva la Constitución!”, gritó.

—Hoy está muerta, pero con su ayuda, amigos, y la de muchos otros, le devolveremos la vida. ¡Viva la Constitución!

—¡Viva la Constitución! —gritaron todos.

La atmósfera rebosaba un aire de camaradería. ¡Qué felicidad el haber podido despertar esa mirada de adoración en los ojos de

los obreros! Miré a Juan y a Ricardo, y vi reflejada en sus caras radiantes el sentimiento que me llenaba el corazón. Vale la pena luchar por los derechos del hombre.

Después de darnos todos la mano, se marcharon.

—¡Dios mío! —exclamó Juan—. ¡Qué agradecidos están!

Se apresuró a sacarse un pañuelo del bolsillo y a sonarse la nariz. La cara de Ricardo se abría en una tierna sonrisa. Respiró hondamente y se despezó.

Se hace tarde, muchachos —dijo—, vámonos a dormir.

Nuestro letrero había causado una profunda impresión y nosotros estábamos encantados. Nos incitaba a pensar en alguna otra cosa que extendiera todavía más el resentimiento público.

En la oficina de *El Hijo del Ahuizote*, unos días más tarde, Ricardo, Juan Sarabia, Santiago de la Hoz y otros cinco espíritus entusiastas hablábamos del desfile que habría de tener lugar el 2 de abril. Era la conmemoración del 2 de abril de 1867, cuando arrebataron Puebla a los conservadores. Fue la victoria que se pudo ganar sólo cuando mi padre con los 300 hombres de su tribu aplastó primero las defensas estratégicas de San Juan. Díaz estaba al mando de nuestras fuerzas, de modo que el desfile era también en su honor.

—Se me ocurre —dijo Juan Sarabia con una mirada inspirada—, que se nos presenta la ocasión de hacer de Díaz el bufón del país.

—Bravo, Juan —aplaudió Santiago de la Hoz—. Espero que la herida de la cabeza te esté dando una buena idea.

—Juzguen ustedes—contestó Juan de buen humor—. La idea es ésta: romper el desfile. Hagamos que los que desfilan lo hagan con nosotros. Mostrémosle a Porfirio Díaz que se le van a

quemar las asentaderas porque está sentado en una estufa que se está poniendo al rojo vivo.

—Tu idea, Juan, tu idea —le gritamos.

Nos contó el plan. Nos pareció insuperable y que debía salir bien. Pero, ¿podría ser?

¿Cómo hacía Díaz para que la gente desfilara? Era muy sencillo: enviaba agentes al campo, quienes les daban a los campesinos un peso y un trago de mezcal o aguardiente. Luego, en camiones los llevaban a la ciudad. Lo mismo hacían con los trabajadores de la capital. Un ejército de trabajadores en el desfile mostraba que el gran corazón del pueblo latía de afecto por el presidente. Los agrupaban en las calles laterales a la principal por donde habría de marchar. Cada grupo debía añadirse a medida que pasara la retaguardia del desfile. Mas no había de ser así si nuestro plan salía bien. Siguiendo lo propuesto por Juan, cada uno de nosotros con una caja de madera fue a las calles laterales y animó a los que esperaban a que entrasen en el desfile.

Haciendo un gran ruido dejé caer mi plataforma de madera en la primera bocacalle que encontré llena de trabajadores que esperaban. Me subí sobre la caja y miré a mi alrededor. La muchedumbre arremolinada reía y hablaba sin hacerme caso. “Pero me lo harán en un minuto”, me dije a mí mismo. Levantando los brazos, grité:

—Hermanos, atención. ¿Dónde está su dignidad y su hombría? Sus padres la tuvieron bajo Benito Juárez. Ustedes ya no la tienen.

Un tipo pequeño y chaparro, con la tripa saliéndose de la camisa de algodón, me interrumpió:

—Eh, tú, cabrón, qué te propones insultándonos así —dijo agitando los puños.

Ante este estallido, se volvió para mirarme una docena de sus compañeros y se acercaron lentamente. “Están empezando a hacer caso”, pensé yo.

—Hermano —le dije al que agitaba los puños—. No creas que te quiero insultar. Pero estoy diciendo la verdad cuando digo que tú y todos los demás son esclavos del tirano de nuestra patria. ¡No sigan de rodillas! ¡Párense como hombres! Hermanos, con el ejército y los poderes policiacos que ejerce con mano de hierro, Díaz tiene el control de los tribunales, de la prensa —y señalándoles a ellos— y de ustedes, de ustedes, sí, de cada uno de ustedes.

Ya me escuchaba atentamente un grupo bastante grande. Se acercaban cada vez más alrededor de mi caja de madera. Se añadían otros.

—Díaz hace una farsa de la libertad de expresión y del gobierno popular. Distribuye los cargos públicos entre sus generales. Les da manga ancha para que saqueen a voluntad; de este modo se asegura la envilecida lealtad del ejército. Hace arreglos políticos con hombres a quienes la Iglesia estima, lo que le permite a ésta recuperar gran parte del poder perdido; de este modo el tirano se asegura el apoyo de los sacerdotes y del Papa. Distribuye favores. ¿A costa de quién? ¡A costa de ustedes, hermanos! ¡Vende concesiones que son monopolios a los extranjeros! ¿A expensas de quién? ¡A expensas de ustedes, hermanos! Así mantiene en paz a todo el mundo.

Además del hombre que agitaba los puños, hubo otras interrupciones. Sin embargo, el silencio ahora era absoluto. “Ah, pensé yo, me los estoy metiendo en el bolsillo”. Y proseguí:

—Hermanos, proclama el dictador al mundo que nuestro país está en paz. ¡Miren qué paz! Pagada por la degradación de

nuestro pueblo: ¡esclavitud, peonaje, miseria, pérdida del respeto a sí mismo y de la ambición! Este es el precio que paga el país por la paz de Díaz. ¡Piensen, hermanos! —grité dando en la caja de madera con el pie—, piensen en los salarios despreciables que les dan los patrones de las fábricas, esos ricos que proclaman a Díaz el salvador de México. Piensen en los jacales comidos de ratas en que viven sus familias, donde caen como moscas, muertos de hambre y enfermedades. ¡Ese es el precio que el pueblo paga por la paz de Díaz!

Seguí hablando apasionadamente. Cuando terminé con la exhortación de que empezaran un desfile contra Díaz, los obreros contestaron con un grito salvaje de “Muera Porfirio Díaz”. Se aglomeraron a mi alrededor, agitando las manos. Uno de ellos me reconoció y gritó:

—¡Por Dios, si es Enrique Flores Magón! Amigos, es el hombre que bajo un seudónimo escribe en *El Hijo del Ahuizote*, el que lucha por la causa del pueblo. Hagamos lo que dice —gritó—. ¡Vamos a empezar un desfile de oposición!

—¡Sí, sí, empecemos una oposición!

Los hombres se quitaron los sombreros agitándolos frenéticamente mientras daban patadas contra el pavimento. Con las caras convulsas, entre la risa y la cólera, gritaban.

—¡Será un buen chiste contra el viejo cabrón! ¡Vamos! —Alcé la mano. Se callaron.

—Hermanos —dije—, por favor, quédense donde están hasta que yo o uno de mis compañeros vuelva para decir que todo está listo. Ahora díganle a los que están en las otras calles que se unan a nosotros.

—Lo esperaremos —gritaban—, lo esperaremos.

Tanta era mi alegría ante este comienzo que me arrancaba los botones de la camisa. Cogiendo la caja de madera, corrí hasta la siguiente esquina. Estaba llena de campesinos. Captando su atención, les hablé directamente al corazón.

—Hermanos, si están en la esclavitud y viviendo la vida más miserable que se pueda imaginar, ¿quién es el responsable sino Porfirio Díaz? ¿Necesito recordarles que ayuda a los hacendados, esos barones feudales que los explotan y los matan en sus campos? Hubo una época, hermanos, en que eran ustedes hombres libres. Era entonces cuando eran propietarios de la tierra, la tierra que había sido de las familias de ustedes durante generaciones. ¿Qué pasó después? Díaz hizo aprobar una ley vergonzosa. Le permitió a sus generales y lambiscones reclamar la propiedad de la tierra si no podían ustedes probar que tenían un título escrito. Con Romero Rubio, su suegro, a la cabeza, formaron compañías de tierras que enviaban agentes por todo el país. ¿Con qué propósito? Escuchen: Esos coyotes de agentes se apoderaron de las mejores tierras, cuyos dueños no tenían títulos. Las registraron y expulsaron a los dueños. ¿Quiénes eran éstos?

Me detuve un momento, luego, inclinándome hacia delante desde mi plataforma grité.

—Ustedes eran los dueños, o sus padres, o sus vecinos...

Aquellas caras de bronce se oscurecían a medida que yo les contaba sus miserias, y la ira apareció en ellas al decir yo con el puño levantado:

—Hermanos, ¡ustedes son testigos de que digo la verdad! Ustedes mismos han perdido sus hogares y sus ranchos de esta manera atroz. ¡Arriba, hermanos! ¡Sean hombres una vez más en su vida! ¡Vengan con nosotros y muéstrenle a Díaz que odian su malvado gobierno!

El resto de nuestros compañeros hablaba del mismo modo, con el resultado de que el pueblo vino hacia nosotros como un río. ¡Éramos 10 cuando empezamos a hablar, y ya sumábamos unos 3 mil, es decir, las tres cuartas partes del desfile de Díaz, a quienes persuadimos para que se unieran a nuestra contramarcha!

Alegremente, a intervalos, Juan Sarabia repartía carteles con la inscripción “¡No reelección!”. La noche anterior habíamos pegado letreros semejantes sobre las paredes de toda la ciudad, todos con el mismo lema electrizante. Al principio, los miles de personas que se alineaban a lo largo de las aceras pensaron que éramos secuaces de Díaz. Pero cuando vieron los letreros de “No reelección” se quedaron estupefactos. De repente se alzó un enorme grito al darse cuenta de que era una demostración contra Díaz.

Ricardo y yo íbamos a la cabeza del desfile. Muchos nos reconocían y gritaban. “¡Miren, los Flores Magón! ¡Vivan los hermanos Flores Magón!” Miré a derecha e izquierda y el corazón se me llenó de gozo. Allí estaban los trabajadores, los peones, los muertos de hambre, que nos saludaban con aclamaciones, con aplausos, agitando sombreros y sarapes, con la gratitud iluminándoles las caras rendidas de fatiga. Por ellos habíamos alzado nuestra voz, contra quienes los maltrataban sin piedad, como indefensos ilotas.

—¡Vivan los hermanos Flores Magón! —gritaban, con los rostros temblorosos de emoción.

Después de un rato, el griterío era continuo. Esperaban ver a los aborregados de Díaz.

Triunfalmente bajamos por el majestuoso Paseo de la Reforma, luego por la Avenida Juárez, la calle de San Francisco y su continuación, la calle de Plateros, que lleva hasta el Zócalo. A medio camino oímos un ruido odioso. El resonar de la policía montada.

—¡Vienen a disolver el desfile —grité—, a aplastarnos, malditos sean!

—No mientras lo podamos evitar—estalló Ricardo. Enseguida hicimos correr la voz.

—¡Rompan filas! ¡Corran por detrás de la gente en las banquetas hasta el Palacio Nacional!

En unos cuantos minutos, nuestros hombres se dividieron en dos grandes olas sobre las aceras. Mezclándose con los sorprendidos espectadores, corrían hacia el Zócalo. Ricardo y yo íbamos a la cabeza, de modo que fuimos de los primeros en detenernos enfrente del balcón central del Palacio Nacional. Di media vuelta, y lo que vi me hizo saltar de alegría. Le di un codazo a Ricardo.

—Mira —le dije.

De la estrecha calle de Plateros salía una densa masa de gente que se dirigía hacia Palacio. Eran nuestros manifestantes y muchos miles más. De las numerosas calles que desembocan en el Zócalo, surgía una corriente infinita de humanidad curiosa de saber lo que ocurría. Ricardo, con los brazos abiertos, parecía querer abrazar el universo.

—¡Magnífico! —exclamó—. Cuanta más gente se reúna, más profunda será la impresión que hará en el país cuando lo cuenten los periódicos.

En el aire flotaba una gran tensión. La policía montada no había aparecido todavía, y yo temblaba de pensar lo que pasaría cuando lo hiciera. Más de 100 mil personas llenaban la gran plaza, la más grande de América. Si la policía se lanzaba contra ellas, tendría lugar el más horroroso holocausto de la historia de México. Haciendo un esfuerzo, aparté el horrible pensamiento de mi mente.

Miré hacia los balcones de Palacio. Allí estaban en pie senadores, diputados y otros secuaces. Habían estado esperando para ver pasar su propio desfile. Yo me reía al ver sus gestos de asombro ante los cartelones de “No reelección” bailándoles bajo los ojos. Un peón, de cara sumamente arrugada, me tocó el brazo.

—Perdóneme señor —dijo—, ¿qué significa esta manifestación?

Se lo dije. La cara oscura se le iluminó. Dándome las gracias se volvió hacia sus compañeros y les contó lo que era. Enseguida se lo comunicaron a otros. Nuestros miles de manifestantes propagaban la misma cosa. Me emocioné al ver enderezarse a los obreros y a los campesinos, al verlos perder, aunque sólo fuera por un momento, la mirada de humildad que caracteriza a los pobres. De entre la tremenda algarabía surgió un grito continuo. ¿La policía? Miré en la dirección de donde venía el grito. Allí, en un ángulo del Zócalo, cerca del Monte de Piedad, vi una columna aislada de unos quinientos hombres que trataban de abrirse paso por entre la masa humana. Era un fragmento abandonado del desfile original de Díaz, que quedaba envuelto y mezclado con la muchedumbre arremolinada. Un momento de silencio cayó sobre el vasto gentío. Todos los ojos se alzaron hacia el Palacio Nacional. Me volví para verlo yo también. En el balcón central, justo encima de nosotros, se alzaba Porfirio Díaz. Sus brutales ojos oscuros brillaban en su recio rostro arrogante. Sus gruesos labios bigotudos no dejaban de moverse mientras con un dedo nos señalaba a Ricardo y a mí.

—Allí están los Flores Magón—dijo furiosamente. Un hombre en otro de los balcones gritó.

—¡Viva el presidente don Porfirio Díaz!

Inmediatamente, nuestro grupo, mirando al dictador, estalló en un poderoso coro: “¡No! ¡No!” seguido de un “¡Muera Porfirio

Díaz!”, que sonó como una bomba. Por un momento hubo silencio. Luego, de 100 mil gargantas surgió el rugido de “¡Muera Porfirio Díaz!”, que resonó por la inmensa plaza, y que el eco devolvía como el estallido de un trueno en un profundo barranco. Rígido como un poste, Díaz nos seguía mirando. Haciendo un violento movimiento con los hombros, dio media vuelta y, dejando detrás de sí aquel turbulento mar humano, se metió. Una carcajada formidable saludó su retirada, y en el aire, como bandadas de pájaros volaron miles de sombreros, mientras se seguían oyendo salvas ensordecedoras de “¡Muera Porfirio Díaz!”. ¿Cómo podría describir la felicidad que me llenaba el corazón? Pensé en ese momento en la alegría que hubieran tenido mis padres si hubieran podido ver a Díaz irse a refugiarse como un perrucho con el rabo entre las patas. Ricardo agitaba los brazos como un poseído.

—Le hemos puesto una llama a la ira contenida del pueblo — dijo con la voz temblorosa de emoción.

—La hemos hecho arder en su propia cara. Para mañana, la noticia habrá cundido como pólvora por todo el país.

Nos dimos mutuas palmaditas en los hombros y bailamos delirantes bajo el balcón de Díaz, y mientras nosotros dábamos rienda suelta a nuestra alegría, alrededor de nosotros el pueblo meneaba su puño colectivo contra el palacio, lanzando insultos al hombre que no juzgaba conveniente enfrentarse a su cólera.

—¿Por qué no nos aprovechamos de esto? —sugerí—. Invitemos a la gente a que nos siga a nuestra oficina. Allí les diremos algunas de las cosas que deben saber acerca de Díaz y de sus secuaces.

Ricardo, Santiago de la Hoz, Alfonso Cravioto y los otros acogieron la idea con entusiasmo. Nos pusimos a ello inmediatamente.

—Vengan con nosotros —les dijimos—, es peligroso quedarse aquí. La policía montada puede llegar en cualquier momento.

Cosa rara, no aparecieron en absoluto durante toda la demostración. Nos aclamaban ruidosamente. “¡Llévennos!”, gritaban. En triunfo marchamos hacia la calle República de Colombia, donde estaba la oficina de *El Hijo del Ahuizote*. La muchedumbre nos seguía, como una serpiente infinita, demostrando contra Díaz durante todo el camino.

Desde el balcón pudimos contemplar un verdadero océano de humanidad. Todas las calles vecinas, hasta donde alcanzaba nuestra vista, estaban llenas a reventar. Ricardo habló primero. Si bien tenía el físico de un Hércules, era con las masas tan tierno como una paloma. Era la suya una inteligencia brillante y poseía una fuerza de voluntad que los crueles sufrimientos hicieron de acero. Estaba llamado a ser el jefe de los primeros revolucionarios mexicanos. Con poderosa voz capturó la atención de los espectadores nada más al empezar a hablar.

—Hermanos, hoy le han hecho ver ustedes a Porfirio Díaz algo muy claro: ese no es el presidente benévolo que le hubiera gustado hacerles creer que es. Cree que son ustedes demasiado estúpidos para descubrir la verdad, porque no tienen educación para comprender las realidades de la situación. ¿Pero es que se necesita educación para comprender que los hijos se mueren de hambre? Demasiado saben ustedes que los salarios vergonzosos que reciben no pueden bastar para alimentar, y mucho menos vestir a sus familias. ¿Por qué les pagan tan mal? Porque los dueños de las fábricas saben que no es necesario darles una paga decente. Si ustedes tratan de hacer huelga, no tienen más que llamar al gobierno y Díaz enviará soldados para romperla. ¡Y entonces la

rompen y asesinan a los trabajadores si se resisten, y aun cuando no se resistan!

Ricardo hizo una pausa repentina. Con un gesto doloroso extendió los brazos.

—¿Por qué no tienen educación, hermanos? ¡Porque el dinero que debía emplearse en construir escuelas es robado por los gobernadores de los estados, por los jefes políticos, por cada uno de los corrompidos empleados públicos, sean grandes o pequeños! ¿Quién es el responsable de crear y mantener esta abominable situación? ¿Quién es el vampiro que le chupa la sangre al pueblo? ¡Porfirio Díaz!

Un inmenso grito de “Muera Porfirio Díaz” surgió de miles de gargantas, y el grito lo recogían en las calles vecinas y se repetía como un trueno hasta perderse en la distancia. Entonces prosiguió Ricardo:

—Hermanos, ¿no les hace llorar de coraje pensar que un hombre que es gobernador de un estado se haga enormemente rico a expensas de los pobres? ¿Quiénes son algunos de estos zopilotes? Durante veinticinco años, más o menos, han sido gobernadores: Pedro Rodríguez en Hidalgo; Abraham Bandala en Tabasco, el general Francisco Cañedo en Sinaloa; Próspero Cahuantzi en Tlaxcala; el general Aristeo Mercado en Michoacán. Han despojado al pueblo, cada uno de ellos, todos y cada uno de ellos. Así han engordado de riqueza. ¿Por qué no pueden ustedes mejorar su posición en la vida?

Ricardo se inclinó hacia afuera, desde la ventana donde estaba hablando.

—¿Por qué, les pregunto? Porque les roban el poder ir a la escuela. No pueden conseguir trabajo mejor remunerado para el

que sabe leer y escribir. ¿Quién tiene la culpa de que ustedes no sepan leer y escribir?

Con voz atronadora, llena de pasión, hizo la pregunta, y se quedó esperando, los ojos puestos en un inmenso público, que le dio la respuesta en un grito tremendo: “¡Porfirio Díaz! ¡Muera Porfirio Díaz!”. Levantó la mano pidiendo silencio.

—Hermanos —y su voz revelaba una amargura dolorida—, miren nada más la Ciudad de México. Aquí las oportunidades para trabajar son las mejores del país. ¿Pero qué puede hacer un hombre que es analfabeta, que no tiene entrenamiento de ninguna clase, un hombre que desde pequeño ha tenido que trabajar en cualquier cosa que le produjese unos centavos para su familia?

—Todo lo que sabe hacer —continuó— es llevar cosas en la espalda. Cuando llega a los treinta años, es un hombre viejo a causa del trabajo excesivo —la voz de Ricardo se iba haciendo áspera—. Toda su vida trabaja demasiado. Cuando gana setenta y cinco centavos, tiene suerte. Hay días en que no tiene trabajo. Antes de tiempo muere de fatiga, de falta de alimento, de enfermedad causada por el tipo de vida que se ve obligado a hacer. ¿Y quién tiene la culpa de esto, de este sistema que destruye la libertad, que quita el derecho a la felicidad y la mata antes de tiempo? ¡Hermanos! ¿Quién tiene la culpa?

—¡Porfirio Díaz! —rugió la multitud—. ¡Muera Porfirio Díaz! ¡Muera la tiranía!

Juan Sarabia y yo observábamos a la multitud desde otra ventana.

—Mira, ¡la policía! —señalé.

—Pero no parece que esté haciendo nada para dispersar a la gente —asintió.

Lo seguimos observando mientras Ricardo, desde la otra ventana, continuaba revelando la verdad sobre las causas de las desdichas del país. Los malditos policías no paraban de circular por entre la gente. No cabía duda de que tenían ganas de aplastar cabezas. Pero la prudencia los contenía, porque en el aire flotaba la hostilidad decidida del pueblo, de modo que la policía no hizo más que seguir mirando.

Otros, incluyéndome a mí mismo, nos dirigimos al pueblo, exhortándole a que defendiera sus derechos. Les pedí que asistieran a la reunión, dos días más tarde, en el Teatro Hidalgo de la calle de Regina. Tenía por objeto, según lo anuncié, establecer la oposición en la capital fundando el Club Ponciano Arriaga, nombrado así en memoria de uno de los creadores de la Constitución de 1857.

—La Constitución —dije a la multitud— en la que Díaz se limpia los pies.

El mitin se hizo en medio del más grande entusiasmo, y se formó el Club Ponciano Arriaga. Nombraron secretarios a Ricardo y a mí, y se nombraron también otros oficiales. Nos pusimos a trabajar.

—Por fin —le dije alegremente a Ricardo—, estamos progresando. Tenemos miles de partidarios. Con la influencia creciente de *El Hijo del Abuizote* nuestro movimiento adquirirá mayor fuerza cada vez.

—Sí —me contestó, apretando los poderosos puños y con los ojos brillantes—, con suerte, es decir, si no nos meten en la cárcel, podremos encender una buena hoguera, una que sea lo suficientemente caliente para obligar a Díaz a aflojar la mano.

¡Hermosos sueños!

Nueve días más tarde, Ricardo, Juan Sarabia, Santiago de la Vega, Alfonso Cravioto y yo éramos arrestados y llevados a la temida prisión de Belén.

Belén

Nos pusieron a cada uno en celdas separadas. Las nuestras, que eran las más bajas de este antiguo convento, bajo el nivel del suelo. Durante el día, reinaban en la tumba la oscuridad y el silencio. Por la noche, aunque con la misma oscuridad, nos permitían hablar durante un par de horas. De todas las celdas, la mía era la peor. La putrefacción que llena una tumba no es menos odiosa que lo que merodeaba allí.

Un barro asqueroso, pegajoso, frío, como la mano de la muerte, me llegaba hasta los tobillos. En una esquina de la celda se abría una alcantarilla, de donde salía un vapor pestífero que me daba constantemente en las narices. Las paredes, como si estuvieran eternamente aterradas de lo que las rodeaba, sudaban un líquido frío y viscoso. Y hacía frío, un frío constante, siempre vivo, soplándome su aliento en la cara, tocándome el cuello con sus dedos helados. Cuando de vez en cuando me adormecía, me abrazaba el cuerpo entero y me despertaba tiritando. No había en este agujero

infernol un catre, ni una manta, ni un petate con que cubrirme. La primera noche allí, de pie, tiritando y sin saber qué hacer, con el barro aquel hasta los tobillos, pensé cómo podría dormir. Me apoyé contra la pared. Su viscosa humedad me atravesaba la camisa. Cerré los ojos, decidido a dormir. Pero al adormecerme, sentía caerme sobre el cuello, como delgados dedos fantasmales, aquellas gotas abominables. Di un sobresalto al sentirme despertar. Los músculos de las piernas se me cansaban. ¡Quién pudiera sentarse!

Con cuidado me agaché y traté de sentarme sobre los talones, con la espalda apenas apoyada contra la pared. Se me cerraron los ojos. Desperté sintiendo el barro en la cara, y me enderecé. Rápidamente traté de limpiarme el barro con la mano, pero sin mucho éxito. Una y otra vez se me cerraban los ojos y yo caía en el fango hasta que al fin ya no tuve fuerzas para levantarme y seguía durmiendo en aquel cieno.

Durante la noche desperté con un fuerte dolor en la pierna derecha. Medio dormido me toqué el lugar dolorido. Mi mano topó con un cuerpo peludo: una enorme rata. Lanzando un horrible chillido se me escurrió de entre la mano. En la oscuridad no pude ver dónde había ido. Con un escalofrío de terror caí en la cuenta de que debía de haber salido de la alcantarilla.

La frente me empezaba a sudar frío. Recordé que en esa inenarrable prisión muchos infelices habían muerto mordidos por las ratas, que les habían roído las narices, las orejas, los dedos, los pies, de modo que se desangraron por la noche hasta morir. Al día siguiente los guardias habían encontrado los cadáveres medio devorados.

No pude seguir durmiendo.

Podría mantenerme despierto durante muchas horas, pero al cabo caería rendido de cansancio. Entonces, las ratas... Me eché a caminar por el fango. “¡No te duermas Enrique, no te duermas!”, me repetía a mí mismo. A tientas me paseaba por la celda, tratando de evitar la alcantarilla, y con los brazos extendidos, procurando no tocar las paredes.

El pecho me ardía de cólera. ¡De modo que era esta la clase de trato que Díaz les tenía reservados a los que le irritaban! Quizás esa horrible celda acabaría conmigo, pero si salía con vida, buena razón tendría el dictador para recordar que un hijo de Teodoro Flores no olvida. La agitación, que el odio contra aquel ser vil me producía, me ayudaba a mantenerme despierto. Pasó el tiempo, quién sabe cuánto. De repente oí un ruido en la cerradura. Se abrió la puerta de la celda y un guardia me pasó una cesta, diciendo “comida de Jesús Flores Magón”, y se marchó cerrando la puerta con llave. Débilmente me apoyé contra la pared. Ahora podría dejar algo de comida para las ratas antes de dormirme y así no me atacarían.

Todos los días Jesús enviaba cinco cestas de comida. Una para cada uno de nosotros, que bastaba para tres comidas. No nos permitían recibir más de una cesta cada día. La primera comida estaba caliente, pero las sobras para las otras dos estaban frías, llenas de grasa helada, ¡e invadidas de hormigas! Estos odiosos insectos se habían convertido en habitantes permanentes de mi celda. En la oscuridad, negra como el alma de Porfirio Díaz, no podía ver lo que comía. Con una mano sostenía el plato y con la otra sacaba la carne, las tortillas y las otras cosas, cubiertas de hormigas que me comía con el resto. La garganta se me cerraba de solo pensar en ese asco, pero lo soporté. Es increíble cuánto se puede aguantar cuando no hay más remedio.

No era ciertamente por compasión natural por lo que los encargados de la prisión nos permitían recibir comida. La ración diaria de galletas y frijoles era increíblemente pequeña, tanto, que no bastaba para que un prisionero viviera con ella, por lo que se permitía a los amigos y parientes traer comida. ¿Pero y los infelices que no tenían amigos? Morían poco a poco de hambre o de enfermedad, causada por el hambre y por las enfermedades que engendraba aquel ambiente.

Tomé la determinación de olvidarme de lo que me rodeaba, de concentrarme en el trabajo al que me había dedicado, de vivir para el día en que me dejaran libre para seguir con la lucha una vez más.

¿Pero y si no me soltaban? Con furia rechacé la terrible idea. Después de todo, Díaz ya era viejo, y tarde o temprano tendría que morir y me soltarían.

Me examiné a mí mismo. Físicamente estaba en toda forma. Los diversos ejercicios físicos que había hecho me habían transformado el cuerpo. Aunque de mediana estatura, era muy fuerte y tenía los músculos como de acero flexible. Concentrándome, podía olvidarme de mis espantosas condiciones, transportarme con la imaginación a escenas y olores —sobre todo olores —más agradables.

Sin embargo, sabía que de seguir mucho tiempo en esa celda pestilente acabaría vencido por el tifus o por cualquier otra enfermedad causada por la nociva atmósfera, por la escondida garra del escalofrío ya sempiterno, del fango que se me agarraba a los pies de día en día, y que me servía de colchón por las noches.

¡Tengo que concentrarme y olvidarme de todo esto!

Por las noches, los guardianes eran relevados por soldados. Estos no nos hacían caso, salvo que quisiéramos escaparnos. Nos permitían hablar sin interrumpirnos desde las siete hasta las nueve.

A esa hora sonaba el clarín y desde ese momento teníamos que permanecer callados. Una noche, mientras dormitaba en el fango, sucedió algo extraño. Me pareció oír un ronco suspiro.

—¡Hola, amigo!

Abrí los ojos de par en par. ¿Es que empezaba a desvariar? Se sabía de prisioneros confinados que se habían vuelto locos. De nuevo aquella voz, más apremiante.

—Hola, amigo, ¿estás despierto?

Miré a la espesa oscuridad que me rodeaba. ¿De dónde venía la voz de mi amigo?

—¿Dónde está? —murmuré.

—Justo encima de usted. ¿Quién es usted? ¿Por qué está preso?

Le contesté. Le expliqué que éramos cinco los que estábamos encarcelados. Se oyó como un chasquido.

—¡Qué lástima! Yo leía su periódico, *El Hijo del Abuzote*. Un buen periódico que era, señor Flores Magón. Muy bueno, de veras. Era un consuelo saber que alguien levantaba la voz para denunciar los abusos que se hacen contra los pobres.

—¿Quién es usted, amigo? —Oí una risa apagada y áspera.

—Nomás un caco. Mi nombre no importa. Sólo quiero decirle una cosa. Si el gobierno hubiera hecho algunas de las cosas que su periódico proponía para la gente pobre hace cinco años, no estaría yo en Belén.

—Siga contando —murmuré—, tenemos tiempo de sobra. ¿Qué le ha pasado a usted?

—Tiene usted razón. Tiempo no nos falta, señor Flores Magón. Yo era zapatero. Me daban un peso diario en la fábrica. Aunque no me crea, yo me las arreglaba para ahorrar un poco cada semana. No tiraba el dinero en tomar, tabaco o mujeres. Luego

me casé. Pensé, claro, que seguiría ahorrando hasta que pudiera abrir una zapatería y vender los zapatos que hacía. Pero pronto descubrí que me había equivocado, que dos no pueden vivir tan barato como uno. Entonces dijo mi mujer: “Abriré un puesto en La Merced para vender verduras. Cuando haya ganado suficiente dinero, podrás abrir tu zapatería. Y yo dejaré de vender”. Acepté, aunque no me gustaba la idea. La mujer debe estar en su casa, ¿no le parece, señor Flores Magón? Pero también pensé que, Dios mediante, podría ganar bastante en poco tiempo para dejarlo.

Se acabó el murmullo. Me pareció oír un suspiro. Entonces se volvió a oír la voz:

—Evangelina trabajaba mucho. Pero a medida que transcurrían los meses, me di cuenta de que pasaría mucho tiempo antes de que pudiéramos abrir la zapatería. Tuvimos un niño, y mi mujer se vio obligada a cerrar el puesto durante los días del parto. Cuando volvió, una semana más tarde, sus clientes se habían cambiado. Se empezó a preocupar y cayó enferma. Luego, el niño también se enfermó. Y ya sabe usted cómo vuela el dinero en médicos y medicinas. Al poco tiempo ya no me quedaba nada y le debía treinta pesos al doctor. De nuevo una pausa, y luego prosiguió.

—Me dijo que no podría ocuparse de mi esposa y del niño si no le pagaba. Me fui a ver al patrón de la fábrica y le dije por qué necesitaba más dinero. Me contestó que él no tenía nada que ver con mis asuntos de familia. “Recibes una buena raya”, me dijo. “No puedo pagarte más, porque tendría que aumentarles también a los demás”. ¡Ni hablar! Casi se echa a llorar al decirme que estaba desolado pero que no me podía ayudar. ¡Qué pinche mentiroso!

—Señor Flores Magón, ¿me escucha usted? —murmuró la voz.

—Sí, claro que sí —murmuré a mi vez.

—No sabía... lo que le cuento tiene tan poco de extraordinario... pues, al salir de la fábrica me puse a pensar cómo podría ganar más dinero... Delante de mí vi a un caballero muy bien vestido. Sacó unos papeles del bolsillo del pantalón. Cayó una cartera. Pero él siguió viendo sus papeles sin darse cuenta. Recogí la cartera y le toqué en el hombro. “Perdóneme señor”, le dije, y me detuve. Le iba a dar la cartera, se lo juro, señor Flores Magón... pero en ese momento pensé en mi mujer enferma y en el niño, que necesitaba doctor, medicinas y comida.

Y siguió hablando.

—¿Qué quiere?, me dijo el caballero. Viendo su fría mirada, me di cuenta de que creyó que yo era un limosnero. Por favor, le dije, ¿puede usted decirme dónde queda el Monte de Piedad? Me dio la indicación y seguí mi camino tan rápidamente como pude. Di vuelta a una esquina, me metí en un portal y abrí la cartera. Tenía 80 pesos. Señor Flores Magón, robé ese dinero. Pero no me importó. ¿A quién le importaba mi esposa y mi niño? Ni a mi patrón ni a nadie más. El robo de la cartera me dio una idea: después del trabajo, por las noches, me dedicaría a robar. Cuando hubiera robado suficiente dinero, abriría mi zapatería y volvería a ser un hombre honrado. Conocí a rateros en cantinas y lugares similares. Me enseñaron a robar sin que me atraparan. Los rateros trabajaban en grupos de dos o tres. Uno roba, el otro se lo pasa a su compañero y éste a un tercero. Me hice ratero. Usted comprende, señor, teníamos que darle una parte a la policía para protegernos. De cuando en cuando cometíamos un error, le robábamos a un político o a algún rico con mucha influencia política. Entonces nos encarcelaban. Por eso estoy en Belén.

Yo le hice notar que robar bolsillos es un oficio peligroso que no tiene nada de respetable. Pasó entre la oscuridad una risa baja y burlona.

—Mi antiguo patrón era respetable, pero era el ladrón más grande que se pueda imaginar. Nos hacía trabajar doce horas al día por un salario miserable en una fábrica asquerosa... bueno, lo mismo da. Cuando pueda ganarme suficiente dinero para ser zapatero y mantener a mi familia decentemente, entonces dejaré de ser ratero. Eso será en el otro mundo, señor Flores Magón, desde luego no en éste.

—¿Quién sabe! Quizás no tenga usted siempre que vivir bajo Porfirio Díaz —dijo. Se me ocurrió una idea.

—Me pregunto si será posible comunicarse con la gente del exterior —preguntó.

Yo meneé la cabeza.

—No, es una tontería. Sólo el guardia viene aquí. Y no creo que pueda esperar ayuda de él.

De nuevo oí una especie de chasquido.

—Se equivoca usted —dijo.

—¿Qué? —murmuré asombrado— ¿Es posible?

—Es muy sencillo. El hombre que está encima de mí tiene también un agujero en el suelo. Les pasará a otros lo que usted quiera, y llegará a su destino.

Me quedé de una pieza. Si decía la verdad, podría seguir la lucha desde Belén. ¡Qué maravilla! ¡Me retorcía de gusto de sólo pensar en la rabia y el asombro de Díaz cuando *El Hijo del Ahuizote* volviera a circular!

—Amigo —le dije—, necesitaré velas, cerillos, papel, pluma y lápices. También tengo que saber que la persona que se

encargue de llevar lo escrito esté de nuestro lado. ¿Puedes averiguar eso también?

—Tardaremos un poco. ¿Sus amigos también querrán estas cosas?

Le aseguré que sí.

Iba a poder hundirme desde mi calabozo en las viles entrañas de Belén y desde allí atacar de nuevo a Díaz. Era demasiado hermoso para poderlo creer. De sólo pensarlo me regodeaba. Hasta ahora nada en mi situación había sido motivo de alegría, pero ante el prospecto que se me presentaba, me eché a reír en voz alta, y fue aquella risa un ruido verdaderamente extraño en aquella triste celda que sólo había oído los lamentos y quejidos de los prisioneros anteriores.

Esperé y esperé y esperé febrilmente, tres días interminables. La tercera noche, la voz de mi amigo murmuró que todo estaba arreglado. Inmediatamente, bajaron en una cuerda las cosas que había pedido. Acto seguido, este buen samaritano, cuyo rostro siento no haber visto nunca, me dijo que también a Ricardo y a los otros les estaban proporcionando las mismas cosas. Yo saltaba de alegría. De nuevo todos nos podíamos poner al trabajo. Para mí no era un esfuerzo, sino un desahogo satisfactorio para el odio que me consumía.

Todas las noches, después de las nueve, cuando todo estaba en calma, me llegaba el susurro.

—¿Listo, señor Flores Magón?

—Sí.

Enseguida, como maná del cielo, me llegaban los objetos necesarios en una hermosa cuerda.

Encendía la vela. Por un momento, miré hacia el fango del suelo (era imposible verlo), hacia las paredes y hacia el techo sudoroso. Del lado de la alcantarilla sobresalía una piedra, que era sobre la que me solía apoyar para descansar. Sobre ella me senté como pude, y con los pies hundidos en el limo puse una hoja de papel sobre el dorso de un plato. Sosteniendo con la mano izquierda la vela y el plato, y aguantando la peste que salía de la letrina, escribí. Inspirado por lo que me rodeaba, hice algunos de los artículos más vitriólicos que haya hecho jamás. El primero se refería a la terrible situación de los indios yaqui. Con furiosa energía escribí:

Sería una ruindad no reconocer que Porfirio Díaz tiene un natural generoso. Cierito es que se niega a darle un hueso al pueblo, pero vean hasta dónde llega su generosidad compartiendo los frutos de sus trabajos con sus compañeros de labor.

Tornemos un notable ejemplo de su método de ligarse amigos con ataduras deshonorosas. Le entregó el estado de Sonora a Ramón Corral, Rafael Yzabal y Luis Torres. Cada uno ha tenido su turno de gobernador. ¿Y cuál ha sido el resultado del trabajo de estos caballeros? ¡La exterminación casi total de los yaquis!

Para que no olvidemos: las fértiles tierras del sur de Sonora han sido propiedad de los yaquis durante siglos. Cuando los conquistadores trataron de dominarlos, descubrieron algo desconcertante: se habían metido con una nación de unos 100 mil a 200 mil que prefirió morir a rendir su libertad. Después de 250 años tumultuosos, se redactó un tratado de paz. ¿En qué términos? Los yaquis renunciaban a una parte de su tierra, y por su parte el rey de España solemnemente le reconoció el derecho al resto. Lo atestigüó con

una cédula sobre su real firma. Este tratado fue reconocido por todos los gobernadores subsecuentes de México hasta que apareció Díaz, es decir, durante unos 150 años.

Durante ese siglo y medio se dedicaron a cultivar sus campos pacíficamente y campos que producían un trigo tan alto que no dejaba ver a los caballos que pasaban por en medio. El maíz era tan alto también, que un jinete a caballo quedaba desapercibido. Pero este pródigo suelo, a la llegada de las aves de rapiña de Díaz, resultó ser la ruina de los yaquis.

Corral, Yzábal, Torres y sus compinches codiciaban esas tierras. No fue necesario más que encontrar un pretexto. Encontraron uno con la muerte de un oficial del ejército. Con la arrogancia típica de los oficiales del ejército de Díaz, le quitó la novia a un bailarín yaqui. En la querrela que siguió, éste le mató. “Los yaquis están en pie de guerra”, proclamaron arteramente los bandidos avarientos de sus tierras. Hombres armados persiguieron al jefe yaqui, Cajeme, pero no habiendo podido capturarlo pusieron fuego a su casa y violaron a las mujeres, inclusive a la esposa de Cajeme. Enviaron después falsos agrimensores para que midieran las tierras, y estos pájaros de mal agüero les dijeron a los yaquis que el gobierno había decidido dárselas a extranjeros. Los yaquis, exasperados a más no poder, se lanzaron a combatir por lo que era suyo.

Conciudadanos, consideren ustedes el triste resultado: durante años, los yaquis mataron a miles de soldados, enviados a luchar por nuestro criminal presidente, y a su vez, los yaquis murieron por decenas de millares. ¿Y qué pasó con los antiguos prisioneros yaquis? Los ahorcaron o los fusilaron. Hoy día, Díaz ha dado comienzo a una técnica más refinada: cuando no ejecutan a los prisioneros, los venden a las plantaciones de tabaco del Valle Nacional

de Oaxaca, o a los henequeneros de Yucatán. Sin perdonar a nadie, envían a familias enteras.

Los yaquis asesinados por decenas de millares, sus familias vendidas como esclavos, miles de soldados mexicanos —tu padre, lector, tus hermanos, tus hijos—, muertos o mutilados de por vida, formando todo un espectáculo que aterraría hasta a los mismos diablos del infierno, ¡pero ciertamente no a Porfirio Díaz!

¿Y qué piensa éste acerca de ello? Por lo visto que es un pequeño precio que tiene que pagar para retener la obscena lealtad de sus colegas asesinos, cuyas manos manchadas en sangre se abalanzan sobre las posesiones de sus víctimas.

Y ustedes, ¿qué piensan, compatriotas?

Este fue el tipo de bomba que preparé a la luz temblorosa de la vela. Mientras escribía, las ratas se movían en la oscuridad. Estos huéspedes sin invitación esperaron a que apagara la luz y me durmiera para comerse la comida que había dejado en la cesta. En la madrugada, antes de que aparecieran los guardias, todo había sido ya enviado a *El Hijo del Ahuizote*, tanto lo mío como lo de los otros.

¡Qué satisfacción tan grande nos dio el poder de nuevo animar al pueblo!

—Y en cuanto a usted, señor presidente —murmuré levantando los puños en la oscuridad—. ¿Cómo le va a sentar que volvamos a divulgar las sórdidas acciones de su gobierno?

Quizás estaba yo un poco fuera de mí al comportarme así, pero era un desahogo, me hacía bien exteriorizar mis emociones de esa manera. Ocupado pensando en ideas para artículos destructores, a veces llegué a olvidarme casi completamente de la atmósfera que merodeaba.

Con la excepción de nosotros, todos los prisioneros eran criminales comunes, ladrones, rateros. Descubrimos algo que nos sorprendió y nos emocionó profundamente: nos adoraban. La llama, que habíamos encendido con nuestra lucha, había encendido también algo en sus corazones, y saber que hasta los proscritos de la sociedad nos prestaban su entusiasmo era una revelación, porque nos daba un gran sentido de poderío, no poderío de dominio, sino el poder que procede del conocimiento de que nuestra causa tenía una atracción universal y que teníamos una enorme responsabilidad al ser sus inspiradores.

Y pensé: “si estos infelices son tan antiporfiristas, el resentimiento creciente del pueblo debe ser enorme. No cabe duda de que habrá de estallar con fuerza aterradora en un futuro no muy lejano”.

Mi hermano Jesús y Francisco A. Serralde, ambos abogados, habían estado haciendo lo imposible para sacarnos de aquellas mazmorras. Por fin consiguieron un amparo, en virtud del cual nos cambiaron a un dormitorio de la misma prisión.

Habíamos pasado en aquellas celdas espantosas, cuarenta y cinco días, que se nos habían hecho años.

El limo en el que tuve que dormir me había afectado las piernas, dándome una especie de reumatismo, a pesar de lo cual me fue mejor que a Jesús Martínez, gracias a mi fuerte constitución. Ocupó éste mi celda en 1906, habiéndose atraído la ira de Díaz por sus incisivas caricaturas del semanario *El Colmillo Público*. El infeliz se enfermó en menos de un mes. Lo metieron en una ambulancia para llevarlo al Hospital Juárez, pero murió en el camino.

—Por lo menos —dije viendo las sucias ventanas del dormitorio— vemos la luz del día.

Ricardo se frotó la barbilla.

—Por lo menos nos podemos lavar.

—En comparación con la celda esto es el paraíso —dijo Santiago de la Vega, y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Da gusto estar reunidos de nuevo —dijo Alfonso Cravioto sonriendo.

En el dormitorio conocimos al famoso Antonio Villavicencia. Lo que nos contó de Díaz nos dejó estupefactos. Lo que habíamos visto, oído y experimentado nos había dado a conocer bastante bien el terrorismo de Díaz, pero lo suyo fue un horror de una novedad absoluta.

Antonio Villavicencia era jefe de la Comisión de Seguridad Pública, imponente fachada para encubrir a un grupo de pistoleros privados de Díaz, quienes también eran detectives. El que su jefe estuviera de huésped en Belén nos intrigó. Pensando que nos pudiera contar algo que nos sirviera para cuando saliésemos, le pregunté delante de los otros:

—¿Qué desgracia le ha traído por aquí, señor Villavicencia?

Se puso lívido.

—La desgracia de haber servido fielmente a Porfirio Díaz —me gritó—. Por esto estoy aquí. ¡Maldito sea! Después de todos los años que he pasado llevando a cabo las tareas más delicadas para ese asqueroso. ¡Es demasiado!

—Me extraña. Tenía la impresión de que Díaz premia lindamente a sus fieles servidores —le dije acercándome.

—¡Premios! —y escupió— ¡Me ha traicionado! Escuchen, señores —dijo echando miradas de fuego—, les voy a contar el tipo de trabajo íntimo que he hecho por él, para que conozcan

ustedes las profundidades de su bajeza del alma. ¡Qué hijo de puta! ¡Qué ingrato! ¡Me ha hecho polvo! —y se mesaba el cabello.

Cuando se hubo calmado, prosiguió.

—Señores, posiblemente hayan oído ustedes contar lo que sucedió la mañana del 15 de septiembre de 1897. Estaba Díaz tomando el fresco en la Alameda, cuando un borracho llamado Arnulfo Arroyo rompió la fila de soldados que guardaban al presidente y le dio con una piedra en la espalda.

Los ojillos de Villavicencia brillaron.

—Tengo que decir, en vista de lo que me ha pasado, que es una lástima que el pobre Arroyo se olvidara de llevar ese día su pistola. La policía lo arrastró hasta la Diputación, oficina del jefe de la policía, Velásquez. Allí, sin más ni menos, lo metieron en una mazmorra. Al anoecer, entré en la celda con un par de hombres y lo liquidamos.

¿Por qué lo hice? —y al decirlo la voz se le agudizó y meneó los brazos, concluyendo—, por mi devoción para con Porfirio Díaz. ¡Y es así como me premia!

Lo que siguió diciendo era incoherente, mientras daba grandes zancadas a lo largo del dormitorio, como si se hubiera vuelto loco. Al rato, con voz ahogada continuó.

—Claro que, naturalmente, hubo que preparar toda una historia para explicar su muerte, lo cual no parecía ser un gran problema. Sencillamente hice decir que el pueblo, enfurecido por el atentado contra la vida del presidente, había invadido la celda y lo había linchado. Aquella noche se celebraba el aniversario de la Independencia. Como de costumbre, grandes masas de gente celebraban las fiestas patrias en el Zócalo y sus alrededores. No me costó mucho trabajo hacer que mis hombres aprehendieran a

un grupo de gente, y entonces anuncié que esos habían sido los linchadores de Arroyo.

Contó esto como si estuviera contando que había recogido una caja de pollos en la Lagunilla.

Santiago R. de la Vega se frotó los oídos como para comprobar que había oído bien. Juan Sarabia tenía la lengua casi fuera, y Ricardo, la cara sin expresión alguna, miraba a Villavicencia. Con los brazos cruzados, Alfonso Cravioto movía la cabeza con un aire estupefacto. Yo me mordí la lengua para no decirle al antiguo jefe de la Comisión de Seguridad Pública lo que pensaba de él.

—Fue un error terrible —gimió Villavicencia—, pero ¿cómo podía saberlo yo? Me había imaginado que las vistas en los tribunales serían como siempre, que los jueces aceptarían mis declaraciones sin vacilación, que condenarían a los acusados sin dilación. Pero esta vez —y meneó la cabeza desconsoladamente— uno de los jueces, a quien yo no había visto nunca antes, se puso a hacer preguntas sumamente embarazosas. Primero me hizo declarar a mí y luego, por turno, a varios de mis hombres, con el resultado de que surgieron varias contradicciones en nuestros testimonios.

—¡Nos tenía atrapados! Me di cuenta —continuó Villavicencia— de que, si ese demonio de juez me hacía responsable de la muerte de Arroyo, no me iría muy bien. ¿Qué otra cosa podía yo hacer sino darme prisa y confesar que lo habíamos matado obedeciendo órdenes de Velásquez? Entonces nos metieron en la cárcel a mis hombres y a mí, acusados de asesinato. Velásquez, como leerían ustedes en los periódicos, se suicidó —añadió Villavicencia tranquilamente.

¡Qué bestia! Leí el mismo aborrecimiento en los ojos de Ricardo y en los de los otros. Su percepción moral no iba más

allá de la de un perro loco. Ocupado con su propia desgracia, no veía ni sentía nuestra repugnancia.

—¡Pensar que he servido a Porfirio Díaz tan lealmente! —dijo con voz angustiada—. Qué traición tan asquerosa, la suya, arrojarme en este maldito lugar como una basura. ¡Infame sinvergüenza! He terminado con él para siempre. Les digo que es el más vil del mundo y que no son las mías palabras vacías. ¡Les juro que lo demostraré!

Dio un salvaje palmetazo, la cara convulsionada de odio.

—¡Por Dios que lo probaré!

Se quedó callado unos segundos. Luego se echó hacia delante y agregó:

—Escuchen, señores, por órdenes directas de Porfirio Díaz yo mismo he matado y enterrado a más de trescientos de sus enemigos políticos.

Hablaba sin el menor indicio de emoción, como si se estuviera refiriendo a una matanza de ganado. Nosotros lo mirábamos, aterrados. Nos pasó la mirada por encima.

—Parecen sorprendidos, señores. Pero no crean que estoy inventando porque no hayan oído hablar de esto antes. Es un profundo secreto para todo el mundo en México, salvo Porfirio Díaz, yo y unos cuantos elegidos. El público no puede enterarse, por la manera de matar. En realidad —y sonrió acariciándose el bigote— es sumamente ingeniosa. Se hace así: Díaz me manda decir de qué prisionero político se quiere deshacer... —se detuvo un momento y prosiguió—. Yo envió a uno de mis hombres, que hace de abogado, al prisionero, para que entre en su confianza. El prisionero le cuenta su historia, entonces el supuesto abogado le dice que el delito no es tan serio y que probablemente podrá

conseguir un amparo, y que si le parece él tratará de obtenerlo. Ya pueden ustedes imaginarse, señores, la ansiedad del prisionero para recobrar su libertad. Se apresura a dar su consentimiento y se le concede el amparo. A eso de las dos de la mañana nos presentamos el supuesto abogado y yo a buscarle. Esta es la hora establecida por el amparo. Entonces le comunicamos al prisionero que está libre bajo amparo. Todo jubiloso, nos da miles de gracias. Luego firma el libro de la cárcel en el sentido de que está libre bajo mandato jurídico.

Villavicencia miró por encima de nosotros, los ojos fríamente risueños.

—Afuera —siguió—, espera una carroza con mis hombres. El prisionero entra. Lo sujetan y lo amordazan. Lo llevan al cementerio privado que reserva Díaz a sus enemigos. Allí le sacamos del coche. Le disparo un tiro en la cabeza y mis hombres lo entierran.

Dio un chasquido con la lengua y se frotó las manos.

—Su desaparición no puede adjudicarse a Díaz o a nosotros. La razón es obvia. Cuando los amigos o los parientes preguntan por el prisionero, se le enseña el libro en que él mismo ha firmado su orden de liberación.

Y así, después de haberse desahogado este sádico mano derecha de Díaz, dio unos pasos por la habitación, chasqueando la lengua y frotándose las manos. (Los solitarios solares que Villavicencia llamaba cementerio privado de Díaz fueron más tarde la colonia Juárez).

Me imagino que más tarde este monstruo se arrepentiría de haber vomitado estas revelaciones sobre las actividades asesinas de Díaz por medio de terceros. Poco después lo pusieron en libertad. Fue un error de su parte suponer que su dueño se había olvidado

de sus servicios. Con su acostumbrada astucia, Díaz había esperado a que el público se olvidara del sangriento episodio de Arroyo, antes de soltarle.

Metiéndonos en Belén, había creído el dictador que efectivamente nos había acallado. Por medio del Tribunal Federal decretó que cualquier impresor a quien se encontrara imprimiendo cualquiera de nuestros escritos —ya fuera un periódico, un pasquín o cualquier otra forma— sería castigado con dos años de cárcel, cinco mil pesos de multa y la confiscación de su imprenta.

Aunque esto hizo que fuera casi imposible establecer una relación con un impresor dispuesto a desafiar la cólera de Díaz, no nos encontramos abandonados. Por medio de nuestros partidarios compramos ocho imprentas por 65 mil pesos. Cada una estaba instalada en diferentes barrios de la capital. El dinero salió de la tesorería de *El Hijo del Ahuizote*. Antes de hacerlo, Ricardo nos habló acerca de la gravedad de tal medida.

—¿Se dan cuenta ustedes que esta maniobra exasperará aún más a Díaz? Tenemos que recordar que, en cualquier momento, irritado por nuestras denuncias, puede dar la orden de que nos fusilen.

—Desde luego —dijo Juan Sarabia—. No esperábamos que nos felicitara cuando empezamos nuestras manifestaciones. Yo, por lo pronto, estoy completamente a favor de la idea de comprar las imprentas —y mirándonos con sus ojos vivaces—, ¿ustedes están de acuerdo?

Ricardo levantó la mano.

—Un momento —dijo—. Déjenme decirles otra cosa. Si nos posesionamos de las imprentas, si no nos ahorcan o fusilan, por lo menos nos podremos aquí mucho tiempo. Desde luego, mientras existan las imprentas.

—¿Es que tienes miedo? —dije mirándolo. Su cara estaba inescrutable.

—No te ocupes de mí, Enrique. Sólo quiero saber la opinión de Santiago y Alfonso, así como la de Juan y la tuya.

—¡Que muera Díaz! —declararon con vehemencia.

La impasibilidad de Ricardo se rompió en una ancha sonrisa.

—Perfecto. Sólo quería estar seguro de que ustedes sabían lo que nos espera.

Poco después de haber comprado las imprentas, la mano vengadora del dictador cayó sobre ellas. Empezaron las intervenciones. Cuando destruían una, empezaba a funcionar otra inmediatamente. Todo el personal relacionado con el periódico, compositores, barrenderos, hasta el muchacho que lo vendía en las calles, fueron a parar a la cárcel. Por lo general los tenían allí una semana, que nosotros les pagábamos como si estuvieran trabajando.

Escribimos estos periódicos, que tan trágicamente jugaban al escondite con la policía, desde Belén. Cada vez que escribía, una vocecita me susurraba: “¿Es este mi último artículo?”, susurro intranquilizador, que no conseguía sacudirme inmediatamente.

Los periódicos aparecían con varios nombres: *El Nieto del Ahuizote*, *El Bisnieto del Ahuizote* y otros más. Una por una desaparecieron las imprentas. Era desconsolador. Teníamos tantas cosas que decirle al pueblo. Pero ahora ya nos habían silenciado.

Sin embargo, antes de su total destrucción, tuvimos varias pláticas acerca de nuestros planes para el futuro.

Claro, me repetía yo, depende de que nos suelten.

En una de esas pláticas, Ricardo hizo un comentario que nos impulsó a tomar una decisión fatal.

—No nos engañemos —dijo—. Mientras Díaz esté en el poder, es imposible llevar una campaña de reforma que sea pacífica.

—Quieres decir... —y Alfonso se interrumpió.

—Tenemos que preparar la revolución.

Nos llamamos todos. Mis camaradas tenían los ojos dilatados y las caras rojas. El corazón me estallaba. Estábamos sentados sobre el suelo de ladrillo, y de pronto, como movidos por un mismo resorte, nos pusimos de pie.

Juan miró a su alrededor para ver si nos oían los guardias.

—¡Viva la revolución! —murmuró apasionadamente.

—¿Y ustedes? —preguntó Ricardo.

—La duda ofende —dijo Santiago sonriendo—. ¡Viva la revolución!

—La pregunta salía sobrando —observó Alfonso.

—Hmm—dijo Ricardo con una mueca—. Les debo una excusa.

Yo quería bailar, gritar, proclamar a los cuatro vientos la salvaje alegría que me llenaba.

—Ricardo, ¿qué tienes pensado? —le pregunté.

—No podemos llevar a cabo la propaganda inicial y la organización desde México. Es imposible. El país pulula de agentes y espías del déspota. Lo único lógico, me parece a mí, es establecer nuestro cuartel general en Estados Unidos y enviar propaganda de allí a nuestros partidarios para que ayuden a desarrollar el movimiento revolucionario.

Agitó la mano y nos miró detenidamente a cada uno de nosotros.

—¿Qué les parece?

Por toda respuesta nos abalanzamos sobre él y lo abrazamos. Desde ese momento hablábamos sobre todo de las maneras y

medios de extender nuestra causa sagrada, siempre condicionados por nuestra libertad. Por fin nuestra última imprenta quedó destruida. Díaz averiguó de alguna manera que ya estábamos sin fondos y nos lanzó una bomba sorpresa. Considerando que ya no éramos peligrosos, ordenó que nos pusieran en libertad. Salimos de Belén a finales de 1903.

Pero antes habíamos hecho ya algunos planes que expandimos en 1906 como miembros de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, en el programa para la liberación de nuestra patria.

La única cosa valiosa que logramos salvar del desastre de nuestras imprentas fue una máquina de escribir que vendimos, y con el producto de la venta, a principios de enero de 1904, Juan Sarabia, Ricardo y yo tomamos el tren a Laredo, Texas, ciudad que nos podría servir para nuestro propósito. Santiago y Alfonso se quedaron en México para trabajar clandestinamente entre nuestros partidarios. ¡La suerte estaba echada! Y ahora, me preguntaba, ¿cómo nos recibirán Estados Unidos?

La justicia de San Antonio

—Miren —les dije a Ricardo y a Juan en el momento de salir para tomar el tren de Laredo—, nos sigue un detective.

Desde el momento en que salimos de Belén estuvimos bajo vigilancia continua, hasta el instante mismo de subirnos al tren. Estábamos intranquilos porque temíamos que nos pudiera impedir el cruce de la frontera. Se basaban nuestros temores en la existencia de poderosos intereses norteamericanos en nuestro suelo. Estas grandes compañías sacaban grandes ventajas de la ley y del orden tal y como estaban administrados en el régimen de su buen amigo Díaz, y no miraban con gran complacencia a quienes se dedicaban a actividades que pudieran dañar de una manera o de otra la versión de ley y orden que imponía el dictador.

—Estos intereses —dijo Ricardo en el momento en que arrancaba el tren de la estación de Buenavista— ejercen una enorme influencia sobre el gobierno norteamericano. Si la policía secreta notifica a la gran compañía norteamericana dándole

una descripción de nosotros, entonces la compañía a su vez puede telegrafiar al gobierno norteamericano para que nos niegue la entrada a Estados Unidos.

Era absolutamente necesario que entráramos al país de Abraham Lincoln y de George Washington, donde la democracia era una realidad. Allí podríamos encontrar trabajo, ganar suficiente dinero para volver a empezar *Regeneración* y, desde la atmósfera tonificante de libertad, dedicar todas nuestras energías a derrocar a Díaz.

Todas estas ideas me pasaban por la cabeza mientras veía al mozo del tren que gritaba: “Dulces, chocolates, sándwiches”. Lo paré, compré la mitad de su mercancía y entablé conversación. Juan me miraba consternado, preguntándose si es que me había vuelto loco. Estábamos en la calle y yo me estaba gastando el dinero en tonterías. Nuestras miradas se cruzaron. Le hice un guiño y su intranquilidad pareció calmarse, aunque todavía se lo veía dudoso.

—Joven —le dije al vendedor—, ¿sabes tú si hay buenas tierras cultivables alrededor de Laredo que estén en venta?

—¿Pos qué tiene de malo México? —preguntó— Aquí hay tierra de sobra, y barata.

—Eso es porque hay mucha intranquilidad entre el pueblo —dije moviendo la cabeza y mirando a Ricardo y a Juan—, y creo que convendría vender algunas de nuestras haciendas e invertir el dinero en tierras cultivables de Texas. Claro, mientras podamos conseguir una buena ganga.

Nos dijo que creía que sí había mucha tierra cultivable, buena y barata. Como quien no quiere la cosa, le pregunté si nos pondrían dificultades para entrar en Estados Unidos.

—¿Y por qué habían de tenerlas? —preguntó sorprendido—. Sólo si fueran traficantes en drogas —y se rió alegremente—. Los empleados de inmigración no les molestarán para nada. Añadió que los conocía, que eran amigos suyos, de lo cual me aproveché para decirle que le agradeceríamos mucho si intervenía a nuestro favor para que no nos detuvieran innecesariamente, cosa que hizo, y los empleados de inmigración, aceptando sin más ni más lo que les dijo de que éramos ricos hacendados, nos dejaron entrar en Texas sin mayores dificultades. Dando un suspiro de alivio, cruzamos la frontera.

Entre todos nosotros nos quedaba la suma de 50 centavos.

—No es mucho para empezar una campaña para derrocar a Díaz —dijo Juan sonriendo amargamente.

Lo primero que teníamos que hacer era encontrar algo de comer y un sitio donde dormir, cosas que obtuvimos por medio de un partidario de Laredo para quien traíamos una recomendación.

El objetivo siguiente era conseguir dinero para pagar casa y comida. Ni Juan ni Ricardo servían de mucho en este sentido. Mi hermano, a pesar de su enorme estatura, era tan torpe para los trabajos manuales —que era el único tipo de trabajo permitido a los mexicanos en Texas— que él mismo se hubiese entorpecido. Pero yo, fuerte como un toro, acepté lo primero que se me presentó.

Me dediqué a acarrear madera y carbón para un contratista de combustible; cortaba los pastos, llevaba ladrillos a construcciones, en fin, hice toda clase de trabajos manuales. Me hubiera gustado un empleo más de acuerdo con mis gustos, pero cuando el trabajo se hacía demasiado aburrido, me decía: “Enrique, recuerda que esto no es más que la manera de alcanzar cierto fin”, y seguía con mi labor, acarreando paletadas de carbón. Dentro de mí veía

cientos de miles de hombres, mujeres y niños mexicanos hambrientos, que me miraban con ojos tristes, y seguía cargando carbón hasta que el sudor me caía a chorros. Era un trabajo ordinario, pero ¡por una causa sagrada! Mientras tanto, Ricardo y Juan trabajaban para la causa de otra manera. Todo el día, hasta muy entrada la noche, escribían cartas a los partidarios de México y empezábamos a recibir fondos. El ahorrar dinero era cuestión de vida o muerte. Lo necesitábamos para comprar papeles, sobres y sellos. Así pues, nos impusimos una dieta de hierbas salvajes y verduras que recogíamos en los alrededores de Laredo, y que hervidas nos proporcionaban suficiente alimentación para seguir luchando. Una vez al mes nos permitíamos el lujo de una pequeña hamburguesa, único momento en que nos dábamos cuenta de que las hierbas hervidas no eran precisamente un manjar.

Llegó el día en que habíamos reunido 800 dólares, que no era mucho para volver a darle vida a *Regeneración*, pero con el dinero que nos seguían enviando nos las podríamos arreglar.

—No hay que perder el tiempo —dijo Ricardo mientras hablábamos acerca de encontrar un impresor—. Tenemos que seguir alimentando el fuego contra Díaz, para ir preparando a la nación, de modo que cuando le demos la señal esté lista para levantarse con su armado poderío para destruir a su destructor y a su banda de coyotes.

En esta época empezamos a darnos cuenta, para nuestra intranquilidad, de que las autoridades norteamericanas estaban en comunicación con las mexicanas. Una tarde, ya al anoecer, al volver yo a casa del trabajo vi, cuando todavía me faltaba media cuadra para llegar, algo que me hizo detenerme. Justo enfrente de nuestra casa

había un policía mexicano y otro de Laredo que la miraban. Me escondí detrás de un árbol y me puse a observarles sintiendo el corazón en un puño. ¡De modo que no estábamos a salvo en Laredo! No cabía duda de que el tipo chaparrito y de tez oscura era mexicano. Esperé a que se hubieran ido y entré a casa apresuradamente.

—Muchachos —les dije a Ricardo, a Juan y a Manuel Sarabia, que había llegado unos días antes—, me temo que estamos demasiado cerca de México.

—¿Cómo que demasiado cerca? —dijo Manuel. Les conté lo que acababa de ver.

—Y ¿por qué habrían de molestarnos las autoridades de Laredo? —dijo Juan enojado—. A menos —añadió poniendo los ojos muy grandes— que haya un pacto con Díaz.

—No nos precipitemos a sacar conclusiones —dijo Ricardo—. A mí me parece espionaje. Pero no podemos tampoco estar seguros de ello.

La hermosa mirada se le entristeció.

—Es odioso pensar que los americanos —añadió—, nacidos libres, se presten al juego de Díaz.

—Cuidado —dije—, porque puede ser demasiado tarde. Imagínate que la policía de Laredo se hace la distraída, y mientras no ve nada el jefe de Nuevo Laredo envía sus rurales vestidos de civiles y nos secuestran.

—Enrique tiene razón —asintió Juan.

—¡Quizás! —concluyó Ricardo—, no correremos riesgos inútiles. Además, Laredo no tiene una imprenta lo suficientemente grande como para satisfacer nuestras necesidades.

Después de mucho hablar nos decidimos por San Antonio. Allí volveríamos a fundar *Regeneración*. Acompañado de nuestras

bendiciones, le entregamos nuestros ahorros a Rafael Romero Palacios, partidario que conocía San Antonio. Manuel Sarabia lo acompañó. Manuel, que era impresor, era el más indicado para la tarea de establecer una imprenta.

Esperamos su regreso con impaciencia. Pasaron varias semanas. —Pero ¿qué los detiene? —gruñó Juan, mordiéndose las uñas.

Ricardo suspiró. Yo eché un vistazo por la ventana, pensando siempre en el policía y el espía. Cualquiera día los agentes de Díaz nos caerían encima, mientras aquellos dos infelices se retrasaban en San Antonio.

Por fin llegó una carta de Manuel, que nos llenó de desconsuelo.

Con uno u otro pretexto, Romero Palacios había ido posponiendo la visita a las imprentas. “Por fin exasperado —escribía Manuel—, decidí hacer las cosas yo mismo, aunque yo no hablo muy bien el inglés. Le pedí el dinero a Palacios, pero su respuesta me dejó de un aire. El muy cabrón me dijo que se lo había gastado poniéndole casa a su amante”.

Nuestra consternación llegaba a la desesperación.

—Pensar en todo el tiempo que nos ha llevado reunir esos 800 dólares —se lamentó Ricardo—. Ahora tenemos que pasar quién sabe cuánto tiempo más para reunir otro montoncito.

—Si lo agarrara —dije yo colérico—, creo que lo estrangularía.

Nuestra decisión en cuanto a hacer de San Antonio el centro de nuestras operaciones, no había cambiado. Entre furiosos y tristes tomamos el tren para la ciudad. Manuel, que estaba varado sin dinero, nos recibió alegremente. Con nosotros, además de Ricardo, de Juan, Manuel y yo, había una mujer, Trinidad Salcedo, y su hijito Adolfo. Alquilamos una casa en el barrio mexicano. No era muy elegante, ni los muebles tampoco, que consistían en una mesa

de pino barato que compramos. ¡Ah!, y también cajas de jabón, que nos servían de sillas. Eso era todo. No podíamos permitirnos el lujo de tener camas, pero sí poseíamos una manta para cada uno.

Por la noche, la luna entrando por la ventana podía ver un interesante rito: nos veíamos envolvernos en nuestras mantas hasta la boca y rodar por el suelo, como otros tantos bultos animados hasta topar con la pared. Allí, protegidos del frío de la mejor manera que podíamos —y las noches de invierno eran terribles— nos dormíamos en nuestras envolturas como de capullos de seda.

Nos alimentábamos de café puro, sin azúcar, y “pan de gallina” tres veces al día. ¿Qué era el “pan de gallina”? Sencillamente pan duro que comprábamos más barato. Lo mojábamos en agua, que ablandaba su dureza, y luego metiéndolo en el horno para que se secara y se volviera a enternecer, el pan, rejuvenecido, volvía a ser palatable. Pero como se ve, no eran nuestras comidas lo que se dice opíparas. De esta manera —con la ayuda de nuestros partidarios y lo que ganábamos en diversos empleos— ahorramos suficiente dinero para comprar una imprenta y quedarnos todavía con 900 dólares. La monotonía de nuestro negro café y pan duro se hizo más apetitosa con la alegría de sentirnos de nuevo en pie de guerra contra el sangriento gobierno de Díaz.

Además de enviar el periódico a los suscriptores de México, utilizábamos el expreso de Wells Fargo para llevarlo a los focos principales. Allí lo recogían nuestros partidarios para distribuirlo.

Con feroz deleite pusimos al desnudo ante nuestros 30 mil suscriptores, y muchos miles más que leían el periódico, cada una de las fases del régimen de Díaz. Hacía ya mucho tiempo que quería escribir acerca de los trabajadores de la ciudad y otros atraídos a la

vil esclavitud de Valle Nacional, profunda garganta de unas cinco millas de ancho y 20 de largo situada en la parte noroeste de Oaxaca. Allí florecía el ejemplo más inhumano de este inicuo sistema.

Esta vez escribía el artículo. Poco después de su publicación constatamos lo que habíamos temido: que las autoridades norteamericanas estaban cooperando con la administración de Díaz. Como fue este artículo lo que nos dio la prueba de ello, lo cito íntegramente:

Para siempre, mientras México pueda recordar, la esclavitud de hoy día quedará siempre identificada con el nombre del demonio que la hace posible. Se llama Porfirio Díaz, y su obra más bestial se realiza en Valle Nacional.

Ciudadanos mexicanos: fíjense en que no hay más que dos maneras de llevar a seres inocentes a ese purgatorio: una es por medio del jefe político que opera directamente; la otra, por medio de un enganchador (llamado agente de trabajo). Trabaja en alegre acuerdo con el jefe político, el cual, como ustedes saben demasiado bien, es nombrado por el gobernador de su estado. Responsable ante nadie como no sea el gobernador, a quien le paga un tributo anual, nadie le pide nunca cuentas de sus actos.

Observen ustedes lo que sucede cuando este coyote de jefe político trabaja solo. No envía ladrones u otros criminales a la cárcel, los vende como esclavos en Valle Nacional. En muchos casos el jefe tiene un carácter impaciente. Quiere hacerse rico rápidamente, en cuyo caso se contenta con no vender más que criminales.

Tomen como ejemplo al vil jefe político de Pachuca, Hidalgo.

Agarra a quien se le ocurre en las calles, los lleva a la cárcel. Allí les acusa de un crimen imaginario, aunque a las víctimas no se las

juzga jamás. Cuando el muy sinvergüenza tiene la cárcel llena, los envía a Valle Nacional. Naturalmente, después de recibir su pago, le entrega con gusto una parte de su sangriento dinero a su distinguido señor, su excelencia Pedro Rodríguez, gobernador del estado de Hidalgo. Conciudadanos: Puede ser que ustedes conozcan a alguien que no haya sido enviado a Valle Nacional directamente por su jefe político. Desde luego, porque la mayoría trabaja por medio de los enganchadores. ¿Por qué? Porque el tráfico humano es ilegal. Los asustadizos instigadores utilizan a los enganchadores como fachadas.

Estos realizan su oficio bajo el escudo de aquéllos, lo cual les permite reírse de la posibilidad de ser acusados.

¿Cómo teje el enganchador su tela de araña? Anuncia empleo, con tres pesos al día, buena comida, casa cómoda y gratis. El pobre obrero, que quizás gana unos cincuenta centavos al día, cae en la trampa. Firma el contrato y recibe cinco pesos de adelanto, que le animan a que gaste. Unos cuantos días después, metido en un tren con otros engañados como él, llega a Valle Nacional. Allí lo venden con sus compañeros a los dueños de las plantaciones de tabaco.

Y cómo, ciudadanos, ¿cómo se explican a sí mismos los empleados del gobierno su participación en la venta de esclavos? “¿Pues no recibió el obrero cinco pesos de adelanto?”, exclaman indignados. Es una deuda que es justo que paguen... Estos venales hipócritas se burlan del derecho constitucional del obrero. ¿Pero cuándo han disfrutado las masas de los derechos constitucionales?

¿Y qué hay de los dueños de las plantaciones? Descaradamente protestan contra la acusación de que su sistema sea esclavitud. No, no señores, dicen, es mero contrato de trabajo. Sí señor, el trabajador firmó un contrato. Por lo tanto, está comprometido por sus cláusulas lo que no dicen los honrados dueños de las plantaciones es que,

en lugar de los tres pesos diarios prometidos por el enganchador, el enganchador mismo o el dueño de la plantación llenan las formas que el obrero analfabeta firmó con una ‘x’, y fijan el salario en unos cincuenta centavos diarios.

Fíjense ahora, ciudadanos, en lo que sucede.

El obrero atrapado no recibe dinero casi nunca. Le dan crédito en la tienda del dueño de la plantación. Los precios de la ropa y de las otras cosas necesarias son diez veces más altos que en los pueblos que están fuera de Valle Nacional. Pero no es esto todo. El esclavo tiene que pagar el precio de venta, de modo que le es absolutamente imposible satisfacer la deuda.

¡Y muere siendo esclavo, por lo general en el término de un año!

¿Por qué, preguntarán ustedes horrorizados, muere un hombre capaz, en ocho o diez meses en Valle Nacional? ¡Porque al infeliz le obligan a trabajar desde la madrugada, durante las largas, húmedas horas crueles bajo el sol calcinante, hasta después del crepúsculo; porque continuamente cae bajo el látigo del capataz que le obliga a trabajar hasta el límite de su resistencia; ¡porque la mala alimentación y las repugnantes condiciones en que está alojado le debilitan el cuerpo, haciéndole contraer malaria o alguna otra enfermedad tropical, y porque sabe que nunca más podrá volver a ser libre!

Pero —dirán ustedes—, Díaz no se beneficia directamente con este horrible comercio. Desde luego. Concedámosle el beneficio de cualquier duda posible. ¿Pero, y los gobernadores de Veracruz, Oaxaca, Hidalgo, y otros estados —y sus compinches— que se benefician con ello? ¿Quién nombró a estos gobernadores? Porfirio Díaz.

Ellos, a su vez, nombran a sus satélites. Si Díaz lo quisiera, podría suprimir la esclavitud mañana mismo. Y no sólo en Valle Nacional,

sino también en las plantaciones de henequén de Yucatán, en las industrias fruteras y forestales de Tabasco y Chiapas, en las plantaciones de café, azúcar y fruta de Veracruz, Oaxaca, Morelos y casi todos los otros estados de México.

¿Por qué no lo hace? Porque necesita a estas hienas humanas.

Pálidas copias de sí mismo, las necesita para mantener su poder autoritario.

Pero el día de la liberación se acerca. Prepárense, conciudadanos.

Sucedió la noche que *Regeneración* hizo estallar una bomba en México. Estábamos Juan Sarabia, Ricardo y yo en el comedor que era también donde escribíamos, ocupados en terminar un ejemplar. Miré al despertador que estaba sobre la mesa. Las doce y media. Del pasillo llegaron voces. ¿Qué será?, me pregunté.

Absortos en el trabajo, Juan y Ricardo no oyeron nada. Pero una de las voces tenía una cualidad apagada bastante extraña. Fui a ver.

Cerca de la puerta principal vi algo que me dejó helado.

Con la mano izquierda, un voluminoso extraño le apretaba el cuello a Manuel Sarabia. Manuel, la cara desencajada, luchaba fieramente.

Echándose hacia atrás evitaba el golpe de un largo puñal que el otro tenía en la mano derecha, y que en el aire esperaba el momento oportuno para hundirse en su cuerpo. Y pegué un fuerte grito a la vez que me lancé sobre ellos.

El asesino me miró sorprendido, exclamó algo y dejó escapar su presa. Furioso, me acerqué más, y con todas mis fuerzas le propiné un puñetazo en las costillas que lo envió por el aire a través de la puerta. Dio un golpe tremendo sobre la acera y rodó hasta la carretera, donde aterrizó sobre un charco de fango.

—¡Maldito! —grité, lanzándome de nuevo contra él, cuando oí a Ricardo que gritaba:

—¿Qué pasa, Enrique?

Miré a mi alrededor. Él y Juan se recortaban en el quicio de la puerta, y me miraban a mí y al malhechor todo embarrado, con la boca abierta. Éste se enderezó con una expresión de asombro en la cara. De vuelta en el pasillo vi a Manuel, contra la pared, boqueando.

—Mejor pregúntenle a Manuel —grité—. Voy a ver qué se trae este hijo de la chingada.

Y me le acerqué. Sorprendido, vio que yo era mexicano.

—Mire —me dijo con la mano temblando—, me ha echado a perder mis pantalones nuevos.

—Debía haberse puesto los viejos —le dije, y me agaché, con las manos sobre los muslos.

—¿Quién te envió, asesino?

Hizo un gesto y apretó los labios. Le agarré las orejas y se las sacudí con fuerza.

—¿Quién te envió? —insistí.

Dio un alarido de dolor. La luz de la inteligencia que volvía brilló en su oscura cara perpleja. Le di dos fuertes bofetadas:

—¡Dime, maldito, o te mato! ¿Quién te envió?

Abrió la boca, vaciló y se quedó callado. Le di un puñetazo en la quijada y le grité:

—Dime, víbora, ¿quién te envió? —dije al mismo tiempo que su cabeza pegaba sonoramente contra el suelo.

Los ojos le dieron media vuelta, tosió, apoyándose con las manos se enderezó, y después de escupir un par de dientes de la boca ensangrentada, murmuró:

—Bernardo Reyes y el presidente Díaz querían que agarrara a uno de los Flores Magón.

—Ah —exclamó Ricardo, que se había acercado junto con Juan.

—Levántate, basura —y le di una patada.

Recogiendo su cuchillo se lo tiré. Estaba fuera de mí de pura rabia. Se echó para atrás.

—Ya déjame en paz —tartamudeó. Apreté los puños.

—Más te voy a dar —le prometí.

—¿Quién es usted? —dijo siguiendo marcha atrás.

—Soy uno de los Flores Magón. Y ahora, asesino, tú con tu puñal, yo con los puños, atrévete.

—No —gritó, llevándose la mano temblorosa a la cara—, nunca creí que fueras tan fuerte.

Tropezándose torpemente se echó a correr. En silencio le vimos doblar la esquina.

—No es esta muy buena señal—suspiró Juan. Ricardo se llevó una mano a la frente.

—Tenemos que tener confianza. Este país nació de una revolución causada por una opresión que no tenía punto de comparación con la que sufre México. Estoy seguro —y su voz subió de tono— que si el pueblo de San Antonio sabe lo que pasa, que estamos luchando por lo mismo que lucharon sus antepasados, no permitirá que los asesinos de Díaz trabajen en su ciudad. Hay que esperar y observar.

No tuvimos que esperar mucho. Aquella tarde, el presunto asesino volvió con un policía.

—Este es —gritó, acariciándose suavemente la quijada con una mano y señalándome con la otra.

—Queda usted arrestado —dijo el policía. Lo miré asombrado.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por asalto y violencia contra el prójimo.

¿Qué? No podía creerlo.

—Esta víbora —dije señalando con el pulgar al maltratado agente de Díaz— se metió en mi casa y trató de matar a mi amigo. ¿Es que me va a meter en la cárcel por evitar el asesinato?

Se encogió de hombros.

—Lo siento, señor. Son las órdenes.

El corazón se me llenó de amargura. Conque esta es la justicia de San Antonio.

Le echó un vistazo al pistolero de Díaz y luego, poniéndome suavemente una mano sobre el brazo, me dijo:

—¿Por qué no viene y se lo cuenta al juez?

Aquella noche la pasé en la cárcel, y a la mañana siguiente comparecía ante el juez. Con rabia acusé a mi acusador de invadir mi casa, de tratar de asesinar a Manuel Sarabia y de provocar escándalo. Terminé mi apelación diciéndole al juez:

—Dígame, vuestra señoría, ¿no tengo el derecho de defender la inviolabilidad de mi hogar?

Me echó una mirada vidriosa.

—Bajo la ley —pronunció solemnemente —un hombre tiene el derecho de defender la inviolabilidad de su hogar. Su hogar es su fortaleza.

Tan solemne declaración fue seguida de otra que me dejó estupefacto. Rechazó mis contraacusaciones y me ordenó que volviera a la cárcel. Ricardo, Juan y unos partidarios de San Antonio dieron fianza por mí y me soltaron. Se pospuso el juicio.

—No creo que podamos dudar acerca de lo que todo esto significa —le dije a Ricardo y a Juan—. Aquí está la corroboración,

tan clara como la misma hipocresía de ese juez, de que nuestros temores con respecto a que hubiera un entendimiento entre las autoridades norteamericanas y las mexicanas están fundados, por lo menos en San Antonio. En esta ciudad ya no estamos a salvo. No nos podemos fiar en la protección de su policía y sus tribunales. Y además, plantea el problema de si el gobierno de Estados Unidos está aliado con Díaz.

—Me pregunto yo también —dijo Ricardo con voz preocupada—, si el gobierno norteamericano está verdaderamente ayudando a desarmarnos. Si es así —y arrugó el entrecejo— tendremos que vernos con dificultades que no habíamos sospechado.

—¿Dijiste dificultades? —dijo Juan—. Surgirán muchísimas si en Estados Unidos pretendiesen ignorar un intento de asesinato y metieran en la cárcel a un hombre por haberlo evitado.

—Muy bien, muchachos —dije—, hemos venido aquí a realizar una misión que no podemos realizar en nuestro propio país. No nos queda otra. Tenemos que seguir contra viento y marea.

Juan me cogió la mano.

—¡Sigamos, pero mejor desde otra ciudad!

Ricardo miró por la ventana y vio cómo un muchacho joven ayudaba a cruzar la calle a una ciega.

—Los norteamericanos—dijo —son buena gente. Tenemos que confiarles nuestro porvenir. Tenemos que hacerlo, con la esperanza de que no permitirán que su gobierno nos moleste, si es que es esa la intención que tienen. Pero, en fin, estoy de acuerdo en que San Antonio no es un santuario.

¡Amenazados en Laredo, perseguidos en San Antonio! ¿Era porque las autoridades de Texas estaban lo suficientemente cerca de México como para ser “alcanzadas” por los agentes de Díaz?

¿O es que se trataba del principio de una persecución que no nos abandonaría ya, fuéramos donde fuéramos?

Ricardo me miró preocupado al decir yo lo anterior.

—¿Qué te parece San Luis, Misuri? —me contestó.

—Debe de ser mejor que cualquier otro lugar de Texas —dijo Juan. Yo moví la mano, asqueado.

—Estoy harto de Texas. Vámonos de aquí.

—Muy bien, desde luego, vámonos a San Luis.

Pero me preocupaba lo mismo: ¿Estaríamos allí más a salvo?

Corría el mes de febrero de 1905 cuando Ricardo y Juan se fueron a San Luis a tratar de encontrar un local para nuestra imprenta. Cuando escribieron que habían encontrado un lugar, todo estaba ya empaquetado y expedido. La imprenta empezó a funcionar. No se perdió ningún número. Manuel Sarabia y yo, y también Trinidad con su hijo Adolfo, nos quedamos atrás para acabar de enviar el último número desde San Antonio. En vista del cínico tratamiento que me dio la justicia, no tuve escrúpulos en violar mi fianza yéndome a San Luis.

¿Y qué decretó la justiciera corte de San Antonio después de marcharme yo? Me condenó a tres meses de cárcel, a una multa de 75 dólares y a las costas del proceso. Cuando lo supe, me pregunté cómo haría el honrado juez para explicar esa sentencia cuando se encontrase ante San Pedro.

Cuando llegué a San Luis me esperaba una gran novedad: un catre de a dólar. Después de haber pasado las noches durante meses sobre un duro suelo, era éste en verdad un lujo sibarítico. Al mirar al suelo, desde el catre, me parecía estar tan alto. Pero no tardé en acostumbrarme a dormir de una manera civilizada.

Más había algo a lo que no pude acostumbrarme mientras estuve en aquel cómodo catre: a la visión de millones de pobres familias mexicanas, echadas sobre la húmeda tierra de sus covachas, temblando de frío y de hambre. Veía los techos de paja por los que se cuele la lluvia y las débiles paredes por donde sopla el frío viento de la noche. Era una visión que aparecía frecuentemente. Con un nudo en la garganta, me aguijoneaba a seguir y me hacía olvidar los sufrimientos y los peligros de que estaba sembrado mi trayecto revolucionario durante los años por venir.

Separados de Texas por cientos de kilómetros, esperábamos que nos dejaran en paz. ¡Oh, esperanza, hermoso espíritu! Si no fuera por el consuelo y la ilusión de tu aliento, ¿qué sería del hombre?

El tormentoso San Luis

Ahora, a través del correo, empezamos a organizar a nuestros partidarios en una fuerza armada. Antonio I. Villarreal se ocupaba de los asuntos administrativos, y Ricardo y yo de la correspondencia importante. Nos llegó una carta de Tabasco, que nos decía que había en ese lugar un grupo que estaba listo para entrar en acción: 250 hombres, armas, cabalgaduras y otros materiales. La carta incluía detallados listados con las direcciones de la gente, la enumeración de pistolas, rifles, sables, machetes, municiones, caballos, burros, etcétera.

Si este tipo de información cayera en manos de un agente de Díaz tendría terribles consecuencias para nuestros partidarios, por lo que Ricardo y yo, que teníamos una memoria excelente, nos aprendíamos de memoria lo más importante de la carta, y la quemábamos en una escupidera que agitábamos hasta ver caer el papel en diminutas cenizas, precaución necesaria, pues si se deja entero un papel quemado los caracteres escritos aparecen

más claramente y se pueden descifrar con bastante facilidad. Al mismo tiempo desarrollamos otro proyecto sumamente importante. Había nacido durante nuestras conversaciones en la prisión de Belén, y se trataba de la formación de reformas políticas, sociales, agrícolas e industriales que habrían de iniciarse cuando la revolución hubiera triunfado. Siguieron seis meses de consultas por correspondencia y entrevistas personales con 50 miembros prominentes de nuestro reorganizado Partido Liberal, y el resultado fue la formulación de un programa que encarnaba todas las esperanzas y aspiraciones de nuestro explotado pueblo.

Lo imprimimos en septiembre de 1905, y el siguiente número de *Regeneración* dio a conocer el texto a nuestros 30 mil suscriptores.

Habiendo sido revisado y aprobado por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, el primero de julio de 1906 se imprimieron 500 mil copias y se distribuyeron por todo México. De la plataforma en sí, que concluía con el grito de “Reforma, libertad y justicia”, hablaré más tarde. Los organizadores de la Junta fueron Ricardo Flores Magón, presidente; Juan Sarabia, vicepresidente; Antonio I. Villarreal, secretario; Enrique Flores Magón, tesorero; Librado Rivera, primer votante; Manuel Sarabia, segundo votante, y Rosalío Bustamante como tercer votante.

—No podemos —le dije a Ricardo— considerarnos completamente a salvo dondequiera que haya un cónsul de México.

—Por desgracia aquí sí lo hay—asintió.

—En el empleado del consulado Jorge Carrasco —dije—, tenemos un ardiente partidario, lo cual será una buena ayuda en caso de que estén tramando algo contra otros.

—Es un buen hombre Carrasco —asintió Ricardo—, podemos confiar en él. Nos dará pronto aviso en caso de que se huelga algo.

De repente nos cayó un rayo encima de donde menos lo esperábamos. La oficina de correos de San Luis revocó los privilegios postales de segunda clase de *Regeneración*. La orden de revocación estaba firmada por A.M. Dockery, tercer asistente del jefe general de Correos en Washington D.C. El prohibirnos el uso del correo de segunda clase significaba un aumento enorme en nuestros gastos postales y necesitábamos hasta el último centavo que teníamos para seguir con nuestros esfuerzos de propaganda.

—Vamos a averiguar qué significa esto —dijo Ricardo mordiéndose el bigote.

Bien sabía yo lo que él pensaba, tan bien como lo que pensaba yo mismo. En silencio nos dirigimos a la oficina del jefe de correos.

—¿Por qué han revocado ustedes el privilegio de artículo de segunda clase de *Regeneración*? —le pregunté al empleado que salió a nuestro encuentro.

—¿No lo saben ustedes? —contestó sorprendido. Le aseguramos que no sabíamos.

—Su publicación ha atacado un gobierno amigo, como decía la comunicación que recibimos.

—Así es —le repliqué, y lo miré en los ojos—, precisamente eso es lo raro de la medida que ha tomado su departamento.

El empleado levantó la cabeza enérgicamente.

—¿Raro?

—Sí —dije levantando un dedo—, han puesto ustedes a *Regeneración* en una categoría especial.

—¿Una categoría especial? —y una mirada intrigada apareció en la blanda cara— ¿Qué quiere usted decir?

—Mi querido amigo, bien sabe usted, o debiera saberlo, que la cadena de periódicos de Hearst, por ejemplo, lleva años

atacando a Inglaterra y sigue haciéndolo —y acercando mi cara a la suya— ¿Quiere usted hacer el favor de decirme si Inglaterra es un país amigo?

Se mordió los labios.

—Sí que lo es.

—¿Entonces, por qué no le quita el Departamento de Correos el privilegio de ser considerado artículos de segunda clase a los periódicos de Hearst, por atacar a un gobierno amigo?

Me dirigió una mirada enigmática.

—Eso se lo tendrán que preguntar al jefe general de Correos en Washington —y esa fue toda la satisfacción que nos dio.

Al salir de la oficina de Correos yo estaba que rabiaba.

—El Departamento de Correos —dije— es una rama del Gobierno Federal. Es evidente de dónde procede esta maniobra. ¿Qué más pruebas necesitamos para saber que el gobierno está subordinado a los concesionarios norteamericanos en México? Están decididos a impedir que derroquemos a Díaz.

—Me temo que tienes razón, pero, por lo más sagrado —exclamó Ricardo—, estamos empeñados en una misión que tenemos la intención de llevar a cabo por más que hagan contra nosotros.

—Desde luego, pero nos costará tanto más conseguir nuestro propósito —y miró amargamente al edificio de Correos—. Maldita sea, ¡y yo que pensaba que aquí estaríamos en paz!

El vernos obligados a enviar *Regeneración* como artículo de primera clase, nos impuso un fuerte peso económico, y tuvimos que reducir la publicación de folletos. Nos veíamos impedidos a hacer viajes más frecuentes fuera de la ciudad para entrevistarnos con nuestros partidarios y con los amigos norteamericanos que favorecían nuestra causa.

Apenas nos habíamos recuperado del cruel golpe que nos había asestado el Departamento de Correos, cuando recibimos otro.

Una tarde de verano de 1905, Jorge Carrasco se presentó fuera de aliento en nuestro cuarto de publicaciones, y con palabras entrecortadas gritó “tengo que advertirles ...”. Al ver la consternada mirada, sentí que el corazón se me encogía. Había venido corriendo desde el consulado, y tenía el rostro bañado en sudor.

—Siéntese, Jorge —dije acercándole una silla— ¿qué pasa? —Se dejó caer en ella dando un suspiro.

—Van a destruir *Regeneración* —balbuceó limpiándose el sudor.

—¿Quién? —gritó Juan Sarabia.

—No lo sé, pero escuchen —dijo Jorge acercándose—. Hace una hora y media entraron dos mexicanos en el consulado. Les pregunté que en qué podía servirles. Gritando casi, uno dijo que quería ver al jefe, el cual debe de haberle oído desde su oficina porque enseguida asomó la cabeza por entre la puerta y gritó “¡Adelante! ¡Hace dos días que los espero!”, y los hizo pasar.

Jorge se detuvo y pidió un vaso de agua. Después de bebérsela de un trago, me devolvió el vaso y me dijo:

—Oí al gritón que decía “Ya está todo arreglado. Cuando él llegue suprimiremos esa porquería de *Regeneración*”. Así, no más.

—¿Cómo se llama el que va a hacerlo? —preguntó Ricardo. Jorge hizo un gesto de que no lo sabía.

—No lo mencionaron.

Me incliné hacia adelante, enterrándome los dedos en las rodillas.

—¿Y cómo van a suprimir al periódico?

—Eso no lo dijeron mientras la puerta estuvo abierta.

—¿Qué más oíste, Jorge? —preguntó Juan mordiéndose los labios.

—Muy poco más. El gritón decía “Todavía tiene que arreglar algunos asuntos en México, D.F.; pero espera poder estar aquí dentro de unos días”. Fue entonces cuando ese sinvergüenza del jefe cerró la puerta.

—¿Es eso todo lo que oíste? —volvió a preguntar Ricardo.

—Eso es todo. Ahora tengo que volver al consulado.

Al llegar a la puerta, dio media vuelta y dijo: “si oigo algo más, se lo diré inmediatamente”, y se marchó corriendo.

—¿Qué piensan ustedes? —murmuró Juan. Ricardo se llevó las manos a las sienes.

—No sé, no sé —dijo con la respiración alterada, y se puso a pasear por el cuarto de arriba a abajo. De repente, se detuvo—. Puede ser que no sea tan grave como parece, por lo que dijo Jorge. ¿Cómo puede un mexicano suprimir el periódico? Después de todo, no estamos en México donde Díaz hace lo que le da la gana.

A pesar de sus palabras tranquilizadoras, me di cuenta de que estaba preocupadísimo. También yo lo estaba.

—Mira —le dije, apretándole el brazo—, no podemos hacer nada más que vigilar. Mientras tanto puede que Jorge averigüe algo más concreto.

—No quisiera que le pasara nada al periódico —dijo sombríamente—. Nuestra propaganda nos está trayendo mil partidarios con cada número. Si tan siquiera pudiéramos saber algo más concreto.

Un hiriente artículo de *Regeneración* había tratado de las fechorías de Esperón de la Flor. Lo habían hecho jefe político en el estado

de Oaxaca. Como todos los de su casta, maltrataba cruelmente a la gente de su distrito con fines privados. Lo que le hirió no fueron tanto los detalles de sus corrompidos manejos, como algo que dijimos que tocaba su honor. Lo acusamos (lo cual sabía todo el mundo en esa parte de México) de que debía su elevada posición a la degradación de su mujer, de que lo habían premiado con el puesto de jefe político después de haberse convertido ella en la amante del gobernador de Oaxaca, Emilio Pimentel.

Por Jorge supimos que estaba en San Luis.

—Él es el que va a destruir *Regeneración* —dijo todo excitado. Sentí un escalofrío en la espalda.

—¿Cómo lo sabes?

—Pasó así, Enrique. Salió de la oficina del jefe. Se dieron la mano y él dijo: “El nombre de usted no aparece en este asunto. Yo me ocupo de todo” —los labios de Jorge le temblaban mientras seguía hablando—. Y luego dijo: “Le prometo, como que me llamo Esperón de la Flor que dentro de una semana ya no existirá *Regeneración*”.

—Por Dios, Jorge —exclamó Ricardo—, dinos cómo lo va a hacer. —Jorge sacudió la cabeza en un gesto desesperado.

—No lo sé.

—Tienes que averiguarlo. ¡No podemos permitir que nuestro movimiento se detenga! —y con la mirada agonizante—, se parará si destruyen *Regeneración*. Por favor, Jorge, escucha todo lo que puedas.

Cuando Jorge salió volvimos silenciosamente a nuestro trabajo. Yo sentía un hueco en la boca del estómago. Esperón de la Flor nos estaba amenazando con algo mortal. Pero, ¿de qué se trataba? Si por lo menos lo supiéramos; podríamos contraatacar.

El golpe vino tres días después: nos acusaba de calumnia. Juan, Ricardo y yo fuimos a parar a la cárcel. Allí nos consumíamos de coraje y de impaciencia, a medida que pasaban los días con *Regeneración* paralizada.

—Si San Antonio fue una muestra de lo que nos podemos esperar aquí —dijo pateando el suelo furioso—, malos días le esperan al movimiento del Partido Liberal.

En la celda de al lado Juan no paraba un momento.

—Vinimos a Estados Unidos esperando la comprensión de un pueblo demócrata —dijo—, y ¿qué es lo que sucede? ¡Nos tratan como enemigos!

Sin embargo, los amigos no nos habían abandonado. El *Sr. Louis Post-Dispatch* nos envió un reportero para entrevistarnos. Cuando publicó nuestras desgracias en el periódico, causó sensación. A causa de esta publicidad, después de dos meses de cárcel, mientras esperábamos a que nos llamaran a juicio, nos pusieron en libertad bajo fianza.

Sucedió entonces algo asombroso, algo sin precedente en los anales de los tribunales de Estados Unidos, que yo sepa. ¡Se rindió sentencia sin habernos juzgado!

Asqueados de este abuso de la justicia, me puse en contacto con el reportero del *Post-Dispatch* que nos había entrevistado en la cárcel.

—Nada han probado contra nosotros —le dije acaloradamente—, porque nunca nos han juzgado. Pronunciaron la sentencia contra nosotros sin más ni más. Para colmo, se han posesionado de todas nuestras pertenencias: imprenta, muebles, hasta nuestros efectos personales. —Me detuve, y explotando de

rabia añadí—: Esto le va a sorprender: las autoridades de San Luis están trabajando en cooperación con el gobierno mexicano.

Se me quedó mirando.

—Esa es una acusación muy seria, señor Magón. ¿Está usted seguro de que no es la animosidad personal del señor Esperón de la Flor la que es responsable de lo que les pasa?

—No, desde luego nos odia por ponerle en evidencia públicamente, pero principalmente está actuando para el gobierno mexicano. Y lo repito: con la colaboración desvergonzada de las autoridades de San Luis.

—¿Puede usted probarlo? —dijo, tomando rápidamente notas en el cuadernillo.

—Mire, una de las primeras cosas que cogieron, bajo la dirección de Esperón de la Flor, fue nuestro archivo de correspondencia, y allí había un policía de San Luis acompañándole.

Cuando se publicó la entrevista, la indignada reacción del público subió con un editorial que atacaba los puntos secretos de la policía en general y de los tribunales en particular.

Con lágrimas de gratitud, declaro aquí que en el *Post-Dispatch* encontramos un defensor valiente y decente.

La pérdida de todo lo que teníamos fue un golpe terrible, pero lo más terrible de todo era saber que la mano del gobierno de la mayor democracia del mundo se había alzado contra nosotros.

Como lo dice Francisco Castillo Nájera, embajador de México en Estados Unidos, en su libro *Relaciones futuras entre México y los Estados Unidos* (publicado en 1942):

La persecución de la prensa libre (mexicana) revivió la ira contra Porfirio Díaz, compartida contra el gobierno de los Estados Unidos,

cuya complacencia para con el dictador llegó hasta el extremo de instituir una persecución sistemática contra los periódicos refugiados en ciudades norteamericanas. De 1900 a 1910 numerosos escritores fueron atacados y frecuentemente encarcelados por agentes de Díaz, quienes siempre evadían a las autoridades. Los hermanos Flores Magón —Ricardo y Enrique—Juan Sarabia, y Antonio L. Villarreal fueron las víctimas principales en ciudades de Texas y California y aun en San Luis.

Quiero hacer constar otra deuda para con el *Post-Dispatch*, que impidió el secuestro en tren de Librado Rivera el año siguiente. Había quedado en aquella época encargado de nuestro trabajo administrativo en San Luis; por esos días Juan Sarabia, Ricardo y yo nos habíamos ido a Canadá, huida forzosa de la cual hablaré más tarde. Secuestrado por las autoridades federales, Librado hubiera sufrido el mismo destino que los otros miembros del Partido Liberal, sacados subrepticamente fuera de los Estados Unidos: la horca, el fusilamiento o la prisión en Belén o San Juan de Ulúa.

Frustrado por el artículo del *Post-Dispatch*, los agentes federales tramaron otro plan: trataron de extraditar a Librado acusándolo de “asesinato y robo”. Sucedió este cambio radical de la siguiente manera:

Bajo la ley, tenían las manos atadas. No podían ponerlo al otro lado de la frontera, en las ávidas manos de las autoridades mexicanas, acusándolo de un crimen político. La idea de castigar a un ser humano por sus creencias políticas repugnaba los sentimientos del pueblo norteamericano.

Pero una cosa era para aquellos cazadores de cabezas humanas el acusar a Librado de “asesinato y robo”, y otra muy diferente el

probarlo. No todos los jueces de Estados Unidos que decidían el destino de los miembros del Partido Liberal eran serviles lacayos. Esto quedó probado en el caso de Librado. El juez Gray, quien presidía, ni tenía la menor duda acerca de que las pruebas brillaban por su ausencia. He aquí el texto de su decisión:

Estados Unidos contra Librado Rivera.

Ciudad de San Luis, estado de Missouri. Por el presente documento certifico en la pública audiencia que tuvo lugar en mi presencia en mi oficina en la dicha ciudad en fecha 30 de noviembre de 1906, en presencia del acusado, y habiendo resultado de las pruebas presentadas que el crimen del cual había sido acusado era totalmente de carácter político, el susodicho acusado, Librado Rivera, fue declarado inocente,

Testimonio con sello y firma James R. Gray.

United States Commissioner at St. Louis, Mo.

Con la mano sobre el corazón, de nuevo rindo homenaje al *Post-Dispatch* por blandir la espada de sus editoriales a favor de Antonio I. Villarreal. Las siguientes citas de sus columnas narran una historia que hizo dudar a miles de norteamericanos, del verdadero grado de democracia del gobierno que habían elegido.

13 de noviembre de 1906 (parte 2, pág. 11). Historia de Antonio Villarreal, señalado como jefe reciente de la colonia mexicana de San Luis, arrestado en el Paso, Texas. Teme ser ejecutado si lo devuelven a México. Se ha pedido la extradición.

El cuartel general de la Junta Mexicana de San Luis estuvo situado, hasta hace tres meses, en el número 2645 de la Avenida Lafayette.

Aquí se publicaba el periódico revolucionario *Regeneración* suprimido hace varios meses a petición de la república mexicana (la bastardilla es mía). Villarreal era uno de los editores. La confiscación de la imprenta el verano pasado terminó con el movimiento revolucionario en San Luis.

14 de noviembre de 1906, editorial: El caso Villarreal... la extradición de Antonio Villarreal y de otros revolucionarios mexicanos no debe ser concedida a menos de que se presente prueba convincente de que serán juzgados por los crímenes de que han sido nominalmente acusados (asesinato y latrocinio) y no por ataques políticos...

17 de noviembre de 1906: En una entrevista con Andrea Villarreal González, hermana de Antonio Villarreal, dijo: “En México, mi hermano había matado a un hombre joven en una pelea. No fue asesinato. Mi hermano actuó en defensa propia. La madre del joven no lo inculpó por ello. Fue sólo cuando el gobierno (mexicano) no pudo apoderarse de su persona como ofensor político que decidió utilizar la acusación de asesinato contra él...”

21 de noviembre de 1906, editorial: Palabras raras... la palabra “secreto” utilizada en relación con el arresto y el encarcelamiento de Ricardo [nota: error tipográfico: debiera decir Librado] Rivera y Aarón López Manzano... resulta extraña a los oídos norteamericanos... No hay amistad con ningún gobierno de la tierra que valga el sacrificio del menor de los principios que protegen a todas las personas acusadas de crímenes y que brindan un refugio a los perseguidos políticos.

Librado Rivera fue puesto en libertad. Pero no Villarreal. Se liberó él mismo. Entregado a las autoridades de inmigración de El Paso, lo llevaban hacia la frontera cuando de repente se soltó de sus aprehensores y echó a correr por las calles de El Paso, escapándose de esta manera. No tuvieron la misma suerte otros partidarios nuestros. Lázaro Puente, Abraham Salcido, Gabriel Rubio, Carlos Humberto, Bruno Treviño, para no mencionar más que a unos cuantos, fueron arrestados y deportados. ¿Con qué motivo? ¡Eran refugiados políticos! Con esta acusación para la cual no había base legal, fueron entregados a la policía mexicana, sujetos por las muñecas con esposas de manufactura norteamericana, que no les quitaron hasta que estuvieron dentro de las prisiones de la penitenciaría de Hermosillo, en Sonora.

Con el corazón dolorido, pensé: “He aquí algo nuevo en la historia de Norteamérica!”

Cuando Thomas Jefferson declaró que “la resistencia a los tiranos es obediencia a Dios”, lo dijo pensando en el mismo tipo de resistencia por la cual los miembros del Partido Liberal estaban padeciendo persecución tan atroz. Hasta ahora, los refugiados políticos, es decir, los que resistían a los tiranos, habían encontrado un caluroso recibimiento y un refugio seguro en los Estados Unidos. Con el corazón henchido, los exiliados de muchos países, con toda clase de creencias políticas, habían repetido con fervor la conmovedora oda de Emma Lazarus a la Estatua de la Libertad en el puerto de Nueva York:

No como el gigante de cobre de griega fama
con plantas vencedoras de tierra a tierra:

Aquí, ante nuestras puertas bañadas por el mar se levantará

una poderosa mujer con una antorcha, cuya llama
es la luz encerrada y su nombre
madre de exiliados.

Al mencionarle algunas de estas cosas a Ricardo, me sonrió irónicamente y dijo:

—¡Ah, sí, la estatua de la libertad! Qué maravilla de símbolo para nosotros, ¿no? Me acuerdo de que Palma estableció la Junta Revolucionaria de Cuba en la ciudad de Nueva York por los años de 1890. ¿Le persiguieron las autoridades? ¿Lo extraditaron? No, Enrique. Lo festejaron, lo convirtieron en un león; los ciudadanos de Nueva York amantes de la libertad hicieron de él un gran personaje. Las sociedades irlandesas reunieron dinero en Estados Unidos para el movimiento libertador de Irlanda. ¿Se lo impidieron? No más que a Palma. Ni tampoco se lo impidieron a los jóvenes turcos cuando preparaban su revolución en Estados Unidos. Pero a nosotros, pobres tipos, no nos consideran seres humanos como al resto.

Durante un siglo, los refugiados políticos de casi todo el mundo habían encontrado en Estados Unidos un santuario. Quizás se pregunten ustedes asombrados cuál fue la causa de que el gobierno norteamericano hiciera una excepción con los miembros del Partido Liberal para entregarlos en holocausto a la vengadora mano de Díaz. La causa no fue más que esta:

La decisión de mantener el *status quo* en México.

Había que mantener a Díaz anclado en su dictadura. ¿Por qué? Porque era la garantía segura de que la inversión americana de 500 millones de dólares no sufriría; para 1910 había aumentado al doble. La revolución de los hermanos Flores Magón podría poner

en peligro la bicoca de Díaz, podría hacer que se perdieran algunas de aquellas manzanas de oro, hacer disminuir los dividendos de las concesiones que Díaz, con generosa munificencia, le había concedido a las compañías norteamericanas.

Al darles estas concesiones —ricos campos petrolíferos, minas de plata y cobre, plantaciones de algodón y de café, enormes ranchos de ganado —él y sus secuaces se habrían forrado los bolsillos empobreciendo al pueblo. Pero eso no tenía importancia para la administración del presidente Teodoro Roosevelt. Dentro de mí, oía sin cesar el estallido autoritario de Roosevelt: “Exigimos que los grandes negocios traten al pueblo igualitariamente”.

Parece, pensé dolorido, que los miembros del Partido Liberal no pueden ser considerados entre la gente que los grandes hombres de negocios norteamericanos deben tratar con justicia.

Bajo la presión de los grandes industriales, el gobierno de Roosevelt se rindió, así como los gobiernos que le siguieron. Los hombres de negocios norteamericanos —seguidos por los ingleses— dominaban la economía de México con la ayuda ilimitada de Díaz. Se entiende esto mejor citando algunos nombres y lo que representaban:

Los Guggenheim (American Smeltin & Refining Co.) poseían todas las refinerías junto con enormes propiedades mineras.

Standard Oil, los intereses Doheny y otros controlaban enormes porciones de la industria petrolera.

Las concesiones a compañías norteamericanas para la producción de azúcar de remolacha les proporcionaba un control casi completo de los negocios azucareros mexicanos.

La Inter-Continental Rubber Co. poseía millones de acres de las mejores tierras caucheras.

Wells Fargo Express tenía el monopolio absoluto de los transportes industriales express.

Los intereses de la Southern Pacific aliados con los Harriman controlaban las tres cuartas partes del kilometraje ferrocarrilero de México.

Y desde luego tampoco puedo pasar por alto a los dirigentes de dos periódicos norteamericanos que defendieron tenazmente a Díaz y condenaron con el mismo vigor al Partido Liberal en general y a Ricardo y a mí en particular. Me refiero a los señores Hearst y Harrison Gray Otis, propietario éste de *Los Angeles Times*.

Cada uno de estos caballeros había obtenido un dominio principesco en México. El regalo de Díaz a Hearst había sido de tres millones de acres en Chihuahua; a Otis de dos millones de acres en Baja California. Tenían, pues, razones de peso muy comprensibles para lanzar ataques fulminantes contra los que impugnaban la pureza de su amigo Díaz.

Frecuentemente, la liberalidad de Díaz para con los norteamericanos concesionarios demostró tener trágicas consecuencias para nuestro pueblo. De ilustración nos servirá uno de los múltiples incidentes. Me refiero a la huelga en las minas del Coronel Greene, de Cananea, Sonora, el primero de junio de 1906.

En un proceso de difamación contra *Regeneración*, Greene nos acusó de ser responsables de “la insurrección” en sus minas. Se había enterado de alguna manera que Manuel M. Diéguez y Esteban E. Calderón, jefes de los mineros, eran los organizadores del movimiento magonista en Cananea.

La situación era la siguiente. Empleaban 6 mil mineros mexicanos y 600 norteamericanos. Todos hacían el mismo trabajo, pero

los mexicanos recibían tres pesos al día contra tres dólares que les daban a los norteamericanos. Los mexicanos pidieron salarios iguales, tratamiento médico y casas como las de los norteamericanos. Greene telegrafió a Díaz que se inclinaba a acceder a lo que pedían.

Con la brutalidad que lo caracterizaba, el presidente respondió: —No me alboroten la caballada.

Al recibir esta imperiosa recomendación, con el apoyo que implicaba, el impulso liberal de Greene —de existir alguno—, expiró inmediatamente.

—Trabajadores —les dijo a los mineros—, estoy dispuesto a negociar, pero vean —y agitó el telegrama en el aire—, el presidente de la República lo prohíbe.

—¡Dispuesto a negociar! ¡Sangriento negrero! —dijo Diéguez a Calderón—. Como si Díaz lo pudiera prohibir, si realmente él quisiera negociar.

—Envió un telegrama sabiendo que Díaz odiaba a los sindicatos obreros —dijo Calderón—, y que le apoyaría en nuestra contra, ¡el muy hipócrita!

Desilusionados pero decididos, los mineros, en desafío, abandonaron las minas, y para expresar su solidaridad marcharon por las calles de Cananea. Por desgracia el depósito de maderas de la compañía les pillaba el camino. Estaba al cuidado de dos hermanos norteamericanos, llamados Metcalfe. Al pasar la vanguardia del desfile enfrente del depósito, los Metcalfe cogieron una manguera. De repente, cayó sobre las primeras filas un fuerte chorro de agua que hizo caer a algunos mineros. Irritados ante el ataque injustificado, contestaron con piedras. Los Metcalfe, dejando la manguera, abrieron fuego con rifles.

Aguijoneados hasta la exasperación, los mineros se lanzaron también al ataque y los acuchillaron, prendiéndole fuego al depósito. ¡Una locura! Que el lector juzgue si fueron o no provocados.

A la cabeza de los detectives de la compañía estaba un tal Rowan. Este valeroso muchacho, instruido de lo del depósito, armó a sus hombres con rifles y alegremente los envió en coches contra los mineros desarmados. Tirando a diestra y siniestra los dispersaron, y al calor de la ocasión se entretuvieron en dispararles a medida que se desbandaban. Fue entonces cuando los mineros, desesperados, invadieron las tiendas de empeño y se hicieron de armas y municiones para poderse defender.

En este momento apareció en escena un dudoso tipo llamado Galbraith. Empleado de Greene, era también el cónsul norteamericano en Cananea. Cablegrafió a Washington una información de helar la sangre: había empezado una guerra racial. Los mexicanos estaban asesinando a hombres, mujeres y niños norteamericanos en Cananea. Cuando se investigaron estos informes y se estableció la verdad de los hechos, Galbraith fue rápidamente expulsado de su consulado. Encantado con las invenciones de Galbraith, aunque no es del todo imposible que fuera ocurrencia suya, Greene tuvo una brillante idea.

Se apresuró a cruzar la frontera con Arizona. Con apasionada retórica, suplicó que se reunieran voluntarios para ir a Cananea. “Salven las vidas de los norteamericanos que todavía no la hayan perdido”, dijo. Como aliciente, y como si los lazos de la sangre no bastaran, ofreció generosamente cien dólares a cada voluntario, luchara o no. De esta cínica manera, Greene logró reunir una fuerza heterogénea de 300 hombres: guardabosques, vaqueros, mineros y accionistas bajo el mando del capitán Rhyning.

En ese momento apareció Yzabal, gobernador de Sonora, con la viscosa servilitud de un lacayo. Compañero de Greene, los recibió en Naco. Sería un placer acompañarles para cruzar la frontera. Pero en ese momento surgió algo embarazoso.

El jefe aduanero mexicano no podía ver a Yzabal. Llevándose el rifle al hombro, se enfrentó con el corrompido gobernador de su estado y los 300 “voluntarios”.

—Por Dios le juro —gritó— que pasarán sobre mi cadáver antes de entrar en México.

Los americanos se quedaron viendo atentamente al arrojado aduanero, y dejaban oír en sus comentarios la admiración por un hombre que no sólo se atrevía a desafiarlos a ellos, sino también la ira del servil gobernador mexicano. Ultrajado por la falta de respeto que el hombre demostraba a su augusta persona, Yzabal le miraba ceñudamente, mientras el aduanero, con el rifle listo, le miraba inmutable. Con la cara como un tomate, Yzabal sacó una orden del presidente Díaz permitiendo la invasión. Incrédulo, el aduanero la leyó. Luego, bajó el rifle en silencio y dejó pasar a los norteamericanos. Al pasar, agitaron los sombreros y aclamaron al valiente.

Mientras las historias de horror de Greene y Galbraith creaban una verdadera ola de furor en Estados Unidos, los detectives de la compañía se divertían en Cananea disparando contra todo mexicano que veían, como si fueran conejos. En tan encomiable deporte fueron asesinadas 27 personas, de las cuales algunas no eran mineros.

Los 300 norteamericanos llegaron a Cananea el 2 de junio. Al cruzar la frontera como fuerza armada, violaron las leyes de neutralidad de Estados Unidos, las mismísimas leyes contra las que

Ricardo y yo y otros miembros del Partido Liberal fuimos acusados de conspirar. La verdad es que los norteamericanos habían sido totalmente engañados por la propaganda asesina de Greene.

Llegaron a Cananea creyendo que venían a salvar a pobres ciudadanos indefensos, y al descubrir que habían sido engañados se pusieron furiosos. Con los saludos apropiados al hombre que había intentado utilizarlos como peleles, que le encandilaron las orejas, volvieron a Arizona el día siguiente.

Greene estaba también furioso, pero por otras razones. Había calculado que los podría utilizar para matar a muchos mineros, lo cual habría acabado con la huelga. Pero en realidad no tenía por qué sentirse descorazonado: todavía podía contar con Díaz e Yzabal.

Aquella misma noche fatal irrumpieron en Cananea mil soldados de a pie bajo el mando del general Luis Torres, una compañía de caballería al mando del coronel Barrón, una compañía de acordada, y 200 rurales. Los *pinkertons* de Greene ya estaban en la escena.

Entonces empezó la matanza con la participación de todos.

Los mineros fueron alineados en el cementerio: “A cavar, hijos de la chingada”; les ordenaron. Lívidos, con las manos temblando, cavaron sus propias tumbas. “Fuego”, se oyó, y cayeron, acribillados en las fosas. A otros los sacaron de la cárcel y los ahorcaron.

La mayor parte de los huelguistas huyeron a las colinas y se atrincheraron allí. Pero sus jefes se dieron cuenta de que resistir sería suicida y convencieron a sus compañeros a rendirse, acto humano que ahorró las vidas tanto de soldados como de mineros. Pero no le ablandó el corazón a Díaz. Envío a sus jefes, Diéguez, Calderón y Samuel Ibarra a la odiosa prisión de San Juan de Ulúa.

La huelga había sido aplastada. Desanimados, los huelguistas volvieron al trabajo de peores condiciones que antes. De este modo, Díaz facilitó su ayuda camaderil para “mantener la ley y el orden” y un nivel de trabajo y de vida subhumano para los trabajadores mexicanos de las propiedades de los concesionarios norteamericanos. Al invitar a una fuerza invasora a México, Yzabal había cometido una traición. Ricardo y yo, como jefes del Partido Liberal, y otros jefes del mismo, denunciemos la conducta traidora de Yzabal. El pueblo se indignó. ¿Pero cuál fue la reacción del presidente de la república?

Para mostrar su desdén de la opinión pública, mantuvo al gobernador de Sonora en su puesto.

Aunque Greene había puesto a los mineros bajo la bota, sufrió, sin embargo, un desengaño, pues no pudo darnos alcance con su acusación de difamación. Después de lo de Esperón de la Flor, perdimos toda confianza en la calidad de la justicia de San Luis. Para ello, además, tuvimos otros motivos. Jorge Carrasco nos previno que el cónsul mexicano estaba preparando que la Agencia Pinkerton se apoderara de nosotros basándose en un cargo inventado, y nos condujera inmediatamente para entregarnos a las autoridades mexicanas, que nos ahorcarían.

Sin perder tiempo, a finales de septiembre de 1905, Ricardo, Juan Sarabia, Trinidad, su hijo Adolfo y yo, nos fuimos a Toronto pasando por Detroit.

Como una manada de coyotes hambrientos, la policía norteamericana, federal, estatal, municipal y privada seguía nuestros pasos.

¿Por qué este celo? Iban tras una sustanciosa recompensa si nos capturaban a Ricardo y a mí y nos enviaban a México. Decidido

a liquidar a los jefes de un movimiento revolucionario que iba creciendo y aumentando por todo el país, Díaz había ofrecido una recompensa de 20 mil dólares por la captura, muertos o vivos, de cada uno de nosotros.

El dictador tenía buenas razones para temer la influencia ejercida por *Regeneración*, como lo pone de manifiesto un incidente que tuvo su origen mientras todavía estábamos en San Luis.

El señor Korn había sido nuestro abogado en el asunto de Esperón de la Flor. Un día mencioné que el periódico hacía en los indios una impresión tan profunda como en los otros mexicanos. Expresó sus dudas.

Luego comenté que cientos de miles de indios analfabetas conocían bien las condiciones mexicanas a través de *Regeneración*. Al oír esto, el señor Korn arqueó las cejas.

—Señor Flores Magón —dijo—, la semana que viene voy a México representando a una compañía norteamericana. Cuando vuelva le diré lo que piensan los indios de su periódico.

Al volver un mes más tarde le pregunté lo que había averiguado.

—Quiero decirle —me contestó— lo que vi un día en los campos de Chihuahua. Llegué a un lugar donde había un círculo de unos 100 indios. Los de adelante estaban sentados en el suelo. Los de atrás se quedaron de pie. Se mantenían todos silenciosos como estatuas, menos el del centro que leía un periódico. ¡Qué bueno que sé español! Sí, señor Flores Magón —añadió sonriéndose—, el periódico aquel era *Regeneración*. El indio que leía no lo hacía a la perfección, pronunciaba las palabras muy lentamente, pero ese mismo cuidado al pronunciarlas hacía que la lectura fuera todavía más impresionante. Lo que leía trataba de la camarilla financiera, miembros de la maquinaria de Díaz, que conseguían

sustanciosos contratos, franquicias, concesiones, que colaboraban estrechamente con los concesionarios extranjeros. Leyó acerca del Banco Nacional, vehículo financiero del grupo, y aprendí así que uno de sus emprendedores espíritus es Limantour, secretario de Hacienda. El indio leyó que, permitiendo el monopolio de los negocios de la mayor parte del país, los directores y socios del Banco Nacional se están haciendo de oro y de fortunas enormes, a expensas del pueblo.

—Señor Flores Magón —continuó Korn con la mirada perdida en el vacío—, oí todo aquello con asombro creciente, y al contemplar las absortas caras de los indios, me sentí conmovido. Sentí entonces la tragedia de México, y pude leer su profunda melancolía en las caras morenas. Vi esta escena una y otra vez en todo Sinaloa y Tepic, y hablé con los indios. Para serle franco, me quedé estupefacto al ver la extensión y la intensidad del espíritu revolucionario fomentado por *Regeneración*.

Al llegar aquí me tendió la mano y me dijo:

—Le tengo que pedir disculpas, señor Flores Magón. Sí, no cabe duda que su periódico les llega.

Al escaparnos de San Luis dejamos *Regeneración* a cargo de Librado Rivera, Manuel Sarabia, Antonio I. Villarreal y otros. Lo imprimían en una prensa norteamericana.

En Toronto alquilamos una casa, adoptamos nombres falsos y dimos instrucciones a los jefes de nuestros grupos de México que dirigieran la correspondencia a Pietro Caducci, en la lista de Correos. Yo, que era quien iba a recoger el correo, era el tal Pietro Caducci. Apretando el puño y dejándolo caer violentamente sobre la mesa a cuyo alrededor nos sentábamos, Ricardo exclamó:

—Ahora tenemos que intensificar nuestros esfuerzos para organizar nuestras fuerzas militarmente. Tenemos que dar el golpe cuanto antes.

—De todo corazón —dijo Juan, con la cara iluminada por una especie de fervor mesiánico.

Yo nada dije, pero me quedé pensando: “¡Cuánta sangre tiene que correr antes de que se pueda volver a vivir en México!”.

Dividimos la República en cinco zonas. La del norte, por ejemplo, incluía los estados de Sinaloa, Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. En cada zona nombramos jefe a un camarada de confianza con el título de delegado. El jefe de las guerrillas estaba bajo su mando inmediato, y los subjefes, bajo el mando de éste. Los simples guerrilleros no conocían más que a su propio jefe y subjefe a quien elegían democráticamente, y el jefe de guerrillas era el único que conocía al delegado bajo cuyo mando estaba. Un delegado general iría por todo el país impartiendo nuestras instrucciones a cada delegado.

Los agentes del gobierno recorrían hasta los pueblos más pequeños, husmeando las actividades subversivas que pudiera haber, por lo que el entrenamiento de nuestras fuerzas tenía que llevarse a cabo con el mayor secreto.

Resolvimos el problema del contrabando de armas con barcos, que no enviábamos a grandes puertos sino a playas solitarias; en la costa del Golfo, a Puerto México, o a lugares cerca de Progreso, Yucatán; a Chachalacas, Veracruz, y en la costa occidental, a Zihuatanejo, Guerrero, o a lugares cercanos a Salina Cruz, de donde los hacíamos transportar en burro, o con indios, a los estados de Oaxaca, Chiapas, Tabasco y Campeche. El dinero para la compra de armas lo obteníamos de nuestros partidarios, tanto

del interior como del exterior, y de las suscripciones de *Regeneración*. Yo tenía el resquemor de que estábamos empeñados en una batalla contra el tiempo, contra el momento en que uno de nuestros partidarios, borracho, denunciara dónde nos hallábamos, involuntaria o deliberadamente, pues el dinero es lo que todo lo mueve, y la miseria que reinaba entre nuestros partidarios era más que bastante para tentar a alguno de ellos con los 40 mil dólares de premio ofrecido por nuestras cabezas. El sólo pensar que nos pudieran denunciar me daba náuseas, y no porque yo temiera las consecuencias —si bien no sería esta una experiencia de mi gusto—, sino porque me resultaba intolerable pensar que nuestra causa pudiera hundirse por acto de venalidad, la causa a la que habíamos dedicado nuestras vidas, y por la que tanto habíamos sufrido ya. ¡Teníamos que trabajar hasta el límite de nuestras fuerzas para completar nuestros planes cuanto antes!

—Trabaja, trabaja—me dije a mí mismo sin darme cuenta de que lo estaba diciendo en voz alta.

—¿Qué dices? —preguntó Ricardo levantando la vista de un montón de cartas.

—Nada, nada —contesté.

Aventuras canadienses

Habíamos convertido la habitación principal de nuestra casa en oficina. Una mañana, como de costumbre, estábamos los tres atareados escribiendo nuestros artículos para *Regeneración* y contestando cartas. Apartando la vista un momento de la máquina, miré hacia la calle. Lo que vi me hizo levantar y mirar más de cerca.

En la otra acera, a media cuadra de nosotros, un hombre miraba los números de las casas. Inmediatamente intuí algo malo. El hombre aquel no era mexicano y yo no le había visto nunca.

—Acérquense —les dije a los otros—, y miren a ese hombre.

—¿Qué tiene, Enrique? —dijo Juan.

—Parece que está buscando un cierto número de casa —dijo Ricardo. Y echándome una mirada—. Ya veo.

—Eso es lo que creo. Bueno, ahora, cuando atraviere la calle hacia nosotros, no se muevan.

—¿Qué te propones? —preguntó Ricardo.

—Déjenme solo —ambos me dejaron.

Observé al extranjero por una persiana. Poco a poco se fue acercando. Les pedí que dejaran de escribir para que no oyera el teclear de las máquinas. El hombre se detuvo, miró la casa atentamente y volvió a cruzar rápidamente. Apreté los labios. “Ahora es la mía”, pensé. Enfrente de la casa estaba estacionado un camión lechero. El chofer, después de haber dejado tres botellas en la puerta, bajaba las escaleras de regreso. El forastero lo paró. De puntillas, corrí hasta el pasillo de entrada y me puse a escuchar con la oreja pegada a la puerta.

—Malone —le oí decir al lechero.

Di por supuesto que estaban en la acera.

—¿Quién más vive ahí? —se oyó decir al extraño aquel.

—No sé.

—¿De veras que no ha visto a nadie más?

—No señor, no puedo decir que haya visto a nadie más.

—Entonces no está seguro.

—Óigame, ya le dije todo lo que sabía.

—Oiga —le oí decir al chofer en un tono irritado—, ¿quién diablos es usted que hace tantas preguntas?

—No importa —contestó el otro secamente.

—Ah bueno, pues váyase a... —le oí decir al lechero.

Oí pasos que subían las escaleras de entrada. Cogiendo una escoba que había allí en el pasillo, me puse a barrer rápidamente hacia la puerta, y antes de que el extraño pudiera llamar, la abrí de repente y le eché una nube de polvo encima.

—Oh, perdone —grité—, no sabía que hubiera nadie.

Dejó de sacudirse el polvo de los pantalones grises, y mirándome con ojos enmarcados en espesas cejas pelirrojas, preguntó:

—¿Dónde está Pietro Caducci?

¿De dónde había sacado aquel tipo mi nombre? Me llevé un dedo a la sien y me puse a pensar. Luego meneé la cabeza.

—Primera vez que oigo ese nombre. ¿Cómo dice usted que se llama?

—Pietro Caducci.

Me apoyé pensativamente sobre el palo de la escoba.

—Pues parece un nombre italiano.

—No es italiano. Es mexicano.

Abrí los ojos, asombrado.

—No lo creería. Estoy seguro de que parece italiano.

—Bueno, ¿vive aquí?

Hice una mueca.

—Pregunta curiosa...

—¿Qué tiene de curiosa? —dijo, arrugando el entrecejo. Me le quedé viendo benévolamente.

—No parece usted tonto, pero le acabo de decir que en mi vida he oído ese nombre. —La cara, como de cuero, se le puso roja.

—¿Cómo se llama usted?

—Joe Malone.

De repente, sintiendo una oleada de odio, me dieron ganas de jugar con esa criatura vil cuyas ansiosas manos creían ya agarrar los 40 mil de Díaz.

—¿Y cuál es el suyo? —le pregunté. Se quedó un poco sorprendido.

—Joe Robinson—dijo luego.

—Tanto gusto, señor Robinson —y con inmensa amabilidad le agarré la mano y se la apreté con todas mis fuerzas.

—¡Ay! —gritó—, ¡suélteme!

Le solté y con tono preocupado añadí:

—Espero no haberle hecho daño. A mí me gusta dar la mano efusivamente, pero veo que me propasé. Perdóneme, señor Robinson. —Abría y cerraba la mano cuidadosamente, como si pensara encontrarse los huesos rotos.

—Uy—continuó irritado—, ¿quién vive ahí? ¿No hay otros dos hombres en la casa?

—¿Otros dos hombres? —meneé la cabeza — Hay dos personas más, pero son mi hermana y su hijo —y abrí más la puerta, mostrándole a Trinidad y Adolfo que comían en la cocina al final del pasillo.

Me echó una mirada sospechosa, gruñó “Okay” y se fue escaleras abajo, pesadamente. Volví a donde estaban Ricardo y Juan y les conté la entrevista.

—¿Cómo habrá dado con nosotros? —dijo Juan, ceñudo.

—Eso mismo quisiera yo saber —comenté.

Ricardo dibujó una triste sonrisa.

—Esos tipos tienen un sentido del olfato formidable. Son capaces de olerse 40 mil a grandes distancias.

No estábamos enterados entonces de lo que había pasado en San Luis. Una linda agente de la Pinkerton —socia del que había estado hablando conmigo —se había valido de sus artes seductoras para arrancarle a Manuel Sarabia la dirección y el nombre de Pietro Caducci.

—Tenemos que marcharnos de aquí, irnos a Montreal —dijo Ricardo con la mirada desanimada—, pero no sé cómo vamos a hacerlo.

Por desgracia, en ese momento teníamos poco dinero, que no nos bastaba para llegar hasta Montreal. Los *pinkerton* podían volver en cualquier momento, acompañados, probablemente, por

la policía canadiense que también ansiaba ganarse el sangriento dinero de Díaz. Nos pusimos a debatir sobre nuestra situación.

—Si nos echamos a correr —dijo Ricardo —con todos nuestros papeles.

—La policía nos puede agarrar —interrumpió Juan—, pero es horrible tener que pensar en quemar los papeles.

—De todos modos no tenemos bastante dinero para marcharnos de esta ciudad —dije limpiándome el sudor de la frente.

Mientras tanto, el agente *pinkerton* estaba haciendo averiguaciones sobre nosotros con la vecina de nuestra derecha. Buscaba a tres hombres. Había conocido a uno. ¿No sabía ella de los otros dos? Él estaba seguro de que vivían en la misma casa.

La mujer nada sabía de Ricardo o de Juan. No salían éstos más que por la noche, a tomar un poco de aire y a dar unos pasos antes de acostarse. Sospechosa, examinó al detective. Había habido varios robos últimamente y pensó que a lo mejor se trataba de una banda que estaba viendo qué casa de la vecindad sería fácil de atacar. Lo que decía acerca de dos hombres que no existían no era más que una pura y descarada mentira.

—¿Y quiénes son esos dos hombres? —le preguntó sarcásticamente.

—Son bandidos —le contestó—, quiero arrestarlos.

Su desconfianza se convirtió en certeza. El tipo aquel había dicho eso para desviar la sospecha que pudiera él despertar.

—No conozco ningún bandido —dijo ella y le dio con la puerta en las narices.

Esperando todavía averiguar algo más concreto, tocó en la puerta de la señora Aiken, nuestra vecina de la izquierda. Los tres nos

llevábamos muy bien con ella, y la visitábamos mucho por las noches, donde Juan podía tocar un poco de música mexicana al piano. Vivíamos en una tensión continua, por lo que la compañía de aquella excelente mujer nos resultaba sumamente agradable y descansada. Poco a poco la fuimos tanteando hasta estar seguros de que podíamos tenerle absoluta confianza. Entonces le contamos nuestra historia. Cuando el *pinkerton* vino a husmear, la señora Aiken le informó que allí no estábamos más que Trinidad, el niño y yo. Pero no se convenció, y después de dejarla, permaneció una hora en la esquina vigilando la casa, por lo visto con la esperanza de que salieran los otros dos hombres que buscaba. Las dos vecinas me llamaron por la parte del jardín trasero de la casa. Las dos estaban muy excitadas, aunque por diferentes motivos, y me contaron la visita del hombre.

—No lo he visto a usted más que unas cuantas veces, pero por su cara sé que usted es un hombre honrado —dijo la vecina de la derecha, cuyo nombre siento haber olvidado.

—Pues claro que es honrado —dijo la señora Aiken acaloradamente —como su hermano y Juan —y volviéndose hacia mí con las manos levantadas—. ¡Más vale que se vayan aprisa! ¡Ese hombre debe ser un detective!

La otra vecina se quedó con la boca abierta.

—Bueno, bueno, ¡conque son ustedes tres!

Viéndole los claros ojos castaños y el franco rostro, tomé una rápida decisión.

—Sí —le dije.

—Y le conté nuestra odisea a través de Estados Unidos.

—¡Qué vergüenza! —exclamó, con la cara entre asombrada, compadecida e indignada— Parece imposible que el pueblo norteamericano permita que pasen cosas así.

—El pueblo norteamericano no tiene la culpa —dijo la señora Aiken—, es el gobierno norteamericano el que los persigue. La gente no sabe nada porque los periódicos no dicen la verdad acerca del Partido Liberal Mexicano. De todos modos —concluyó volviéndose hacia mí—, tienen ustedes que marcharse.

—No tenemos un centavo, señora Aiken. No podemos mudarnos. Se miraron la una a la otra. Luego, pidiéndome que me esperara, se metieron a sus respectivas casas, para salir unos minutos después con suficiente dinero para que nos pagáramos el viaje a Montreal y algo más. Sentí que las lágrimas me subían a los ojos.

—Señoras —les dije—, en realidad para ustedes no somos más que gentes extrañas; pero lo que ustedes han hecho es de amigos. Permítanme que les diga que las gentes como ustedes son la esperanza del mundo. Un millón de gracias.

Durante muchos años —y ya tengo 77— he observado que entre los pobres hay mucho más humanitarismo y mucho menos cálculo frío que entre sus llamados mejores. ¡Benditos sean aquellos dos ángeles! Impacientemente esperamos a que el *pinkerton* se cansara y se marchase. Después de que la señora Aiken salió para ver si no había moros en la costa, recogimos nuestros papeles y nos marchamos. Trinidad y el niño se quedaron al cuidado de nuestras benefactoras hasta que pudiéramos ahorrar suficiente dinero para enviarlo a nuestros amigos de San Luis y devolver aquel préstamo.

Corría el mes de mayo de 1906. En Montreal dedicamos todas nuestras energías a organizar e integrar nuestra fuerza militar. A finales de julio habíamos terminado la organización de sesenta y cuatro grupos claves, que a su vez formaron otros de las regiones vecinas.

—No es posible que Díaz no sepa que estamos trabajando para derrocarlo —dijo Ricardo—. Cada número de *Regeneración* señala los objetivos del Partido Liberal. Ojalá que lea cada copia que le caiga entre las manos para que pueda saber con anticipación lo que le espera cuando asestemos el golpe.

Pero hay una cosa con la que podemos contar —hice notar complacido— y es que nunca por el periódico sabrá cómo y cuándo vamos a aceptarlo.

—¡Dios quiera que siga siendo un secreto hasta entonces! —dijo Juan.

Más tarde tuvimos buenas razones para recordar ese comentario.

Como una plaga de piojos los espías de Díaz se extendían por todo México y por Estados Unidos. Tomamos todas las precauciones concebibles para que nada se supiera de nuestros planes. Para evitar cualquier traición, ningún grupo clave sabía nada de los demás, hasta que llegara el momento de la rebelión. Entonces cada uno recibió una lista de todos los grupos, firmada por Ricardo, Juan y yo. Prácticamente todo se hacía por correspondencia y rara vez recurrimos a nuestros delegados. Una de las veces fue cuando enviamos las listas unos diez días antes de la fatal revuelta del 30 de septiembre de 1906. Justo una semana antes de ese día, estaba Ricardo en El Paso hablando con el delegado Ángel Barrios.

—Estos papeles —dijo señalando los documentos que contenían nuestras instrucciones— son tan peligrosos como dinamita, Ángel; ten cuidado. Si te agarran con ellos es la muerte segura.

Ángel sentía contra el régimen de Díaz un odio insaciable, que le daba una fuerza incontrolable para ayudar los derechos de las

masas descentradas. Con los negros ojos brillantes, dio por toda contestación:

—Ricardo, vengan los papeles.

Los nobles hombres y mujeres que nos servían de intermediarios ejecutaban sus respectivas misiones a sabiendas de lo que les esperaba en caso de arresto. Los delegados, como ya dije antes, eran también jefes de zonas.

Ángel Barrios, junto con el profesor Adolfo Gurrión, tenía a su cargo el estado de Oaxaca. Hilario C. Salas encabezaba el movimiento.

—La subordinación de las mujeres a los hombres en México —le dije un día a Ricardo— es una herencia humillante de los siglos pasados. Tenemos que destruirla.

Asintió con la cabeza.

—¿Y por qué no? Da asco ver cómo los maridos tratan a sus mujeres como si fueran seres inferiores.

—Puede ser que la mujer haya salido de las costillas del hombre, pero no fue él quien la creó —dijo sonriendo—, de modo que no tiene por qué pensar que es su propiedad privada y que puede hacer con ella lo que le dé la gana —Ricardo sonrió de nuevo—. No recuerdo yo que nuestro padre considerase jamás a nuestra madre como su propiedad privada, y no recuerdo que su hombría quedase minimizada por tratarla como su igual. Por consiguiente, Ricardo y yo planteamos la cuestión ante la Junta Organizadora. Insistimos en que la Plataforma del Partido Liberal proclamase derechos iguales para los dos sexos, y se incorporó una cláusula en ese sentido. La reacción de las mujeres fue verdaderamente conmovedora. De entre las cartas enviadas a *Regeneración* emanaba un sentido de emancipación que revelaba la emoción de quien

las habían escrito. Las frases que siguen, tomadas de unas de esas cartas, pueden dar una idea del tenor general: “Desde que ustedes han pregonado sus ideas acerca de las mujeres, nuestros maridos nos tratan mejor. Ahora sí nos sentimos seres humanos”.

Entre las gloriosas propuestas que distinguieron a nuestro Programa, estaba la que hacía hincapié valientemente en los problemas agrarios y de trabajo. Eran el eje alrededor del cual giraba la miseria del pueblo. Hasta entonces ningún partido político se había atrevido a hacerlas públicas. Además de estos puntos cardinales, y la igualdad de hombres y mujeres, la plataforma proponía: El reconocimiento de derechos naturales para los hijos nacidos fuera del matrimonio; su igualdad de derechos con los nacidos en el matrimonio. Persecución y disolución de monopolios y *trusts*. Supresión de la usura, permitiendo un máximo de seis por ciento de intereses sobre los préstamos. Prohibición de empleo para niños menores de 14 años. Tasación de la Iglesia, en igualdad con otros establecimientos comerciales.

Once años después todas estas medidas (con la excepción del impuesto a la Iglesia) y otras muchas de nuestro Programa quedaron incorporadas en la Constitución Mexicana de 1917.

Nuestro pueblo puede agradecernos el que tuviéramos entre los miembros del Partido Liberal al general Francisco Mújica, al general Estaban E. Calderón (ya mencionado como jefe de los mineros de Cananea en la huelga de 1906), al ingeniero Pastor Rouaix, al notario Andrés Molina Enríquez, a Alfonso Cravioto, al profesor Luis Monzón, quienes con su entusiasta y elocuente apoyo a estas reformas hicieron que la Convención Constitucional adoptara muchas cosas de nuestra plataforma. En realidad fue esta el modelo para la nueva Constitución de la República.

Llegó el momento de irnos a El Paso con el fin de dar las últimas instrucciones para la revuelta y para dirigirla. Pero por desgracia seguíamos enfermos del mismo mal: no teníamos suficiente dinero para pagarnos el viaje en tren a los tres. Uno de nosotros tendría que quedarse en Montreal. “¡Qué cosa más terrible para el que se quede —pensé—, el no poder ver la culminación de todas sus privaciones y peligros, las esperanzas y los sueños de tantos años!”

Ricardo, desde luego, no podía faltar. Era el inspirador del movimiento, el más inteligente y el más fuerte. Tenía la misma tenacidad y la misma audacia que yo, y la capacidad de sobrellevar cualquier clase de sufrimiento. En lo que respecta a la causa, nuestras ideas eran las mismas. Si se presentaba un problema, estando él en un lugar de Estados Unidos y yo en otro, los dos dábamos con la misma solución.

—Pues bueno, Juan, o tú o yo —dije.

—Esto es terrible —dijo extendiendo las manos—, no sé qué hacer.

—Hay una solución —dije yo— que me parece bastante justa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó rascándose la cabeza.

—Echar un volado. Águila, gano yo. Sol, ganas tú.

Tiró la moneda en el aire. Seguimos ansiosamente el camino de la moneda en el suelo. Rodó y se detuvo, en ángulo, contra una bola de papel.

—Ganaste tú —dije.

—¡Oh, no! —exclamó—. No está completamente volteada.

Y antes de que yo pudiera impedirlo, la recogió y la volvió a echar al aire. Esta vez no cabía duda.

—Vas tú a El Paso, Juan.

Sonrió feliz. Luego se puso serio y cogiéndome la mano me dijo:

—De veras, ¡qué suerte más mala para ti!

—Así es la guerra —dije, forzando una sonrisa.

Un día de agosto tuve el dolor de ver marcharse a mi querido hermano y a mi querido amigo. Ahí quedaba yo varado, encargado de recibir la correspondencia. No me quedaba más que un billete de diez dólares. Tendría que conseguir trabajo y ocuparme de las cartas por la noche, pensé, mientras bajaba hacia el cuarto de baño de mi casa de huéspedes, después de haber dejado la chaqueta sobre la cama con el billete de diez dólares en uno de los bolsillos. ¡Un billete tan nuevo, tan terso! Al volver del cuarto de baño, me crucé en las escaleras con un hombre que bajaba. Cuando busqué el dinero ya no lo encontré. La patrona le había preguntado al ladrón que a quién buscaba. Dijo que al señor Smith. En efecto, había un Smith, pero no estaba allí en ese momento. Ahora, sin un centavo, tenía que encontrar trabajo enseguida.

Decidí probar una agencia de empleo, y a una me dirigí al día siguiente por la mañana.

—Los únicos trabajos que hay —me dijo el empleado— son de construcción.

Me miré la ropa, bien planchada, y los zapatos recién engrasados. No me iban a durar mucho así en esa clase de empleo, pero qué remedio, no tenía un centavo y no podía permitirme el lujo de perder el tiempo buscando algo más agradable y lucrativo. Le dije que aceptaría lo que hubiera.

Se me quedó viendo de arriba abajo. De estatura mediana, no había nada en mí que pudiera ser de un trabajador: tenía las manos suaves y la cara bien afeitada.

—Váyase —dijo bruscamente—. Usted no puede hacer este trabajo. Se haría polvo. Consígase un empleo en una tienda o algo parecido.

—Se equivoca usted —le aseguré—, soy mucho más fuerte de lo que usted cree. Deme la dirección del lugar a dónde tengo que ir.

Meneó la cabeza.

—No señor. No quiero ser responsable de su muerte. Aquello me irritó.

—Usted cree que soy débil... Y si le demuestro que soy más fuerte que usted, ¿me dará usted el empleo?

Me miró de nuevo y se echó a reír. Pesaba unas doscientas libras o más.

—¿Cómo me lo va a probar? —preguntó.

—¿Me dará usted el trabajo si se lo demuestro?

Riéndose contestó que sí, y me siguió fuera de la tienda.

—Ahora —le expliqué—, nos daremos la mano fuertemente. Y yo lo empujaré de aquí para atrás —y le indiqué la línea que separaba las dos baldosas de la acera.

—Ya veo —dijo sonriéndose.

—Y si lo hago me da usted el empleo.

Adelanté el pie derecho contra el suyo, le agarré la mano y la empujé para abajo. Gruñó, y la divertida expresión de la cara se cambió en sorpresa. Se puso como un tomate haciendo los mayores esfuerzos para obligarme a retroceder. Mis dedos le iban apretando los nudillos cada vez más. Crujieron sus dientes y se encogió un poco de dolor. En ese momento, empujé mi mano hacia delante contra la de él y luego trató de salvarse, pero no pudo. Finalmente, tuvo que echar el pie para atrás. Le solté la mano.

—Y ahora, por favor, quiero el empleo.

Se la frotó con la izquierda y me miró resentido.

—Pues sí, fuerza no le falta. Entre.

Le seguí. Una vez en la tienda, escribió algo en una hoja de papel.

—Es un dólar —dijo, dándomela.

—No lo tengo —contesté moviendo la cabeza.

Y le recordé que me había dicho que me daría el empleo, si yo demostraba ser el más fuerte de los dos.

—Está bien, está bien —dijo en un tono de resignación.

—Le doy mi palabra de honor de darle el dólar cuando me paguen. Asintió. El empleo pagaba a razón de un dólar y medio al día.

—Pero —añadió, inútilmente, pensé yo —sigo creyendo que no durará usted más de una semana.

Se trataba de construcción de carreteras. Yo tenía que hacer la mezcla para el cemento. El capataz abrió los ojos, sorprendido al entregarle yo el papel.

—Váyase—dijo enfadado—. Usted no es un obrero. Usted es un *dandy*.

Protesté que sí, que era un obrero.

—Con sus manitas de señorita —replicó haciendo un gesto de burla con la nariz—. No, no —con su mano callosa me tentó la delgada muñeca—. Usted no tiene fuerza —y la soltó con desprecio.

—Tengo la muñeca pequeña, pero siéntame los músculos del brazo —le contesté haciendo fuerza.

Sonriéndose divertido, lo tentó e inmediatamente arqueó las cejas.

—¡Caramba! no quisiera ser yo el que recibiera un puñetazo. ¡A trabajar, muchacho! —y me entregó una pala.

No tenía más idea acerca de mezclar cemento que el del arte de hacer pasteles. Conmigo trabajaba un alemán de unos veinticinco años. Media hora después se acercó el capataz para ver qué tal lo hacíamos. Se detuvo al lado del alemán, quien estaba mezclando el cemento bastante mal. Yo lo hacía mejor, pero pensando que él tenía experiencia, me había puesto a imitarle.

El capataz se fijó primero en mi compañero y empezó a insultarlo en su *patois* francocanadiense (que pronto había yo aprendido, pues en México había estudiado francés).

—Mira, Heine —le dijo quitándole la pala—. Observa —y empezó a mostrarle cómo mezclar cemento y arena. Apoyado en mi pala, observé atentamente cómo lo hacía y me puse a hacer lo mismo inmediatamente.

El capataz se volvió hacia mí, me observó un par de minutos y meneó la cabeza.

—¿Lo ves imbécil? —le dijo al alemán—. Mira cómo él sí sabe —y dándome unas palmaditas en el hombro—. Te daré 1.75 al día.

—Gracias, jefe —contesté.

Se alejó un poco, y se volvió de nuevo.

—Oye, tú—me dijo rascándose la barbilla—, ¿dónde aprendiste a mezclar cemento?

—Pues observé cómo lo hacía uno que sí sabía.

Me detuve y eché una mirada sobre mis pantalones y zapatos, cubiertos ya de una capa gris. Antes de que terminara el día estarían echados a perder. Levanté la vista y noté que me miraba un obrero de mediana edad.

—Dentro de poco no te quedaran pantalones —dijo sonriendo—. ¿Quieres usar un par de overoles que tengo en la caja

de herramientas? —y señaló una gran caja de madera al otro lado de la carretera.

Le contesté que se lo agradecería... otro me prestó un par de zapatos viejos. Si el sentimiento de decencia, de amabilidad de los unos para con los otros puede ser un pasaporte para el cielo, estoy seguro de que la mayoría de los que allá llegan son los más humildes. Jamás consideré que el trabajo manual fuera un trabajo inferior. Millones de mis compatriotas trabajaban como negros por haberles sido negada una educación elemental que les permitiera conseguir mejores trabajos con menor esfuerzo. Cuando me acordaba de ellos, mi propio trabajo me parecía una tarea consagrada. Y todo el trabajo del mundo, ¿no eran los hombres corrientes los que lo llevaban a cabo?... Oh, futuro inescrutable, ¿cuándo cambiará el estado del hombre común, en la mayor parte de este indiferente planeta, para transformarse de carga bestial en una tarea digna del hombre?

Después del trabajo tenía un hambre canina. Fui al restaurante donde solía comer con Ricardo y Juan. Eran los propietarios una pareja de viejos escoceses. Les conté que había perdido los 10 dólares y les pregunté si no me fiarían la comida hasta el final de la semana.

—Desde luego, señor, no tenemos ningún inconveniente —dijo la señora Mackintosh inmediatamente, fijándose en mi ropa de trabajador, y en el traje que llevaba bajo el brazo, con la intención de irme a cambiar en cuanto me lavara en mi pensión.

—¿Por qué tiene usted que trabajar como obrero? —me preguntó entre asombrada y compadecida. Animado por su afectuosa simpatía, les conté quién era. Me oyeron asombrados. La señora Mackintosh se limpió las lágrimas.

—Lleva usted una vida muy dura, señor Magón, pero es una causa espléndida, y estoy segura de que Dios le ayudará, porque siempre está del lado de los justos —y sonriendo afectuosamente—, y no se preocupe por la comida.

Mientras comía mi filete, pensaba en que si bien este mundo es una constante lucha entre peces grandes y chicos, también hay en él bastantes Mackintosh para hacerme sentir que la bondad no es completamente inexistente. Más tarde tuve buenas razones para felicitarle por haberme dejado llevar y haber confiado en ellos. El sábado era el día de pago, lo cual me hizo recordar mi deuda para con el agente.

—Aquí tiene usted —le dije entregándole mi paga en un sobre cerrado—. Saque usted su dólar.

Examinó el sobre y me miró detenidamente. Estaba intrigado. Por fin abrió el sobre, y cuando terminó de contar el dinero tenía una expresión tal en la cara que me eché a reír.

—Le han pagado 1.75 por día.

—Así es.

—Mmm...Es increíble... —y volvió a mirar el sobre con el membrete de la compañía.

—Así es... —y echándose hacia atrás, en la silla giratoria, se me quedó viendo.

—¿Piensa usted seguir con ese empleo?

—Tengo que comer.

—Pues no sé por qué tiene usted que trabajar de obrero. Dotes no le faltan.

Una mañana, sentado en mi mesa de costumbre para desayunar, se me acercó corriendo la señora Mackintosh. Vi que estaba muy

excitada. Ella era la única que atendía el restaurante, mientras su marido se ocupaba de la cocina. Por un momento no pudo decir palabra, de tan excitada que estaba, y se apoyó en la mesa.

—¿Qué pasa, señora Mackintosh? —le pregunté.

—Dos hombres lo buscan, señor Magón... se marcharon no hace diez minutos —me enderecé sobre la silla. La señora continuó—. Me dijeron que buscaban a un caballero mexicano, inteligente y bien vestido. Lo describieron a usted. Les dije que un hombre como ése había venido algunas veces, pero que hacía mucho que no había vuelto—y un velo de preocupación apareció en su mirada azul.

—Van a volver, estoy segura. ¿No cree usted que debe marcharse de Montreal, señor Magón?

No era del todo imposible que volvieran. Pero yo no podía marcharme en ese momento, pues esperaba noticias de Ricardo acerca de la inminente revuelta. Podría ser que tuviera que presentarme en El Paso o que tuviera que cruzar la frontera.

—Se lo agradezco, señora —le dije dándole unas palmaditas en la mano que había dejado sobre la mesa—. Pero no puedo irme en este momento. Tengo que correr el riesgo de que vuelvan esos detectives.

—Ojalá que no le pase nada —dijo juntando las manos. Y para animarla, le dije:

—¿Se ha fijado usted alguna vez en el lema del dólar norteamericano? Dice: “Confiamos en Dios”. Hagamos nosotros lo mismo.

Ella sonrió y me sirvió el desayuno.

Desde ese día, cuando iba al restaurante, me ponía el overol sucio, lo mismo que la gorra y los zapatos. Me dejé crecer el pelo y la barba. Mirándome en el espejo me dije: “No cabe duda de

que me parece un trabajador explotado. Esa cara que me mira apenas recuerda ya a la de Enrique Flores Magón”. Un mes más tarde, a la hora de la cena, estaba yo sentado de espaldas a la calle. De repente me invadió una extraña sensación, como un olorillo podrido que, apenas perceptible al principio, se iba haciendo cada vez más fuerte. Intuía la presencia de algo nauseabundo, de algo que estaba a punto de acercárseme y tocarme. Había desarrollado un sexto sentido, el sentido de los perseguidos, de los acosados, y rara vez me engañaba cuando se manifestaba. Los oídos se me afinaban, los nervios se me ponían más tensos, pensaba con más claridad. El deseo de volverme era imperioso y tuve que ejercer toda la fuerza de voluntad de que soy capaz para no hacerlo.

Oí pasos que se me acercaban. Seguía comiendo. Dos hombres dieron la vuelta a mi mesa, y se sentaron enfrente. Uno de ellos se inclinó hacia mí.

—Eh, Magón —dijo.

A juzgar por el acento americano era de los *pinkerton*, pero no era el mismo que me había encontrado en Toronto. Tranquilamente, seguí comiendo mi chuleta de ternera y no les hice más caso que si fueran invisibles. Ni el menor pestañeo, ni el menor gesto podía ser indicio de que le hubiera entendido. Pero la procesión iba por dentro. El *pinkerton* se puso rojo. Estaba a punto de hablarme de peor manera, pensé, cuando su camarada se le adelantó diciéndome a boca de jarro:

—¿Es usted sordo?

“Esta bestia es un detective canadiense”, pensé. Y seguí comiendo. Cortando un enorme pedazo de carne, dejé caer el

cuchillo sobre el plato, haciendo un gran escándalo, y me metí la carne de una vez en la boca, haciendo tanto ruido al masticar que se me podía oír del otro lado del cuarto, y gesticulando con ojos y boca les di a entender claramente a mis indeseables invitados que no tenía oídos para nada como no fuera el placer de comer.

En esto se acercó la señora Mackintosh, con los labios torcidos en una especie de sonrisa.

—¿Qué desean los señores? —les preguntó a los detectives.

—Nada, gracias. No queremos más que hablarle a este hombre —dijo el *pinkerton* haciéndole una indicación con la mano de que se marchara.

Ella me echó una mirada y se fue a la cocina, me imagino que a contárselo a su marido. El *pinkerton* extendió la mano y me tocó en el pecho. Era un personaje grande, de cara ordinaria, nariz roma y ojos grises de lobo. Un milano en forma humana, pensé.

—Le estoy hablando a usted —gruñó, al igual que un vil perro. Arqueé las cejas, lo miré en los ojos.

—*Comprends pas* (no entiendo) —le dije en *patois* francocanadiense.

Se miraron el uno al otro, y luego me miraron a mí. En *patois*, el canadiense dijo:

—Queremos saber si es usted el señor Magón.

Me crucé de brazos sobre la mesa y le miré intrigado.

—¿Señor qué?

—Señor Magón.

—No, no soy el señor Magón —sonreí, y luego simulando curiosidad—: ¿Cómo es?

El canadiense dejó de fruncir el ceño y me miró severamente.

—Es como usted de alto, la misma complexión y ojos castaños oscuros como los de usted.

—Y qué —dije encogiéndome de hombros—. Hay mucha gente por aquí que respondería a esa descripción.

—No es canadiense.

—¿No?

—Es mexicano.

—Sí señor, y si ustedes quieren —me sonreí maliciosamente—, se lo puedo entregar. —Los ojos azulosos del canadiense lanzaron destellos, se relamió como si ya viera los 20 mil dólares sobre la mesa.

—Nos harás un gran favor. Muchas, muchas gracias.

—¿Cómo? —dije yo inclinándome hacia él.

—Digo que muchas gracias por su ayuda.

Le solté una carcajada en las narices.

—Momento, momento, no tan aprisa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cree usted que sus gracias me van a alimentar? Más vale que me dé algo nutritivo.

Tuve que contenerme para no echarme a reír ante la cara que puso.

—¿Cuánto quiere usted? —dijo secamente.

—¿Cuánto me darán ustedes por él?

—Cincuenta dólares.

—¡Cincuenta dólares y ustedes van a recibir 20 mil! —y les hice señas de que se fueran—. Déjenme acabar de cenar—añadí con voz enojada.

—Bueno, ¿cuánto quiere? —repitió el canadiense.

—Cinco mil, ni un centavo menos —y di un puñetazo sobre la mesa—. Prométanme 5 mil dólares y *monsieur* Magón es suyo.

Le hizo una señal al Pinkerton, se alejaron y se pusieron a hablar entre ellos. Al volver, el canadiense dijo:

—Le daremos 2 mil quinientos.

—*Nom de...* —grité—. ¡Cinco mil! ¡Ni un centavo menos! De nuevo se alejaron... y volvieron.

—Está bien —por fin dijo el canadiense.

—Bueno. Ustedes son agentes de la ley y sé que mantendrán su palabra de honor. Y ahora me quedaré con la foto para poder reconocer mejor a este señor Magón.

El *pinkerton* dudó un momento y por fin consintió. Les dije que me podrían encontrar en el restaurante todas las noches a la misma hora. El canadiense me dio unas palmaditas en el hombro, me deseó buena suerte, y se marcharon. Yo me torcí de risa al verlos desaparecer por la puerta. ¡Qué imbéciles!, darme mi propia fotografía. ¡Qué cretinos! Y me caía de la risa. Con renovado apetito volví a mi comida.

De repente, se me ocurrió que no habían sospechado cuando yo, que había aparentado no entender inglés, había leído el letrero de la foto. Di un suspiro de alivio. ¡Qué suerte, y qué imbéciles!

Los señores Mackintosh se acercaron enseguida.

—Esos son los mismos que vinieron, y qué bien los engañó usted —dijo ella riendo—. Lo oí, pero —y se puso seria— van a volver.

El señor Mackintosh asintió solemnemente con la cabeza.

—¿Qué va usted a hacer?

—Temo mucho que tendré que marcharme de montreal ahora mismo —les cogí las manos—. Nunca, nunca me olvidaré de lo que hicieron por mí.

El recuerdo de esa pareja todavía me levanta el ánimo. La suerte me ha deparado encontrarme con muchos animales con

forma humana, pero también me ha sido dado conocer a mucha gente de buen corazón, como los Mackintosh.

Decidí refugiarme en los bosques, hacer de leñador. Por suerte, tenía el cuerpo endurecido por el azadón y la pala.

Perseguido por los detectives de Pinkerton y los canadienses, deslumbrados por los 20 mil dólares del premio, huí a través de Canadá. Hice de leñador en un lugar, de compositor, ebanista, carpintero, ranchero, electricista, en otros. A donde quiera que fui, cambié de personalidad. La necesidad me obligó a hacerme ducho en disfraces. Cuando cambiaba de oficio, cambiaba de nacionalidad, de cara, de idioma, de nombre.

Hablo cinco idiomas: español, inglés, italiano, portugués y francés. He dominado seis profesiones: abogado, contador, periodista, artista, intérprete y traductor.

Veo mencionar que al acercarse el momento de la rebelión, dimos fin a *Regeneración* en San Luis, en septiembre de 1906.

Los lebreles sangrientos no me alcanzaron jamás, a pesar de todas las huellas que fui dejando hasta Alaska y desde allí hasta Nueva York. Pero antes de seguir, quisiera volver las hojas del calendario para narrar los negros acontecimientos que precedieron, acompañaron y siguieron al día de la rebelión.

El desastre

Estando todavía en Montreal recibí una carta de Ricardo que me intranquilizó. Estaba en El Paso, trabajando noche y día en los preparativos de la revolución señalada para el 30 de septiembre. Entre otras cosas escribía que dos oficiales del ejército mexicano le habían ofrecido sus servicios para la causa. Se trataba del capitán Jiménez Castro y del teniente Zeferone Reyes. Escribía:

El enorme entusiasmo que muestran por los objetivos de nuestro partido me ha dejado impresionado. Están acuartelados en Ciudad Juárez. Me aseguran con gran ardor que trabajarán ahí para conseguimos partidarios.

Es una cuña en las filas de los oficiales. Si son verdaderamente sinceros e influyen en los otros, como en los soldados rasos, la ayuda que nos pueden dar en Ciudad Juárez y en la región vecina no es de despreciar.

Era evidente que Ricardo estaba decidido a utilizar a estos hombres. Lejos de El Paso no podía darme cuenta de qué clase de personas eran, pero lo que ya conocía de la psicología de los oficiales me hacía dudar bastante de que tales hombres pudieran adherirse a la causa del pueblo.

—No te fíes de los oficiales del ejército —le contesté—. Bien sabes que la mayoría de los soldados están en el ejército porque se han visto obligados. No se mantendrían unidos si no fuera por la brutalidad vigilante de sus superiores. No necesito decirte que los tratan como ganado y que constituyen el apoyo principal de Díaz para estrujar al pueblo. ¡No corras riesgos, Ricardo! No tengas nada que ver con Castro y con Reyes.

Por desgracia, no me hizo caso. Los sinvergüenzas esos se habían ganado la confianza de Ricardo, quien les dio detalles de la revolución y los nombres de gente importante en varios lugares del país, lo cual tuvo consecuencias trágicas. Les dijo incluso que yo estaba en Montreal, que era lo único que les faltaba a los *pinkerton* para echarse a la caza. Los dos traidores le transmitieron la información a Díaz.

Con paciencia diabólica el dictador esperó y en el último momento hizo saltar la trampa. Sucedió esto el 29 de septiembre. Miles de jefes del Partido Liberal, jefes de guerrillas y subjefes fueron arrestados. El movimiento había fracasado. Millares de nuestros partidarios fueron fusilados o ahorcados.

Entre los cientos que fueron a parar a los espantosos calabozos de San Juan de Ulúa estaba mi querido camarada Juan Sarabia. En aquellas celdas, constantemente húmedas, se calaba el agua salina de Veracruz cuando subía la marea. El prisionero no podía ni estirarse, de tan pequeño que era el espacio. Se ahogaba en la

atmósfera húmeda y pegajosa. Buscando algo de alivio, se quitó la camisa, pero tenía que tener cuidado de no tocar la pared. Cuando agotado por el cansancio y el hambre (el rancho en la prisión era una miseria) se le olvidó esto, se apoyó contra el limo salino, y la espalda se le quedó pegada a la pared. Aullando de terror, hizo un supremo esfuerzo y logró separarse, dejando un pedazo de piel en el muro.

—Aquel fatal 29 de septiembre —me contó Ricardo después—, estaba yo en El Paso, a punto de pasar a Ciudad Juárez, cuando de repente se me pusieron delante dos detectives norteamericanos. Trataron de agarrarme. De un puñetazo los tiré sobre la acera, y antes de que se levantaran había yo doblado la esquina.

—Delante de mí —continuó— había una puerta abierta. Me metí detrás de la puerta y me encogí todo lo que pude. Oí sus pasos al pasar por delante. Salí y tomé la dirección contraria. Relamiéndose con el gran premio de Díaz —Ricardo sonrió amargamente—, siguieron recorriendo las calles, con la lengua de fuera, me imagino, porque era un día caluroso. Deben de haber quedado agotados de rabia y frustración cuando por fin abandonaron la caza. Decidí irme a Los Ángeles. Pasé por Modesto Díaz y nos fuimos andando hasta allí.

Los lugares en los que se combatió, como había quedado arreglado, fueron Jiménez, Coahuila; en la frontera entre Guerrero y Michoacán (combate dirigido por Juan de Dios Avellaneda) y en Acayucan, Veracruz (combate dirigido por Hilario C. Salas).

A la cabeza de sus guerrilleros, Salas ocupó el pueblo mediante un asalto. Por desgracia, en un momento álgido, le hirieron en el estómago, con una bala que rebotó en la pared del Palacio Municipal, que él ya había capturado, y que le causó una herida que no

fue fatal, pero sus hombres, pensando que había sido herido de muerte, se descorazonaron y abandonaron el pueblo llevándose a Salas a las montañas de Soteapan. El movimiento perdió su fuerza inicial y se extinguió, pero el valiente Salas siguió luchando después de ponerse bueno, hasta que lo mataron en 1914.

Qué distinto hubiera sido todo si no nos hubieran traicionado. ¡Oh, Ricardo! ¿Cómo pudiste fiarte de los oficiales del ejército? ¿Pero quién es infalible, sino Dios?

Nuestra revuelta, aunque ahogada en la cuna, podría haberle dado un poco de descanso a un dictador menos autocrático que Díaz; podía haber hecho —aunque no fuera más que por prudencia— que hubiera aflojado un poco las cadenas que al pueblo sujetaban a una servidumbre tan degradante. Pero no, por lo visto, el sofoco de la rebelión le indujo a oprimirlo más.

Sirva de ejemplo lo que sucedió unos cuatro meses más tarde en los molinos textiles de Río Blanco, cerca de Orizaba.

Allí trabajaban trece horas diarias hombres, mujeres y niños. Por lo general los hombres recibían setenta y cinco centavos al día, las mujeres tres pesos por semana, y los niños treinta centavos diarios. Estos últimos tenían que meterse por debajo de las máquinas para atar los hilos rotos por el movimiento giratorio de los aparatos.

¿Y qué pasaba si estos niños —de ocho o nueve años— se cansaban o se mareaban? Allí estaba el capataz para despertarlos a latigazos, método eficazísimo para inculcarle a estos niños el triste don de la disciplina.

Verdad es que Díaz tenía sentido de la responsabilidad y del deber. Agradecido por el apoyo económico que le brindaban los dueños de los molinos como el de Río Blanco, o de fábricas,

plantaciones y otros grandes establecimientos, ejercía especial vigilancia para que no se hicieran leyes que protegieran a los trabajadores. Brillaban por su ausencia los reglamentos que en Estados Unidos eran cosa común. No había inspección de fábricas, jamás se hacían públicos los peligros que pudiera haber para la salud o la vida humana, no había compensación alguna en caso de accidente en la fábrica o en la mina. No había protección para los niños que trabajaban.

¿Y los derechos y las responsabilidades del patrón? No tenía otras que su conciencia. El trabajador no tenía derechos.

En el caso de los propietarios del molino Río Blanco, el trueno de las opíparas ganancias ocultaba la débil voz del imperativo moral. Además argüían ellos patrióticamente ¿no era el gobierno el que hacía las leyes del país? Y como la autoridad suprema les informaba que de ellos dependía enteramente el hacer que los trabajadores cumplieran con sus obligaciones, ¿no sería un acto subversivo el que ellos trataran de la manera que fuera, interrumpir el constante fluir de beneficios? Pero los trabajadores no estaban completamente de acuerdo con la manera de pensar de sus patrones.

No les era precisamente de su agrado el tener una jornada de trabajo excesivamente larga, en un aire cargado de olores de tejidos, o en venenosos cuartos para teñir, por una paga miserable. Ni les entusiasmaba tampoco la idea de tenerle que pagar a los propietarios del molino dos pesos semanales por las asquerosas chozas que ocupaban, ni les gustaba que les pagaran no en efectivo, sino con cheques de crédito en la tienda de la compañía; sabían que a unos cuantos kilómetros de Orizaba podían comprar la misma mercancía por la mitad o menos de los que les costaba en la tienda de la compañía.

Desesperados, trataron de salir de esa situación. En 1906, bajo el valeroso mando de Manuel Ávila, formaron un sindicato, El Gran Círculo de Obreros, que representaba un triunfo para otro trabajador de Río Blanco, José Neira, magonista que había predicado nuestras ideas a escondidas desde 1903. Desde el momento en que se formó un sindicato para luchar contra la explotación, Ávila se unió a Neira para luchar apasionadamente por que El Gran Círculo de Obreros combatiera también la dictadura gubernamental.

Temerosos de las represalias si los patronos se enteraban de la existencia de su grupo, sus miembros se reunían secretamente en sus casas. Pero con el tiempo los propietarios del molino llegaron a saberlo y lanzaron inmediatamente una proclamación, en la cual prohibían a los trabajadores que recibieran visitas en sus propias casas, ni siquiera parientes, so pena de prisión en la cárcel del pueblo. La ejecución de este decreto no era problema alguno para ellos, pues controlaban a los encargados de ejecutar la ley. Y para que no cupieran dudas acerca de lo que se proponían, metieron a la cárcel a todo el que sospecharon de pertenecer al sindicato.

Mientras que se iban manifestando esas expresiones del cariño de los dueños hacia sus trabajadores, estalló una huelga en las fábricas textiles de Puebla donde existían condiciones muy parecidas. Los huelguistas pidieron ayuda a los compañeros de otros lugares vecinos. En esos mismos días, los propietarios de Río Blanco colmaron el vaso ordenando a los obreros que trabajaran hasta la medianoche los martes y los jueves. Exasperados, estaban a punto de lanzarse a la huelga, pero de lejos les llegó el eco de los gritos de sus camaradas de Puebla. Indecisos por un momento, decidieron finalmente esperar un poco más y hacer una colecta de dinero de sus escasos salarios para ayudarlos.

Al descubrir la solidaridad de los trabajadores, los patronos se pusieron furiosos y mandaron cerrar los establecimientos. Inmediatamente los obreros se declararon en huelga y redactaron una lista de peticiones: mejores salarios, servicios de hospital, condiciones de trabajo menos peligrosas.

La reacción de los patronos fue considerar esto como la mejor broma del año.

Dejemos que Lucrecia Toriz, heroína del sangriento episodio que siguió, cuente lo que pasó. En el número del 15 de junio de 1949 de la revista *La República*, y a la venerable edad de 77 años, nos cuenta lo siguiente:

En la mañana del 7 de enero de 1907 los trabajadores acudieron a la tienda de la compañía para conseguir alimentos, pues estaban hambrientos. Los alimentos les fueron negados. El tendero se burló de ellos y trató de echarlos. Furiosos, quemaron la tienda, ante lo cual los patronos se asustaron y pidieron ayuda a Orizaba. De allí acudió prontamente Carlos Herrera, jefe político, que trató de pacificar a los obreros, pero sin éxito.

A las ocho de la mañana me vinieron a ver unos cuantos camaradas. Estaban muy excitados y me pedían que me levantara porque se estaba quemando Río Blanco. Salí a medio vestir, y al ver lo que estaba pasando y que la tienda de la compañía estaba en llamas, grité: “Ah, es la tienda de la compañía que nos explota como le da la gana. ¡Que se queme!”.

Lo mismo le repetía a Carlos Herrera. Y con gran sorpresa mía, me contesta: “mira quien viene”.

Se trata de un destacamento de soldados bajo el mando de un oficial llamado Ruiz, que acababa de llegar de Orizaba para restablecer

el orden. Pero los trabajadores no se asustan. En ese momento oigo que alguien grita: “¡Señora Lucrecia, las celdas de la cárcel están llenas de trabajadores!”.

Me doy cuenta de lo que esto significa y contesto: “Vamos a salvar a nuestros compañeros”.

Rompiendo las puertas de la cárcel, sacamos a todos los que allí estaban.

Mientras tanto, los soldados y el oficial nos habían alcanzado. Nos impidieron el paso hacia el pueblo de Nogales a donde pretendíamos ir. Ante la actitud de los militares, me pongo furiosa. Agarro la bandera que llevaba una trabajadora, y haciendo un gesto de rabia me dirijo al oficial, y lo reto a que se baje de su caballo, a lo cual se niega.

Me envuelvo en la bandera, y grito:

—¡Abajo los patronos, verdugos de los obreros! ¡Abajo los patronos, verdugos de los obreros! ¡Abajo Porfirio Díaz!

En medio de mi exaltación, algunos compañeros me advierten que me calle porque estoy poniendo en peligro mi vida, pero sin miedo, sigo con mi actitud desafiante frente a la fuerza armada. Animo a los trabajadores a que sigan marchando hacia Nogales. El oficial, viendo que tanto yo como los que me rodeaban estábamos decididos, ordena a los soldados que abran filas y que nos dejen pasar; y luego sigue él detrás de nosotros, con sus hombres.

Al llegar frente a la fábrica de San Lorenzo me tropiezo con el cuerpo de un obrero. Los pistoleros de los patronos del molino lo habían matado. Las calles están desiertas, salvo por un velador que limpia los faroles de la calle. Nos dice, con los ojos saliéndose de las órbitas, que los trabajadores que ha capturado el jefe político son tantos, que no cabría uno más en la cárcel.

Me vuelvo hacia la multitud. Apasionadamente les pido que acudan a liberar a sus compañeros. Y lo hicieron, pero pagando un precio bien alto.

Al salir de la cárcel con nuestros compañeros liberados, se presenta el 13^{er} batallón. Nos rodea. Nos impide el escape. Un oficial cuyo grado nunca he sabido después, aunque sí su nombre (Ignacio Dorado), grita: “¡Péguenle a esa vieja, pero duro!” Luego, no contento con la paliza que me dieron, saca la espada y me da un sablazo con la hoja en la frente (todavía tengo la cicatriz). En esos momentos, envuelta en la bandera tricolor, me caigo, sin sentido...

La matanza que siguió hizo temblar a todo México. Dispararon contra todos, niños, mujeres, hombres, matando a cuatrocientos. Por milagro, Neira, que estaba en la vanguardia de los huelguistas cuando los soldados abrieron fuego, se escapó ileso. Como jefe de nuestros partidarios en Río Blanco, era hombre marcado. Hicieron toda clase de esfuerzos para capturarlo, pero se las arregló para eludir a sus perseguidores. Llegó a Veracruz y allí se embarcó para Europa.

Para ocultar todo el horror del holocausto, amontonaron muertos y heridos juntos, los metieron en un tren de carga y los llevaron al puerto de Veracruz, donde los echaron al mar para alimentar a los tiburones. Una nota final de horror: camino de Orizaba, la sangre de los heridos eran tan profusa, que los perros hambrientos —perenne rasgo del paisaje mexicano— siguieron al tren, lamiendo los rieles ensangrentados por todo el camino hasta Veracruz.

¿Qué efecto tuvo todo esto en Díaz? ¡Les estaba bien empleado!

¿No les había hecho él saber a los huelguistas que no se merecían nada? No debieron molestar a sus patronos, y tenían que

volver a trabajar en las mismas condiciones de antes. Eso fue lo que les aconsejó fríamente cuando, después de resistir dos meses, apelaron a él, rogándole que investigara sus quejas y prometiéndole aceptar su decisión. La llamada investigación fue una farsa trágica. De ese modo administró Díaz la justicia, que le dio al Partido Liberal miles de nuevos partidarios.

En Nueva York yo había conseguido trabajo haciendo instalaciones eléctricas en el edificio de Singer, que en aquel entonces estaban construyendo todavía. Un día recibí una carta que me dejó estupefacto. Me decían en ella que Ricardo, Librado Rivera y Antonio I. Villarreal habían sido arrestados en Los Ángeles. La carta enviada por nuestros partidarios el 7 de agosto de 1907, día en que los arrestaron, me había seguido por todo Canadá y Alaska, hasta que finalmente me había alcanzado en Manhattan, a fines de octubre del mismo año. Maldije con amargura la mala suerte que me había impedido saber antes de la catástrofe.

En Los Ángeles, Ricardo y los otros habían estado publicando el periódico *Revolución*. Al mismo tiempo habían reorganizado nuestras maltrechas fuerzas mexicanas. Con su arresto, todo este trabajo, al cual Ricardo y yo habíamos dedicado nuestras vidas, había quedado interrumpido. Pero tenía que seguir. Tiene que seguir, me dije a mí mismo. Yo lo seguiría, aunque fuera solo.

Inmediatamente le dije a mi jefe que me tenía que marchar de la ciudad a causa de asuntos urgentes. Recibí mi sueldo y me marché, decidido a atravesar el país vagabundeando; pero para mí vagabundear tuvo un significado diverso del que suele tener: significó coger trenes en marcha, quedarme en la parte exterior del pasillo detrás de la cortina, entre dos vagones, que casi se tocaban el uno con el otro.

Escondido de la tripulación y de los pasajeros por la cortina, quedaba yo expuesto al viento y al frío. Ambos elementos eran indiferentes a mi misión y despiadadamente me atacaban por la espalda, especialmente de noche.

Pero yo no podía permitirme el soltarme sencillamente porque me cansara o tuviera sueño. ¡Y qué sueño y qué cansancio me entraban! Pero en el fondo de mi conciencia atormentada seguía vibrante y despierto el pensamiento: “Tengo que agarrarme bien. El tren corre a 60 millas por hora, si me suelto es el fin”, y frenéticamente sacudía la cabeza hasta despertarme por completo, al mismo tiempo que mis manos apretaban el metal convulsivamente. Más me hubiera gustado viajar cómodamente, en un *pullman*, pero estaba corto de dinero, enfermedad crónica en mí.

Acabó mi suplicio de once días. Llegué a Los Ángeles el 7 de noviembre e inmediatamente me puse a trabajar. Por medio de algunos partidarios, supe los detalles del desastre que les había sucedido a los otros. Habían sido arrestados en su casa de la calle Pico, casa en la que vivían, tenían el cuartel general del Partido Liberal y la oficina de Revolución. Los que hicieron el arresto iban mandados por Thomas H. Furlong, jefe de la agencia de detectives Furlong de San Luis, y dos detectives de Los Ángeles: Talamantes y Rico. Todas las pruebas parecían indicar que tenían la intención de secuestrar a mi hermano y a sus amigos y entregarlos a las autoridades mexicanas del otro lado de la frontera.

Cuando pienso en lo que sucedió—y lo hago muchas veces—, me siento subir la rabia a la cabeza. Ricardo me lo contó mucho después:

—Figúrate, Enrique, que esos oficiales de la ley entraron en la casa sin una orden de arresto. Por la ventana vimos su automóvil

enfrente de la casa. Sospechándose la verdad, Rivera, Villarreal y yo gritamos a voz en cuello: “¡Nos están secuestrando, nos están secuestrando!”. Para callarnos, nos pegaron con las pistolas. Me dieron tan fuerte —y Ricardo se señaló la frente— que caí, sangrando y desmayado al suelo.

—¿Y qué pasó después? —pregunté, apretando las manos.

—Nuestros gritos atrajeron a mucha gente, lo cual imposibilitó el secuestro. Entonces, aquellos pistoleros, dando pruebas de un humor increíble, después de darnos una paliza casi mortal, cuando por fin nos llevaron a la delegación de la policía nos acusaron ¿de qué crees? ¡De resistir a los representantes de la ley! Más tarde, un testimonio de uno de los hombres del cónsul mexicano, confirmó la tentativa de secuestro. Luego, pasó algo después de nuestro arresto que puso las cosas en su marco correspondiente.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté a Ricardo.

—¿Recuerdas que te conté que Modesto Díaz se vino andando desde El Paso a Los Ángeles? Pues bien, también a él lo agarraron, y cuando lo soltaron le dijeron que tendría que esperar hasta que le devolvieran los papeles que le habían quitado. “¿Por qué tengo que esperar?”, preguntó él. ¿Y qué le contestó el oficial norteamericano? Que estaba en poder del cónsul de México. De esta manera descubrimos de casualidad que la benevolente cooperación de la policía de Los Ángeles estaba al servicio de Díaz.

Ricardo se cruzó de manos y en la boca se le dibujó una sonrisa burlona.

—¿Y quién te crees que nos favoreció después con su distinguida presencia? Nada menos, Enrique, que el embajador mexicano Creel. Vino desde Washington para vigilar el proceso. Contrató a algunos de los abogados más caros del sur de California, cuya

tarea, al parecer, era armar todo un lío legal que pudiera tragar la corte de la justicia sin vomitar y luego esperaban que ésta ordenaría que nos deportaran a México. Los abogados en cuestión fueron el exgobernador H. T. Gage, Horace H. Appel y Gray, Baker y Bowen, compañeros del senador de Estados Unidos, Flint.

No me cabe la menor duda de que mi hermano, Rivera y Villarreal habrían sido enviados a México de no haber sido por el hecho de que, ultrajadas por el descarado desprecio de los derechos civiles de los prisioneros, varias organizaciones de Los Ángeles formaron un comité de defensa, convocaron varias reuniones públicas, y agitaron la opinión. Además hicieron una colecta de dinero y contrataron a dos abogados, Job Harriman y A.R. Holston.

Cinco acusaciones, cada una por separado como otras tantas cargas de dinamita, fueron las que se lanzaron contra Ricardo y los otros. La primera fue “resistir a un oficial”; la segunda, “asesinato y robo”; la tercera “libelos criminales”; la cuarta “asesinato de Fulano de Tal en México”; la quinta, “conspiración para violar las leyes de neutralidad”. Harriman y Holton demostrando claramente que las cuatro primeras no eran más que invenciones.

En una corte de justicia que hubiese estado libre de cualquier servilismo frente a Díaz, lo mismo habrían probado de la quinta acusación, pero los prisioneros fueron declarados culpables en este caso. ¿Qué dice la ley en cuanto a esto?

Toda persona quien, dentro del territorio o jurisdicción de Estados Unidos empiece, o apreste, o provea o prepare los medios para una expedición o empresa militar que desde aquí se dirija contra el territorio o dominio de cualquier poder o príncipe extranjero, o de cualquier colonia, distrito o pueblo, con quienes Estados Unidos esté en paz, será considerada culpable de alta

transgresión y multada con una cantidad no superior a 3 mil dólares y encarcelada por un periodo no superior a tres años.

Ustedes se preguntarán ¿Y qué hay de las violaciones de la neutralidad de Estados Unidos llevadas a cabo, por ejemplo, por expediciones norteamericanas para provocar o ayudar de las revoluciones en los países de la América Central o de Sudamérica? La respuesta es sencilla, en esos casos, los sentidos de las autoridades funcionaron de manera diferente: no vieron, ni oyeron, ni olieron nada sospechoso. Sencillamente lo pasaron por alto.

¿Ricardo, Rivera y Villareal habían “empezado o aprestado” una expedición militar en contra de México? ¿Qué es lo que habían hecho en realidad? Habían venido a Estados Unidos. Habían planeado, no el organizar desde allí una expedición militar, sino fomentar un movimiento revolucionario dentro de México. El dictamen del Juez Maxey, de Texas, fue que esto no constituía una violación de las leyes de neutralidad. Con un espíritu libre, revisó varios casos parecidos.

El 7 de enero de 1908, el *San Antonio Daily Light & Express* publicó las siguientes citas del Juez Maxey:

Si José M. Rangel (uno de nuestros partidarios), el acusado, no hizo más que cruzar el río y se unió a la lucha, estaba en su pleno derecho, y así se le comunicaré al jurado que me toque. Esta acusación no es por luchar en un país extranjero, sino por empezar a alistar una expedición en el condado del Val Verde.

¿Y qué diré de la enternecedora consideración por los intereses de Díaz que hicieron su aparición igualmente en los extraños procesos en el momento en que se ofreció la fianza?

La ley garantiza que un prisionero acusado de cualquier crimen, menos el de asesinato premeditado, pueda obtener su libertad bajo fianza mientras espera el juicio. La fianza había sido fijada previamente en 5 mil dólares, lo cual constituía una cantidad *diez veces superior a la que se solía pedir en casos parecidos*.

No es necesario esforzar la imaginación para saber por qué se pidió en este caso una cantidad tan grande. En fin, en julio de 1908 se había reunido esa cantidad y fue presentada. Pero el Juez Welborn, actuando tanto de juez de distrito como de juez de circuito, entretuvo a los democráticos ciudadanos de Los Ángeles con una impresionante muestra de juegos de manos. Les negó este privilegio a los prisioneros. La decisión, publicada con toda solemnidad, se hizo sin la menor duda, y es de presumir que con la mano del juez sobre su propia conciencia. Estaba basada en el reglamento de la Suprema Corte que declaraba que durante el *habeas corpus* (amparo), la custodia del prisionero no podría ser cambiada. El culto juriconsulto, desplegando una casuística que debe de haberle dado envidia al mismo Maquiavelo dentro de su tumba, la interpretó en el sentido de que no se debía admitir a estos prisioneros bajo fianza. Quizás debido a un ataque momentáneo de amnesia, el Juez Welborn olvidó mencionar algo de una significación más que ordinaria, verbigracia, que el gobierno mexicano habría pedido que se les negara la fianza. Por lo visto en ese tribunal la justicia no sólo tenía una venda en los ojos, sino también una mordaza y una traba.

¿Había sido el detective Furlong verdaderamente contratado por el gobierno mexicano? He aquí un interesante pasaje del testimonio que bajo juramento prestó ante la corte de justicia de Los Ángeles, al ser interrogado por el abogado Harriman:

Pregunta: ¿A qué se dedica usted?

Respuesta: Soy presidente gerente de la Compañía del Servicio Secreto Furlong, de San Luis.

P: ¿Ayudó usted a arrestar a estos hombres?

R: Sí.

P: ¿Con qué derecho?

Señor Lauwler: Objeto esa pregunta por ser la conclusión del testimonio.

P: (Harriman) ¿Tenía usted una orden de arresto?

R: No, señor.

El Comisario: Se retira la otra pregunta y puede usted preguntar si tenía una orden de arresto.

Señor Harriman: Sí, señor.

P: ¿Los arrestó usted sin una orden?

R: Sí, señor.

P: ¿Les quitó usted esta propiedad sin una orden?

R: Sí, señor.

P: ¿Se metió usted en la casa y la registró sin una orden?

R: ¿Cómo?

P: ¿Que si se metió usted en la casa y la registró sin una orden?

R: Sí señor.

P: ¿Les quitó usted los documentos?

R: No les quité los documentos. Los cogí y los guardé bajo llave y luego volví a recogerlos.

P: ¿Los sacó usted de la casa y se quedó con ellos, no es eso?

R: No, señor, se los entregué a...

P: Bueno, fue usted el que los cogió y el que los guardó...

R: Sí, señor.

P: ¿Quién le pagó por este trabajo?

R: *El gobierno mexicano.*

La letra en bastardillas es mía ¿Qué resulta de lo anterior? Bajo el escudo de la Ley de Derechos de los Estados Unidos, todo el mundo, y la propiedad que les pertenece, están protegidos contra su captura sin mandato. Salvo que en Los Ángeles, esto no se aplicó a los miembros del Partido Liberal Mexicano. ¿Qué se proponía en realidad este juicio? Furlong lo dijo francamente en una declaración jurada como es debido ante W. F. Zwickey. Está en los archivos de los tribunales de Los Ángeles. Furlong afirmó que:

No estaba tan interesado en este caso y en las acusaciones que pendían contra los acusados como en llevarlos a Arizona, y que lo único que nosotros queremos [el nosotros se refería a él mismo y a las autoridades mexicanas] es llevarlos a Arizona, y allí ya nos los arreglaremos para que crucen la frontera.

Un personaje más importante que Furlong estaba de acuerdo con él, en este caso en que no se trataba de extradición. Me refiero al señor Bonaparte, fiscal general de Estados Unidos.

Durante una audiencia ante el Juez Ross de San Francisco, Bonaparte tuvo el descaro de telegrafiar al fiscal de su distrito en esa ciudad: “Resista procedimientos *habeas corpus* en caso Magón y otros, como sea, pues los quieren en México”.

El telegrama fue leído en la sala del juicio, y sólo unos días antes, en contestación a una pregunta de Perkins, senador de Estados Unidos, Bonaparte le había contestado con toda solemnidad en una carta que el propósito de la persecución contra nuestros partidarios no era enviarlos a México.

Durante año y medio, Ricardo y los otros permanecieron en la cárcel de Los Ángeles. Luego, declarados culpables de haber violado las leyes de neutralidad conspirando para organizar una expedición militar contra México, fueron condenados a un año y medio de cárcel en la penitenciaría de Florence, Arizona.

Al llegar a Los Ángeles, me enteré del vomitivo judicial que Ricardo, Rivera y Villarreal se habían visto obligados a tragar. Me llenó de asco y me incitó a una actividad febril. La indignación que sentía me animó a poner en marcha la maquinaria paralizada de nuestro movimiento revolucionario.

Con la injusticia cometida contra mi querido hermano y los otros persiguiéndome como una pesadilla, he aquí lo que hice:

Todos los días, desde las siete de la mañana trabajaba hasta las dos o las tres de la madrugada en la publicación de *Revolución*, contestando la voluminosa correspondencia de nuestros partidarios, desarrollando la propaganda y reformando nuestra devastada organización. Yo solo, durante ocho largos meses. Escaso de tiempo, hacía que me trajeran la comida a la mesa de trabajo y seguía trabajando mientras comía, cosa que no recomiendo para digerir bien, aunque no parecía molestarme, por lo menos entonces.

Había noches durante las cuales mis nervios en tensión no me dejaban dormir. Echado en la cama, miraba la oscuridad, mientras oía los pasos de un solitario peatón resonando allá abajo en la calle, pensaba: “En algún lugar los *pinkerton*, los *furlongs*, los agentes de la ciudad y los federales están dedicados al agradable pasatiempo de tratar de localizarme y pedir los 20 mil dólares sangrientos. ¡Malditos sean!”. Y me ponía a pensar en cosas más íntimas: en

mi querida Teresa, expuesta ella misma como delegada del Partido Liberal, a la furia del régimen de Díaz si le encontraban documentos comprometedores, y temblaba de miedo. Sentía un peso terrible en el pecho... En México, desde el Río Bravo hasta el Golfo de Tehuantepec, mi pueblo esperaba, esperaba ansiosamente el alba en que la libertad volvería a brillar...

Millones de ojos me miraban en la oscuridad. “¡No puedo fracasar, no puedo fracasar!”, murmuraba yo, volviéndome y revolviéndome en mi catre. Me escocían los ojos. Me pasaba la mano sobre las húmedas pupilas, y al rato me dormía.

En ocho meses había puesto de nuevo toda la República en pie de guerra, dividiéndola en cinco zonas: zona norte, sur, este, oeste y central. Establecí sesenta y cuatro grupos, como en la revuelta de 1906. Cada grupo estaba compuesto de varias subdivisiones. Se formaron depósitos de armas y municiones en Chihuahua y La Laguna y en otras secciones, hasta Yucatán.

Con los yaquis, mandados por el cacique Sibalaume, hice un pacto de alianza. Estos fieros guerreros estaban ansiosos de vengar la matanza de sus hermanos que habían resistido la confiscación de sus tierras, y el exilio y cautiverio de otros en los campos de henequén yucatecos y en las plantaciones de tabaco de Valle Nacional. De modo que estaban ferozmente contentos de enlistarse bajo la bandera del Partido Liberal, como los tarahumaras, mandados por su jefe Santana Pérez.

Para proteger tanto a los jefes de México con quienes me escribía, como a mí mismo, enviaban las cartas a los apartados postales bajo distintos seudónimos.

Para mayo de 1908 todos nuestros asuntos estaban listos. El día 23, exaltado y temeroso —exaltado porque había llegado la

hora, y temeroso de que algo pudiera fallar— mandé llamar a Francisco Manrique.

—Francisco —le dije—, te pido que vayas y te pongas en contacto con nuestros jefes en todo México. Hazles saber que se levanten con sus partidarios el 25 de junio, y que se apoderen de los pueblos en sus territorios respectivos.

Los oscuros ojos se iluminaron.

—¿Cuándo debo partir?

—Ahora mismo. ¿Sabes por qué decidí esa fecha?

—Sí, claro que lo sé. Cuando les recuerde a nuestros compañeros que es el aniversario de la matanza ordenada por Díaz “mátales en caliente”, en Veracruz, les dará mayores ánimos.

Francisco Manrique era un tipo estupendo. No tenía más que 26 años, alto, bien fornido, con una inteligencia que iba a la par con su fuerte cuerpo. Provenía de una familia acomodada de León, Guanajuato. De pura casualidad cayó en sus manos un día una copia de *Regeneración*, poco antes de que Ricardo y yo fuéramos a parar a Belén. Francisco leyó nuestras acusaciones contra el régimen de Díaz incrédulamente. Siguió leyendo otros números. Una vez los ojos abiertos, su generosa naturaleza se manifestó. Se preguntó a sí mismo: “¿Es justo que yo viva en el lujo mientras hay millones de compatriotas míos que llevan una existencia miserable?”. Como un rayo, se le ocurrió la idea de que el hecho de que fuera hijo de un hombre rico y no de un pobre peón no era más que un azar, y para mejor comprender la vida de los pobres, Francisco rechazó las comodidades del hogar familiar y se marchó a Rosita, Coahuila, a trabajar en las minas de carbón. Más tarde trabajó en las minas de Morenci y Miami, Arizona, y se unió a nuestro partido.

Para entrar en contacto con los sesenta y cuatro grupos con el billete de diez dólares que le había dado —todo el dinero que me quedaba —iba a pasar las de Caín.

En los estados del sur de Estados Unidos teníamos grupos bajo el mando de Praxedis G. Guerrero, a quien indiqué que repartiera las siguientes instrucciones entre los jefes de los grupos:

Lleven a sus seguidores a México. Comiencen la insurrección en el día señalado en el lugar que encuentren conveniente. Ataquen a las autoridades federales, dominen a las tropas en los cuarteles, apodérense de las riendas de los gobiernos locales y levanten la bandera del Partido Liberal —la misma bandera gloriosa que inspiró la victoria de las patrióticas tropas del libertador Benito Juárez.

Y ahora, permítanme decir dos palabras acerca del humanista Praxedis G. Guerrero. En él florecía el alma sensitiva de un poeta, junto al coraje de un águila. Su familia, como la de Francisco Manrique, era rica. Poseía una gran hacienda, Torres Mochas, cerca de León. Desde su mocedad, notó lo que pasaba a su alrededor y se sintió conturbado por el enorme abismo que advirtió entre su clase y la de los de abajo. Cuando, a principios de siglo, empezaron a surgir clubes liberales, Praxedis ya estaba imbuido del espíritu de resistencia contra el *status quo*, pero no se convirtió en un rebelde completo hasta que empezó a leer *Regeneración*.

Más tarde, se hizo socialista libertario, no estatal.

—Fue entonces, Enrique —me contó de la manera más natural—, cuando mis convicciones no me dejaron lugar a dudas. Tenía que actuar de acuerdo con ellas, por lo que distribuí mi propiedad entre mis peones.

Luego, con su amigo de la infancia Francisco Manrique, trabajó en las minas de Coahuila y Arizona. En 1905, Praxedis se puso en contacto con nosotros en San Luis y se hizo miembro de nuestro partido. En nuestra huida a Canadá y más tarde, le perdimos de vista, hasta 1908. Entonces, bajo el seudónimo de Nihil escribió para *Revolución* artículos que describían el lastimoso sufrimiento de nuestro pueblo. Cada una de sus líneas emanaba su nobleza de alma, y la profunda comprensión que revelaban sus obras movía a compasión ya cólera.

Cuando Juan Sarabia ingresó en San Juan de Ulúa, Praxedis le sustituyó como Secretario de la Junta Organizadora del Partido Liberal. Fue entonces cuando empezó a organizar a nuestros partidarios en los estados del sur. En aquella época cambiamos nuestros lemas de “Reforma, libertad y justicia” a “Pan, libertad y justicia”. En 1911 nuestro lema se convirtió en “Tierra y libertad”. Que fue apropiado dos meses más tarde por Emiliano Zapata, quien añadió “Justicia”.

Mis instrucciones finales para Francisco y Praxedis fueron:

—Encuéntrenme en El Paso cuanto antes. Los necesitaré para que ayuden a dirigir la revuelta en Ciudad Juárez.

Como de costumbre, no tenía suficiente dinero para comprar el boleto del tren.

El fatídico 25 de junio de 1908

La falta de dinero para el pasaje hasta El Paso era un impedimento, pero, desde luego, me dije, no es un obstáculo insuperable. Peor sería que me arrestara la policía federal. La frontera pululaba toda ella de gendarmes y de detectives. En San Antonio, Del Río, Douglas y hasta Los Ángeles, los arrestos de los miembros del Partido Liberal ocurrían casi diariamente. Toda precaución sería poca.

Desde el día en que había hecho de obrero francocanadiense para escapar de mis perseguidores, me había disfrazado de muchas maneras distintas. ¿Por qué no, entonces, convertirme ahora en un músico italiano ambulante? Como tenía el pelo rizado, me lo dejé crecer y arreglé los rizos de modo que me cayeran sobre la frente por debajo del gorrito que me adornaba la cabeza. Al mismo tiempo, dejé que barba y bigote adquirieran proporciones heroicas, partiéndome la barba por mitad, cada punta por su lado.

Me vestí como correspondía: pantalones de pana café, blusa caqui anudada a la cintura, y pañuelo encarnado alrededor del

cuello; en la boca una pipa retorcida, bajo el brazo, un violín en su estuche, y en la muñeca derecha otro pañuelo, mucho más grande, anudado, a manera de bolsa, donde había metido un traje negro, una camiseta, un tercer pañuelo y tres pares de calcetines.

También metí dentro de una billetera mis fotografías de frente y de perfil, las mismas que el agente *pinkerton* me había dado en Montreal de manera tan estúpida. Desde luego que llevarlas no era muy prudente de mi parte, pero me costaba trabajo renunciar al recuerdo de una experiencia como aquella.

Luciendo tan brillante indumentaria, llegué al tren para El Paso, me metí en el vagón *pullman*, saqué el violín de su estuche, y me puse a tocar el Ave María. Por lo visto, gustó mi interpretación, o por lo menos no aburrió a los pasajeros, pues, cuando terminé, fui de uno en uno con mi sombrero en la mano, y lo que me dieron bastó para que pagara el boleto. El *porter* pareció gustar también del concierto, pues no me impidió pasar a los otros vagones para reunir un poco más de dinero.

Pronto me encontré entre los pasajeros a un par de detectives. No hay fugitivo político que se haya visto obligado a escapar de sus garras durante varios años que se equivoque en cuanto a esta raza. Todo miembro de ella lleva escrito en la frente su noble oficio. Los músculos de la cara se le ponen duros, y los ojos adquieren una mirada fría y despiadada, muy parecida a la de un perro guardián. Emanan todo él un tufo de brutal ordinariéz que parece sugerir que pertenece a un tipo subhumano, a una especie de troglodita de hace un millón de años, cuya salvaje alegría se convertía en éxtasis cuando se acercaba cautelosamente a otro hermano troglodita, lo mataba y se lo comía. Cuando está desprevenida, esta criatura camina con las plantas de los pies contra

el suelo, pero cuando, al contrario, rastrea a algún sospechoso, le salen por doquiera los instintos de sus primitivos antepasados y se desliza de puntillas.

Al divisar a un detective, los fugitivos de la injusticia se avisan: ¡Cuidado, mira un perro! Pero qué calumnia para los perros, incapaces de traición, por un puñado de plata.

Iba yo por el pasillo cuando sentí que una mano me cogía la camisa. Subí la mirada desde esa mano hasta la cara de la persona y me topé con el rostro de un perro. Me han reconocido, pensé. Si me arresta, morirá el movimiento.

Sonreí.

—¿Qué desea? —le dije.

—¿Usted es italiano?—dijo mirándome en los ojos.

—Desde luego, señor. De Palermo. ¿Qué desea?

—¿Cuánto hace que está aquí? —añadió metiéndose la mano al bolsillo del pantalón.

¡Va a sacar la pistola!, pensé. El corazón me reventaba. Era inútil lanzarme a la plataforma y tratar de saltar desde el tren. Me atravesaría de un tiro antes de haber dado dos pasos.

—Año y medio, en California —repuse sin poder apartar la vista de su mano.

—¿Dónde vivió usted en California?

—En Los Ángeles.

—Entonces ha de saber alguna otra cosa que no sean esas tonaduchas latinas —se sacó el pañuelo y se sonó—. ¿Se sabe “Annie Laurie”?

—Sí, cómo no —exclamé dando, con suspiro de alivio. Y la toqué.

—Bien —comentó—. ¿Conoce “Yankee Doodle”?

Le toqué “Yankee Doodle” y me dio diez centavos. Haciendo una reverencia, me alejé de su contaminante vecindad.

Llegué a El Paso sin más. Inmediatamente me retiré a la casa de Prisciliano Silva, en el barrio mexicano, donde se solían reunir los partidarios nuestros de la región. Era el lugar también donde habían de llegar las armas para el ataque contra Ciudad Juárez la noche del 24 de junio. Allí me encontré, con gran alegría, a Praxedis.

Me contó en detalle su encuentro con nuestros partidarios en la gira que había hecho por los estados del sur.

—Los muchachos ya no pueden más de las ganas de atacar — me dijo con los ojos llenos de entusiasmo.

Y alzando los brazos exclamó:

—Revientan de impaciencia esperando que llegue el momento en que puedan pasar la frontera para ayudar a sus camaradas en la tarea de la liberación.

Sus palabras me animaron como un buen trago de tequila.

—Mi querido Prax —le dije abrazándolo—, no puedo hacer más que darte las gracias, pero te aseguro que te las doy con toda mi alma, por haber llevado a cabo tu misión tan espléndidamente.

Hizo un gesto de modestia y preguntó por Francisco.

—Eso me pregunto yo —contesté angustiado.

Francisco estaba encargado de llamar a las armas a la gran mayoría de nuestros partidarios. ¿Qué pasaría si lo cogían las autoridades mexicanas antes de que hubiera terminado su misión? Si así fuera, pensé temblando, la segunda insurrección acabaría como la primera. La fecha del 25 de junio se acercaba. Estábamos ya a 19.

La noche del 23 nos hallábamos cenando Praxedis, Prisciliano y yo. No podía dejar de pensar con angustia que faltaban menos

de dos días para que sonase la hora, y no sabíamos una palabra de Francisco. Se abrió la puerta y apareció Raúl Silva, muchachito de 17 años.

Le miré sorprendido. ¿Qué le pasa? Temblaba como si estuviera helando. Pasaron varios segundos antes de que pudiera hablar, pues no hacía más que mirarnos a Prax y a mí. ¡Algo pasaba! Los sentidos se me agudizaron, como de costumbre, en presencia del peligro.

—¿Qué pasa, Raúl? —exclamé dirigiéndome hacia el muchacho que acababa de entrar.

En lugar de contestarme, volvió los aterrorizados ojos hacia Prisciliano y dijo de golpe:

—¡Papacito, la casa está rodeada de perros!

Prisciliano, hombre de unos 48 años, se puso de pie de un salto.

—¿Estás seguro? —le preguntó poniéndose lívido. El niño tartamudeo que sí.

—¿Qué hacemos Enrique? —murmuró el padre.

—¿Y tú y Praxedis?, si han rodeado la casa, no se pueden ir.

Prax y yo dimos a entender con el movimiento de nuestras cabezas que nos dábamos cuenta de la situación. Le hice una señal a Prisciliano de que se calmara.

—Siéntate. Vamos a terminar de cenar.

Se me quedó mirando como si me hubiera vuelto loco.

—Pero... ¿y los detectives?

—Olvídate. Esta noche no nos molestan —sacó un pañuelo y con mano temblorosa se limpió el sudor de la frente.

—¿Cómo puedes decir una cosa así? ¿Es que no crees que están fuera?

—Claro que sí. ¿No lo dijo Raúl?

—Sí, pero tú dices que lo olvidemos... perdona, Enrique, pero ¿sabes lo que estás diciendo?

—Esta noche no entran —le dije haciéndole una señal para que se sentara—. Mira, Prisciliano, vamos a terminar de cenar. Este filete está estupendo.

Con las rodillas temblándole, se sentó e hizo como que comía, pero el pobre había perdido el apetito. Prax le insistió que comiera, pero él empezó a quejarse de que la carne no tenía sabor, que estaba como una suela, y no apartaba los ojos de mí y de Prax que seguíamos comiendo a boca llena. No siempre teníamos la ocasión de hincarle el diente a un succulento filete.

Estábamos segurísimos de que los perros no entrarían durante la noche. Era la primera vez que se habían acercado tanto. Ocho años de practicar este sombrío juego del escondite nos habían enseñado la técnica perruna.

—No están haciendo más que labor de reconocimiento antes de lanzarse al ataque —le expliqué a Prisciliano—. Lo más probable es que lo hagan mañana o pasado mañana en la noche.

Pero por lo visto, mi explicación no le calmó.

Seguros de que no seríamos molestados, Prax y yo nos fuimos a nuestro cuarto, que daba a la calle. Mi compañero se durmió pronto, mientras yo me quedé mirando hacia el techo. ¿Qué le habría pasado a Francisco? Nada bueno, de seguro. Cansado de darle vueltas a la cabeza, acabé por dormirme.

A la mañana siguiente llegaron emisarios de varios grupos de Tamaulipas, Chihuahua, Nuevo León y Coahuila. Les preguntamos ansiosamente por Francisco. Sí, les había avisado. Suspiré, aliviado. Era de suponerse que habría llegado a otros grupos, quizás a todos. Si así había sido, ¿por qué no había vuelto a El Paso?

El corazón se me angustiaba de pensar que lo hubieran podido agarrar al volver... Dándoles las gracias a mis informadores, repartí las instrucciones finales.

—Más vale que nos quedemos en casa —dijo Prax.

Asentí. No nos podíamos arriesgar a que nos secuestraran y nos pusieran del otro lado de la frontera en los brazos de los rurales de Ciudad Juárez.

Durante todo el día fueron llegando partidarios a la casa a pedir consulta acerca de problemas de última hora. Nuestros enemigos no se ocuparon de ellos.

—Me imagino que están esperando a arrestarnos esta noche —dijo Praxedis.

—Sí —contesté distraído. ¿Dónde podía estar Francisco?

Temprano aquella noche, Raúl se apareció de repente en la casa y con los ojos muy abiertos tartamudeó las mismas noticias que la noche anterior: los perros habían rodeado la casa.

—Es la maniobra preliminar antes del ataque —dijo Prax con el entrecejo fruncido. Lo mismo pensé yo.

Estábamos convencidos de que los perros nos habían descubierto. Inmediatamente le ordené a Silva que avisara a los compañeros que iban a traernos armas, municiones y bombas esa noche, que no lo hicieran hasta nueva orden. El único problema que nos quedaba por resolver era cómo salirnos de la casa sin caer en las garras de los perros.

En Ciudad Juárez teníamos 800 partidarios divididos en grupos. Bien armados, bien instruidos y llenos de ánimo, no esperaban más que nuestro ataque contra la ciudad para lanzarse al ataque desde dentro.

A cada grupo le habían asignado el punto de ataque con los siguientes objetivos: vencer a la guarnición; capturar la iglesia que dominaba la ciudad; apoderarse del Palacio Municipal, sede del gobierno; atacar el cuartel de la policía e irrumpir en la prisión liberando así a los prisioneros políticos y comunes para que se unieran a la revuelta.

¿Cómo se había proveído de armas a los partidarios de Ciudad Juárez? Por medio de nuestras mujeres. Bajo los corsés y las fajas metían las pistolas, y alrededor de la cintura los cartuchos; otras se metían entre las piernas un rifle Winchester desarmado en dos piezas y colgado de la cintura por medio de una cuerda. La manera que tenían las mujeres de vencer a la oposición era directa e irresistible.

Al acercarse primero a la aduana norteamericana, y luego a la mexicana, lanzaban una formidable andanada con sus hermosos ojos negros, con la dulce y coqueta curva de sus labios sonrientes y con el encanto de sus lindos cuerpos. Deslumbrados e hipnotizados los empleados las dejaban pasar sin catearlas. Las muchachas a las que la descuidada Madre Naturaleza no había proveído con los atributos necesarios, suplían tan llana falta con bombas de dinamita, ayudando así a sus compañeros en tan noble causa.

La excelente receta que teníamos para hacer bombas era la siguiente. En una lata grande de leche Carnation metíamos una latita de leche Eagle. Entre las dos metíamos, bien apretada, arena mojada. Justo en el centro de la lata más pequeña instalamos, erecto, un tubo de hoja de lata, lo suficientemente largo como para traspasar la arena y tocar la tapa de la lata exterior. El resto del espacio de la lata más pequeña, alrededor del tubo, lo llenábamos con fragmentos de hierro, dinamita y pólvora negra. Se ponía una

marca justo en el lugar correspondiente al centro del tubo, sobre la cubierta de la lata exterior. En ese mismo punto, se hacía un agujero y se metía una cápsula y un fusible de minero al tubo. Con eso, la bomba quedaba lista.

Tanto los hombres como las mujeres introducían bombas de contrabando en Ciudad Juárez, pero debido a la manera en que las muchachas las llevaban, no se perforaba las mortales latas para meterles la mecha y la cápsula hasta que llegaran a su destino.

Lo hacíamos por lo siguiente: metíamos tres o cuatro bombas en una gran vasija de barro, que llenábamos después hasta el borde con mezcla de jugo de naranja o limón espesados, lo cual impedía que se vieran las bombas a través del opaco líquido, que, de haber perforado las bombas de antemano, las hubiera inutilizado.

Poniéndose un palo sobre los hombros un hombre podía fácilmente cargar dos vasijas con su letal contenido. Se repartieron unas cuantas en los cuarteles, entre los soldados amigos, para derribar las paredes.

Conviene siempre prepararse para lo inesperado con el estómago lleno, pues aligera y fortalece. Mientras Prax y yo disfrutábamos una opípara cena, Prisciliano se mordía las uñas. Al terminar, le dije:

—Dentro de media hora vete a nuestro cuarto. Coge mis cosas y las de Prax y repártelas entre las cosas de tu familia, para que no quede rastro de nuestra estancia. Cuando entren los perros, puedes jurar que no hemos estado aquí, y así no te molestarán. ¿Comprendes? Pero el pobre infeliz estaba paralizado de miedo. No tenía experiencia endurecedora como la nuestra. No sólo no logró esconder nuestras cosas, sino que se olvidó de mis instrucciones anteriores, en el sentido de que mandara decir que no se

entregaran armas a la casa. El resultado fue que nos trajeron rifles, bombas y municiones durante todo el día, y los detectives, oliéndose lo que pasaba, las dejaron pasar para no espantar a los que llegaran más tarde.

Subimos al cuarto pero sin encender la luz, por miedo a que los vigilantes pudieran darse cuenta de que se trataba de nuestro cuarto. En la oscuridad miramos hacia la calle. Allí estaban los perros.

Apenas les distinguíamos la forma, pero hasta donde podíamos percibir, parecían haber rodeado la fachada y los lados de la casa.

—Me imagino —me murmuró Prax al oído— que también están vigilando la parte trasera.

Sin duda, pensé yo mordiéndome los labios. Con suerte los pasamos bajo las narices. Si no —y el pulso se me aceleraba de sólo pensarlo veo a Prax y a mí arrastrados por estos esbirros hasta la línea internacional, donde están los agentes de Díaz.

Le di un codazo en las costillas a Prax.

—Parece que cada perro está encargado de cierta área —murmuré pensativo.

Nos fijamos especialmente en el perro enfrente de nuestra ventana, sin perder detalle de todos sus movimientos, observando cuánto tardaba en hacer su recorrido. En voz baja establecimos un plan. En el momento en que empezó a apartarse de nuestra ventana, la abrí con todo cuidado. Pero al ir hacia arriba, crujió la maldita madera. El detective se detuvo. Empecé a oír mis propios latidos.

Apenas le podía distinguir en la oscuridad. Pero sabía que escuchaba. Debíamos haber abierto antes la ventana. El tipo se fue acercando lentamente y se detuvo justo enfrente de la misma,

en el momento preciso en que Prax y yo nos pegamos contra la pared, a cada lado del marco. El perro permaneció sin moverse, escuchando. Conteniendo la respiración, lo observé. Oí que murmuraba algo. Por fin, se volvió a alejar, hablando consigo.

Inmediatamente, con la blandura de un gato, me encogí y empecé a salir por la ventana.

La casa era de un solo piso y un sótano. Tenía que saltar como un metro. Ayudándome de la hiedra que cubría el muro, escondí el cuerpo entre la pared y la enredadera. Luego, me solté. Al poco rato tenía a Prax a mi lado. Desde la ventana habíamos notado cuál era el espacio de terreno que controlaban nuestros enemigos. A cuatro patas, nos arrastramos en esa dirección.

Se sabe que los indios norteamericanos pueden atravesar un bosque tan silenciosamente como fantasmas. Estoy seguro de que nuestra cautelosa travesía por esa pequeña parte fue igualmente fantasmal.

Llegamos a un sitio protegido por los matorrales y arbustos. Ahora, pensé, estamos bastante lejos de nuestros vigilantes y nos podemos poner de pie sin temor. Despacio me levanté, disponiéndome a deslizarme por entre las casas vecinas. En ese momento recibí una sorpresa: sentí que dos largos brazos me abrazaban.

¡Un perro! fue lo primero que pensé, y empecé a tratar de librarme desesperadamente. Al minuto se me había acabado la resistencia. Entonces me volví y le eché los brazos a mi aprehensor, porque mis extasiados oídos acababan de percibir la voz de Francisco Manrique, que susurraba “Por aquí, hermano. Y tú también, Prax”.

Y lo seguimos, hacia la libertad, con el corazón henchido.

Hacia las once y media de aquella noche, detectives federales, oficiales de inmigración, policías de la ciudad y del condado, se echaron sobre la casa y se llevaron todo, incluyendo a Silva.

Uno de nuestros partidarios que traía armas vio cómo los atacantes se reunían para atacar. Sospechando lo que pasaba, dio media vuelta y se fue a la orilla del Río Bravo que bordea El Paso, y allí, entre los espesos matorrales de la orilla escondió Winchester 30-30, 750 cargas de municiones y un gran saco de cáñamo lleno de bombas de dinamita. Disgustado de que esta carga no pudiera servir para la revuelta del día siguiente, pero contento de haber impedido que cayera en manos del enemigo, se marchó a su casa a esperar noticias nuestras.

Francisco había llegado a la ciudad aquella mañana. Había completado milagrosamente el circuito de los sesenta y cuatro grupos, atravesando grandes extensiones de desierto, montañas y tierras calientes con mi insignificante billete de diez dólares.

Ignoraba nuestro paradero, de modo que se puso a caminar por el barrio mexicano con ojos y oídos bien abiertos. Ya hacía mucho que se había iniciado en el combate con los detectives norteamericanos y mexicanos. Al pasar delante de la casa de Silva, que conocía muy bien, se le despertó el sexto sentido, el sentido de los perseguidos.

Se olió la presencia de un perro, al que vio de reojo, del otro lado de la calle. En ese momento intuyó que Prax y yo nos encontrábamos dentro de la casa.

Con aire distraído pasó por delante y cruzó al lado sombreado de la calle, cerca de donde estaba el detective. De su bolsillo sacó un pañuelo y comenzó a secarse la frente teatralmente. Sabía,

como la mayoría de nuestros camaradas perseguidos, que por lo general los detectives no atacan los escondites de los revolucionarios durante el día. Como las hienas, a quienes tanto se parecen, salen por su presa por la noche.

—¡Qué calorcito! —dijo Francisco.

—*Yeab* —gruñó el perro.

Como quien no quiere la cosa Francisco dio media vuelta para quedar de frente a la casa de Silva.

—Y con todo y río —se quejó jugueteando con el pañuelo todavía en las manos—, no llega ni un poco de brisa.

—*Yeab* —volvió a decir el perro.

—Siempre es así en junio —continuó Francisco, haciendo un gesto. Mientras tanto, estudiaba la configuración del terreno.

—*Yeab*...

—¡Bah! —dijo Francisco encogiéndose de hombros, al mismo tiempo que se fijaba en el sendero que con toda probabilidad tendríamos que tomar—, ¡qué le vamos a hacer!

—*Yeab*...

Maldiciéndolo en voz baja en español y diciéndole buenos días en inglés, se alejó.

Protegidos por la sombra, Prax, Francisco y yo nos apresuramos a aumentar la distancia entre nuestros enemigos y nosotros. Una vez a las afueras de El Paso nos echamos a dormir bajo un árbol a la vera de un riachuelo.

Al alba nos lavamos la cara en la corriente clara y cristalina. La naturaleza —pensé yo a medida que nos alejábamos del agua cantarina— no alberga malos planes contra los revolucionarios cuyo único deseo es ver que sus compatriotas gocen de libertad.

¿Cuántos norteamericanos se darán cuenta de esta bendición? Lo harían si la perdieran. Los hombres de 1776 sabían lo que era la libertad porque lucharon por ella, pero los pobres mexicanos fugitivos, aunque arriesgáramos la vida todos los días, igual que lo hicieron los patriotas de la Guerra de Independencia norteamericana, recibíamos poca comprensión de sus descendientes, con algunas cuantas honrosas excepciones.

Con placer recordé que una de éstas había sido Franklin B. Dorr, editor de *The Douglas Daily Examiner*. Había desempeñado un importante papel en el incidente de Manuel Sarabia, ocurrido el año anterior. Perseguido por agentes de Díaz, Sarabia, por fin había logrado refugiarse en Douglas, Arizona, donde consiguió un trabajo de impresor.

—¿Recuerdan el incidente? —pregunté.

Prax asintió con la cabeza, pero Francisco, que había estado trabajando clandestinamente todo ese tiempo en la tierra caliente de Tabasco, Veracruz y Chiapas, no sabía nada.

—Te lo contaré —le dije—. El 30 de junio Manuel tuvo la mala suerte de ser reconocido por Antonio Maza, cónsul mexicano de Douglas. Desde ese momento ya no se sintió tranquilo, y mucho menos cuando lo arrestó esa noche, pistola en mano, el *ranger* norteamericano Sam Hayhurst. Sin mandato de arresto, Hayhurst lo metió en la cárcel de la ciudad.

—Aquella misma noche —siguió diciendo—, ya tarde, mientras Manuel meditaba en su celda acerca de la justicia de Arizona, oyó que abrían la puerta.

Se puso de pie. “Caramba”, pensó, “me van a soltar. He sido injusto con la justicia de Arizona”. Lo sacaron. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que pasaba, los perros lo agarraron y

empezaron a arrastrarlo hacia un automóvil. Fue entonces cuando comprendió que no se había equivocado en cuanto a la justicia de Arizona. A voz en cuello se puso a gritar: ¡Que me lleven! ¡Que me secuestran! ¡Me llamo Manuel Sarabia!

—No es la primera vez que oigo una cosa así —comentó Francisco secamente.

—Sí —le dije—, pero con un final distinto de los acostumbrados. Escucha: lo hicieron callar y le pusieron una mordaza. Una vez hecho esto, se dirigieron con el automóvil hacia la frontera, donde le entregaron al coronel de los rurales, Kosterlitsky. Lo ataron a un burro. Los rurales, sonriendo, le anunciaron que lo iban a fusilar en la carretera. Puedes imaginarte por lo que pasó Manuel: cada vez que se detenían, creía llegada su última hora. La tortura duró varios días, hasta que lo metieron en la penitenciaría de Hermosillo, Sonora.

—Era Maza quien había armado la trampa—seguí—. Pero ahora empezó a perder la tranquilidad, pues unos peatones que oyeron los gritos de Manuel Sarabia y vieron cómo lo metían en el automóvil, repitieron la historia, y pronto el pueblo entero estaba enterado. ¿Y qué crees que hizo Maza? Con la soberbia que distingue a los agentes de Díaz en Estados Unidos, trató de sofocar el escándalo.

—¿Cómo se las arregló?—preguntó Francisco.

—Escucha: no le costó trabajo a Maza conseguir la ayuda de George H. Kelly, quien le dedicó a este asunto atroz un silencio total en su grupo de periódicos de Arizona, cosa que él mismo admitió más tarde ante el juez.

—Pero Maza —continué—no podía sobornar a Dorr, el cual, en su *Daily Examiner* empezó a clamar contra Maza y sus amigos

norteamericanos: el *ranger* Hayhurst, el carcelero Lee Thompson, el condestable Shorpsire, y Henry Elvey, chofer del coche en el que se realizó el secuestro. El secuestro es un crimen, clamó en un artículo de fondo que te entusiasmaría, Francisco, castigable con cárcel en la penitenciaría. Allí deberían estar los secuestradores. Y a renglón seguido, daba los nombres.

—¡Estupendo! —exclamó Francisco frotándose las manos—. Este pájaro raro de editor se merece un buen apretón de manos.

—Y yo también —dijo Prax sonriéndose.

—Y lo mismo yo —dije a mi vez—. Pues bien, parece ser que los truenos de Dorr incendiaron la cólera del pueblo. Aterrado, el cerdo de Maza tuvo que huir de la muchedumbre que estaba decidida a lincharlo. Pero lo mejor de todo es el final de la historia: Los telegramas de los indignados ciudadanos a las autoridades estatales y federales obligaron a que soltaran a Manuel.

Qué distinto sería todo —iba yo pensando mientras volvíamos a El Paso—, si hubiera bastantes editores como Dorr. Hombres valerosos, libres de la presión de los negocios, que le dijeran al pueblo norteamericano la verdad acerca del Partido Liberal. Si así fuera, nuestra revolución arrastraría al régimen de Díaz como una gran marejada.

Al llegar a la casa de Germán López, uno de nuestros partidarios, recibí noticias catastróficas. Nuestra revuelta para esa noche había sido aplastada la noche anterior en Ciudad Juárez y en los otros lugares.

Mareado, me aparté de los otros, y me fui a sentar en un rincón del patio de Germán, sintiéndome mal, con un gran vacío en la boca del estómago. La cabeza entre las manos, traté de pensar, de

comprender las consecuencias de la calamidad que había barrido con las esperanzas de millones. Miles de hombres buenos habían muerto la noche anterior, y estaban muriendo otros tantos. Con ellos habían perecido nuestros planes y sus esperanzas de recobrar la tierra robada.

No cabía duda que todo había sido por alguna traición en nuestro medio. Me sentí agonizar, aplastado, y temblaba como un enfermo de fiebre. La brisa matutina parecía traerme los lamentos desesperados de madres y esposas por la muerte de sus seres queridos, ahorcados o fusilados. Llevándome las manos al corazón, dejé que el llanto diera rienda suelta a mi amargura.

Antes de cerrar los ojos entre las manos, pasé revista a los meses de tenaz y peligrosa labor de nuestros delegados, de los jefes y subjefes, las horas interminables que habían pasado entrenando a sus tropas, el dinero para comprar armas, municiones y aprovisionamientos, aportado por una multitud que apenas tenía medios de subsistencia.

¡Cómo quisiera volver a empezarlo todo de nuevo!... pero no sería más que exponerse a ser vendido por gente sin fe. ¡No, no! ¡Ya basta de eso!

A unos metros de mis pies crecía un cactus en el árido suelo. En su lucha para cumplir su destino había roto una piedra, y a través de ella asomaba su cabeza espinosa al sol. Me la quedé mirando y sentí como si de repente me despertara. Me puse en pie. Yo sabía lo que tenía que hacer. Por lo más sagrado, yo no tenía derecho a rendirme. Sería una cobardía. Yo había sido quien había hecho concebir la esperanza a mi pueblo. No podía menos que seguir luchando.

Volví a donde estaban los otros y les dije:

—Vamos a esperar a tener más noticias de México. Mientras tanto, tendremos que ocultarnos para escaparnos de los perros. Deben de estar husmeando por toda la ciudad, especialmente en este barrio.

Asintieron con la cabeza y siguieron callados. En sus caras se reflejaba la desolación que me oprimía el alma. Nos frotamos la cara con polvo de carbón, y ni el patrono de Díaz, el mismo demonio, nos podría haber reconocido. Germán se puso a trabajar vendiendo madera y carbón con un carro tirado por caballos. Le sugerimos que se tomara unas vacaciones durante unos cuantos días. Llenamos el carro con carbón y madera. Prax tomó las riendas y dijo —¡Arre!— y los caballos se alejaron.

Francisco y yo íbamos detrás pregonando:

—¡Carbón, leña!

Bajo este sencillo camuflaje logramos ponernos en contacto con nuestros partidarios de la ciudad sin ser molestados. En una de las calles vio Francisco al perro con quien había estado hablando el día anterior. El detective, como una bestia porcina, acababa de salir de un restaurante. Allí estaba, en la puerta, hurgándose los dientes con un palillo.

—Tengo que saludar a este tipo —dijo Francisco—. Es lo menos que puedo hacer por haberme indicado dónde estaban ustedes.

Antes de que pudiera yo oponerme, ya se había alejado.

Acercándosele, le gritó casi a boca de jarro:

—¡Carbón!, ¡leña!

Lanzando una maldición, el perro dio unos pasos hacia atrás exclamando:

—Idiota, ¿por qué me gritas?

—Perdone, patrón —contestó Francisco—. ¿Quiere carbón? El perro le echó una mirada furibunda.

—¿Y para qué lo quiero yo?

Francisco puso cara de asombrado.

—¿Pues qué no usa carbón o leña en su cocina?

—¿De qué chingaderas me estás hablando? —gruñó el detective acercándose a Francisco.

—En la cocina, patrón —y Francisco señaló al restaurante.

El otro hizo un gesto de disgusto.

—Ni que fuera mía.

—Ah, perdone, patrón—exclamó Francisco.

Y se volvió corriendo a donde estábamos.

—No debías arriesgarte de esa manera —comenté yo.

—Lo siento, Enrique. Quizá tengas razón. Pero no pude resistir la tentación de lanzarle una puya a ese perro pendejo —dijo riéndose.

Más tarde, aquel mismo día nos encontramos con los partidarios que habían enterrado las armas, las municiones y las bombas en las arenas del río... ¿qué podríamos hacer con ellas ahora? Por lo pronto eran inútiles.

Mientras seguía caminado detrás del carro, miraba al cielo, a las aceras, a los peatones, y no dejaba de pensar. ¿Qué podríamos hacer con ese material que estaba en perfecto estado? Olvidarse de él, será lo mejor, pensé. Pero no conseguía hacerlo.

Durante la cena Francisco dijo:

—¿Qué te pasa, Enrique? Hace una hora que no dices nada.

Prax me miró también.

—Estás pensando algo —dijo—. ¿De qué se trata? ¿O es que no me importa?

—Al contrario, nos importa a todos —contesté haciendo un gesto que los incluía a ellos—. Estoy buscando una idea —y les dije lo que me tenía caviloso.

Germán se encogió de hombros.

—No sé qué se pueda hacer con diez Winchesters y unas cuantas bombas. Apenas pueden equipar a diez hombres. ¿Y qué se puede hacer con diez hombres? —dijo riéndose. Lo miré a los ojos. Se me estaba ocurriendo algo.

—Pues —dijo Francisco, apoyando los codos sobre la mesa e inclinándose hacia mí—, podríamos vender ese material. Así Prax y yo tendríamos suficiente dinero para viajar por México, averiguar cómo ha quedado el movimiento y volver para informarte.

—¡Estupendo! —gritó Prax, dando un puñetazo sobre la mesa—. De este modo sabremos cómo empezar a reorganizar a nuestra gente.

Y extendiendo la mano derecha hacia mí, dijo:

—¿Qué te parece, Enrique?

—Sí, eso podríamos hacer —contesté mirando distraído a Germán.

—Bien, entonces vamos a deshacernos de todo eso cuanto antes.

Me quedé viendo a Germán, quien me devolvió la mirada. De repente le di un manotazo en el brazo.

—¡Me has dado una idea, Germán! —y volviéndome a Francisco, dije—: La tuya es admirable, Francisco, pero vamos a ver qué les parece esto: tenemos que dar casi por seguro que nuestras fuerza están tremendamente deshechas, y más o menos desmoralizadas. Si en este momento psicológico pudiéramos hacer algo espectacular que reviviera los ánimos caídos, le daría nueva vida al movimiento.

Ante el asombro de mis compañeros, sonreí. Era la primera vez que lo había hecho desde el día de la catástrofe.

—Vamos, Enrique, suéltalo —dijo Prax—. ¿Cuál es este plan?

—Desenterramos los Winchesters y el resto del material. Luego, me llevo a nueve hombres a algún puesto fronterizo pequeño, como Palomas en Chihuahua. Está al otro lado de Columbus, Nuevo México. Si los diez atacamos por sorpresa la guarnición de Palomas, la dominamos y capturamos sus armas y pertrechos.

Me detuve un momento para dejar que mis palabras surtieran su efecto. Mis compañeros, los ojos dilatados, me miraban fascinados. Seguí hablando.

—Luego vamos de rancho en rancho, de hacienda en hacienda, y reuniendo hombres llegamos hasta Casas Grandes, donde tenemos a 50 hombres bien armados al mando de Enrique Quevedo. Para cuando lleguemos a Casas Grandes tendremos ya una fuerza de unos 150 hombres. Más los 50 de Quevedo, la podremos tomar.

—Luego, moviéndonos en círculo, atacaremos Ciudad Juárez. Si tiene éxito, hará correr el fuego por todo México —exclamó Prax entusiasmado.

—Y luego ¡hasta las cachas! —gritó Francisco, abrazándome.

—Es un plan desesperado —les advertí—. Puede fracasar. Francisco arrugó el entrecejo.

—No estamos jugando a las canicas —dijo.

—Además —agregó Prax, con los ojos encendidos por un fuego místico—, tenemos a los más ilustres aliados del mundo.

Germán hizo un gesto de duda con la cabeza.

—¿Sí? ¿Quiénes?

—Nuestras conciencias —replicó Prax gravemente.

—Alguna otra ayuda vamos a necesitar —gruñó Germán.

Era un plan verdaderamente desesperado. Cuando volví a pensarlo, a sangre fría, las probabilidades de que tuviera éxito eran aterradoras. Aunque capturáramos a Palomas, la noticia de su captura nos pondría a los federales en los talones. Pero —me dije— la necesidad de hacer una cosa así es imperiosa ¡Tenemos que tener éxito! En realidad, lo que pensaba que podría suceder en Palomas ocurrió en Viesca, Coahuila. El 25 de junio, temprano en la mañana, una pequeña fuerza de magonistas atacó a la policía de ese pueblo y la derrotó, abrió la cárcel y puso en libertad a los prisioneros políticos. Pero muchos federales irrumpieron en Viesca y nuestros partidarios se vieron obligados a retirarse a las montañas.

El 25 de junio una fuerza de cuarenta guerrilleros avanzó a Las Vacas, en Coahuila, en tres grupos, mandados respectivamente por Benjamín Canales, Encarnación Díaz Guerra y Jesús M. Rangel. Cogieron de sorpresa a la guarnición de varios cientos de soldados. Mataron a muchos, pero finalmente se les acabaron las municiones y el éxito inicial se convirtió en fracaso.

Los diez que intervinieron en nuestro fantástico juego fueron: Praxedis G. Guerrero, Francisco Manrique, Germán López, Francisco Aguilar, José Inés Salazar, Juan González, Manuel Banda, yo y dos más cuyos nombres siento intensamente no poder recordar. Banda, todavía vive en Torreón y es general. González, antiguo guardián de la prisión militar de Santiago Tlatelolco, a quien convertí a la revolución mientras estuve encarcelado con Ricardo, era el guía de la expedición.

Tornando todas las precauciones posibles para no ser vistos, abordamos en El Paso un tren de carga hacia Columbus.

El ataque contra Palomas

Para no despertar la curiosidad de las autoridades de El Paso y de Columbus habíamos escondido las bombas y pistolas, éstas partidas por la mitad, en nuestros sarapes que llevábamos cargados sobre los hombros. Pero en un pueblecito como Columbus, hasta un grupito tan pequeño como el nuestro no podía pasar desapercibido. Como toda actividad prerrevolucionaria causa cierto desorden que propicia el bandidaje fronterizo, no podíamos dejar de notar que algunas de las personas del pueblo nos echaban miradas nerviosas y se alejaban rápidamente. Por nuestra parte, no teníamos ningún deseo de vernos en líos con la policía, de modo que nos apresuramos a marcharnos del pueblo. Eran más o menos las siete de la mañana del primero de julio. Nos felicitamos de haber salido sin novedad.

Salazar señaló una estrella y dijo:

—¿ Ven ese lucero? Tenemos que seguir en esa dirección hasta que demos con Palomas. Seguimos caminando hacia el sur, en línea recta. Para no desviarnos de nuestro curso y para ganar

tiempo, saltamos vallas, atajamos a través de los campos, subimos colinas y bajamos hasta los valles. Hacía una noche serena y cálida. Nos sentíamos exultantes. ¡Qué asombro sería el de la guarnición desprevenida, nos decíamos riendo, cuando cayéramos sobre ellos!

Yo estaba lleno de nuevas esperanzas. Si nuestra atrevida incursión tenía éxito, hasta el punto de que pudiéramos atacar y capturar Ciudad Juárez, por Dios que habríamos de seguir a mayores empresas. Los soldados, que en su mayoría habían sido obligados a ingresar al ejército, desertarían para ponerse de nuestro lado. ¡Claro que se unirían a sus padres y hermanos! El odio contra sus oficiales, las miserables condiciones en que servían, serían motivos más que poderosos para rebelarse y ponerse en masa bajo la bandera del Partido Liberal. Sin el ejército, espina dorsal de su tiranía, Díaz se quedaría desnudo, despojado de su poder.

Eché los brazos al aire. Me sentía embriagado de la hermosa visión de ver a México transformado: sus hijos ya no serían siervos, estarían gustando de la felicidad de ser dueños de sus propias vidas, libres de la explotación de una oligarquía abusiva.

Pero antes estaba Palomas. Tres horas y media más tarde llegamos a los suburbios, y fue entonces cuando tuvimos el choque de la desilusión. ¡La guarnición estaba lista y nos esperaba!

Asombrado, oí lo que las mujeres de Palomas nos dijeron: las autoridades de Columbus habían destruido y echado por tierra nuestro plan. Sospechando a dónde nos dirigiáramos, habían telefoneado a la guarnición de Palomas para decirle que hacia allá se dirigían diez bandidos.

—Ay, señores —se quejaban las mujeres—, salieron los soldados de los cuarteles y se llevaron a nuestros hombres para aumentar la guarnición.

Con estos reclutas involuntarios ascendía ahora a cuarenta y cinco. Me quedé viendo estúpidamente a las mujeres que lloraban. ¡Íbamos a tomar Palomas y luego seguir! Me eché a reír. Reí y reí sin parar, mientras el corazón se me llenaba de dolor. Mis camaradas observaban en silencio, las cejas arqueadas. Dejé de reír y me llevé la mano a la frente. Desde luego que ahora sería una locura que nuestra pequeña fuerza, cuatro veces menor numéricamente, atacase a los federales atrincherados tras los espesos muros de los cuarteles. Sabían qué pocos éramos, y suponiendo que salieran de su fortificada posición, nos exterminarían hasta el último.

De repente el corazón se me llenó de ira ante esta mala pasada del destino. Recordé que me había decidido a lanzar este ataque contra Palomas para reforzar y aumentar los rangos diezmados de nuestro movimiento armado, de prestarle nuevo fuego. Aunque nos sofocaran, valía la pena el riesgo.

—Compañeros —dije apretando los puños—, hemos venido a tomar el pueblo de Palomas, y lo tomaremos.

—¡Lo tomaremos! —gritaron Prax y Francisco levantando las pistolas.

Inmediatamente, inspirados por su entusiasmo, los otros rugieron.

—¡Lo tomaremos!

Los miré con el corazón palpitante de orgullo.

—Mis queridos compañeros —y mi garganta se contrajo—, es absolutamente necesario que aislemos a la guarnición. Tenemos que hacerles creer que somos muchos más de los que les han dicho, de otro modo pueden salir en cualquier momento y acabar con nosotros. Tenemos que mantenerlos ahí dentro, cueste lo que cueste. Ustedes cinco —dije señalando a Francisco Manrique,

Prax, Juan González, Germán y Francisco Aguilar—, correrán hacia la derecha; el resto iremos hacia la izquierda. A medida que rodeemos el cuartel dispararemos contra los changos esos de Díaz.

El cuartel, de un piso, tenía un bajo parapeto a su alrededor. Pudimos distinguir en la oscuridad del cielo azul salpicado de estrellas —no había luna— algunos bultos negros. Eran las cabezas de los soldados. No nos podían ver mientras nos acercábamos hacia ellos protegidos por las casas de adobe.

—No desperdicien ni una bala —murmuré—. Recuerden que no tiene cada uno más que setenta y cinco cartuchos.

Enseguida nos pusimos a disparar y a tirar bombas. Estas fueron las que causaron más consternación, pues bajas tapias de adobe frente a las casas rodeaban el cuartel, que quedaba a unos 20 metros, y era detrás de ellas desde donde hacíamos fuego, corriendo de casa en casa, y disparando contra los puntos del techo de donde salían tiros de rifles. Una hora después Praxedis me detuvo, y me dijo alegremente:

—Bravo, Enrique. Tu truco sirve. No salen.

Sí, pensé, pero por otro lado con mi pequeña fuerza no me atrevo a atacar esas tapias, y mientras tanto se nos están acabando las municiones, por más que las cuidamos bien.

¿Retroceder? Sólo pensarlo me daba escalofríos. Sería el aniquilamiento de mi esperanza de volver a encender el fuego de la resistencia armada en todo el país. Furioso, apliqué la colilla de mi cigarrillo a la mecha de una bomba y le di impulso con el largo cable que tenía conectado. Hice en la oscuridad un círculo de fuego un momento antes de soltarla. Con la velocidad adquirida la bomba partió para dar precisamente en el centro del techo del cuartel.

Con suerte, pensé, matará a bastantes como para desmoralizar al resto, de modo que quizás se rindan... un momento después, describiendo una graciosa curva, la bomba volvía a mi lado.

Me tiré detrás de una pared en el momento en que la bomba estallaba a unos seis metros. Entonces me acordé que en el calor de la batalla no me había fijado en que la guarnición había devuelto otras bombas. Maldita sea, pensé, las mechas son demasiado largas.

Llamé a Prax.

—Dile a los muchachos que me traigan las bombas.

Una bala dio contra el poste que estaba justo enfrente de mí.

—Prax, ten cuidado al caminar. Esos tipos están disparando ahora bastante bien.

Con la cabeza hizo seña de que asentía, los ojos brillándole en la luz de la batalla, y se alejó en la oscuridad.

Entonces, concentrándome en tirar los poderosos proyectiles sin que me estallaran en la cara, no me fijé en que tenía el cigarrillo casi consumido, hasta que empezó a quemarme los dedos. Lo tiré. Absorto, pensando en cómo haría para destruir la moral de la guarnición, se me olvidó todo lo demás. Levantándome, encendí un cerillo y otro cigarrillo. Con la luz del cerillo, mi cara ofrecía un blanco estupendo. Un segundo después oí el silbido de las balas que me pasaba al lado. Junto a mí estaba Banda de rodillas. Tocándome con la mano gritó con furia:

—¡Agáchate, idiota!

—Gracias, mano —le apreté un brazo—. Pero sabe que todavía no se ha hecho la bala que me mate.

—Síguete haciendo el idiota como ahora —replicó—, y verás inmediatamente cómo tienen varias marcadas para Enrique Flores Magón.

A eso de las dos de la mañana se hizo un poco de calma en la refriega. En el palpitante silencio que siguió, se oyó la voz del jefe de la guarnición.

—¡Hombres, por Dios, ríndanse! —gritó con voz angustiada—. Si no, esos bandidos nos pulverizarán con sus terribles bombas.

—¿Oyes, Enrique? —dijo Prax.

Estaba echado detrás de la pared. Una bala le había arrancado un dedo del pie izquierdo y sufría mucho. Pero tenía más ánimo.

—Sí, Prax. Hay esperanzas. ¿Cómo te sientes?

—Bastante bien. Lástima que no pueda manejar bien la pistola. Siempre se me pone de por medio el pie herido.

Yo quería decirle que se iban a rendir, y que entonces conseguiríamos desinfectantes y vendas del cuartel para su herida, y para que se sintiera mejor. Pero no quería hacerle concebir falsas esperanzas. En ese mismo momento, el otro tipo que estaba cerca gritó alegremente.

—¡Se van a rendir, Prax!

Yo ya no podía más de ganas que lo hicieran.

—¡Ríndanse, cabrones! —murmuré—. No podemos seguir hacia Casas Grandes a menos que se rindan.

Sudaba de cansancio y temblaba de esperanza.

Entonces, se oyó en medio de la oscuridad otra voz, fuerte y dura, que maldecía al jefe. Era la de uno de los soldados.

—¡Vete a la chingada, pinche hijo de puta! Seguiremos luchando aunque se nos caigan las paredes encima. ¡Viva Porfirio Díaz!

Y le contestó un grito de “Viva Porfirio Díaz”. En el silencio nocturno sonó como una explosión que el eco repitió y repitió hasta apagarse en la distancia.

Eso puede contagiar el ánimo de un hombre valeroso. Desilusionado hasta la rabia, amenacé con el puño a los invisibles defensores. Tenemos que sacar a esas ratas de su agujero, me dije, ¡no hay más remedio! Mi grupito seguía luchando con determinación inflexible, pero nos estábamos quedando sin municiones. Con gran dolor tuve que enfrentarme con lo irremediable. A menos que sucediera un milagro, no podríamos tomar el cuartel. Josué derrumbó las murallas de Jericó haciendo que sus miles de hebreos lanzaran gritos. Pero éramos muy pocos para realizar ese milagro, y estábamos demasiado cansados.

Faltaba muy poco para que rompiera el día. Sentado con la espalda contra la pared, allí estaba Francisco Manrique, el tórax abierto de una terrible herida. Si tan siquiera pudiera hacer algo para detener la hemorragia, me dije mordiéndome los labios y conteniendo las lágrimas. Le di un poco de agua con una jícara que había encontrado en una casa. Francisco apartó un poco los labios para indicarme que ya había bebido bastante.

—Es inútil, Enrique —murmuró. Una especie de sonrisa se le dibujó en la cara gris—. Sabes, mano —siguió con la respiración ya cortada—, que no es muy lindo que digamos morirse joven. Pero no me importa... porque sé que pronto la revolución será una realidad. Y por lo menos he hecho algo para que así sea.

Se detuvo para cobrar aliento. Tenía la cara desencajada del dolor. Cuando volvió a hablar lo hizo tan bajo que tuve que ponerme de rodillas y acercar los oídos a su boca.

—Gente tan buena... lástima no poder seguir luchando por ellos. Se le cerraron los ojos. Había perdido el conocimiento. Me levanté. Sentía el corazón como una piedra. Al llegar el alba, el enemigo descubriría que éramos pocos. Llamé a Germán.

—Aléjate un poco de aquí, y corre de lugar en lugar gritando. Así, la guarnición creará que nos están llegando refuerzos. Tendrán miedo de salir a perseguirnos y nos escaparemos.

Germán estaba cansado y herido, como todos menos yo. Se sonrió al oírme.

—¡Eso engañará a esos majes! —y se puso serio—. Sí... claro, me imagino que nos tenemos que retirar.

Se alejó tristemente. Unos minutos después empezó a gritar. A voz en cuello yo también grité:

—¿Quién vive? ¿Quién va?

—¡El Partido Liberal mexicano! —contestó Germán.

—¡Bravo! Nos llegan refuerzos. ¡Cese el fuego! ¡Vamos a esperarlos! —grité de inmediato.

El cuartel estaba como una tumba, pero bien sabía yo que la guarnición estaba digiriendo nuestra andanada vocal.

Sollozando me incliné sobre Francisco Manrique. Parecía muerto. Sinténdome morir yo también, me alejé. En silencio, nuestra pequeña banda se iba alejando a toda prisa del maldito lugar donde la muerte se había llevado a mi querido camarada y donde la suerte me había echado a perder mi plan.

Más tarde la guarnición se aventuró a salir. Se encontraron a Francisco y, como yo, lo creyeron muerto. Pero cuando le dieron la vuelta, abrió los ojos y empezaron a interrogarle.

—¿Quién es tu jefe?

A pesar del dolor que le aquejaba, no había perdido sus facultades mentales. Para protegerme, el héroe moribundo dijo:

—Yo.

—¿Cómo te llamas?

—Otilio Madrid.

—¿De dónde vienes?

—De un grupo de 500 hombres escondidos en Bear Canyon.

Estaba cerca. Luego Francisco siguió diciendo que no éramos más que una banda de 50 guerrilleros y que nos había parecido fácil asaltar el cuartel sin esperar a los otros...

Su ingenio nos salvó, porque la guarnición no se atrevió a seguirnos. Lo llevaron al cuartel, pero no se ocuparon más de él. Se desangró hasta la muerte. Francisco Manrique tenía 28 años al morir. Nada tiene de asombroso el espectáculo de un hombre pobre que lucha por los derechos de sus iguales. Si su causa triunfa, sale ganando algo directamente. Pero cuando el hijo de un hombre rico, como Francisco, desprecia una vida pacífica y se dedica en alma y cuerpo a la lucha para elevar las condiciones de los pobres, eso es raro. En la Guerra de Independencia norteamericana, lucharon las clases propietarias de la colonia y los mercaderes ricos. ¿Por qué? Principalmente porque sus colegas de Inglaterra, que dominaban el Parlamento, estaban tratando de arruinar su comercio por medio de impuestos injustos... En la voluminosa historia del mundo, son raros los ejemplos que se pueden encontrar de hombres ricos que regalan su patrimonio porque la conciencia no les permitiría vivir alegremente mientras otros se estuvieran muriendo de hambre, y que sigan todo el amargo camino de la abnegación ¡sacrificando su propia vida en aras de la justicia para todos! De esos raros hombres era Francisco Manrique.

¡Descanse en paz su hermoso y valeroso espíritu!

Hacía fresco, pero la temperatura era agradable mientras nos alejábamos a la mayor velocidad posible de Palomas. En realidad, lo

que avanzábamos era poco, a causa de la herida de Prax en el pie. Cada paso le causaba un enorme dolor. Le corté parte del zapato, con lo que le alivié un poco la presión. Iba cojeando, apoyado en mi brazo. Yo llevaba los fusiles de los dos.

Le di instrucciones a Salazar de que nos guiara a Casas Grandes. Cada pocos minutos volvía la cabeza nerviosamente.

—¿Qué buscas? —le pregunté.

Le echó una mirada a Prax y murmuró que nos deberíamos mover más aprisa para asegurarnos de que la guarnición no nos alcanzaría.

—Mira, no te preocupes más que de llevarnos a Casas Grandes. Yo me ocupo del resto —le dije secamente.

Un momento antes del amanecer hizo un poco de frío. En el este se dibujó el alba, y pronto un resplandor rosado se difuminó en el horizonte. Luego, aparecieron en el cielo maravillosas franjas de oro y naranja en múltiples matices. Majestuosamente, la gran bola de fuego apareció fundiendo los colores en su brillo. Empezó a hacer menos fresco, y a las nueve ya hacía calor.

El desierto se extendía por todas partes. No había nada de vegetación, salvo por unos cuantos matorrales de mezquite y unos cactus. El calor se hacía insoportable. Prax se apoyaba cada vez con más fuerza sobre mi brazo. Su paso renqueante se hizo más lento. Miré su rostro enrojecido.

—Siéntate, Prax, descansa un momento.

—No, sigamos —contestó lentamente—, estoy bien. Me da cuenta que su orgullo no le permitiría retrasarnos. ¿Cómo hacer para que descansara unos minutos?

—Muy bien —le dije—, pero si quieres llegar a Casas Grandes, tienes que mantener la herida limpia. Siéntate, y yo te la vendaré.

Me miró fijamente unos segundos, luego se dejó caer pesadamente en la arena. Dio un suspiro. La cabeza se le dobló sobre el pecho. Haciendo un esfuerzo la levantó y me sonrió. ¡Qué sonrisa tan valerosa, tan paciente! Tragué saliva al sacarme un pañuelo del bolsillo. Por suerte estaba limpio. Le saqué uno hilos que utilicé como algodón para limpiar la herida, la vendé con tiras del pañuelo y alargué la operación lo más que pude. Mientras tanto, los otros, agotados de pelear toda la noche, se habían echado sobre la ardiente arena, observándome en silencio. Todos menos Salazar. Con cara agría no paraba de caminar de arriba a abajo. Me sentí enfadado y me arrepentí de haberle escogido como guía. ¡Que se lo lleve el demonio!, pensé. Me desharé de él cuando lleguemos a Casas Grandes. Ayudé a Prax a levantarse. Empezamos la marcha. A medida que nos movíamos lentamente, me sentía invadido de cierta intranquilidad. Mirando a mis compañeros, observé que sus tensos rostros también revelaban inquietud.

Habíamos calculado tomar Palomas y aprovisionarnos allí de comida, por lo que no nos habíamos molestado en llevar comida o agua al salir de Columbus. Durante toda la noche habíamos gastado muchísima energía, habiendo empezado la marcha sedienta y hambrienta. Se puede pasar sin comer mucho tiempo, pero no sin beber. El fuego cegador del cielo nos ponía nerviosos, nos volvía estúpidos, quemándonos sin cesar la humedad del cuerpo.

La tortura de la sed se hizo insoportable. Con los ojos inyectados en sangre buscábamos en el horizonte señales de agua.

—¿Cuándo llegaremos a algún lugar donde la haya? —le preguntamos a Salazar.

—Mañana —contestó.

Dios mío, pensé, mirando al pobre de Prax que se arrastraba con los ojos medio cerrados, ¡qué lejos está eso!

Con voces enronquecidas saludamos la puesta del sol. El crepúsculo no nos calmó la sed, pero por lo menos nos proporcionó algún alivio del feroz látigo que nos había estado azotado durante todo el día. Nos dejamos caer en la arena, que empezaba a perder el calor, y envolviéndonos en nuestros sarapes tratamos de olvidar nuestra sed consumidora en el sueño.

A cierta hora de la noche, me despertó un ulular inaudito: el aullido de los lobos. Me enderecé un momento para escuchar su endemoniado griterío, que el eco del desierto repetía extrañamente. A punto de volverme a echar, noté que el espacio que Salazar había ocupado, a unos metros de distancia, estaba vacío. Sentí el sueño que me oprimía los párpados. Me eché, pensando entre sueños que se había marchado a algún otro lugar. Por la mañana descubrimos que nuestro guía, asustado, nos había abandonado. Nos miramos los unos a los otros sorprendidos. Sin Salazar ¿qué posibilidad tendríamos de salir con vida de esta trampa infinita?

—Vamos, muchachos —dije, en una voz que apenas reconocí como la mía.

Media docena de zopilotes describían perezosos círculos a nuestro alrededor. Furiosamente los amenacé con el puño.

—Engañaremos a esos malditos pájaros, pronto hemos de dar con un pueblo —me dije.

Lo que decía parecía bastante tonto. Ni yo ni los otros sabíamos dónde estábamos. Pero el seguir andando nos ayudaría a mantener la esperanza. De nuevo emprendimos la marcha, guiándonos por el sol. De nuevo el fuego solar nos volvía a dar de lleno. Prax empezó a vacilar y a murmurar, y finalmente a hablar de una

carta que le había dejado a Silvia y que “si los perros la encuentran —gritó—, comprometerá a nuestros camaradas”. Traté de calmarlo, recordándole que la carta estaba cifrada, pero como deliraba no se daba cuenta de que le decía.

Sentía la lengua espesa y pesada. Me costaba trabajo tragar. ¿Es que no había nada, lo que fuera, en esa desolación, que pudiera cortar la fiebre de sed que me rasgaba las entrañas? Con Prax colgado del brazo, me detuve ante cierta variedad de mezquite en que vi un fruto verde. Se parecía un poco en la forma a un ejote.

—Vamos a probarlo —murmuré, arrancando uno.

Le di un mordisco. Las semillas colores marrones y pegajosas que en él había eran tan agrias que me dieron dentera. Estaba a punto de escupirlas cuando descubrí algo maravilloso: la terrible agrura había producido saliva, y sentía algo de alivio para la terrible sed que me aquejaba.

—Pruébalo —dije, dándole un pedazo de la verde fruta a Germán.

Le metió el diente, la masticó, y haciendo un gesto horrible la escupió.

—Es horrible —murmuró, con un escalofrío.

Los otros probaron la fruta pero no pudieron soportar la monstruosa amargura. Era tan amarga porque no estaba madura.

El día abrasador llegó a su fin. Entonces pude contemplar algo desgarrador: las lenguas de mis compañeros colgando, espesas, moradas, negras. Con voz forzada y extraña no paraban de gritar débilmente:

—¡Agua, agua!

Les rogué que mordieran la fruta amarga. Pero me hicieron un gesto de asco y rechazo y me empujaron la mano. Con el corazón

en un puño pensé que se iban a volver locos como no encontraríamos agua muy pronto.

De vez en cuando le volví a meter el diente a aquel asco. La lengua se me espesaba y se me ponía cada vez más áspera, pero gracias a Dios no se me secaba y colgaba como la de mis compañeros. Aquel maldito y bendito fruto me salvó de volverme loco.

A eso de las cinco los rayos del sol empezaron a perder un poco de fuerza. Prax fue entrando en cordura poco a poco. Respirando de manera entrecortada estaba echado en el suelo, boca arriba, con las manos sobre los ojos. ¡Cómo me dolía el corazón! No podía yo ayudarlo en nada. Los otros se habían desperdigado sobre la arena, como los leños que el mar echa sobre la playa. Los pobrecillos estaban demasiado agotados hasta para quejarse.

¡Otra mañana! Salió el sol, rojo, terrible, amenazante. Con los ojos cargados y las caras ennegrecidas nos levantamos, más débiles, más hambrientos y más sedientos que antes. A medida que el calor se fue haciendo más fuerte, sucedió lo que me temía.

Los otros perdieron la razón. Ver y oír hombres maduros hablar como idiotas es un espectáculo monstruoso. Y todos ellos eran mis queridos compañeros. En el pecho se me creaba una sensación horrible, vacía, al verlos desvariar. Quería llevarme las manos a los oídos para no oír sus gritos lastimeros. Pero ahí estaba Prax. Necesitaba mi mano para sostenerse, y la otra mano la tenía yo sobre las pistolas.

Los únicos seres vivientes además de nosotros eran los zopilotes en el cielo ardiente. Pacientemente describían círculos a nuestro alrededor. Lleno de una rabia repentina, apunté con una carabina contra uno de esos demonios alados. Pero me detuve al pensar que esas aves de carroña no hacían más que cumplir el

propósito para el cual habían sido creadas. Había otro ser que tenía la culpa de nuestro sufrimiento, un ser que imponía una tortura física y mental sobre todo el pueblo, a plena conciencia. Estos pájaros no se alimentaban más que de los muertos. Él, maldito, se alimentaba de los vivos.

Bajé la carabina Winchester, y agarré el brazo de Prax. Se tambaleaba como un borracho y hablaba sin ton ni son. Con voz tranquila traté de calmarlo, pero fue inútil. Era como si estuviera a mil millas de distancia.

Entonces vi algo que me puso nerviosísimo. Los otros, con el cerebro afectado por el calor infernal y sufriendo horriblemente de la sed, empezaron a desperdigarse sin rumbo. Solos, o en grupos de dos con aspecto de idiotas, se iban apartando.

—¡Vuelvan!, ¡vuelvan! —grité—. ¡Tenemos que seguir juntos! —mientras Prax se tambaleaba y balbuceaba cogido de mi brazo.

Pero siguieron desviándose, yendo a la deriva. Pensé vagamente: “Tengo la garganta en carne viva y la lengua espesa. Quizás no les llegan mis gritos enronquecidos”.

Lentamente seguíamos hacia el sur. De cuando en cuando me obligaba a comer un poco de esa fruta vil, y cuando sentía que la saliva me venía a la boca, escupía las semillas.

De horizonte a horizonte se extendía el espacio hostil, oscurecido en parte por el tembloroso vapor de la canícula. Nos hallábamos envueltos en un silencio fantasmal, roto de cuando en cuando por los murmullos delirantes de mi compañero.

Yo quería volverle a arreglar la herida, pero no tenía tela limpia. Tenía los ojos enrojecidos hundidos en las órbitas, y el aspecto de su lengua ennegrecida era espantoso. Le colgaba como un trapo de la boca medio abierta.

A medida que el sol se fue haciendo menos fuerte aquella tarde, volvió la claridad a sus facultades.

—Enrique, es mejor que me dejes —murmuró, derrumbándose—. Vete. Sálvate. Si te quedas conmigo no harás más que perder la vida.

Lo miré, con las lágrimas en los ojos.

—Me insultas. Creí que me conocías mejor.

Los cansados párpados se le vencían. Un poco más tarde se durmió. Lo envolví en el sarape, porque sabía que después de media noche haría bastante frío. Con un suspiro estiré las piernas y no volví a darme cuenta de nada hasta que me desperté con el sol de la mañana en los ojos.

Prax se despertó una hora más tarde. Enfrentándonos con la fogosa odisea del día seguimos caminando. Pero tuvimos que detenernos cuando el sol volvió a apretar. Prax cojeó con cierta firmeza, pero poco a poco el calor infernal le volvió a hacer desvariar. El paso se le redujo. Era un mal día para mí, y mucho peor para él.

¡La noche! La noche tranquilizante, ¡por fin!

Miré los brillantes puntos de luz fulgurando en el oscuro cielo azul y pensé: “Dudo que él dure otro día y ¿cuánto más puedo yo durar sin comida y sin agua?”.

De sólo pensar en el agua fresca, burbujeante, restauradora de vida, me atacó un deseo loco de beber. Hurgándome en los bolsillos, encontré un pedazo de fruta verde, y me la metí en la boca. Convulsivamente moví los labios a medida que las semillas pegajosas y amargas me daban dentera. La saliva que produjo me suavizó un tanto la lengua y alivió un poquito la terrible sed.

A lo lejos, se oía de cuando en cuando, más fuerte a ratos, a ratos más débil, un ulular. Era un coro de lobos. Con la cabeza

pesada, me pregunté por qué las bestias no nos atacaban. Prax me despertó sacudiéndome los hombros.

—Mira, Enrique —gritó todo excitado. Con el brazo extendido señalaba algo—. ¡Hay un lago!

Hacía una mañana perfectamente clara. Fijé los ojos, pero no lograba ver nada que no fuese el desierto que nos rodeaba.

Pobrecillo, pensé. Se ha vuelto loco otra vez. Pero Prax, cuyo poder visual era extraordinario, me dijo con impaciencia:

—No estás mirando donde debes. Allí de ese lado. ¿No ves ese hilo de azul en el horizonte?

Entonces lo pude distinguir vagamente.

Prax, que había vivido en el campo como hacendado, entrecerró los ojos, calculó la distancia y la velocidad con que podríamos cubrirla.

—Debemos de llegar hacia el crepúsculo —anunció.

¡El milagro de la esperanza! Dudo mucho que mi camarada hubiera podido sobrevivir este quinto día si no hubiese visto el agua, que resultó ser Lago Guzmán. Durante el día calcinante siguió cojeando. Cada hora más o menos, yo le hacía sentarse para que descansara. Pronto podría sumergirse gozosamente en el agua, y quizás también comer algo. Animado por estas deliciosas perspectivas no volvió a delirar. También yo me sentía reanimado. Si no hubiera sido porque tenía la garganta tan seca y tan caliente como la arena que estaba pisando, y la lengua tan espesa y áspera como papel de lija, me hubiera puesto a cantar, o por lo menos hubiera tratado de hacerlo. Prax había calculado bien. Llegamos a aquel lago celestial hacia el anochecer. Temblando de deseo, nos echamos boca abajo y empezamos a tragar enormes cantidades de agua. ¡Qué felicidad la de los primeros minutos! Nos compensaba

casi el infierno de los últimos cinco días. Frenéticos, nos desnudamos y nos echamos al agua, riendo alegremente al sentir el delicioso frescor a medida que nuestros cuerpos lo absorbían.

—Por Dios, Prax —gruñí—, con el hambre que tengo podría comerme piedras.

Con el cuello tendido miraba a la oscuridad. ¡Allí hay un conejo que está bebiendo!, susurró, y empezó a gatear hacia donde estaban nuestras carabinas. Yo estaba más cerca. Agarrando una, le disparé al animal y me precipité para cogerlo, con la boca haciéndoseme agua. Pero para mi consternación, no encontré más que la cabeza, las orejas y la cola. La bala explosiva se había llevado el resto. Figúrense nuestra desilusión, aumentada por el hambre que sentíamos.

Pero la diosa de la Fortuna no nos había abandonado completamente. Unos minutos más tarde otro conejo, que vino de la misma manera que el anterior, nos alegró los ojos hambrientos.

—Te toca a ti, Prax —murmuré, temblando de ansiedad—. ¡Por lo que más quieras procura hacerlo mejor que yo!

Prax era un experto tirador. Apuntando cuidadosamente, separó con toda precisión la cabeza del cuerpo. Encendimos una hoguera, y con la baba cayéndonos, apenas pudimos esperar a que la carne se asara como es debido. No dejamos ni una tira de carne. Aquel delicioso conejo me hizo todo lo más partidario que he podido llegar a ser de la creencia de los *gourmets* de que “vivimos para comer”.

Era casi de noche cuando terminamos. A unos quince metros entreví apenas a un gran perro que nos miraba. Le silbé. Prax, que estaba delante de mí, se volvió a mirar. En ese momento el animal dio media vuelta y se marchó trotando.

—Lindo perro —comenté.

—Ese perro es un lobo —dijo secamente—. Y es muy probable que por la noche vuelva con una manada y que nos ataque.

Aún mientras hablaba, el sueño, venciendo el instinto natural de preservación, oprimió con sus dedos irresistibles sus párpados y los míos. Cansados más de lo que se puede decir por nuestros padecimientos increíbles, nos hundimos en un profundo sueño.

Por suerte, los lobos no aparecieron.

Era ya mediodía cuando nos despertamos, sintiéndonos como hombres nuevos y con apetito.

—Primero —le dije— vamos a curarte el pie. Me miró con los ojos brillantes.

—Está bien, Enrique —dijo—, aquí tú eres el médico.

De milagro, el pie no se había infectado. Mientras se lo bañaba, lavé con cuidado las tiras del pañuelo, que ya estaban hechas trizas; luego se las puse alrededor del pie con hierbas que le apliqué a la herida. Allí nos estuvimos durante cuatro días, reponiendo las fuerzas y alimentándonos de conejos, pues aquella parte estaba llena de ellos. El quinto día, le dije a Prax:

—Tengo ganas de volver a El Paso a recoger lo que quede de nuestro desorganizado movimiento —la cara se le encendió.

—¡Estupendo! Tengo tantas ganas como tú. Vamos.

—Pero todavía no tienes el pie curado.

—Andar no me molesta —me aseguró.

Y para demostrarlo señaló que durante los dos últimos días me había seguido el paso en nuestras correrías por los alrededores del lago. Le expresé mis dudas acerca de que pudiera caminar grandes distancias y se indignó.

Como no sabíamos dónde estábamos, nos pusimos a seguir la orilla del lago. Pensamos que eventualmente daríamos con algún pueblecito donde nos pudiéramos orientar. Fuimos lentamente.

Un día, Prax, con su aguda vista, divisó una leve columna de humo.

—Debe ser el tren de Corralitos, que va desde El Paso hasta Casas Grandes —me dijo.

—En ese caso —contesté—, Ciudad Guzmán debe de estar por ahí.

Asintió con la cabeza y empezó a caminar más rápidamente. Arqueé las cejas.

—Cuidado —lo regañé—, no se te vaya a abrir más la herida y se te infecte antes de que te des cuenta.

No pareció oírme. Mirando en la lejanía, murmuró:

—Se acercan dos hombres.

Me puse a mirar unos segundos. Vagamente empecé a distinguir dos reflejos del sol en un par de objetos. Poco a poco los objetos brillantes se acercaban. Por fin divisé a los dos hombres. Sobre los hombros de cada uno colgaba un largo objeto que relumbraba al sol. Nos miramos el uno al otro, con el mismo pensamiento: ¡Rurales armados! Con nuestras vestimentas destrozadas, parecíamos peones; pero los peones no llevan Winchesters a menos que sean bandidos o revolucionarios. En cualquier caso, nos cogerían y nos reconocerían, con las consecuencias que se pueden imaginar.

Escondiendo los fusiles en los matorrales cercanos, nos dirigimos hacia ellos. De repente, Prax dio un grito de alegría y empezó a agitar las manos como enloquecido. Suspiré hondamente. ¿Es qué se había vuelto loco otra vez? Al verme la expresión de la cara, se echó a reír.

—¡Son Banda y López! —gritó.

Miré fijamente. Y no había duda: eran ellos, nuestros camaradas, que habíamos dado por perdidos. Los objetos que llevaban en los hombros eran palas; el brillo de los rayos del sol nos habían engañado haciéndonos creer que eran carabinas. Nos abrazamos emocionados.

—¡Por Dios! —grité—, ¡los creíamos muertos!

—Eso es lo que creíamos de ustedes —dijo Banda. Prax les echó a ambos una mirada pensativa.

—¿Y los otros, se habrán salvado del infierno del desierto? Empezamos a lanzarnos miles de preguntas los unos a los otros.

También habían dado con Lago Guzmán, y habían seguido después hasta Ciudad Guzmán. Quisimos saber lo que estaban haciendo allí. Banda contestó que estaba trabajando en las minas de carbón Bismarck, cerca del pueblo.

Recogiendo nuestras carabinas, los seguimos a los alrededores de Ciudad Guzmán, en un lugar donde habían descargado carbón de un par de vagones de carga.

—Prax y yo nos vamos a El Paso —dije—. ¿Qué ustedes piensan seguir aquí?

—¡Qué pregunta, ahora que han llegado! —contestó Germán—. Nos volveremos juntos. ¿Tú qué dices, Manuel?

—El Paso es donde yo vivo —sonrió Banda—. Vamos a recoger nuestros cheques, y vámonos —y se alejaron.

—Prax—dije—, este es el momento en que debíamos convertirnos en mineros de carbón.

Pareció sorprenderse.

—¿Qué quieres decir?

—Sígueme.

Nos metimos en un vagón de carga. Me tiré al suelo cubierto de polvo de carbón, y allí di vueltas y más vueltas hasta que me puse totalmente negro. Riendo, Prax hizo lo mismo. Cuando terminamos, no cabía la menor duda de que parecíamos mineros de carbón, o deshollinadores. Indudablemente toda la región vecina había sido advertida de que vigilara bien para descubrir a los bandidos de Palomas, por lo que esta precaución no era más que sentido común.

—Prax —le dije—, el conejo era un plato exquisito los primeros días, pero después de tres semanas ya estoy harto.

—Yo también —contestó sonriendo.

—¿No te importará que cambiemos de menú?

—En absoluto.

—Entonces espera aquí.

Me fui al pueblo, compré un buen montón de tortillas, un puñado de sal, un plato hondo de chiles y un enorme jarro de frijoles, cuando extendía mi tesoro delante de sus ojos, la boca se le hizo agua. ¡Y qué banquete el nuestro! Nos supo a ambrosía.

¿Pero qué hacer con los rifles? Los mexicanos pobres, como los mineros, no solían llevar Winchesters 30-30. Finalmente, decidimos que lo mejor era no seguirlos llevando, para evitar sospechas, de modo que los escondimos entre las paredes dobles del vagón. Era un vagón de Santa Fe. Y hasta donde yo sé, aquellos Winchesters están todavía viajando gratis por el continente americano. Al volver nuestros compañeros, Prax y yo nos echamos a dormir... En el pueblo, un amigo de Manuel y Germán les había indicado qué camino seguir.

Cuando ya llevábamos unos cuantos kilómetros, Prax nos instó a que prosiguiéramos sin él.

—Esta maldita herida nos está retrasando. Mejor vayan ustedes adelante.

Lo miré enfadado.

—¡Imbécil! ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos me dices que te deje?

Les hice una seña con la mano a Manuel y a Germán.

—Ustedes muchachos sigan adelante, y díganle a los cuates de El Paso que pronto llegaremos nosotros.

—No, no—protestaron.

Pero insistí. Por fin, y de mala gana, se rindieron. Nos dimos la mano y siguieron su camino. Después de caminar por cinco horas, Prax se detuvo y miró a su alrededor, enfadado.

—¡Bah! —exclamó—, es un asco arrastrarse así, como un gusano.

—Mejor arrastrarse así que perder la habilidad para hacerlo —repliqué—. De todos modos, entremos aquí a ver qué encontramos de comer.

Allí, al borde de la carretera, había una choza de campesinos, en frente de la cual tres o cuatro pollos y una docena de pollitos picoteaban la tierra. A la sombra de una palmera, una cerda estaba tendida, de donde una camada de cinco cerditos obtenía su alimento.

Nos acercamos a la puerta abierta y gritamos: “¡Ave María purísima!” De dentro contestó una voz de mujer: “Sin pecado concebida”. La mujer vino hasta la puerta. Tendría unos 25 años. Era una mujer de la tierra, fuerte, de cara morena. Sonriendo nos hizo pasar.

—Pasen, viajeros.

Le dimos las gracias y entramos. La casa consistía de una sola habitación y de un piso de tierra, sin ventanas. Sobre el brasero,

hervía una cazuela de frijoles. Pedimos agua y comida. La mujer nos invitó a sentarnos. No había sillas. Nos acomodamos sobre un petate y nos pusimos a observar al par de niños que jugaban en una esquina con pedacitos de madera y trozos de papel de color.

Al poco rato, nuestra huésped nos ofreció frijoles, tortillas y chiles. Comimos avorazadamente estos platos universales del pueblo, y terminamos nuestro almuerzo con un vaso de agua.

—¡Señora, muchas gracias por su amable hospitalidad! —le dije, y le ofrecí un billete de cinco pesos, que era todo el dinero que me quedaba.

Los rojos labios se le abrieron en una sonrisa que dejó ver una hilera de blancos y fuertes dientes. Sus ojos no se apartaban de nuestra ropa hecha harapos.

—De nada —dijo, y me apartó la mano.

—Guárdelo para más adelante.

Por nuestra manera de hablar y de vestir nos debió tomar por campesinos, pobres como ella, y no consintió en aceptar el dinero.

Dondequiera que nos detuvimos, para conseguir comida o para dormir, nos trataron con la misma amabilidad. Nadie quería cogernos el dinero. Con el corazón henchido pensé: este es mi pueblo, sencillo, compasivo, sin malicia. Le dije algo respecto a eso a Prax.

—De veras, vale la pena luchar por ellos —añadí.

—Sí —asintió—, y morir por ellos.

Mi compañero tenía algo de místico. A veces parecía que se olvidaba del mundo que le rodeaba. Era ese uno de esos momentos. Tenía los ojos luminosos fijos en el horizonte. ¿Es que veía o presentía algo de lo que el trágico futuro le tenía reservado?

Una semana más tarde llegábamos a Ciudad Juárez con nuestros cinco pesos intactos. Ahora teníamos el problema de llegar a El

Paso sin que nos molestaran. Era un problema de verdad, pues Ciudad Juárez pululaba de detectives norteamericanos. Habían sido invitados atentamente por las autoridades mexicanas para que estuvieran al cuidado de que ningún indeseable cruzara la frontera, y los revolucionarios eran muy indeseables. Cuando un detective norteamericano divisaba uno, lo aprehendía y se lo entregaba a la policía de Díaz, evitándole a ésta toda clase de molestias. Había un barrio donde vendían unos platillos mexicanos —tamales, enchiladas, tacos—, que eran especialmente sabrosos. Los trabajadores mexicanos de la fundidora de El Paso venían cada día a Ciudad Juárez a la hora de la comida para darse sus buenos banquetes. Viendo a los obreros de la fundidora, se me ocurrió una idea.

Me detuve enfrente de un restaurante y le dije algo a Prax:

—Vamos, entremos con estos hombres y comamos algo.

—Pero si acabamos de comer, Enrique —me contestó arqueando las cejas.

—¿Quieres ir a El Paso?

Se me quedó viendo. Luego, plegó los labios en una sonrisa, señal de que había comprendido.

Un borracho se tambaleó hasta nuestra mesa y cayó pesadamente sobre una silla. Mientras degustábamos nuestros tacos, oí una voz que decía algo en inglés.

—Vamos a echar un vistazo por acá.

—Baja la cabeza —le advertí a Prax.

De reojo vi entrar a un par de detectives. Sobresaltado, reconocí al perro. Era más chaparro, como al que el pobre Francisco había molestado mientras vendíamos el carbón y la leña de Germán. El borracho, mordisqueando un taco, levantó la vista cuando se acercaron a nuestra mesa.

—¡Pinches gringos! —mugió. Y escupió en el suelo, a dos pasos de donde estaban, haciendo un gesto insultante.

—Hey, Jake —gritó el otro perro, un animal alto y de aspecto cadavérico.

—¿Sabes lo que dijo ese asqueroso?

—No, no sé mexicano.

—¡Nos llamó pinches gringos!

El de la cara de cadáver cogió al borracho por los hombros.

—¿No has visto alguna vez a este pájaro? —Jake negó con la cabeza.

—No, pero no sería tan mala idea sacarlo y hacerle unas preguntitas —el de cara de cadáver nos miró.

—O quizás sea mejor que nos llevemos también a estos dos. Probablemente son amigos. Están sentados juntos.

Sentí un escalofrío de arriba a abajo. Si nos llevaban ante las autoridades mexicanas, nos reconocerían.

—*Mister* —le dije—. Usted está muy equivocado.

Nosotros no conocer a este hombre. El borracho me echó una mirada.

—¿Qué me quieren hacer decir estos cabrones?

—No sé. Pero cree que somos amigos tuyos. Nos miró fijamente, y luego se echó a reír

—Ja, ja, ¡qué buen chiste! ¡Para mí todos ustedes son igual de cabrones!

El perro de la cara cadavérica se puso rojo.

—Me parece que no nos vamos a llevar más que a este vago. No parece que conozca a los otros.

Cogieron al borracho y lo arrastraron fuera. Prax y yo nos miramos en silencio.

—¿Crees que fue una buena idea venir aquí? —dijo finalmente en una especie de silbido.

Pregunta en verdad embarazosa. Pero no tuve que contestarla, pues en ese momento oímos el agudo silbato de la fundidora y grité:

—¡Hora de volver al trabajo!

De un salto nos metimos en un tranvía con los obreros de la fundidora y cruzamos el puente internacional de El Paso como pichones en el aire. Antes de que el tranvía llegara a la fundidora, Prax y yo nos bajamos y nos alejamos con toda la rapidez que nos permitió su pie herido. Después de meternos por varias calles, pasamos por delante de un escaparate de zapatería, cuyo marco negro hacía un espejo. Me detuve y vi reflejado un individuo que no conocía de nada.

Tenía la ropa hecha harapos. La cara, ennegrecida por el sol, estaba hinchada; los ojos, también hinchados y terriblemente rojos; la barba, de un mes, parecía más bien una enredadera que un adorno facial.

Miré y pensé: “¿Quién será este bandido?”. Me alejé un poco y entonces reconocí quién era.

Mi vuelta a El Paso era el regreso a una amarga realidad.

Si mi idea del ataque sorpresivo contra Palomas hubiera tenido éxito, es bastante probable que el resto del plan se hubiera llevado a cabo de manera favorable y nuestro movimiento hubiese adquirido una gran fuerza. Pero a causa del fracaso del ataque, resultó que había cometido un grave error.

Habiendo perdido un mes en el desierto, me encontraba separado de mis partidarios. Mientras tanto, de todas partes de México

llegaban camaradas nuestros a El Paso. Me buscaban para que yo, su jefe, pudiese darles instrucciones directas, ahora que miles de jefes y subjefes habían sido encarcelados o asesinados. Se desanimaron al no encontrarme y no sabiendo cómo seguir la lucha, habían regresado a México, con el resultado de que el movimiento estaba paralizado.

Ahora que contemplo en retrospectiva los tristes sucesos de los siguientes trágicos años, con los egoístas caudillos apoderándose del poder y del botín a costas de un pueblo desorientado y abnegado, me siento desolado, y con profunda tristeza siento la gran oportunidad que perdí no quedándome en El Paso aquel catastrófico mes de julio de 1908.

Si me hubiera quedado a reorganizar a nuestros grupos deshechos, habrían marchado bajo una sola bandera, mantenidos por la fe en el programa del Partido Liberal que incluía la reforma política y social. Bajo nuestra jefatura, la revolución habría evitado las tribulaciones y la sangre innecesaria que subió como roja marea al aparecer Madero, Huerta, Carranza y otros.

Pero el hombre propone y Dios —¿o el demonio? —dispone.

Después de examinar detenidamente la situación, me di cuenta de que por el momento mi presencia en El Paso era inútil. Además, los *pinkerton* y los *furlong*, con los 20 mil dólares ahuyentándoles el sueño, no dejaban de patrullar la vecindad. Habían sabido —no sé cómo— que yo me hallaba allí. De modo que Prax y yo decidimos mudarnos a una atmósfera más tranquila y nos decidimos por la ciudad de Albuquerque, en Nuevo México.

Atizándole el fuego a Díaz

Antes de marcharnos de El Paso, improvisamos una familia. Entre nuestros partidarios se contaba una pareja, Teodoro y Carmen Gaytán, quienes también sintieron la necesidad de distanciarse de los perros. Teodoro tomó el nombre de Juan Morán y yo el de Julio Morán, lo cual nos metamorfoseó en hermanos. Prax se convirtió en el hermano de Carmen y respondía al nombre de Pablo Castillo. Ahora imagínense a los tres en overoles, chamarras y camisetas. Parecíamos peones corrientes de Michoacán o Guanajuato y adoptamos su manera de hablar. Hubiera sido en verdad asombroso si los detectives norteamericanos hubieran adivinado nuestro disfraz; de todos modos no tenía yo su inteligencia en mucho.

Llegamos a Albuquerque en agosto. Entre los cuatro sumábamos ocho dólares con cincuenta centavos. Lo primero que había que hacer, lo más urgente de todo, era la cuestión de la vivienda. Teodoro y yo visitamos el barrio mexicano y después de mucho buscar dimos con una casa dentro de nuestras posibilidades

económicas. Tenía dos habitaciones, una cocina, sin baño y con la bomba del patio estropeada. Después de pagar ocho dólares, precio del alquiler de un mes, nos quedaron cincuenta centavos.

La mudanza no nos llevó mucho tiempo. Un baúl guardaba todas nuestras posesiones. Carmen se sentó en él, y los otros nos acurrucamos en el suelo con la espalda contra la pared y nos pusimos a considerar las posibilidades que Teodoro y yo tendríamos de encontrar trabajo. El pie herido de Prax no le permitía todavía trabajar.

—Con sólo cincuenta centavos entre todos nosotros —comenté—, si queremos comer, tendremos que encontrar chamba inmediatamente, aunque es ya un poco tarde para ponerse a buscar trabajo a esta hora de la tarde.

—Antes que nada, tenemos que comer —dijo Prax poniéndose de pie—. Vamos a ver qué puedo comprar con esos cincuenta centavos. ¿Qué es eso? —agregó volviendo la cabeza.

A la puerta se había asomado el ojo de una mujer.

—¿Cómo están, hermanitos? —dijo la mujer en voz baja al entrar en el cuarto—. Bienvenidos a nuestra ciudad. ¿Qué hacen por acá?

Era pequeña, mona, con grandes ojos negros que nos sonreían amistosamente.

—Nos dijeron que aquí había mucho trabajo —le contesté.

Negó con un movimiento de la cabeza.

—Los engañaron. Aquí no hay trabajo.

Para entonces ya se habían metido media docena de nuestros compatriotas. Miraron a su alrededor y vieron que no teníamos más que el baúl. La que nos había saludado primero nos preguntó si íbamos a estar en la casa unos minutos más. Le dijimos que

sí, con lo que llamó a los demás a que salieran con ella. Oímos un murmullo de voces, pero no pudimos comprender lo que se decían. Mas no tardamos mucho en saberlo. Prax a punto de salir, se detuvo y miró.

Con las manos extendidas y una sonrisa abriéndole la cara morena entró una muchacha. Venía cargada con un saco de azúcar, como para una semana. Murmurando “con su permiso, señorita”, se lo entregó a Carmen. Con el saco en las manos, Carmen se bajó del baúl y la miró, no sabiendo qué decir de la emoción.

La muchacha hizo un movimiento como para marcharse. Carmen la cogió por la manga.

—Es usted tan amable...

La interrumpió la llegada de otro samaritano cargando un canastillo de arroz; llegó un tercero con una bolsa de espagueti; otros nos dieron latas de leche, de verduras, de carne. Trajeron una cama, colchón y almohadas para Carmen, y luego una mesa de pino blanco y media docena de sillas. ¡Ya teníamos la casa amueblada, con provisiones y muebles el mismísimo día de nuestra llegada!

El hermoso espíritu, más que hospitalario, de la generosidad bondadosa de estos sencillos peones de Michoacán me llenaba el corazón de un gozo tan intenso que era casi dolor.

—Dios es bueno para con nosotros —dijo Teodoro, sonriendo y santiguándose.

—Es tan poco lo que tienen —dijo Prax en voz baja—. Y ese poco lo comparten con extranjeros. Me siento feliz de poderles llamar mi pueblo.

Comparaba la espontánea expresión de ayuda con la voracidad y la brutalidad de los hacendados, esos seres despiadados

que hacían de la vida un infierno para los familiares y amigos de esa amable gente de su patria. Más tarde, cuando tuve que sufrir cruelmente por mis ideas, lo que me levantaba el espíritu era el recuerdo de esos campesinos y tantos millones como ellos.

Estábamos en verdad acompañados de amigos. Una de las mujeres hizo que viniera su marido para ayudarnos a arreglar la bomba del pozo, y es más, otra vecina hizo que su marido nos consiguiera trabajo. Desde el día siguiente, mi supuesto hermano y yo empezamos a trabajar como ayudantes de albañiles, cargando piedras, morteros, etcétera.

Nuestras ganancias combinadas nos daban justo para pagar el alquiler y la comida.

—Sería una gran ayuda —dijo Teodoro— si pudiéramos hallar el modo de aumentar nuestros escasos ingresos.

—Efectivamente —contesté.

Un día me enviaron al gran depósito de materiales de mi patrón. Allí se hacían también bloques de concreto. Tengo que confesar que soy de naturaleza muy curiosa, de modo que me detuve a ver cómo lo hacían. El obrero cogía un tanto de cemento, el doble de arena y el triple de arena gruesa. Cuidadosamente me fijé en la proporción de agua que usaba. Una vez formado el bloque, lo dejaba por unos días, al cabo de los cuales lo humedecían para que se endureciera. Después de que hube observado el proceso unas cuantas veces, me sentí seguro de poder hacer el trabajo. ¿Por qué no conseguir un trabajo de esos? Pagaban más que por el que yo estaba haciendo. Y el dinero no nos saldría sobrando.

Mientras pensaba cómo abordar la cuestión con el señor Johnson, patrón, este caballero resolvió mis dificultades. Me ordenó un día que le acompañara al depósito a recoger unos materiales.

Al pasar por la sección donde hacían los bloques de concreto, me mostré sorprendido al ver el trabajo.

—Es mi especialidad —le dije. Se me quedó mirando.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

Le contesté que no sabía que él hiciera un trabajo como ese.

—Pero usted ha estado en el depósito anteriormente.

—Sí, señor Johnson —le contesté mintiendo alegremente—, pero no me había acercado lo bastante a la sección donde hacen los bloques de cemento como para ver lo que estaban haciendo.

—Siento no haber sabido que usted puede hacer ese tipo de trabajo. Porque me hacen falta algunos hombres. Ponte a trabajar aquí, Julio.

También yo sentí no haberlo sabido antes. Con el nuevo empleo me ganaba tres dólares al día, mientras que Teodoro seguía en su trabajo de albañil ganando la mitad de esa suma.

Ya podíamos permitirnos el vivir con más desahogo y comer carne con más frecuencia. Prax y yo podíamos descansar un poco en la atmósfera de amistad que nos rodeaba. Disfrutábamos de una sensación de paz, que contrastaba con la intranquilidad y la turbulencia que nos había tocado en suerte durante años. Y no era que hubiera cesado la caza a los miembros del Partido Liberal o que los perros no se acercaran olfateando de cuando en cuando a Albuquerque, pero habían perdido el olfato y no nos molestaron.

La herida de Prax se iba curando, pero tan lentamente, que hubiera sido imprudente que se pusiera a buscar trabajo de obrero, que era el único al que podían aspirar los mexicanos.

Pero la tranquilidad que gozábamos se me turbaba con el dolor de saber que tanto Ricardo como Rivera y Villareal estaban en la cárcel del condado de Los Ángeles.

Desde principios de julio de 1908 hasta enero de 1909 estuvieron incomunicados. No les permitían visitas, como no fuera la del abogado. ¿Y cuál fue el pretexto que dio Osear Lawler, fiscal de distrito de Estados Unidos, cuando nuestro amigo John Kenneth Turner le pidió una explicación de este rudo aislamiento?

—Pues lo hacemos —dijo— a petición del gobierno mexicano. Han cooperado con nosotros, así que no está de más que nosotros cooperemos con ellos.

Esta infame confesión de la colaboración del gobierno de Estados Unidos con el de Díaz no necesita comentarios.

—Me imagino que será peligroso ir a Los Ángeles para estar cerca de Ricardo, pero me muero de ganas de hacerlo —le dije a Prax.

Asintió, y me hizo notar que su herida le impediría hacer el camino abordando trenes en marcha.

—Esperemos hasta que esté mejor —sugirió.

Y habiendo yo consentido, nos quedamos en Albuquerque. Ahora que me han ascendido, me dije, vamos a aprender el oficio. A mi lado trabajaba un experto escocés. Observándolo, empecé a absorber los detalles necesarios para hacer bloques ornamentales de concreto. Julio —no recuerdo su apellido— y yo nos hicimos amigos.

—Julio —le dije un día en que había terminado un trabajo, que estaba especialmente bien hecho—, eres un artesano maestro. Da gusto trabajar contigo, es una verdadera inspiración.

Los ojos grises le brillaron de placer.

—Tú también lo haces bastante bien, muchacho —me dijo.

—Sí, pero aprendo muchísimo viéndote a ti.

Era la verdad. De este modo, a base de tacto, cuando no estaba yo completamente seguro de un detalle, le agradaba ayudarme,

por lo que le quedaba verdaderamente agradecido. Fue un placer, y con risa y algo de azoramiento que oí al señor Johnson elogiar mi trabajo, porque no podía yo olvidar las circunstancias en que lo había conseguido. Cuando había trabajo que necesitaba muchos detalles, se lo entregaban a los dos Julios. El orgullo de nuestro patrón en nuestra habilidad llegó a su colmo cuando se hizo en el pueblo una exposición de materiales para construcción. Junto con otros fabricantes de piedra, exhibió muestras de trabajo ornamental. Los dos Julios habíamos hecho máximos esfuerzos con una cruz adornada de grecas. Nos dieron el primer premio. Me sentía satisfecho de mí mismo. Es un placer el ver que la gente sabe valorar lo que uno hace.

—Está empezando a hacer frío —me dijo mi amigo escocés un día de noviembre.

El tono en que lo dijo hizo que le mirara.

—¿Y qué, Julio?

—Que pronto nos quedaremos sin trabajo —contestó misteriosamente.

Poco después, al entrar ya de fijo la temporada de frío, su profecía se cumplió. El agua se helaba de modo que era imposible utilizarla para hacer la mezcla del concreto. Despidieron a otros primero, luego a los Julios. Johnson sintió tener que despedirnos.

—Vuelvan en cuanto el tiempo lo permita —nos instó. Sonreí, pero nada dije.

Estábamos ya en diciembre. El pie de Prax se había curado. Era el momento oportuno de ir a donde me lo pedía el corazón. Prax lo quería también. Teodoro y Carmen decidieron quedarse. Nos deseamos buena suerte. Carmen nos previno seriamente que tuviéramos cuidado con los perros en el momento de darnos

la mano y decirnos adiós. Entonces Prax y yo nos dirigimos a la estación.

La oscuridad iba extendiendo su negro manto sobre el paisaje cuando nos estiramos al pie del tanque de agua. Era una posición estratégica. Desde allí podríamos saltar al tren con un mínimo riesgo.

Prax miró fijamente las líneas paralelas de la ferrovía que se iba perdiendo en la creciente oscuridad.

—Pronto podremos saber —dijo— la situación exacta de Ricardo y... —calló y apretó los labios.

De la neblina salió una pareja de hombres que se dirigía directamente hacia nosotros.

—Detectives de los ferrocarriles —murmuró Prax.

Asentí. Sospechando lo que nos proponíamos, nos venían a arrestar. ¡En buen lío nos habíamos metido! No teníamos ningunas ganas de ir a parar a la cárcel de Albuquerque. Le hice una señal a Prax de que me dejara hablar.

—Vénganse, vagos. Quedan arrestados —gruñó uno de los detectives.

—¿Por qué? No somos vagos —dije con voz sorprendida.

—Ustedes están esperando el tren para subirse. ¡Vamos!

Y me cogió por el cuello mientras el otro cogió a Prax del brazo.

—Están equivocados —protesté.

—¿Sí? —me dijo mi aprehensor sarcásticamente.

—Somos trabajadores —dije dignamente—. Pregúntenle al señor Johnson, el contratista de edificios. Estamos esperando aquí para coger el tren que nos llevará a nuestro trabajo en las minas de Arizona. Vamos a pagar nuestro boleto.

—¿Sí? ¿Con qué? —preguntó. Saqué unos billetes del bolsillo.

—Aquí está el importe de nuestro boleto.

Se rascó la nuca con la mano que le quedaba libre. Luego me fue soltando.

—Bueno, entonces están en regla —y se volvió a su compañero.

—Okay, Tom —con lo que Tom soltó a Prax.

—Van a tener que esperar mucho hasta que llegue el tren de pasajeros. Vamos, Tom.

—¡Momento! —grité—. ¿Cuánto tendremos que esperar?

—Hasta mañana temprano, después de que pase un tren de carga.

Esta era una información que recibíamos con todo gusto, pero no me pareció necesario decírselo a mi informador. En un tono decaído comente:

—¿Hasta mañana en la mañana?

—Así es.

—Pero oiga —exclamé— el viento de la noche. ¡Hace demasiado frío para que nos esperemos aquí hasta la mañana!

Se encogió de hombros.

—¿Y qué quieren que haga yo? ¿Que les regale una estufa?

—Por favor, llévenos a la cárcel esta noche.

Me miró de nuevo.

—¿Para qué?

Le expliqué que tomaríamos el tren por la mañana. Pero se opuso.

—No lo puedo hacer. No son ustedes vagos.

Se frotó la barbilla, entornó los ojos, los volvió a abrir de par en par y movió la cabeza.

—Vénganse que yo lo arreglo.

Prax y yo nos miramos. ¿Qué era lo que iba a hacer de nosotros?

Lo seguimos a la ventanilla. Allí habló con el empleado que vendía los billetes para que nos dejara dormir en el cuarto de espera. Dándole las gracias a él y al agente —sinceramente—, nos acurrucamos sobre un par de bancos.

—No cabe duda que esto es mejor que helarse fuera —dijo Prax sonriendo—. Gracias, Enrique.

Por la mañana oí el ruido especial que distingue a una locomotora de tren de carga de una de pasajeros. Prax roncaba rítmicamente cuando no musicalmente. Le di un codazo en las rodillas. De un salto nos pusimos de pie y nos aprestamos a salir.

Observamos muy de cerca, y cuando el tren de carga empezó a entrar en la estación, nos lanzamos y saltamos en un vagón ante la cara atónita del vendedor de billetes.

Encantados de haber comenzado con tan buenos auspicios, nos dispusimos a disfrutar de nuestro viaje en paz. Pero resultó que habíamos cantado victoria demasiado pronto.

A seis horas de Albuquerque nos descubrieron. Entraron tres fuertes ferrocarrileros, nos cogieron a los dos y nos echaron. Por suerte el tren iba en ese momento a una velocidad moderada, probablemente a unas treinta millas por hora. Éramos jóvenes y ágiles, y salimos del paso sin más que unos cuantos cardenales. Aceptamos la más o menos esperada interrupción con toda filosofía, y esperamos a que pasara otro tren de carga. A su tiempo, apareció uno. Nos metimos en el carro refrigerador. Al ir llegando a San Bernardino, California, de nuevo turbaron nuestra paz.

Entraron de repente tres ferrocarrileros. Amenazantes, se echaron sobre nosotros.

—Venga la lana o les vamos a sacudir el polvo —ordenó uno que parecía mandar, grande, bruto, de nariz chata.

Contestamos echándonos rápidamente las manos a los bolsillos de las chaquetas, que abultamos como si tuvieran pistolas.

—¡Manos arriba! —grité fieramente.

Levantaron las manos. Con voz asustada nos rogaron que no disparáramos, balbuciendo que no hacían más que bromear. Furioso, les ordené que se marcharan.

—Los mato como nos vuelvan a molestar —les grité.

¡Qué seres más inmundos! Eran del tipo que se dedicaba a robar a los trabajadores mexicanos quienes, después de cruzar la frontera, se colaban en los trenes de carga para encontrar trabajo en el interior de Estados Unidos. Llevaban dinero en sus sarapes. Nosotros, vestidos como ellos, y parecidos a ellos, llevábamos también sarapes, lo cual les dio a los ferrocarrileros la brillante idea.

Después de mi advertencia pensamos que nos habíamos librado de ellos, pero nos equivocamos. A poco tiempo volvió uno de aquellos sinvergüenzas. Antes de mostrar la cara, tomó la precaución de gritar que nos traía sándwiches.

¿No queríamos uno? Tanta amabilidad nos intrigó.

—Es una trampa —murmuró Prax. Me encogí de hombros.

—Quizás —dije.

—Está tratando de sorprendernos —volvió a murmurar.

—Un sándwich me lo como —dije.

—¿Qué les parece, muchachos? —preguntó la voz.

—¿Cuántos son ustedes? —pregunté.

—Sólo yo —y apareció el chato.

La adulatora sonrisa de su fea cara no le favorecía. Con las manos extendidas nos ofrecía su ofrenda de paz. Cogimos los sándwiches de jamón, le dimos las gracias y los englutimos con

gusto. Nos observó con una sonrisa forzada. De la expresión incierta de su cara se podía deducir que nos quería decir algo, pero no sabía cómo empezar.

—Era todo broma, muchachos... —exclamó, por fin, con aire azorado.

—Ya —contesté—, estaban de broma.

—Sí.

—El sándwich es muy bueno —le dije con un gesto—. De modo que era pura broma.

—Sí —dijo seriamente—, no queríamos hacerles daño.

Prax se puso rojo y dijo:

—Claro, hombre.

El chato lo miró, intranquilo.

—De veras, somos buena gente —protestó.

Prax se quedó callado. El chato siguió hablando, tratando de convencernos de que tanto él como los otros sinvergüenzas eran unos conejitos inofensivos. Yo me preguntaba dónde íbamos a parar.

—Este... muchachos... —y se detuvo, tosió, vaciló y por fin soltó: Quiero preguntarles una cosa...

Esperamos a que prosiguiera. Prax inició una leve sonrisa. Yo no le quitaba los ojos de encima, lo cual parecía ponerle nervioso. Se lamió los labios y cambió de postura.

—Pues... este —dijo finalmente—, ¿no nos van a acusar con la policía, verdad?

¡Con que esa era la madre del cordero! Tenían miedo de que lo fuéramos a denunciar a él y a sus compañeros a la policía por intento de asalto y robo. Tuve que hacer un esfuerzo para no echarme a reír. ¡Si supiera las ganas que teníamos de encontrarnos

con la policía! Sin cambiar de expresión, le dije que nos había convencido de que él y sus amigos eran buenos tipos, con lo cual la cara se le llenó de alegría.

Nos bajamos en la parada antes de Los Ángeles, con los pillos aquellos deseándonos buena suerte, obviamente tranquilizados al vernos marchar de buen humor.

Lo que yo me temía resultó ser verdad. Los Ángeles no fue más que una escala para mí. No pude hacer absolutamente nada para arreglar la libertad de Ricardo, Rivera y Villarreal, de la cárcel del condado de Los Ángeles, de donde más tarde fueron enviados a la penitenciaría de Florencia, Arizona.

Además, allí estaban los malditos *pinkerton* y *furlong*. Como chinches, se metían día y noche por los barrios mexicanos, al acecho de miembros del Partido Liberal.

—No tenemos nada que ganar exponiéndonos impunemente a caer en una trampa de estas molestas bestias —le dije a Prax, quien estuvo de acuerdo conmigo...

De modo que con mis más sinceras felicitaciones, se dispuso a reorganizar nuestros grupos militares en los estados del sur, mientras yo me fui a San Francisco.

Mi primer trabajo en la interesante ciudad del Golden Gate fue algo en que me había especializado a causa de mi mucha experiencia, es decir, el azadón y la pala, en trabajos y obras de la calle. Cuando me hube establecido, dejé esto y me metí a trabajar en la American Can Company. Viendo manejar a otros las máquinas que sueldan las latas, me dije ¿por qué no hacer esto y ganar más?

Detuve al capataz en el pasillo y le dije que era un experto en ese tipo de trabajo. No se cuidó de preguntarme de dónde había

sacado yo la experiencia, afortunadamente, pues hubiese sido una pregunta difícil de contestar. Lo convencí de que me dejara manejar una de las máquinas.

Observador atento de la especial moral de los negocios, en particular de los grandes negocios, no sentía escrúpulos en mentir para conseguir empleos que pagaran más. En realidad, cuando me ascendía a un empleo más lucrativo, me proponía rendir lo más posible en términos de producción, como lo hice en este caso. Para cuando dejé San Francisco, en septiembre de 1910, me había elevado a la orgullosa posición de perito mecánico. Tenía a mi cargo el manejo de 36 máquinas.

Y no era que me interesara el trabajo de manera especial. Era solamente una manera de permitirme comer. Había dedicado mi vida al pueblo mexicano. Después de la jornada de trabajo, volcaba mis sentimientos en artículos que escribía para periódicos como el *Industrial Worker*, *Solidarity* y otros. En estas páginas describía el terrible estado del campesino mexicano y del obrero de la ciudad, y solicitaba la comprensión y la ayuda de los buenos norteamericanos para los objetivos del Partido Liberal.

En agosto, Ricardo y los otros salieron de la penitenciaría de Florencia. Su liberación proporcionó la ocasión para un gran mitin de masas auspiciado por el Partido Socialista. Los generosos instintos del pueblo norteamericano pueden ser siempre puestos al servicio de una buena causa. Lástima que se hallen tan frecuentemente tergiversados y mal dirigidos por los periódicos y otros medios de comunicación cuyo egoísmo e interés propio es contrario a la salud pública. En ese mitin en el Labor Auditorium de Los Ángeles, más de tres mil personas escucharon los objetivos del Partido liberal, expuestos por oradores escogidos entre

nuestros amigos norteamericanos. Después de expresar en voz alta su indignación ante la farsa de la justicia en el caso de mi hermano y de los otros dos, sostenida por los colaboradores de Díaz entre las autoridades de Estados Unidos, el público contribuyó con más de 600 dólares al pasarse el sombrero entre todos ellos para continuar la obra de *Regeneración*.

Mucho me hubiera gustado estar presente en ese mitin, pero no fue sino hasta el mes siguiente cuando Ricardo me escribió que se hallaba en libertad. Lleno de alegría me fui a Los Ángeles.

Si nuestros enemigos habían creído que la cárcel apagaría el espíritu de Ricardo y de sus camaradas, pronto se desilusionaron.

Además, para entonces, el Partido Liberal había enlistado toda una hueste de amigos en todo el mundo. Entre los periódicos y otras publicaciones que abrazaron calurosamente nuestra causa e imprimieron artículos acerca de las repugnantes condiciones de México se contaban: *Everyman*, *California Social Democrat* y *Citizen* de Los Ángeles; *Justice* de Portland, Oregon; *Harper's Weekly*, *Atlantic Monthly*, *The Public*, Chicago; *The Socialist*, Parkersburg. En Latinoamérica: *La Abeja*, Chiclayo, Perú; *El Trabajo Cúcuta*, y *La Linterna*, Tunja, Colombia; *Luz y Vida*, Antofagasta, Chile; *Fiat Lux*, Habana, Cuba. En Europa: *Le Libertaire*, París; *The Guardian*, Middeltein, Inglaterra; *Solidaridad Obrera* y *Tierra y Libertad*, Barcelona, España. En Australia: *Direct Action*, Sydney.

Arremetimos con fiero entusiasmo contra el gobierno de Díaz. Cada número de *Regeneración* causaba sensación. Con frases fogosas seguimos exigiendo que la tierra le fuera dada al hombre que la trabaja; que se le devolviera al campesino a quien le había sido robada; que el trabajador de la ciudad fuera tratado como un ser humano.

En la primavera de 1908 había aparecido tanto en los periódicos norteamericanos como en los mexicanos el texto de un increíble decreto de Díaz: Todo yaqui, hombre, mujer, niño, doquiera que fuese encontrado, debía ser recogido por la Secretaría de la Defensa y deportado a Yucatán. Tomando esto como tema, y con una pluma mojada en ácido, Ricardo escribió lo siguiente.

Tarde o temprano, ese moderno Atila, Porfirio Díaz, tendrá que responder por sus crímenes, uno de los más odiosos es el exilio de los yaquis a Yucatán.

¿Por qué promulgó decreto tan condenable? Porque unos cuantos miles de guerreros yaquis de las montañas de Sonora resisten todos los esfuerzos de los federales para exterminarlos. Eso le proporciona a Díaz una excusa suficiente para secuestrar a los que son pacíficos; los que se marcharon a otros lugares, encontraron empleos en las minas o en los ferrocarriles, o se convirtieron en peones de hacienda.

No le basta a ese salvaje dictador condenar a los yaquis a la servidumbre; incluye a mujeres, niños y bebés. Barren con todos. Custodiados por soldados y rurales, estos inocentes, víctimas de un decreto despiadado como el que más en la historia de la humanidad, son llevados a la esclavitud.

Nos hace pensar que este monstruo goza al saber que estas pobres víctimas de su salvajismo mueren rápidamente, trabajando en las plantaciones de henequén.

Imagínense, madres mexicanas, el sádico regocijo que sintió cuando le contaron la historia de la madre yaqui de Guaymas. Escuchen, madres mexicanas, lo que le sucedió:

Ella y los otros infelices se hallaban acampados, allí, esperando la llegada de un barco que los llevara a Salina Cruz. Imagínense a

esta madre yaqui, meciendo a su hijito en los brazos, cantándole canciones de cuna en voz baja. De cuando en cuando se inclina tiernamente sobre el niño adormecido, y le roza la cabecita con los labios mientras las ardientes lágrimas le ruedan por las mejillas. De repente se alza, coge al niño por los pies, lo balancea en el aire describiendo un arco aterrador y aplastándole la cabecita contra la piedra, le hace saltar los sesos. Horrorizados, los soldados se acercan corriendo hacia ella. Lanzando un grito salvaje de “¡Libre!, ¡libre!” les entrega el cuerpecito. Mejor que verlo crecer esclavo, prefirió darle la libertad eterna.

¡Mexicanos! ¿Hasta cuándo vamos a tolerar a Díaz, a esa bestia voraz cuyas quijadas gotean con la sangre de hombres, mujeres y niños indefensos?

La impresión que nuestros reveladores artículos y editoriales causaron fue enorme, no sólo en México, sino en todo el mundo. De todas partes empezaron a llegar montones de cartas para *Regeneración*. Estos alentadores mensajes de camaradería nos llegaban de Estados Unidos, de Canadá, de toda Hispanoamérica, de cada uno de los países europeos, tanto como de China, de Japón y de África del Sur. Además de las principales secciones escritas en español, tenía *Regeneración* una página en inglés editada por Ethel Turner; más tarde por Anselmo L. Figueroa, luego por William C. Owen. Prax colaboró con notables artículos, haciendo al mismo tiempo de secretario de la Junta Organizadora.

No teníamos una suscripción anual fija. El pobre peón que lo podía leer enviaba veinticinco centavos; otros que podían permitirse algo más, enviaban hasta cien dólares. Teníamos una circulación de 30 mil, y como se nos negó el privilegio de artículo de

segunda clase para *Regeneración*, lo enviábamos por correo de primera, lo que hacía subir el costo de cada número a mil dólares.

Ricardo y yo hablábamos de Francisco I. Madero. La revolución planeada por este hijo de un rico hacendado estaba a punto de estallar.

—No es el hombre para dirigirla —dijo Ricardo—. No parece comprender en absoluto el problema aplastante del país: la necesidad del campesino de poseer un pedazo de tierra.

—Pero mira, Ricardo —le dije—, Madero no quiere comprender. No está interesado en darle tierra al pueblo. Se contenta con hacer variaciones al son de “sufragio efectivo, no reelección”. Según él, el pueblo no pide pan. Lo que quiere es libertad. ¡Bah! Lo que no explica es cuánto alimenta la libertad sin pan.

—Sin embargo, no cabe duda de que la revolución está ya encima —dijo Ricardo—. Propongo que hagamos algo.

—¿Qué?

—Que nos levantemos al mismo tiempo.

Me le quedé mirando, demasiado asombrado como para pronunciar palabra.

—Sí, Enrique, para ganar el mayor impulso posible. Para estar seguros de que nos cargamos a Díaz. Ese es nuestro objetivo más importante, ¿no es verdad?

Asentí. Pero me sentía preocupado. ¿Por qué juntarnos con un hombre que era ciego a las desgracias del pueblo?

—Pero tomaremos nuestras precauciones. La cara de Ricardo se puso dura.

—Enviaremos a nuestros partidarios una circular explicando por qué nos levantamos con Madero, pero advirtiéndoles que “esto

no quiere decir que hacemos causa común con él”. La nuestra es conquistar la tierra para el pueblo, suprimir a los grandes terratenientes, devolverles a los campesinos la tierra robada.

—Y algo más —prosiguió, meneando sus largos brazos, con los ojos brillando—. La circular pondrá en claro que la revolución debe romper las cadenas del trabajo, y dar la oportunidad de obtener salarios y condiciones de vida decente.

Levantó la cabeza y me miró atentamente.

—¿Entonces? —sonreía.

—¡Pues al ataque!

Con entusiasmo, a medida que se acercaban las nubes de la tormenta, los jefes y subjefes en México y los partidarios de los estados del sur se adhirieron al plan de Ricardo.

En la Ciudad de México, Díaz estaba gozando de la costosísima fiesta que había arreglado para el 15 de septiembre, en celebración del centenario del grito de Hidalgo en Dolores y de su cumpleaños. De modo que no tenía tiempo para fijarse en los cielos que se oscurecían. Sin embargo, los agentes del dictador deben de haberle avisado de ciertos augurios que mostraban a las claras que el barómetro político estaba en descenso. Por ejemplo, justo a la salida de la ciudad de Puebla ocurrieron dos incidentes significativos. El 16 de septiembre, Mucio P. Martínez, dueño del monopolio de los mataderos y “bien amado gobernador” del estado fue apedreado. Protestó que no había sido más que un ligero disturbio. Su ligereza puede ser estimada por lo que siguió: el arresto de treinta hombres que fueron sentenciados a servir en el ejército.

Luego, el 27 de octubre, el periódico *El Imparcial* informó de un hecho portentoso el mismo día: un destacamento de soldados

del regimiento Zaragoza, estacionado en Puebla, emprendió la huida, conducido por los oficiales. Para colmo de tales truenos en México, tuvo lugar en Estados Unidos un estallido que debió aplastar a Díaz. Fue provocado por John Brisbane Walker, editor de *Cosmopolitan Magazine*. En un discurso de la ciudad de Kansas, Walker atacó duramente al presidente Roosevelt. Declaró que el Presidente quería ser el Díaz de Estados Unidos y quería subyugar la tierra de la libertad como Díaz hacía con su país. Esta andanada fue lanzada inconscientemente, pues el *Cosmopolitan* había estado publicando grandes tributos a las glorias del régimen de Díaz.

Y luego, el 20 de noviembre de 1910, el rayo de la revolución. El fuego prendió en todo el país. De repente, el fuego disminuyó. Prax averiguó por qué, como nos lo escribió desde Texas:

El pueblo dice que no estamos en la lucha. Sólo Madero lo está. ¿Y por qué hemos de ayudarlo? Saben que no está interesado en la reforma agraria y en la justicia social que ellos ansían, sino todo lo más, le interesa restablecer la sucesión política por medio de elecciones regulares.

Sin consultarnos, Prax se metió en una aventura tan arriesgada como la de Palomas.

Hay que hacer algo, decidió, para impedir el ahogo probable de la revolución que el Partido Liberal quería ver consumada. Aunque significara el ayudar a Madero, las brasas candentes tenían que ser convertidas en una hoguera. Y se lanzó a ello.

El 31 de diciembre de 1910, al mando de un número ridículo de 15 valerosos seguidores, atacó y tomó Janos, en Chihuahua. Con el

pueblo en su poder, Prax reunió a la gente, y en frases luminosas expuso las ideas e ideales del Partido Liberal.

—¿Por qué ha de poseer un hombre 50 mil hectáreas —gritó—, cuando miles de entre ustedes que antes poseían esa tierra no tienen un metro de tierra que puedan llamar suyo? Bajo el programa del Partido Liberal, se remediará esa injusticia. Les será devuelto el patrimonio que les pertenece a ustedes. Vivirán en paz y seguridad, libres de la miseria del hambre.

De repente, en medio de la apasionada exposición, se oyó un disparo, y Prax cayó con una bala en medio de la frente. El ataque de Prax y su asesinato salvaron la revolución. Cuando el pueblo supo que el secretario del Partido Liberal había sido muerto después de atacar Janos, se conmovió. En el corazón de todos se levantó de nuevo el espíritu de revuelta. Por todo el país estalló la lucha, con una furia esta vez que finalmente llevó a Díaz al exilio después de una dictadura férrea de treinta y cinco años.

Así partió Praxedis G. Guerrero, amante de los humildes y de los oprimidos, a su morada eterna, a encontrarse con su querido camarada Francisco Manrique. Allí descansan de su generosa obra. Sus almas sensibles ya no sufren con el espectáculo de una rapaz minoría de hienas humanas que se ceban en el resto de la humanidad; ya no se oyen los quejidos de los peones esclavizados ni el llanto de los niños hambrientos.

¡Oh, queridos camaradas, doy rienda suelta a mi llanto! No por ustedes, sino por mí. ¡Qué refrescante era para mi alma su compañía, escucharlos encantado y transfigurado por los sentimientos de sus tiernos corazones, y en algunas de mis horas más negras sentirme elevado al contacto de su mano y de la calurosa amistad de su mirada.

Cierto es que este pequeño mundo egoísta poca es la esperanza de encontrar gentes como ustedes!

¡Hasta pronto!

En medio de la sangrienta inquietud de nuestra amada patria, tuvo lugar un desarrollo sorprendente. Madero buscó nuestra ayuda.

Sabía muy bien que habíamos sido nosotros quienes por largos años de persecuciones habíamos trabajado pacientemente para encender y mantener la llama que ahora se había convertido en revolución. Poco sabía de la psicología de nuestro pueblo. Rico hacendado, el contacto que tenía con ellos era superficial. Su desesperada hambre de tierra era una cantidad que desconocía en sus cálculos. Consciente de que los jefes del Partido Liberal teníamos lo que a él le faltaba —la inquebrantable confianza del hombre de la calle—, nos buscó. El 11 de febrero de 1911 se puso en contacto con nosotros por medio de mi hermano Jesús y de Juan Sarabia. Volver a ver a Juan nos colmó de alegría.

—¡Ya ha llovido desde 1906! —dijo Ricardo abrazando a Juan. Había sido entonces cuando, en el lanzamiento, Juan fue aprehendido y encarcelado en los infernales recintos de San Juan de Ulúa. “Se ha quedado en la puritita piel y huesos”, pensé.

—Te tocó en suerte el infierno, querido cuate —le dije—. ¿Cuándo saliste?

—El mes pasado, tuve suerte —contestó sonriendo tristemente—. Salí. Salieron menos de 300 del Partido Liberal. Otros 600 murieron miserablemente y fueron arrojados a los tiburones en el puerto de Veracruz.

Mientras estas horrendas noticias nos dejaron pensativos, nos explicó en detalle la propuesta que Madero le había encargado a

él y a Jesús que nos trajera. Nos dejó helados. Madero le ofrecía a Ricardo la vicepresidencia de México. La Convención Antireeleccionista de la Ciudad de México había escogido a Vásquez Gómez para ese puesto. Al hacer esa propuesta, Madero pasaba por alto la Convención. A mí me ofreció ser secretario de Gobernación, cabeza del gabinete. Ricardo movió la cabeza disgustado.

—El señor Madero pide lo imposible —dijo—. Mi aceptación implicaría el consentimiento de su débil y vacilante política que traiciona la confianza del pueblo.

—Juan y tú también, Jesús, saben que no tenemos sed de poder —dijo enfadado—. Si creen que nos puede comprar a expensas de la sangre del pueblo, se equivocan totalmente.

Le hicimos la contrapropuesta siguiente: que Madero, Villa, Orozco, Zapata, Ricardo y yo constituyéramos una Junta Revolucionaria que gobernara a México hasta que la revolución hubiera terminado. Entonces el pueblo elegiría libremente al gobierno, y pusimos la condición siguiente: que ninguno de los miembros de la Junta podría ser candidato presidencial hasta que hubiesen transcurrido los dos primeros términos presidenciales. Esto era para impedir la posibilidad del establecimiento de una dictadura del tipo de Porfirio Díaz.

¿Cuál fue el resultado de estos intercambios? Villa y Zapata, campesinos de la tierra que habían alcanzado el mando, comprendieron lo que queríamos. Estaban perfectamente de acuerdo con nosotros. Pero ni Madero ni Orozco pudieron captarlos. De modo que las negociaciones no condujeron a nada. ¡Salvo que nosotros, Zapata y Villa nos volvimos contra Madero! Observando con ironía la dilación de Madero de darle al pueblo lo que anhelaba, Ricardo lo saludó a él y a sus socios de esta manera en *Regeneración*:

Madero, político; los ricos, todos ellos están buscando los medios de pacificar a las masas. No encuentran más que uno: devolverle la tierra a los desposeídos. Por fin comprenden que ya no se puede seguir entreteniéndolos a los desheredados con palabras.

El campesino, el obrero de la ciudad, tienen hambre física. No les atraen las palabras. La palabra “libertad” no tiene sentido para ellos. ¿Cómo puede tenerlo cuando sus hogares están sin fuego, cuando sus mujeres tiritan bajo sus harapos, cuando sus niños lloran pidiendo pan? Los términos Sufragio efectivo, no reelección, libertad de prensa, derecho de asamblea, no tienen valor para el hombre que, doblado sobre el surco, sabe que la tierra que fertiliza con su sudor no le pertenece. Ni para quién, con la trulla en la mano, pone los ladrillos de la casa que nunca ha de habitar. Ni para quien, respirando el aire mortal de la fábrica malsana, sabe que lo que producen sus manos no es para él; ni para quien con la montaña encima de su cabeza, sabe que el metal que arranca de la roca sonará en moneda en otros bolsillos, relucirá en medallas en los pechos de bandidos uniformados, adornará los brazos y los escotes y peinados de las ricas. Esta nueva actitud del campesino y del obrero le está quitando el sueño al gobierno de Madero. Con fútil rapidez se suceden consejos ministeriales para considerar el problema social, pero no para enfrentarse con él.

Cuando el trabajador se humilla, suplica como un favor que le den lo que le pertenece de derecho, los ricos, los políticos, el gobierno, sonrían y se burlan del cobarde.

¡Ah!, pero cuando el grito del valor y de la acción revolucionaria sustituyen a la súplica lastimera, sucede algo asombroso. El orgulloso, el poderoso, el soberbio, se ven obligados a aflojar las garras que aprietan a quienes durante siglos han sido tristes víctimas.

¡Qué desgracia para todos nosotros y para México que Madero rechazara nuestro plan! Si lo hubiera aceptado, el programa del Partido Liberal se habría convertido en ley de la tierra (en lugar de esperar hasta 1917, cuando sus rasgos esenciales fueron incorporados en la Nueva Constitución). En ese caso probablemente ni Madero ni Zapata, ni Villa habrían muerto en manos asesinas; y Ricardo y yo habríamos logrado lo que ansiaban nuestros corazones: pan y libertad para el pueblo.

¿Fuimos injustos en considerar a Madero un incompetente?

El tratado de Ciudad Juárez, firmado por él el 21 de mayo de 1911, no hizo más que confirmar nuestro juicio. Según los términos de ese estúpido documento, Madero accedió a que sus fuerzas, las revolucionarias, fueran desarmadas, y no las federales. Así, con el generoso permiso de conservar sus armas, los federales bajo los oficiales del régimen de Díaz pudieron infligir más tarde un daño sin cuento contra México, mientras los pobres revolucionarios tuvieron que enfrentárseles con las armas que buenamente pudieron reunir.

A medida que los sucesos se seguían los unos a los otros, supimos, con gran dolor, que en el gobierno de Estados Unidos teníamos un enemigo más implacable que Madero.

MacNeil Island

Se preguntarán ustedes por qué el gobierno de Estados Unidos nos persiguió tanto. Pregunta justificada. El señor Marion Letcher, cónsul norteamericano en Chihuahua, dio algunas cifras concernientes a quiénes poseían, en 1912, la riqueza de México. Las cifras proporcionan una luz reveladora.

El señor Letcher calculó la riqueza total del país ese año en 2 500 millones de dólares, en cifras redondas. Calculó que los extranjeros eran dueños de 1 705 054 180 dólares; los mexicanos de 729 187 242 dólares, es decir, menos de la tercera parte de su propio país. De los 1 705 054 180 de dólares, los norteamericanos poseían 1 057 millones; los ingleses, 321; los franceses, 143; el resto de los inversionistas, 119. Así pues, ¿qué porción le tocaba a Estados Unidos de la riqueza total de México en 1912? Sumaba la respetable cantidad de 44%, contra 30% de los mexicanos y 12% de los ingleses. De todas las inversiones extranjeras, 62% eran norteamericanas, y luego los ingleses, en segundo lugar, con 18 por ciento.

Las manos que amasaban esta arcilla eran las de los concesionarios norteamericanos en México, que hacían presión sobre el gobierno de Estados Unidos. ¿Con qué propósito? Para proteger sus enormes intereses contra el Partido Liberal.

Esta es ciertamente una grave acusación contra los grandes negocios norteamericanos de los cuales los concesionarios norteamericanos eran una parte integral. Que estaban en una posición de ejercer una presión efectiva sobre su gobierno era la convicción, entre otros, de Woodrow Wilson. Escuchen lo que dijo en 1912, cuando fue candidato del Partido Demócrata para las elecciones presidenciales:

Imagínense que van a Washington y tratan de comunicarse con su gobierno. Encontrarán que mientras los escuchan atentamente, los hombres a quienes realmente están consultando son los que tienen la parte mayor, los grandes banqueros, los grandes manufactureros, los grandes dueños del comercio, los jefes de las corporaciones ferrocarrileras y navieras... El gobierno de los Estados Unidos actualmente es un ahijado de leche de los intereses especiales (cit. por Beard, *Rise of American Civilization*, p. 592).

Nuestro programa postulaba claramente entre sus objetivos la devolución a sus dueños de la tierra que les había sido robada mediante los infames manejos de la ley prohijada por Díaz en 1883 y ampliada en 1894. Bajo sus alas protectoras, los favoritos de Díaz formaban compañías inspectoras que, en muchos de los casos, traspasaban sus “derechos” a norteamericanos o a otros extranjeros —por una compensación, naturalmente. ¿Cuáles eran las consecuencias? Se permitía a las malditas compañías inspectoras retener una tercera

parte de toda la “tierra nacional” que descubrían; es decir, la tierra de la cual el propietario de derecho no podía mostrar otro título que no fuera el hecho de que su propiedad no había salido de la familia durante varias generaciones. Y adquirieron el resto a precios irrisorios.

Las consecuencias fueron devastadoras. Por ejemplo, tomen estos tres pequeños fragmentos del gran cuadro de 1910.

El valle de Papantla anteriormente mantenía una población de 20 mil agricultores independientes. Entonces pertenecía a una familia rica. Cada metro del gran estado de Chihuahua era la propiedad de tres familias. En el estado de Morelos, cuatro hombres, uno de ellos yerno de Porfirio Díaz, poseían prácticamente toda la tierra arable; y 200 mil campesinos desposeídos, ya peones sin tierra, ahora trabajaban por un salario de 12 y medio centavos al día. En ese año de la revolución menos del tres por ciento de la población agrícola poseía tierra alguna; la mayoría no tenía bastante para extraer una miserable existencia. El 97% restante, reducidos al estado de trabajadores sin tierra, se componía de canteros o acarreadores de leña y agua para las grandes haciendas y los concesionarios.

Ahora se ve claro por qué el gobierno de Estados Unidos nos arrestó a Ricardo, a Anselmo Figueroa, a Librado Rivera y a mí. Actuaba en interés de los concesionarios norteamericanos y de Madero, quien no tenía la intención de romper los grandes latifundios. Esto ocurrió después de que nuestras negociaciones con él resultaron ser inútiles. Con el pretexto de romper las leyes de neutralidad, fuimos acusados ante la Corte Federal de Distrito de Los Ángeles el verano de 1911. Doce testigos testificaron en nuestra

contra. Con notable unanimidad su testimonio siguió la fraseología idéntica de doce copias de una circular impresa. Cada uno juró solemnemente que dábamos armas a hombres y que les pagábamos para que cruzaran la frontera para luchar en suelo mexicano.

¿Cómo explicar esa asombrosa unanimidad de testimonios? Lo supimos dos meses más tarde. Los mismos doce hombres acudieron a un notario público de Los Ángeles y juraron que habían cometido perjurio.

Lo cierto es que con la asistencia del resto de la Junta Organizadora, Ricardo y yo habíamos decidido capturar Baja California. Lo cual había de proporcionarnos una base desde donde, provistos de materiales militares y de provisiones, podríamos lanzar ataques contra el régimen de Díaz. Había pocas tropas federales en este vasto territorio, alejado de los pueblos donde hubiera federales en grandes cantidades.

Bajo el mando de José María Leyva, nos contábamos diecinueve. Cuatro eran voluntarios norteamericanos, obreros. Inspirados por el convencimiento de que estaban ayudando a derrocar la tiranía de Díaz, estos generosos norteamericanos sirvieron alegremente sin que se les pagara. El 30 de enero de 1911, después de cruzar la frontera y de recibir armas y municiones, la pequeña fuerza de Leyva atacó y derrotó a unos treinta empleados de aduana, a la policía y a los civiles que encontraron, y se apoderaron de Mexicali, que en aquella época contaba con unos mil habitantes.

Jack Mosby y John Price, dos voluntarios norteamericanos, encabezaron una banda que se apoderó de Tijuana, que tenía en aquel entonces una población de unos 300 habitantes.

Al ver la gente de los alrededores la facilidad con que Mexicali y Tijuana habían sido capturadas, cientos acudieron a enlistarse

bajo las banderas del Partido Liberal. Escogiendo a 150, Leyva salió al encuentro de los federales encabezados por el coronel Celso Vega, quien venía de Ensenada con 160 regulares y otros 100 entre policías y civiles, estos últimos obviamente forzados.

En la región montañosa vecina a Picachos, Leyva manejó a su pequeña fuerza con tal ventaja que Vega huyó dejando a muchos de sus hombres heridos o muertos. Rabioso por su derrota, Vega telegrafió a Díaz que los magonistas, con la ayuda del gobierno de Estados Unidos, se habían lanzado a la captura de Baja California para separarla de México y vendérsela más tarde a Estados Unidos. Como prueba de su acusación, citó el hecho que había norteamericanos en la fuerza expedicionaria.

Por desgracia Leyva se pasó unos meses más tarde a los madeiristas. De acuerdo con el desastroso, por no decir estúpido, tratado que había hecho en Ciudad Juárez, Madero desarmó a sus propias tropas mientras permitía a los federales que retuvieran sus armas. Luego, envió a Leyva para que fuera a Baja California y ordenara a todos los revolucionarios que también se desarmaran.

Obedeciendo órdenes, Leyva apeló a nuestros hombres para que rindieran las armas.

—Los federales se han rendido. La revolución ha triunfado — les aseguró—. No hay necesidad de seguir huyendo.

Convencidos de que estaba diciendo la verdad, rindieron sus Springfields, recogieron sus cosas y se dirigieron a la frontera.

De repente el valeroso Vega, sabiendo que estaban desarmados, cayó sobre ellos con una fuerza considerable, matando a varios; pero la mayoría escapó a través de la frontera.

La noticia falsa que los porfiristas hicieron circular por todo México, en el sentido de que Ricardo y yo nos habíamos vendido

al gobierno de Estados Unidos, perjudicó al Partido Liberal en la opinión de muchos de nuestros compatriotas. Sólo más tarde supieron la verdad: que habíamos sido arrestados por el gobierno de Estados Unidos y condenados por testigos perjuros.

¿Por qué cometieron perjurio los doce hombres a quienes nunca habíamos visto antes del juicio?

La respuesta la encontramos en el Fiscal Federal de Distrito, Robinson. Algunos de estos hombres, expresidarios bajo libertad condicional, y otros con diversas historias criminales, fueron aterrizados por este especial defensor de la ley para que hicieran su juego. Para dulcificar esta cuestión, Robinson les prometió que si seguían sus instrucciones, recibirían tres dólares diarios mientras durara nuestro juicio; 300 dólares, después a cada uno, y un billete de tren a cualquier punto de Estados Unidos que quisieran, pero lejos de Los Ángeles. El honorable señor Robinson les dio todo lo que les había prometido, pero no les dijo de dónde había conseguido el dinero para pagarles. No fue él el único empleado en el caso cuyas acciones fueron bastante raras.

Haciendo un cuidadoso examen de la Constitución de los Estados Unidos, me había parecido que una persona acusada tiene el derecho de defenderse. Trippet, el juez en turno, consultó por lo visto una autoridad más alta que la ley de la nación, porque nos negó sumariamente ese derecho.

¡Fuimos acusados de romper las leyes de neutralidad!

Pasamos un año en la cárcel mientras se apelaba nuestro caso. Entonces, el 4 de julio de 1912, aniversario de la declaración norteamericana de libertad contra la tiranía y la injusticia, nos llevaron a la penitenciaría de McNeil Island, a unas cinco millas de Tacoma, para purgar una condena de dos años de trabajos forzados.

Me reía tristemente pensando en ello. Nosotros, pobres mexicanos estábamos tratando de hacer por nuestro país lo mismo que hicieron los firmantes de la Declaración de Independencia de Estados Unidos —John Adams, Benjamín Franklin, Thomas Jefferson y otros— mutuamente comprometidos, los unos con los otros, a dar sus vidas, sus fortunas y su honor por la causa. Qué hermoso era el segundo párrafo de la declaración:

Mantenemos que estas verdades son obvias, que todos los hombres son creados iguales, que están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, que entre éstos están la Vida, la Libertad, y el logro de la Felicidad ... Que cuando cualquier forma de gobierno tienda a destruir estos objetivos, es el derecho del Pueblo alterarlo o abolirlo, e instituir un nuevo gobierno, que se funde en esos principios y organice sus poderes en forma tal como le parezca más factible para lograr su seguridad y su felicidad...

En cuanto a nosotros, el gobierno de Estados Unidos no dejaba dudas acerca de una cosa: haría todo lo posible para impedir que México lograra independizarse de los grandes negocios norteamericanos. En el tren que nos llevaba a McNeil, cada uno íbamos esposados y con los pies encadenados. Por la noche nos quitaban las esposas de las manos, pero no las cadenas de los pies.

De ser posible, pensé, me gustaría dormir cómodamente. Le dije al guardia que me estaba poniendo las cadenas en los pies:

—¿Me las pone por favor tan arriba como se pueda?

Se enderezó y poniéndose en jarras me dijo, mirándome fijamente.

—¿Quieres que haga eso?

—Creo que me quedarán más cómodas así —le dije.

—Desde luego le apretarán más así —dijo riendo, y siguió mis instrucciones al pie de la letra.

Tengo tobillos estrechos y los pies pequeños. Después de que el guardia me quitó amablemente las esposas y me dijo: “Buenas noches”, me bajé las cadenas hasta los pies, y dormí el sueño de los justos. En la madrugada, con todo cuidado, me las subí a la posición primitiva. En McNeil, Ricardo y yo tomamos una decisión importante.

—Lo terrible —dijo— es que, encadenados como estamos, es imposible dirigir como es debido los movimientos de nuestros combatientes.

—Pero enviamos mensajes con... —y mencioné el nombre de un tal McNeil, guardia con quien habíamos hecho amistad.

—Es cierto —dijo— pero no podemos esperar a que él entregue y reciba comunicaciones con la rapidez necesaria en vista de la vertiginosa rapidez de la revolución.

—Tienes razón —asentí—, es un trabajo difícil para él. Limitemos sus buenos servicios a que envíe nuestra copia a *Regeneración*.

Ricardo estuvo de acuerdo conmigo y añadió:

—Pero primero tenemos que hacer lo siguiente: escribirle una carta a Teresa y decirle que se ponga en contacto con nuestros delegados, quienes a su vez deben recibir la orden de nuestros jefes y subjefes de guerrillas de unirse a las diferentes fuerzas mandadas por Madero, Villa, Zapata y Orozco, y más tarde Carranza.

—¿Había oído bien? ¿Lo dices de veras? —le dije incrédulamente.

—Naturalmente. Es lo único que se puede hacer dadas las circunstancias.

—¿Qué te propones?

—Me propongo animarles a que hagan esto para que propaguen los objetivos y las aspiraciones del Partido Liberal entre todas las facciones.

—¡Eso sí que es una idea! —exclamé—, pero... no deben revelar su identidad como miembros del partido.

—Naturalmente —dijo Ricardo.

Enviamos la carta por medio de mi amigo el guardia. No tengo manera de saber cuántos fueron convertidos por nuestros seguidores, pero véase la Constitución de 1917. Encarna lo esencial de nuestro programa de 1906, prueba más que suficiente de que las semillas de la reforma agraria y social plantadas entre nuestro pueblo produjeron notables frutos entre los delegados en la histórica Convención de Querétaro.

En la granja de la penitenciaría cultivábamos legumbres, ordeñábamos vacas y hacíamos trabajos de granja en general.

—Es un trabajo pesado —dijo Figueroa, limpiándose el sudor de la frente—. Debía mantenernos sanos.

Nos miró y frunció el entrecejo.

—¿Por qué entonces no me siento bien?

—¿Qué dices Anselmo? —preguntó Rivera—. ¿Qué es lo que sientes?

—Aquí en el estómago. No tengo ganas de comer.

—Lo mismo me pasa a mí —dijo Rivera—. Es la comida. Está podrida.

Ricardo cogió una hierba y la masticó.

—No estoy tan seguro. Tampoco yo me siento muy bien, pero no puede ser la comida. No he oído quejarse a ningún otro prisionero.

¿Y tú, Enrique?

Me froté el estómago.

—No muy bien. La comida es mala. Pero como dices, no puede ser eso, o todos los demás se quejarían. Sólo nosotros cuatro nos sentimos mal del estómago. ¿Qué creen ustedes que es? No me lo puedo imaginar.

Más tarde habríamos de saber la terrible verdad.

A pesar de nuestros deteriorados sistemas digestivos, teníamos suficiente energía para seguir enviando artículos a *Regeneración* por medio de nuestro amigo el guardia. Un grupo a la cabeza del cual estaba Blas Lara —que ahora vive jubilado en Berkeley, California— publicó el periódico mientras estuvimos encarcelados.

Estos devotos camaradas rindieron un servicio inestimable a la causa, porque la llegada semanal de *Regeneración* a México reanimaba a los espíritus decaídos y estimulaba el celo proselitista entre los hombres del Partido Liberal.

Nos propusimos observar al pie de la letra todos los reglamentos de la prisión, pues estábamos ansiosos de salir cuanto antes. Nuestra conducta contrastaba tanto con la insolencia y la obstinación de la mayoría de los prisioneros, que provocó el elogio de McHugh, custodio asistente, quien llamó la atención de O. P. Halligan, custodio en jefe, sobre nuestro comportamiento ejemplar.

Menciono esto por lo que sucedió, cuando al cabo de ocho meses pedimos el indulto.

—Señor Halligan —dije—, ¿cree usted que tendremos alguna dificultad en obtener el indulto?

Nos miró sorprendido.

—¡Claro que no! Tanto McHugh como yo lo hemos recomendado.

—Muchas gracias señor.

Ya veremos, pensé. Cuando nos soltaran lo creería. Impacientemente esperamos el día de la liberación. Con gran estupefacción de Figueroa y Rivera, aunque no tanto de mi parte y la de Ricardo, el director de la Junta de Libertad Bajo Palabra rechazó nuestra solicitud.

—¿Por qué? —exclamó Figueroa asombrado.

Lentamente llegamos a la misma helada conclusión a la que habíamos llegado Ricardo y yo. Para confirmarla había que esperar otros ocho meses, cuando pudiéramos volver a presentar otra solicitud. A medida que se acercaba el tiempo, les pedí a mis compañeros que me permitieran manejar el asunto a lo cual consintieron. Presentamos nuestras solicitudes por segunda vez.

Entonces sucedió lo que habíamos temido: también fueron rechazadas. McHugh nos trajo las desalentadoras noticias.

—No puedo comprender por qué los rechazan —dijo, rascándose la cabeza—. Son ustedes los que mejor conducta tienen. Ojalá pudiera ayudarlos.

—Sí que puede —le dije rápidamente—. Quisiera pedirle la amabilidad que nos consiguiera una entrevista con el director de la Junta de Libertad Bajo Palabra.

—Desde luego.

Y el simpático custodio era tan bueno como su palabra.

—¿Valdrá la pena ver al director? —dijo Ricardo alzando los hombros.

Rivera abrió los ojos, interrogante.

—¿Y por qué no?

—¿Dudas que nos diga la verdad? —dijo Figueroa. Ricardo movió la cabeza afirmativamente.

—Pues muchachos, pronto lo sabremos —dije.

El director (cuyo nombre no recuerdo) nos recibió cortésmente. Tal como habíamos quedado, fui yo quien habló. Tanto el señor Halligan como McHugh estaban presentes.

—Señor —dije respetuosamente—, los señores Halligan y McHugh —y les hice una inclinación— tuvieron la bondad de decir que éramos unos prisioneros modelos.

—Desde luego —exclamó Halligan.

McHugh asintió con la cabeza enfáticamente. El director los miró, apretando los labios. Me di cuenta de su expresión. Intrigado, me detuve un momento, para seguir.

—Junto con nuestras solicitudes recomendaron que se nos perdonara.

—Sí —afirmó el director haciendo un movimiento con la mano—. Así es.

Lo miré fijamente.

—Le rogamos que nos explique este misterio. ¿Por qué, si somos prisioneros modelo, se nos ha negado la libertad?

—Caballeros —le dijo a Ricardo, Figueroa y Rivera—. Lo que dice el señor Magón es verdad, y quiero darles una respuesta sincera.

Eché el cuerpo hacia delante, sin quitarle los ojos de encima. Miró a los custodios.

—Los he llamado caballeros porque lo son en verdad y no bandidos —dejó de hablar un momento y añadió después:

—Están aquí en calidad de presos políticos. Mis compañeros se miraron significativamente.

—¿Puedo preguntarle —dije— qué tiene esto que ver con el hecho que nos hayan negado el indulto?

El director, sentado detrás de su escritorio, tenía la cabeza baja, como si no me hubiera oído. Finalmente dio un suspiro, la levantó, con una mirada preocupada. Bruscamente se dirigió a mí.

—Tengo que confesarle, caballero, que precisamente tiene mucho que ver con esto.

Ah, me dije, ¿lo soltará por fin? Guardé silencio, sin dejar de mirarle. Carraspeó, con los dedos dio unos golpecitos nerviosos sobre la superficie de la mesa.

—El señor Flores Magón y estos caballeros son prisioneros modelo. Pero deben comprender que yo recibo órdenes de Washington —se detuvo de nuevo, como si le resultara difícil seguir.

De manera completamente inconsciente, McHugh se le acercó pestañeando. Halligan, con los brazos cruzados, echó la cabeza hacia delante y miró intensamente al director. Era evidente, por la expresión de éste, que lo que tenía que decir le resultaba sumamente desagradable.

—Tengo órdenes estrictas de Washington referentes a su grupo —suspiró y se pasó la lengua por los labios, para añadir después—, no me permiten dejarlos en libertad bajo palabra por ninguna circunstancia.

Figuroa y Rivera hicieron un movimiento violento con la cabeza, como si les hubieran dado una bofetada. Ricardo apretó los puños con los ojos echando fuego. McHugh y Halligan se miraron, con los ojos dilatados de asombro.

Dio un profundo suspiro. Eso era lo que quería que confesara el director; que de hecho el gobierno de Estados Unidos estaba en connivencia con los concesionarios norteamericanos. Nos iban

a mantener lejos de México tanto como les fuera posible. Sucedió entonces un incidente que confirmó sin lugar a dudas lo que había admitido el director. La noticia de que los 12 testigos juramentados habían testimoniado en falso se extendió a través de Estados Unidos. Indignados ciudadanos en diversas ciudades se lanzaron a la acción formando Comités de Defensa de los Magón, y obtuvieron miles de firmas con las copias de las declaraciones juradas, que fueron enviadas a sus senadores —que eran 10, si bien recuerdo— pidiéndoles que se las mostraran al presidente Wilson como prueba irrefutable de la descarada tergiversación jurídica.

¡Imagínense la escena en la Casa Blanca! El senador Marcus Aurelio Smith de Nuevo México explica las razones de la visita de la delegación de senadores. A renglón seguido le entrega los papeles con las firmas y las copias de las declaraciones juradas al jefe del Ejecutivo. Sigue un silencio mientras éste hojea los papeles. Finalmente el presidente Wilson levanta la cabeza. Mira de manera extraña al senador Smith, y pronuncia una frase que deja boquiabierto al grupo de senadores.

—Por Dios, senador —dice abriendo los brazos—, estoy perfectamente convencido de que los Magón son inocentes. Pero no creo que sea conveniente, políticamente hablando, ponerlos en libertad.

Cuando las manos del presidente de la democracia más grande del mundo no están libres para utilizar en una causa justa el poder con el que están investidas, ¿qué podemos decir de los líderes de las naciones donde la más negra reacción está firmemente entronizada?

Nos pusieron en libertad en abril de 1914. Supimos entonces por qué nos habíamos estado enfermado.

Figuroa estaba tan enfermo que su médico le aconsejó que se fuera inmediatamente a Yuma, Arizona, donde el clima y la buena comida le ayudarían a restablecerse. Todos enfermamos del estómago. Además, yo había perdido los dientes y el pelo me había encanecido. Rivera además tenía la espalda débil. Y Ricardo, extenuado físicamente, tenía los nervios despedazados.

El diagnóstico del médico, después de examinarnos, nos dejó mudos. Pensando las palabras cuidadosamente, declaró:

—Todo esto prueba sin lugar a dudas que ustedes fueron envenenados, sutilmente, muy gradualmente.

Mis meditaciones fueron bien amargas. Que un gobierno se vea constreñido por poderosos intereses a encarcelar a hombres inocentes valiéndose de testimonios perjuros no es raro. Las páginas de la historia, manchadas de lágrimas, son triste testigo de las multitudes encarceladas por acusaciones falsas hechas con toda solemnidad por gobiernos tiránicos. Pero estábamos en Estados Unidos, en el lugar de la democracia. Sistemáticamente nos habían envenenado. Todo ello era increíble ¡Si lo pudiera saber el pueblo norteamericano!

Enfermos físicamente como lo estábamos, se nos levantó enormemente el ánimo cuando, después de ser escoltados hasta Tacoma por una delegación de obreros, nos llevaron a Seattle, donde se organizó un enorme mitin en nuestro honor.

—¡Por lo menos algunos norteamericanos lo saben! —dije con el corazón hinchado.

Ricardo no quiso hablar, pensando que no dominaba el inglés lo suficientemente bien. Librado tampoco, por no conocer tan íntimamente como nosotros el movimiento. Por mi parte, pensando que mi voz no se oiría en aquella enorme sala, vacilé. Pero

cuando empecé a hablar, y al oír mi propia voz que rebotaba clara y fuerte —la acústica era excelente— me tranquilicé. Todo el mundo me estaba oyendo. Hablé durante dos horas. En mi apasionada vehemencia —hablé de lo que era y es todavía el interés dominante de mi vida—, olvidé mi estómago enfermo.

Describí, dando detalles, e ilustré con ejemplos específicos, la tragedia de México que había llegado a su desenlace con la revolución; la deuda de la esclavitud bajo Díaz; la desesperanzada miseria de los sin tierra; la imposibilidad de hacer huelgas efectivas, con los rurales y el ejército de Díaz listos a ahogarlas en sangre. Después de explicar los objetivos del Partido Liberal, hablé de las otras ideas de los partidos revolucionarios.

—Amigos míos —dije—, no reelección, sufragio efectivo, había sido el lema de Madero, asesinado el año anterior por Victoriano Huerta. Se preguntarán ustedes qué era lo que le faltaba. Ofrecía retórica en lugar de sustancia. Pasaba por alto la gran hambre de tierra de la masa popular; la urgente necesidad de mejorar económica y socialmente a los trabajadores de la ciudad. ¿Y Villa? De una manera vaga declara que quiere tierra para el pueblo, pero no tiene una idea clara de cómo llevar a cabo lo que piensa. Zapata se concentra en el problema de obtener tierras para los campesinos y muestra poco interés en el sufrimiento de los trabajadores de la ciudad. En cuanto a Carranza, no le importan ni los campesinos ni los obreros; no le interesa más que su propia persona.

Dos horas de hablar sin parar me habían cansado la voz, pero quise que el público me preguntara para que comprendieran claramente todas las fases de los problemas de mi patria.

—Amigos, por favor —exclamé—, pregúntenme todo lo que se les ocurra.

Así, durante dos horas más seguía contestando sus ansias preguntas, que eran verdaderamente serias y penetrantes.

Incitado por estas penetrantes preguntas, que me hacían principalmente los trabajadores, no pude dejar de comentar:

—En México no hay muchos trabajadores que me pudieran hacer preguntas con la fuerza y la lógica que demuestran ustedes. Ustedes tienen educación escolar y tiempo para pensar en lo que leen. ¿Pero cuál es la situación de México? La gran mayoría no sabe leer ni tiene tiempo de pensar después de un día agotador de trabajo.

Al final de la dictadura de Díaz sólo 2.9 millones, de una población de 13.1 millones, sabían leer y escribir. Había ciudades y regiones enteras donde nadie sabía leer.

Señalé la bandera norteamericana sobre la plataforma.

—Los felicito por vivir bajo esa bandera, en un país donde cada niño va a la escuela —no mencioné que esto no era válido para todos los niños negros—. Importa recordar, amigos míos, que para concentrarse como es debido en el aprendizaje de los rudimentos de la enseñanza, el niño debe tener el estómago lleno.

—Y esto —proseguí— nos lleva de nuevo al problema más grave del pueblo mexicano: comer lo que necesita... Les pido que le den su apoyo al Partido Liberal. Hablen con sus amigos, con sus vecinos, y cuéntenles la verdad acerca de México. ¿Lo harán? —grité levantando los brazos.

¡Ah! Qué emoción la mía cuando aquel público amigo se puso en pie rugiendo: “¡Lo haremos. Lo haremos!”

Cuando cesó el griterío y se me aflojó el nudo que sentía en la garganta, dije:

—La voz del pueblo norteamericano es la voz de Dios para su gobierno. Si ustedes, con su buen sentido del juego limpio, exigen

que su gobierno deje de perseguirnos, obedecerá. Entonces nuestra propaganda a través de *Regeneración* no sufrirá ninguna interrupción. De este modo con la ayuda de ustedes y la de sus amigos nos dejarán en paz, la circulación e influencia del periódico aumentará, y nuestro programa de reforma política, social y económica será impuesto por la opinión mexicana ilustrada de sus dirigentes.

La atronadora respuesta de aquel público hizo que me diera cuenta más que nunca del enorme vacío que existe entre el hombre de la calle de Estados Unidos y los que en altos puestos de la industria y del gobierno los utilizan para su daño.

Como orador principal en muchas reuniones sucesivas, mi conocimiento de varias lenguas me fue útil. Según las circunstancias, hablé en inglés, español, francés, italiano o portugués. Durante los cuatro meses siguientes, hablé en mítines de la costa occidental hasta que llegamos de nuevo a Los Ángeles en el mes de agosto de 1914. Promover los objetivos del Partido Liberal: ese era el patrón por el que guiábamos nuestras vidas. Y para realizar este gran objetivo establecimos una colonia organizada comunalmente en Edendale, en la parte noroeste de Los Ángeles, cerca de Silver Lake. Éramos 36: diez trabajadores, y el resto, mujeres y niños. Todo el dinero que ganábamos los hombres se lo dábamos a Rivera, y luego lo dividíamos de acuerdo con las necesidades de cada individuo o familia, de la manera más económica que podíamos. Lo que sobraba iba a parar al fondo para mantener *Regeneración* y para todas las otras actividades que fomentaban los objetivos de nuestro programa.

Por ejemplo, yo ganaba 15 dólares al día como artesano en la planta Van Vorst Manufacturing Company, en la calle 24 y Center; pero mi familia —esposa, cinco hijos, un tío— y yo, vivíamos con

nueve semanales. Vida ciertamente poco suntuosa, pero nos las arreglábamos mucho mejor que la mayoría que sufría en México.

Además de las habitaciones, teníamos allí una imprenta y tres acres de huerta frutal, más cuatro y medio de huertas de verduras que cultivábamos Ricardo, Rivera, Figueroa y yo. ¡Si las autoridades de Estados Unidos nos dejaran en paz! Pero yo presentía que pedía lo imposible.

¿Mi actividad diaria? Trabajar en la fábrica; llegar a casa, dedicarme un rato a la huerta; cenar; arreglar la habitación que servía de oficina y de cuarto editorial, sacar una copia de *Regeneración* o manejar la imprenta hasta las tres de la mañana. Dormía un promedio de cuatro horas al día. ¿Monótono? La rutina del trabajo cansa, si el único interés es sacar un cheque semanal. Mis trabajos intensificaban la devoción que le tenía a nuestra causa.

Con creciente ansiedad seguíamos el furioso burbujear de la caldera revolucionaria. En el mes de febrero de 1913, el execrable Victoriano Huerta, que había asesinado a Madero y al vicepresidente Pino Suárez, se apoderó de la presidencia. En relación con esto quiero recordar un suceso que afectó mucho el curso de la Revolución. Proporciona una profunda visión del funcionamiento de la mente de Venustiano Carranza. Por la gracia de Díaz —y no por los votos del pueblo— era gobernador del estado de Coahuila. Era rico y, como muchos otros ricos, miembro del corrompido y reaccionario “Partido Científico” que se había agarrado a la teoría de Darwin de los más fuertes para justificar su pervertida idea de que el indio era un ser inferior que merecía poca consideración como ser humano.

Con envidia cada vez mayor, Carranza había contemplado la subida al poder de Madero. Con la serpiente de la ambición

silbándole en el oído, había reunido un ejército para caerle encima a Madero cuando he aquí que le llegan noticias del asesinato de éste. Inmediatamente redactó un telegrama dirigido a Huerta. En este infame mensaje felicitaba calurosamente al asesino de haber librado al país de Madero y le proponía que juntaran sus fuerzas. Luego se le ocurrió la idea de que le daría más fuerza al telegrama de felicitación si hacía que el presidente del Comité Permanente de la Legislatura de Coahuila lo firmase y lo enviase.

Sucedió sin embargo que el presidente, Atilano Barrera, era un miembro del Partido Liberal, Carranza —sale sobrando el decirlo—, lo ignoraba. Firmar un mensaje como ése horrorizaba a Barrera, pero expresar su oposición era inútil. No obtendría con ello más que la satisfacción de desahogarse y la enemistad de Carranza, seguida prontamente sin duda por los mimos de un pelotón de fusilamiento. No obstante, estaba dispuesto a no llevar a cabo la propuesta de Carranza, pasara lo que pasara. Con el dedo puesto sobre el telegrama, movía afirmativamente la cabeza como si estuviera de acuerdo mientras pensaba a toda prisa en una explicación para no firmar. Pero no se le ocurría ninguna. Carranza dejó oír una tos de impaciencia. Barrera empezó a desesperarse.

—¡Su firma! —exigió Carranza.

—Estoy pensando, excelencia —contestó Barrera tratando de ganar tiempo.

—¿Y qué es lo que hay que pensar?

—Este telegrama —tartamudeó el pobre Barrera, ya en las últimas. Carranza lo señaló.

—¡Deje ya de pensar! ¡Fírmelo!

De repente, el acosado presidente del Comité Permanente tuvo una inspiración.

—Excelencia—, no envíe este telegrama.

“Su excelencia” se le quedó viendo estupefacto.

—¿Está usted mal de la cabeza, Barrera?

—Al contrario. Le puedo afirmar que nunca ha trabajado mejor en servicio de su excelencia.

—Vamos al grano, Barrera. ¿Por qué no habría de enviarlo?

—Tengo una idea mejor.

—¿De veras? ¿Y cuál es esta famosa idea?

—El suyo es un ejército formidable. Úselo para vengar a Madero.

Un fuego brilló en los ojos de Carranza. La idea era espléndida. Le ofrecía una oportunidad dorada para aprovecharse del asenato de Madero. Le dio un caluroso apretón de manos a Barrera, siguió su consejo y se convirtió en un héroe. Tengo lo anterior escrito con muchos detalles por la hija de Barrera, Consuelo, que vive en la Ciudad de México.

Respaldar a Carranza como presidente era inadmisibile, conociendo que no era amigo del pueblo. Contra él trabajamos. Como Madero, nos cortejó. Envió a Mother Jones a convencernos de que nos convendría enormemente aliarnos con él. Por medio de ella nos ofreció puestos importantes en su gobierno.

—Enrique y yo la estimamos mucho, Mother Jones —le dijo Ricardo—. Pero se engaña usted aceptando esta misión. Carranza no es un hombre íntegro. Ha cometido usted un error capital creyendo que lo es.

—La causa —añadí— que usted propugna, Mother Jones, no es digna de sus generosos instintos.

Desconfiábamos de Carranza. Los obreros de la ciudad y los campesinos lo odiaban. ¿Por qué? Citaré algunos incidentes de

entre muchos para ilustrar esto. Uno de los tornavoces que le hacían eco a sus declaraciones era Gerardo Murillo, Dr. Atl. En *Atalaya*, el periódico que publicaba Atl, se proclamaba vehementemente el amigo de los trabajadores.

Cuando el Sindicato de Electricistas se lanzó a la huelga en la Ciudad de México, Carranza impartió instrucciones a sus hombres de que le llevaran a los jefes. Felices de pensar que el presidente intervendría como árbitro, los once miembros del comité de huelga siguieron ansiosamente a Atl al Palacio Nacional.

Carranza, con los generales Álvaro Obregón y Benjamín G. Hill al lado, lanzó una mirada de indignación a los miembros del comité. Ante recepción tan inesperada, se quedaron estupefactos.

—¿Por qué se han declarado en huelga? —exclamó, agitando la mano ante ellos.

—¡Son ustedes traidores a su patria! —gritó con furia—. No mancharían un machete dándoles con él. Debieran ser echados a patadas de aquí. Ahora les ordeno que le digan a su sindicato que vuelvan al trabajo.

El comité de huelga, boquiabierto, se le quedó viendo estupefacto.

Entonces Ernesto Velasco, jefe del sindicato, dijo:

—Excelencia, permítame que le relate las causas que finalmente nos obligaron a hacer huelga.

—Han paralizado el servicio de fuerza motriz de la ciudad —rugió Carranza—. Es un acto vergonzoso e imperdonable contra el interés público. No lo permitiré.

Le acercó el rostro barbudo al de Velasco y añadió, sibilino:

—¿Lo entiende? ¡No lo permitiré!

Velasco alzó las manos suplicante.

—Excelencia, lo único que pedimos es que la compañía nos dé un trato humano.

—¡Basta! —y Carranza le apuntó con el dedo—. Le ordeno que suspenda la huelga.

Los ojos desafiantes, Velasco se volvió a sus compañeros. Respondieron a su silenciosa pregunta meneando las cabezas ceñudamente. Mirándole de hito en hito, Velasco dijo:

—Siento decirle a su excelencia que tenemos que negarnos.

Dando un taconazo, con voz sofocada, Carranza le ordenó a uno de sus oficiales:

—Aplique a estos hombres, como traidores, la ley de 1862.

¡Era la pena de muerte! En ese momento el general Hill le ordenó a las mujeres del comité que se marcharan. Una de ellas gritó:

—No nos marcharemos. Queremos que nos traten lo mismo que a nuestros camaradas.

—Muy bien —gruñó Carranza—. Arréstenlas. También son culpables.

Viendo cómo se llevaba al comité, Atl empezó a sentirse sumamente incómodo. ¿Qué explicación podría darle él a la clase trabajadora de lo que había sucedido? Era él quien había presentado el comité de huelga al jefe del Ejecutivo. Le llamarían traidor. ¡Perdería su influencia sobre ellos!

—Excelencia —le dijo a Carranza—, con todo el respeto, permítame que le diga que ha cometido una injusticia contra esos hombres.

Carranza lo miró fijamente.

—¿Qué demonios quiere usted decir?

Atl se inclinó ante la tormenta.

—Excelencia, vinieron aquí invitados por usted. Tiene usted que ordenar que también me encarcelen a mí.

Su jefe se echó a reír.

—Justo.

Y con gran diversión de los generales Obregón y Hill mandó que detuvieran a Atl en una de las habitaciones del Palacio Nacional, por insubordinación.

Entonces, el dictador envió tropas para ocupar las oficinas del Sindicato de Electricistas. Ordenó patrullar la ciudad, con policías en las esquinas. No se permitió la reunión de grupos de más de tres personas. Cualquier persona sospechosa era arrestada. Una fuerte guarnición de soldados fue enviada a la planta generadora de Necaxa. En el mes de agosto de 1916 promulgó su asombroso decreto: los huelguistas y los simpatizantes que asistan a las reuniones de protesta de los huelguistas serán fusilados...

Cuando la noticia de la sentencia de muerte pronunciada contra los once llegó a Edendale, dejamos todo para dedicarle nuestra atención. Apresuradamente enviamos telegramas a sindicatos de Estados Unidos, cables a sindicatos europeos y otros de todas partes del mundo, instándoles a protestar.

Su respuesta fue inmediata y explosiva. En la mesa del dictador se amontonaron tal cantidad de telegramas y cables indignados que su peso venció su resolución y puso a los once en libertad.

Su repugnancia a meter los dientes en el artículo 27 de la Constitución de 1917 —para llevar a cabo la reforma agraria— precipitó la justa rebelión de Zapata. De los enormes latifundios que Carranza expropió, distribuyó 450 mil acres insignificantes, dejando a millones de campesinos, ansiosos de tierra, hambrientos; una repartición de los tiempos de Porfirio Díaz.

Como lo declaró el periódico mexicano *Correo del Bravo*, publicado en El Paso, en junio de 1914:

Pan y tierra son lo que desean los necesitados, y hasta que no se les den, la guerra fratricida ensangrentará los campos. Venustiano Carranza nunca dará tierra a los pobres, porque es un déspota. No daría pan a los pobres, porque tiene que enriquecer a los Científicos que le rodean; zopilotes insaciables que dilapidan el dinero del pueblo en bacanales escandalosas. No hay tierra para el pobre, pero sí vino de sobra, dinero e indulgencia sensual para los jefes y sus sibaritas. La guerra actual es una guerra del pobre contra el rico. Carranza es uno de los ricos. Apenas había empezado Lucio Blanco la distribución de tierras en Tamaulipas cuando fue privado de su mando. Al oír Carranza que las tierras estaban siendo examinadas en Sonora acudió allí furioso para detener la distribución; cuando Villa comenzó a confiscar tierras en Chihuahua Carranza fue para terminar con eso. Carranza no cumplirá las promesas que hizo al pueblo y debe ser repudiado.

En el periódico *Atalaya*, Atl, con técnica indecente, tocaba variaciones de las inspiradas composiciones de su amo Carranza. Por ejemplo: “El gobierno del camarada Carranza, hecho por la Revolución, no puede cumplir las promesas de la Revolución por esos bandidos del sur mandados por el proscrito Zapata. Por lo tanto, si queremos que el camarada Carranza realice las promesas de la Revolución, nosotros, los trabajadores, tenemos que organizamos en Batallones Rojos y aniquilar a esos bandidos”. De este modo, con el consentimiento de Carranza, Atl cometió el crimen de poner hermano frente a hermano, obrero contra campesino.

Trabajadores engañados se enlistaron en los tales Batallones y se lanzaron contra Zapata. ¡Qué tragedia! Tardó muchos años en disipar el odio del campo contra la ciudad.

¿Cómo puedo expresar la emoción de gratitud que llenó nuestros corazones por nuestros amigos europeos que declararon su apoyo en inapreciables cartas y en apoyo económico igualmente inapreciable? Todo esto no era un secreto para Carranza ni para su brazo derecho Atl, quien decidió intervenir. Envío a una de sus personas *non gratas*, llamado Octavio Jahn, a París.

¿Por qué París? Para ganarse la confianza de Jean Grave, editor del influyente *Temps Nouveaux*. Jean, pájaro de mal agüero, llevé a cabo su misión admirablemente. Le metió en los crédulos oídos al editor toda una serie de cuentos fantásticos acerca de nosotros.

Completamente engañado, el crédulo Grave empezó a atacarnos en su periódico. Hirviendo de indignación, blandió la maza de sus editoriales sobre nuestra cabeza. Proclamó que los hermanos Magón éramos unos estafadores y unos mentirosos. Que inventábamos y tergiversábamos las noticias de México para extraer el dinero ganado con tantos trabajos por los obreros europeos. Luego, para probar lo que decía, desarrolló una tesis interesante: el movimiento mexicano no era en absoluto una revolución social; y reforzó su argumento con la profunda observación de que no podía serlo porque no iba acompañado, como en Europa, por la erección de barricadas.

Pero no estábamos completamente indefensos. El príncipe Kropotkin —quien renunció a sus derechos al trono de Rusia para convertirse en un socialista libertario—, contestó a Grave. En su carta, Kropotkin le recordó que “México no es Europa. Es un país

principalmente agrícola. Y los revolucionarios sociales mexicanos, ocupados en la expulsión de sus opresores, y no dándose cuenta de que tienen que seguir el mandato de usted para dirigir una revolución social, han olvidado por completo levantar barricadas”.

Mientras Europa se retorció de risa con el desconcierto de Grave, al mismo tiempo su injustificado ataque nos hizo daño. Muchos que sí leyeron a Grave, no conocieron la contestación de Kropotkin, y muchos simpatizadores dejaron de sostener nuestra causa, razón por la cual no se puede esperar que incluyamos a Carranza y a Atl en nuestras plegarias. Poco a poco la atmósfera de Edendale empezó a ponerse tensa. En vista de nuestras experiencias era demasiado esperar que las autoridades de Estados Unidos nos dejasen en paz para publicar *Regeneración*. Lo que nos atormentaba continuamente, como un fantasma que se niega a descansar era: ¿cuándo caerán de nuevo sobre nosotros?

Un día de marzo de 1916, mientras Ricardo y yo trabajábamos en la oficina junto al cuarto de la imprenta, oímos voces extrañas fuera de la casa. Unos segundos después irrumpían en el cuarto el *deputy marshal* de Estados Unidos Thompson y sus hombres. Ante la provocadora actitud de Thompson me irrité:

—Déjenme ver la orden de arresto —le dije.

—Desde luego. Aquí lo tiene —y me agitó el papel delante de la cara. Lo leyó. Luego, dejó caer la mano derecha pesadamente sobre mi hombro, y de una manera repugnantemente melodramática exclamó:

—En nombre del presidente de los Estados Unidos.

El que alguien me ponga las manos encima me da retortijones. En este caso me fue más odioso por la actitud dominante del tipo. Ricardo, que me observaba ansiosamente, me gritó en español:

—¡Cuidado Enrique, no le des pie para que te ataque! —y agité la mano enfadado.

—Este animal me da asco —y volviéndome a Thompson—. ¿Por qué no dice en nombre del rey mientras actúa, monigote? —y aparté su brazo bruscamente.

Se puso lívido de ira y se arrojó contra mí. Evité el puñetazo. Sus hombres se me echaron encima, me tiraron al suelo y me arrastraron a sus pies. Mientras estaba de pie, jadeante entre los brazos de mis aprehensores, se acercó Thompson con una sonrisa sádica en la cara brutal y una pistola en la mano derecha.

—¡Cuidado Enrique! —me gritó Ricardo. Me encogí de hombros.

—¡Nada puedo hacer con estas sabandijas pegadas a mí!

—¿Con que se cree muy listo resistiéndose a los representantes de la ley? —me dijo en tono de mofa Thompson, aún con su ridícula sonrisita.

Parecía que me había llegado la hora. Thompson podía jurar que había luchado contra él y sus hombres y que me había disparado en la lucha. En tribunal parcial, el único testimonio, de Ricardo, poco peso tendría contra el de Thompson y sus hombres.

Miré con odio al *deputy marshal*.

—¡Qué valiente es usted con una pistola contra un hombre desarmado!

Desapareció su sonrisa y gruñó como un perro rabioso.

—Pinche mexicano, hablas demasiado.

Y en efecto, mi lengua pudo más que mi prudencia.

Cerdo asqueroso —le dije iracundo—, si tuviera los brazos libres te contestan como te mereces. Por un momento ni pestañeó. Luego, lanzando una maldición, cambió la pistola de mano y me

dio con la culata en un lado de la cabeza. Oí un rugido de rabia de Ricardo al ver salir la sangre, que me cubrió de pies a cabeza. El terrible golpe me mareó; volviendo en mí, y como no tenía otra manera de defenderme, le di una patada al animal en la ingle, que lo envió bamboleante hasta el otro lado de la habitación. Esto, observé satisfecho mientras me caía la sangre por la cara, le quitó algo del valor y me salvó de más golpes.

Nos llevaron a Ricardo y a mí a la cárcel del condado de Los Ángeles.

Nos convertimos entonces en una buena presa para el *Los Angeles Times* de Otis y el *Los Angeles Examiner* de Hearst. Utilizando su considerable talento como tejedores de historias portentosas, nos describieron como villanos de la peor especie.

En vista de las enormes posesiones de sus dueños en México, que no querían que los hermanos Flores Magón las molestaran, sus diatribas no eran inesperadas.

Entre los viriles comentarios del *Examiner* apareció uno en el sentido de que no podría esperarse que los hermanos Magón se callaran hasta que no se ahorcara a uno con los intestinos del otro. El *Times*, loco de admiración por esta sensual filípica, que tenía por objeto inflamar a la opinión pública, la repitió en sus columnas. Pero estos periódicos reaccionarios no representaban los puntos de vista de muchos ciudadanos de Los Ángeles y de otros. Entre los que respaldaron calurosamente nuestros objetivos y expresaron sus sentimientos se contaban organizaciones como: Los Angeles County Building Trades Council; Los Angeles Central Labor Council; May Day Federation of Los Angeles; Socialist Party of Los Angeles; Socialist Party of Nevada; Socialist Party of San Antonio, Texas.

Entonces, con la solemnidad debida, las autoridades demostraron una inventiva rayando con lo fabuloso. ¡Nos acusaron de imprimir literatura obscena en *Regeneración* y de enviarla por correo!

Para nuestra sorprendida inteligencia esta era una verdadera novedad.

Según el diccionario, obsceno significa “impúdico, torpe, ofensivo al pudor”. Verdad es que señalamos muchos actos del gobierno de Carranza que eran impúdicos y repugnantes y que ofendían los sagrados derechos del pueblo mexicano. Pensé, echado en mi celda, que el gobierno de Jorge III había cometido ciertos actos contra las colonias de América que éstas consideraron groseros y repugnantes y un ataque contra su honor. ¿Y no fue ésa verdaderamente la causa para romper las cadenas que los ataban a la madre patria? Pero el haber llamado la atención del patriótico fiscal del distrito sobre esta verdad histórica podría haberle hecho perder el equilibrio.

He aquí el luminoso rincón desde el cual ese profundo pensador alumbró el tema de la obscenidad.

—Los hermanos Magón —dijo— siempre hablan en sus escritos revolucionarios de ideas revolucionarias; la lectura de sus artículos dio a los lectores ideas de robo, incendio y asesinato. Por lo tanto sus escritos son obscenos.

Me parece a mí que el fiscal podría haber acusado de obscenidad más bien al *Examiner* y al *Times*. Estos periódicos de amplísima circulación seguían la política (y todavía lo hacen) de publicar edificantes detalles acerca de los juicios de divorcio locales, casos de muerte repentina, crímenes sensacionales, acompañados de “inocentes fotografías”. ¿Tendría que haberse esforzado el

fiscal de distrito —como lo hizo en nuestro caso— para acusarle de obscenidad? Creo que no. Ni hubiera tenido que violentarse demasiado la conciencia, como lo hizo cuando, sin mucha gracia, redactó la acusación de obscenidad.

Si nos quedamos asombrados ante tal absurdo, ¡imagínense nuestros sentimientos cuando el tribunal lo sostuvo, y nos condenó a tres años de cárcel a mí y uno a Ricardo!

Se nos fijó una fianza de 50 mil dólares a cada uno. Era una gran cantidad de dinero para reunir, y nosotros nada teníamos; pero contábamos con una multitud de simpatizantes que estaban indignados por la “justicia” que se nos había hecho. Entre ellos había unos cuantos ricos de Los Ángeles, deseosos de dar la fianza. En lugar de dinero en efectivo quisieron ofrecer bienes raíces. Para que se pudiera aceptar la propiedad, tenía que tener un valor cuatro veces superior al de la fianza en dinero en efectivo, es decir, 400 mil dólares.

Mucho le repugnaba al celoso fiscal de distrito que nos pusieran en libertad bajo fianza. Pero parecía que no había nada que hacer. Aunque luego pensó que quizás podría.

—Caballeros —dijo—, permítanme que les ofrezca mi consejo profesional.

—Acerca de qué —preguntó uno de nuestros amigos.

—Acerca de la fianza de los Magón —meneó la cabeza como haciendo una advertencia—. Les voy a confesar algo, para su propio bien. ¡Pueden perder su propiedad!

—¿Cómo está eso? —preguntó otro de los que habían ofrecido la fianza.

—Los hechos hablan por sí mismos.

—No entiendo. ¿A qué se refiere usted?

El fiscal de distrito extendió las manos y habló con voz impresionante.

—¿No saben ustedes que los Flores Magón se oponen a la propiedad privada?

—¿Está usted seguro? —preguntó otro de nuestros amigos.

El tono de sarcasmo de su voz no hizo mayor impresión en el fiscal de distrito.

—Sí, señor. No me fiaría de ellos bajo ninguna circunstancia.

—¿Qué quiere usted decir?

—Evidirán la fianza y ustedes perderán sus propiedades. Nuestro amigo movió la cabeza solemnemente.

—Parece que tiene usted una bola de cristal. El fiscal de distrito se rascó la cabeza.

—¿Una bola de cristal? No lo entiendo.

—Yo se lo explicaré —dijo nuestro amigo sonriendo—. Se me ocurre que tiene usted una habilidad maravillosa para leer el porvenir.

Otro del grupo añadió con impaciencia:

—¿Por qué se preocupa usted tanto, señor fiscal? ¿De quién es la propiedad?

Sin saber qué decir ante eso, se calló un momento, buscando una respuesta.

—Suya naturalmente —dijo por fin.

—Entonces ¿por qué no deja usted que nos preocupemos nosotros mismos?

Gracias a la amabilidad de estos amigos, nos pusieron en libertad. Mientras interponían una apelación, volví a trabajar en Van Vorst, en el huerto y en *Regeneración*.

Con febril intensidad siguió nuestro grupo las discusiones de la Convención que se reunió en Querétaro en diciembre de 1916 para revisar la Constitución. ¿Cómo podía Carranza ni siquiera soñar los trascendentales cambios que habían de salir de la reunión, él, que aspiraba a ser un dictador tipo Díaz, de una manera un tanto menos severa? Carranza ansiaba el poder y esperaba del pueblo una obediencia borreguil. Pasó por alto con toda frescura el vergonzoso hecho de que su gobierno estaba agusanado de corrupción. El grupo de íntimos que había colocado en varios puestos robaban tan abiertamente que *carrancear* se convirtió en sinónimo burlesco de robar.

Esta figura anacrónica de barba patriarcal estaba ciego al hecho de que estaba viviendo en el pasado; que el feudalismo había sido consumido en las llamas de la Revolución; que un cambio político sin una limpieza social total no era más que un gesto sin sentido para un pueblo ansioso de tierra y de condiciones de trabajo menos penosas.

Comparados con los seguidores de Carranza, Madero, Villa y Zapata, los miembros de nuestro partido en la convención no pasaban de ser un puñado. Pero entraron en aquella histórica convención con algo que les faltaba a los demás: un programa definido que incorporar en la nueva Constitución. ¡Nuestro programa de 1906!

Con ardiente entusiasmo e incansable energía mantuvieron su crisol. Tengo que volver a nombrar a los más importantes, porque el trascendental carácter de su logro abrió nuevos panoramas en el paisaje político, económico y social de México, cuyo fin todavía no ha llegado. Estos fueron los hombres aquellos: general Francisco Múgica, general Esteban Calderón, ingeniero Pastor Rouaix, licenciado Molina Enríquez, profesor Luis Monzón y Alfonso Cravioto.

Con lógica irrefutable, transparente sinceridad y apasionado ardor, estos paladines del pueblo encendieron en los otros el entendimiento de los verdaderos problemas.

La nueva Constitución nacida el 5 de febrero de 1917 coronó brillantemente sus labores. Es un edificio construido sobre los sólidos cimientos de nuestro programa de 1906. ¡Considérense las profundas repercusiones del Artículo 27! Decretaba que las tierras que habían sido robadas a los pueblos —los ejidos— y todas las otras tierras también robadas fueran devueltas a sus debidos dueños. Para satisfacer el hambre de tierra de los que no la tenían, habría que tomarla de las grandes haciendas, y compensar a los dueños con bonos del gobierno. ¿Y el trabajo obrero? El Artículo 123 le dio la protección necesaria para que los obreros pudieran tratar con éxito con los patronos. Se logró esto invistiendo al gobierno con el poder de controlar tanto las actividades de los sindicatos como las de los empleados. En otras palabras, se convierte en árbitro en caso de disputa, reglamento o contrato hecho.

Verdad es que varias de las disposiciones de la Constitución son más deshonradas en la violación que honradas en la práctica. Otras no son seguidas en absoluto, como la participación de los trabajadores en las ganancias de la empresa para la cual trabajan.

¡Pero, por Dios, las leyes están en los libros! Lentamente, vacilante, a medida que el pueblo hace valer sus derechos más y más, la legislación escrita con letras de sangre —su propia sangre— va aumentando visiblemente en su aplicación. Mantengo lo siguiente: que aun el más burdo egoísta —y Dios sabe que esta tribu oscurece el panorama económico de México— será con el tiempo educado por la fuerza irresistible de la historia en progreso. Aprenderá que el bienestar general desarrolla provechosamente —en el mejor

sentido de la palabra— su propio interés. Sobre esto descansa mi esperanza de que con el tiempo la Constitución será observada con el mismo espíritu que nos impulsó a redactar sus fases más vitales en nuestro programa de 1906.

Verdad es que todavía no lo veo, ni que esté cercano ese día. Pero estoy más seguro de que llegará a realizarse, de que ganaré entrada en el paraíso.

El 16 de mayo de 1918, en Van Vorst, me llamó a la entrada un empleado de la oficina. Me dijo que una niña llorando me esperaba afuera. Era Esperanza, mi hija de 13 años.

—¿Qué te pasa, chula? —le pregunté ansiosamente—. ¿Pasa algo en casa?

—No papacito —dijo sollozando—, se trata de ti.

—Vamos, anda, dime —le dije acariciándole el brillante pelo—. ¿Qué pasa?

—Mi mamá dice que le han dicho a tu abogado, el señor Rychman, que tienes que ir al *marshal* de Los Ángeles —y mi hija soltó nuevas lágrimas.

—¿Y para qué me quiere el *marshal*, Esperanza?

Se echó en mis brazos, llorando como si le fuera a romper el corazón.

—¡Ay papacito, te llevará a una prisión de Leavenworth, en Kansas, y allí tendrás que estarte tres años!

Así supe que mi apelación, llevada hasta la Suprema Corte de Justicia de Estados Unidos, había fracasado.

Un personaje en Leavenworth

Como no sabía nada de mis actividades fuera de las horas de trabajo, mi jefe se sorprendió mucho cuando le expliqué mi situación. Me aseguró que:

—Revolucionario o no, Enrique, es usted uno de los mejores obreros que tengo, y aquí tendrá usted trabajo siempre que quiera. Nos dimos la mano, me dieron mi cheque y me fui a casa a despedirme de la familia.

Casi desde el día en que me casé con Teresa en El Paso en 1905, estaba yo o bien huyendo de las malvadas garras de las autoridades de Estados Unidos o bien cayendo en ellas. Tanto ella como yo deberíamos de habernos acostumbrado a esta rutina para entonces, pero no lo estábamos. Su devoción a la causa era ardorosa y tierna. En otro lugar he contado brevemente el peligroso trabajo que realizó como delegada en México. Y muchas fueron las ocasiones en Estados Unidos durante las cuales dio prueba de su firme espíritu.

En la época en que Ricardo y los miembros más importantes de la Junta Organizadora estaban encarcelados en Los Ángeles hizo de mensajera de Ricardo llevando sus artículos de la cárcel a *Revolución*, que sustituyó provisionalmente a *Regeneración...* bajo el nombre de Teresa Téllez. Para mantener a su familia —mientras yo seguía con nuestras actividades en otra parte— trabajaba como recolectora de fruta en la región alrededor de Los Ángeles... Cuando Ricardo y yo fuimos encarcelados en McNeil Island organizó comités para llevar nuestro caso ante la atención pública.

—Somos una pareja única —le dije—. En la vida matrimonial normal, Teresa, el marido y la mujer se ayudan mutuamente, lo cual refuerza su cariño y los acerca más. Cuando pienso en la clase de vida que llevamos, con la amenaza de arresto constantemente sobre mi cabeza, tú arriesgándote siempre para apartar el peligro de mí o de Ricardo o de otros camaradas nuestros... pues todo lo que puedo decir es que somos una pareja distinta...

—Claro que lo somos —Teresa sonrió a través de sus lágrimas—. El resto de la gente vive una vida segura. ¿Cuándo podremos hacerlo nosotros?, me pregunto —añadió seriamente.

Yo también me lo preguntaba a mí mismo.

¡El dolor que me produjo despedirme de ella y de los niños! ¡Bamos a estar separados durante tres largos años, una eternidad. Por fin terminamos de despedirnos.

Me presenté a las autoridades y me llevaron a la penitenciaría de Leavenworth.

¿Se aplicaba la discriminación contra los mexicanos en Leavenworth? Sí, contra mexicanos y negros. La penitenciaría,

aunque en Kansas, pertenecía en espíritu al sur. Se practicaba la discriminación con tan religiosa atención como si las autoridades hubieran recibido un mandato directo de Dios. Y eran tan totalmente inconscientes de los aspectos no cristianos de su complejo de superioridad racial, como lo fueron más tarde los nazis de Hitler.

¡Por supuesto que se consideraban cristianos! ¿No estaba su penitenciaría santificada por la presencia de un capellán? ¿Y no participaban de las bellezas morales de las Escrituras?

Yo era mexicano. Por lo tanto no era más que lógico el darme el trabajo más duro y ordinario. En la fábrica de ladrillos. Mis compañeros de trabajo eran, naturalmente, mexicanos y negros.

La primera vez que aparecí, sucedió algo extraordinario. Todos los mexicanos, que eran como unos treinta, se apartaron de mí con grandes muestras de terror. Me les quedé viendo, asombrado. ¿Qué les pasaba? Sólo un hombre, no mexicano, permaneció donde estaba. Era un español, chaparro, robusto, de unos cuarenta años, que sonreía con desprecio a mis compañeros al mismo tiempo que me daba la mano. Se llamaba Manuel Ferrer.

—Son unos estúpidos supersticiosos —dijo.

Los miré fijamente. Eran en su mayoría del tipo que se encuentra en los barrios bajos de México y de otras grandes ciudades: ignorantes, degradados y no muy honrados.

—¿Por qué se apartan de mí? —pregunté. Ferrer me explicó.

—Son muy religiosos. Quiero decir, estúpidamente religiosos. Me han estado dando la tabarra con un cuento acerca de Lucifer. Que Lucifer va a venir. No pregunté de dónde habían obtenido esa información. Pero cuando usted vino decidieron que era usted Lucifer.

—¿Qué? ¿Parezco Lucifer?

—No lo sé —contestó riendo—, nunca lo he visto. Pero no lo creo.

—Y usted ¿por qué no se asustó?

Ferrer abultó el labio inferior en un gesto divertido.

—No creo en toda esa porquería.

Levantó la cabeza y los ojos le brillaron.

—¡Pero no crea que no sé quién es usted, señor Flores Magón! Mucho he leído acerca de usted y de su hermano Ricardo. Lo que ustedes hacen para ayudar a los trabajadores es una buena lucha... —y siguió del mismo tenor.

Por sus comentarios pensé que tenía tendencias socialistas. Le pregunté si era socialista.

—Para ser socialista —dijo seriamente—, antes tengo que ser una buena persona.

—Usted me parece que lo es.

—No me conoce usted, señor Flores Magón.

—Para serlo —continuó— tendría que ser un hombre que no dudase en dar su libertad y su vida entera por el bienestar de otros —más despacio, en un tono pensativo, añadió—. Si quisiera, podría ser socialista.

Me quedé encantado con su extraño y sencillo comentario.

—Tenemos que ser amigos —le dije.

Y nos dimos la mano de nuevo.

Mi trabajo no me exigía gran inteligencia. Pero se necesita mucha resistencia. Metía los ladrillos sin cocer en el horno. Una vez cocidos, los sacaba con la mano desnuda y los ponía sobre una carretilla que llevaba hasta el patio y disponía los ladrillos en nítidas hileras. Trabajo de obrero común. Esto en sí no me molestaba, pero sí tener que manejar los ladrillos ardiendo. Cuando los sacaba

del horno, sus ardientes superficies, rugosas como crudo esmeril, me ponían las manos ásperas.

Pronto esto empezó a abrirme agujeritos en las yemas de los dedos, de donde salían chorritos de sangre como agua de un bote perforado. No sirvió el que se lo dijera a los guardias. Se rieron y me dijeron que ya me acostumbraría, advirtiéndome que no lo convirtiera en un pretexto para no trabajar.

“¡Malditos animales!” dije entre dientes mientras me alejaba. No tenía ganas de quedar con las manos inválidas como las de mis compañeros de trabajo. ¿Pero cómo evitarlo? Día a día se me ponían las manos peores, mientras pensaba cómo resolver el problema. Por fin se me ocurrió algo. Al día siguiente me fui al hospital, so pretexto de estar enfermo. En un armario vi una docena de grandes rollos de tela adhesiva. ¡Precisamente lo que me hacía falta! Mientras el médico me daba la espalda, cogí un rollo... Los dedos, una vez cubiertos con el esparadrapo no me volvieron a molestar.

En el mundo encerrado de la prisión, cualquier cosa que uno haga para estar cómodo, se convierte en una satisfacción mayúscula. A menudo la satisfacción es tanto más grande si se consigue rompiendo algún reglamento brutal, como en este caso. Más tarde descubrí algo muy valioso en el patio: un par de viejos guantes de cuero. Poniéndolos al revés, me protegían las manos mejor que el esparadrapo.

Quizás piensen ustedes que Leavenworth era una mera penitenciaría federal. ¡Pero no! Era más que eso. Era una fábrica productora de locos y tuberculosos. No tardé mucho en averiguar que los reclusos tenían que observar las regulaciones hasta el más mínimo detalle. Cometer una infracción suponía sufrir

una o varias de las torturas que el mundo civilizado creía que habían desaparecido con la Inquisición. Un compañero de cárcel me contó una.

—Me metieron en la mazmorra —dijo, todavía blanco y tembloroso de su odisea—. Uno de aquellos cabrones me ordenó que me pusiera contra la pared. Miré hacia arriba y vi un anillo y unas esposas de hierro que sobresalían del muro. El mismo ser repugnante dijo: “¡Levante los brazos!” Me negué a ello. Entonces me dio en la cabeza con su porra. Levanté los brazos. Me abrochó las esposas. ¡Así me estuve de la mañana a la noche por dos días enteros!

A medida que la circulación disminuía, los brazos del infeliz se le iban durmiendo; el cuerpo empezaba a ceder a su propio peso de cruel cansancio; la cabeza le daba vueltas de la constante tortura. Sólo dos veces le soltaban las esposas: para permitirle beber un vaso de agua y comer un pedazo de pan, que era todo lo que le daban en 24 horas y para permitirle dormir la noche sobre el frío concreto sin cobertura alguna.

¿Necesidades físicas? No les proporcionaban cuidado alguno si el prisionero les caía mal a los guardias; o porque no podían entender lo que pedían en los gritos roncós e inarticulados que profería su enajenada garganta. En cuanto a los prisioneros más testarudos, permanecían muchos días en la mazmorra, echando los pulmones por la boca o volviéndose locos.

No agotaba esto de ninguna manera los recursos de las autoridades en su empeño de hacer modelos de conducta de reclusos rebeldes. No era raro el darles palizas a los recalcitrantes en la mazmorra, propinándoles especial y feroz atención a los más rebeldes. A otros los obligaban a correr entre dos líneas de guardias, quienes

celosamente les daban con las porras en la cabeza a las víctimas mientras, desesperadas, trataban de pasar entre ellos.

No debo dejar de mencionar el método sencillo aunque efectivo llamado “el tratamiento de agua”. Este tormento fue llevado a un grado de perfección por soldados norteamericanos en la época en que Aguinaldo le estaba haciendo pasar un mal rato al ejército norteamericano en las Filipinas. Consistía en echar agua en grandes cantidades por medio de un embudo en la boca. El efecto especial que esto tiene en el estómago y en otros órganos no puede ser sabido más que por los que han pasado por esta exquisita tortura. En cuanto a la comida servida en Leavenworth, mal habría podido pasar las leyes actuales de comidas puras de Estados Unidos. Era sencillamente vil. La carne y el pescado estaban malos, a veces agusanados. Me contaron que esto era verdad de otras penitenciarías federales y estatales. Bien podía yo creerlo respecto a las prisiones federales, pues ¿no había yo experimentado la misma condición en McNeil Island?

En una palabra, sería darle una tremenda bofetada a la verdad si dijera que nuestra alimentación podía contribuir a la longevidad.

Soy sociable por naturaleza. Me molestaba que esos asustados conejos mexicanos se apartaran de mí como si yo estuviera leproso. Debieron haber sabido que Lucifer es un personaje suave e inofensivo en comparación con muchos de sus discípulos de Leavenworth, pues éstos exigían obediencia de una manera que habría escandalizado al mismo ángel caído. Una semana después de haber sido introducido en las delicias de Leavenworth, estábamos todos en el patio disfrutando de unos minutos de recreo. Tenía a Ferrer sentado a mi lado.

—Manuel —dije—, quiero que se les pase el miedo a esos pobres.

—Burros supersticiosos —dijo, haciendo una mueca.

—Desde luego, Manuel; pero quiero hacer seres humanos de ellos.

—¿De verdad? —me miró. —¿Y cómo esperas lograrlo?

—Con tu ayuda creo que podré hacerles ver que no soy más que otro mexicano como ellos.

—Bien, Enrique; ¿qué es lo que quieres que haga?

—Muy sencillo. Apártate de mí un poco, como para que te tenga que hablar en voz alta y pídemme que te cuente el cuento de Caperucita Roja.

¡Se rascó la barba sin afeitarse!

—¿Y quién es esta Caperucita Roja? —dijo.

—No importa. Tú haz lo que te he dicho y te contaré quién es. Obedeció, y empecé a contarle las tribulaciones de Caperucita Roja en voz suficientemente alta como para que me oyera el rebaño de aterrados que estaba del otro lado del patio. Los cuentos populares y los mitos mexicanos son innumerables, pero la Caperucita Roja era algo nuevo. Los hombres escucharon, pero se mantuvieron a distancia. Vamos, Enrique, me dije a mí mismo, no te desanimes.

Al día siguiente, con Manuel de interlocutor, conté las brillantes aventuras de Aladino y la lámpara maravillosa. Esta vez algunos de mis oyentes se acercaron. Cada día que pasaba, más prisioneros, mexicanos y extranjeros, se acercaban más y más. Manuel estaba muy divertido. “Pronto harás lo que dijiste”, me dijo sonriendo.

—¿Qué?

—Que harás de ellos seres humanos.

Por fin los tuve a mis pies. Se pusieron entonces a hacerme preguntas, con lo cual empecé a tomarme licencias con mis cuentos, a inventar accidentes imbuidos de un poco de color socialista, hasta que Lucifer se apoderó de todas aquellas almas y se hicieron buenos amigos míos. Después me siguieron a dondequiera que iba.

Observándolos de cerca, me preguntaba: “¿Tienen ellos toda la culpa de ser proscritos?” Su inteligencia está formada por lo que los pobres absorben en un ambiente sórdido; abrirse camino a través de una vida de perro; mentir y engañar, por falta de educación que los hubiera sacado del estiércol. Bueno, pensé irónicamente, Leavenworth está haciendo algo para mejorarles la educación.

Estos hombres confusos, con la psicología retorcida de extraña manera, sentían la emanación de mi comprensión; sus almas sencillas, ennegrecidas como lo estaban por el crimen, se calentaban en su amistosa lumbre.

Los domingos por la tarde, cuando teníamos descanso general, se reunían a mi alrededor. Me convertí en su profesor oficioso. Sí, les di lecciones elementales de historia, de economía, de ciencia, de filosofía. Pacientemente contestaba sus preguntas, casi pueriles. Pero no todas eran tan pueriles. Por ejemplo, cuando un prisionero que pretendía ser un ateo me puso esta adivinanza:

—Si hay un Dios bueno y misericordioso que crea todos los seres animados, ¿por qué sigue creando niños que van a sufrir toda su vida de sífilis, idiotas que serían una carga para sí mismos y para sus familias, y ciegos y lisiados?

Cuando no sabía la respuesta, lo confesaba, como en este caso. Me gané la confianza de todos.

En algunas de estas sesiones noté un guardia que estaba de pie,

detrás del grupo. Me intrigó la manera como miraba alternativamente primero a mí y luego a los hombres que estaban atentos a mis sencillos discursos. Era McIntyre, irlandés, ceñudo, de edad mediana, nada distinto en su tratamiento a los prisioneros de los otros guardas.

Una tarde, con la garganta seca de tanto hablar, fui por un trago de agua. Al volverme, ahí estaba McIntyre.

—¿Oiga, quién es usted? —preguntó—. Los tiene usted a todos —dijo señalando a los hombres— siguiéndole como pichones amaestrados. ¿De qué se trata?

Miré disgustado su ruda cara y la pistola que tenía en la mano.

—Son amigos míos —le contesté secamente.

Como verán ustedes, había desarrollado un fuerte prejuicio, como el resto de los prisioneros, contra los guardias. Eran nuestros enemigos. Bajo su constante vigilancia nos movíamos como animales enjaulados. Sus ojos escudriñadores observaban cada una de nuestras acciones; si hacíamos algo indebido, sus porras nos llovían sobre los hombros o sus pistolas escupían muerte.

—Sí, ya veo que son amigos suyos. Pero, dígame —insistió—, ¿cómo es que no se le despegan ni un momento?

—Son muy distintos de los guardias —le dije en un tono que tenía el único propósito de hacerle entender que no quería tener su compañía

No entendió la indirecta.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó.

—Que por eso son amigos míos —repuse mirándolo de frente.

No se ofendió. Esto me irritó todavía más.

—Bueno... sí... es verdad —apretó los labios—. Pero si ustedes

se portan bien, nadie los va a molestar.

—Ustedes los guardias nos molestan con el más mínimo pretexto —le contesté violentamente.

Hizo un gesto conciliatorio con la mano.

—Bueno, dejémoslo. Todavía no me ha dicho por qué tiene a los otros siempre en la cola.

No hice caso de este comentario.

—Le voy a decir por qué no me gustan los guardias —le dije con toda la intención de insultarlo—. La función de ustedes es precisamente la de los perros guardianes cuyo mayor placer consiste en atacar a la gente. A las órdenes de su superior, como un perro, nos ataca.

Le volví la espalda y me alejé.

La extraña e interrogante mirada de sus azules ojos al preguntarme se me quedó en la memoria. Yo sabía que McIntyre sabía leer y escribir. ¿Pero no era su horizonte mental tan circunscrito como el de la mayoría de los prisioneros? ¿Podría ser que estuviera trabajando de guardia porque el empleo suponía mayor seguridad y mejor paga que el trabajo de un obrero? Y me pregunté “¿sería yo distinto de él, si tuviera sus mismas limitaciones?”. Avergonzado, pensé ¿cuándo voy a aprender a reprimirme?

Al día siguiente, durante la hora de descanso, se me acercó.

—Sé que usted no me quiere —dijo meneando la cabeza—, pero de todos modos quisiera pedirle que me hablara de usted.

Recordando lo provocativo que yo había sido, me sorprendió su amabilidad. En los toscos rasgos había una interrogación que era algo más que mera curiosidad.

—Siento haberle hablado ayer de esa manera, McIntyre.

—No se preocupe. Hábleme de usted.

Así pues, le conté mi vida, mis ideas y los últimos sucesos que me habían llevado a la penitenciaría. Me escuchó con el ceño fruncido y con una mirada llena de confusión. Le describí la miseria de mi pueblo, quienes la causaban y le tracé una analogía de las condiciones del hombre corriente casi en todo el mundo, con las de mis compatriotas. Cuando le dejé para volverme al trabajo, se quedó como petrificado, con los ojos y la boca abiertos de par en par.

Me había valido del lenguaje más sencillo. Pero a McIntyre le costaba trabajo comprender mis ideas. Tales conceptos no se le habían ocurrido antes ni remotamente. Bajo su impacto, su inteligencia se debatía como un nadador sin aliento.

Pero persistió. Había algo tenso en la profundidad de su alma que le impelía a seguir. Lo veía yo en la ansiosa e interrogante mirada de sus ojos. De modo que le expliqué y expuse hasta que por fin aprehendió la sublime visión de la fraternidad del hombre.

—Señor Magón —un día me anunció con orgullo—, espere sólo a finales de mes cuando reciba mi paga y me verá salir de aquí disparado. No quiero seguir siendo un perro guardián.

Sin darse cuenta, echó el pecho hacia adelante.

—Voy a vivir otra vez y a ganarme la vida con la cabeza en alto.

“Enrique —pensé al ver a McIntyre salir del patio—, me parece que tienes dotes de mago. Has cambiado a un perro guardián en un ser humano”. Sentí un nudo en la garganta, conforme empuñaba la carretilla con ambas manos para seguir trabajando.

Una tarde, unos días después, me vino a avisar uno de los convictos empleados que querían verme en la oficina del custodio. Dejé la carretilla y me detuve un momento. ¿Qué había hecho para que me mandaran llamar? Desde luego que no me podían tachar de faltas de conducta. Mientras me dirigía hacia la oficina

seguí dándole vuelta a la cabeza preguntándome para qué me podían querer.

Abrí la puerta de la oficina y me quedé de una pieza. Al lado del custodio estaba McIntyre. Me le quedé viendo. ¿Se había convertido en un delator? Bajó la cabeza. Está avergonzado de sí mismo, pensé enfadado. ¡Y yo que había pensado estúpidamente que lo había convertido en un hombre! ¡Seguía siendo un perro guardián! Me sentí como un idiota. Yo que creía poder leer la naturaleza humana y me había dejado engañar como un payo. El custodio me ofreció asiento y me llamó “señor Magón” en vez de “número 12839”. Fruncí el ceño.

Esto sí que me confundía. McIntyre alzó la cabeza, y vi que sonreía.

—Magón —dijo el custodio—, McIntyre me dice que estamos perdiendo un valioso ayudante dejándole que haga los trabajos corrientes.

Hizo una pausa y me miró de arriba a abajo.

Esperé ansiosamente. Desde luego que el cargar ladrillos ardientes y empujar una carretilla no me entusiasmaba. Siguió hablando.

—Dice que usted habla varias lenguas, que sabe de leyes y de economía y que podría prestar una verdadera ayuda en esta oficina.

—¿Es verdad?

—Sí señor —dije, frotándome mentalmente las manos de gusto. Y entonces le sonreí a McIntyre. El custodio se tocó la barbilla.

—Estaba pensando —dijo— en hacerle trabajar en el correo, en utilizarlo como intérprete y traductor para prisioneros extranjeros.

Me miró inquisitivamente.

—¿Cree que lo puede hacer?

—Naturalmente. Y muchas gracias. Entonces me volví hacia McIntyre.

—Mac —le dije—, este favor me paga con creces cualquier cosa que haya podido hacer por usted.

Sonrió y meneó la cabeza. ¡Y yo que le había juzgado mal! Al salir juntos de la oficina del custodio, le dije:

—Mac, le tengo que pedir perdón. Arqueó las espesas cejas, sorprendido.

—¿Por qué, señor Magón?

Le conté. Se rió de buena gana.

—¡Qué cerdo hubiera sido si se me hubiera ocurrido hacerle algo así! —E inclinándose sobre mí dijo—: Le voy a decir algo. Hoy es mi último día aquí. Estoy harto de ser perro guardián.

Lo escuché sorprendido y satisfecho contarme que se había conseguido 20 acres de tierra y que iba a cultivar verduras y ganarse la vida así; ser su propio jefe, sin tener que recibir órdenes de nadie que le degradasen su dignidad humana recién encontrada. Nos dimos la mano.

—¡Que te vaya muy bien, Mac! ¡Adiós!

—Eso es español, ¿no, señor Magón? ¿Qué quiere decir?

—¡A Dios te encomiendo!

—A Dios te encomiendo —repitió suavemente y sonrió.

Se dirigió hacia la puerta, se detuvo, dio la vuelta y me saludó con un gesto de la mano. Seguía sonriendo y los ojos le brillaban. Luego siguió andando.

A la mañana siguiente empecé a desempeñar mis nuevas funciones en la habitación del correo. Entró un griego que empezó a hablarle de manera incomprensible al empleado. Éste, mirándole

indefenso, no sospechaba que el griego estuviera tratando de hablarle en inglés.

—Señor Magón —dijo el empleado—, ¿qué está tratando de decirme este hombre?

Traduje su espantoso inglés... otra vez fue un francés, o un portugués, con quienes hablé fácilmente. Pronto todos pensaron que yo hablaba muchas lenguas, incluyendo muchas que no sabía. Pero con el mal inglés que hablaban, me las arreglaba para averiguar lo que querían. Así pues, con el paso del tiempo sucedió que el *greaser* (término despectivo que le dan a los que viven al sur del Bravo) fue elevado a la categoría de personaje. Según las autoridades y los prisioneros era yo un pozo de sabiduría. Todo el mundo me llamaba “señor Magón”, y como llevaba el uniforme de un convicto-empleado me permitían la libertad de andar por toda la prisión. Pero no era una ocasión como para alegrarse. Seguía siendo un prisionero. Las noticias que recibía de los visitantes acerca de México no disminuían mi deseo de libertad. Como vapor en una caldera subía el odio contra el autócrata y pomposo Carranza y sus venales y sobornables oficiales. Cuando uno se abre paso en el mundo, aunque sea dentro de los poco atrayentes confines de una penitenciaría, se convierte en objeto de especulación, o por lo menos de atención. El reverendo Harrison Allen, capellán de la prisión, no me había honrado con su atención cuando trabajaba en la fábrica de ladrillos. Ahora, sabiendo que era un políglota vino al correo para verme en acción. Durante dos días me estuvo observando. Luego anunció que me necesitaba. El empleado le puso mala cara.

—Lo siento, padre —dijo—, pero aquí es donde pusieron al señor Magón. Y aquí se va a quedar.

—Vamos, Tim —dijo el capellán—, en mi calidad de hombre de Dios tengo que hablarle a prisioneros que hablan diversas lenguas. Eso lo sabes, ¿no? Si no los comprendo, ¿cómo puedo impartirles consuelo espiritual?

El empleado se alzó de hombros.

—Eso es problema suyo. Lo siento, pero no le puedo ayudar.

—Mira, Tim —reanudó el capellán, levantando la mano en un gesto pacificador—, sé razonable. Necesito urgentemente un intérprete y el señor Magón me lo solucionará todo.

—Y yo, ¿qué hago? —el empleado mostró los dientes y agitó los brazos.

El capellán lo miró tristemente.

—Tim, como buen cristiano, temeroso de Dios, deberías alegrarte de poder ayudarme.

El empleado apoyó los codos en el alféizar de la ventana, posó la barbilla sobre las manos y miró desafiantemente al sacerdote.

—Deténgase un momento y piense, padre. ¿Qué voy a hacer yo cuando se presente un italiano con su bable de espaguetis? No, padre, esto no entra en el juego. Tiene que quedarse aquí. Esa es la orden del custodio.

—Escucha, Tim —suspiró el capellán—. No quiero tener que ir al custodio para pedirle que me dé al señor Magón. No es posible que me obligues a ello.

El empleado se sonrojó.

—Vaya, padre —gritó—. Vaya al guardián. Y yo también.

¡Veremos si mantiene su palabra cuando da una orden!

Me había mantenido en espectador callado y divertido. Sugerí una componenda. ¿Por qué no podía estar al servicio de los dos? El empleado se rascó la cabeza. Dudaba que se pudiera llevar a

cabo la idea. El capellán estaba encantado. Estaba seguro de que tendría éxito. Por fin, el otro capituló con la condición de que me quedara en su alguacilazgo hasta que me necesitara el sacerdote, y que luego volvería en el acto. No pasó mucho tiempo sin que el capellán y yo hiciéramos buenas migas. Empezé a confiarse en mí y a pedirme consejo en varios asuntos.

Un día me dijo:

—Estoy muy afligido —y se pasó la mano sobre la frente.

Esperé a que me explicara, pero siguió callado. Después de un rato dije:

—Si en algo le puedo ayudar capellán, mándeme. Dando un profundo suspiro, se desahogó.

—Es la falta de respeto de los fieles durante la misa los domingos por la mañana. Es una vergüenza. Siempre hay un escándalo. ¡En la casa del Señor! No sé qué hacer.

Entre los más ruidosos estaban los iww (Industrial Workers of the World). Encarcelados como objetores de conciencia por negarse a servir en la Primera Guerra Mundial, eran los que más protestaban contra cualquier reglamento de la prisión. Señalé esto, y añadí:

—Todos van a misa porque se ven forzados a ello.

—Oh no, señor Magón —protestó con voz extrañada—. A nadie se le obliga.

Le miré a la cara.

—Quiere que le diga la verdad, ¿no es verdad?

—Claro que sí, señor Magón, ya sabe usted que le tengo plena confianza.

—Gracias, capellán. La verdad ya se la he dicho. Bajó las cejas.

—¿Qué quiere usted decir, señor Magón?

—Si alguien no va a misa, tiene que quedarse en su celda.

Me echó una mirada sorprendida, y meneó la cabeza tristemente.

—Así es. Pero deben venir a la misa por la salvación de sus almas.

—Pero, capellán, si vienen contra su voluntad no reciben ningún beneficio de sus exaltadas exhortaciones.

Con aire doloroso se preguntó en voz alta cómo hacer para resolver este infeliz dilema.

—Haga que un custodio les diga que desde ahora en adelante el asistir a misa es voluntario —le sugerí.

Levantó la mano, sorprendido.

—Nadie vendría.

—No importa. Puede que no lo hagan durante unos cuantos domingos; pero los muchachos se darán cuenta que más les vale ir a la capilla que pudrirse en la celda.

Pareció dudar.

—¿Cree usted?

—Estoy seguro. Vendrán aunque sólo sea para salirse de la celda un rato. Y cuando vengán por su propia voluntad, se portarán bien.

Se levantó de la silla y se puso a dar grandes pasos por el cuarto, debatiendo consigo mismo. Se detuvo delante de mí.

—Voy a probar —dijo.

El domingo siguiente se me acercó arrastrando los pies.

—Sólo se presentaron ocho hombres —dijo con voz dolorida.

Lo tranquilicé, lo consolé, le aseguré que habría más la próxima vez. Así fue, pero muy pocos más. Suspiró el capellán, mirándome como con reproche, pero no dijo nada. No había duda que su

confianza en mí se tambaleaba. Pero he aquí que después de varios domingos se llenó la capilla, con los pasillos llenos de gente de pie. Y sin ruido. El capellán no cabía en sí de gusto.

—Francamente, señor Magón —dijo, radiante—, tengo que pedirle perdón. Creí por un momento que me había engañado. Debiera de conocerlo mejor.

Después de eso, no había nada que no hiciera por mí. De un modo o de otro se extendió entre los prisioneros el rumor de que yo era el responsable de que les hubieran dado la libertad de escoger. En realidad no era verdad. Antes les decían que tenían que ir a la capilla los domingos por la mañana o quedarse en su celda. Ahora les decían que tenían la libertad para ir o no ir a la capilla los domingos. No se trataba más que de una manera distinta de expresar lo mismo.

¡Qué libertad la suya! De este modo su dignidad se alimentaba de miga tan pequeña.

El aprecio y la estimación que me tenían aquellos infelices era conmovedor. Cuando uno de ellos tenía que ser operado en el hospital, pedía que yo estuviera presente antes de dar el permiso para que operaran. Con el cirujano y el anestesista al lado, el paciente en la mesa de operaciones sostenía esta especie de diálogo conmigo.

—¿Palabra que se queda, señor Magón?

—Te doy mi palabra, Arturo.

Haciéndole una seña al cirujano con la cabeza, Arturo me cogió la mano antes de permitir que le pusiera la máscara sobre la cara...

Muestras de confianza como ésta me producían una emoción que me hacía olvidar por un momento que me hallaba en la penitenciaría. Mis servicios en el hospital no me valieron mejor

alojamiento, pero sí la ventaja de comer en la cocina del hospital donde daban mejor.

Cuando un revolucionario pasa varios años en diversas prisiones se ve obligado a inventar modos de seguir en contacto con sus correligionarios.

Mi método de comunicación era bastante sencillo.

Me permitían, con otros prisioneros, tener papel oscuro para cigarrillos y tabaco. En un lado del papel escribía en clave. Cuando venía un visitante de confianza, yo estaba listo. De frente a mi amigo, de quien me separaba una reja, esperaba hasta que nadie nos observara.

Luego rápidamente, le daba el fino papel enrollado a través de la reja. Un día, después de escribir una carta en un papel de cigarrillo, se me ocurrió una idea. Si se me daba la oportunidad ¿por qué no diseminar las ideas socialistas entre muchos más reclusos de los que me escuchaban durante el recreo? Cuanto más lo pensaba, mejor me parecía. Bueno, me dije, vamos a hacerlo. Me fui a ver al capellán.

—Si los prisioneros aprenden otro idioma —le dije—, cuando salgan se pueden ganar la vida mejor y convertirse en ciudadanos respetuosos de la ley.

Me miró con curiosidad.

—Sabe usted, señor Magón, muchas veces me he preguntado por qué está aquí

Se lo conté.

—Ya veo —dijo meneando la cabeza y permaneció unos minutos callado. Luego, prosiguió—: La idea me parece buena. ¿Y qué idioma sería?

—El español. Desde el Río Grande hasta el Cabo de Hornos es la lengua predominante. La población de Latinoamérica es tan grande como la de Estados Unidos.

Abrió los ojos, pasmado.

—No sabía que hubiera tanta gente allí.

Sí, pensé, Latinoamérica podría estar en la luna, a juzgar por todo lo que saben de ella y de sus miserias los otros americanos.

—Así es —dije—, y por lo tanto el español es una lengua excelente para que la aprendan los norteamericanos y los extranjeros. ¿Qué le parece, capellán?

—Es una idea encomiable, señor Magón. Hablaré de ello con el custodio.

El resultado fue que me convertí en superintendente de la escuela de español de la penitenciaría de Leavenworth por las noches, después del trabajo diario. Dividiendo las clases en tres grupos —elemental, intermedio y avanzado—, yo daba clases a los avanzados y utilizaba a los iww y a los socialistas para las otras, de modo que enseñábamos dos materias: español y socialismo. Éste proporcionaba claras ilustraciones para la comprensión de aquél. Nuestros estudiantes progresaban. Tengo que decir que mis estudiantes estaban deseosos de aprender y aprovechaban con satisfactoria rapidez. Sucedió una noche un incidente que los conmovió. Había empezado a hacer en el pizarrón un dibujo de Caín sentado sobre el vientre de Abel. De repente se abrió la puerta y entró el capellán. Se oyó un remover de pies, seguido por un silencio total. Los hombres se quedaron viendo al capellán. Visitante frecuente y que sabía valorar las cosas, no salía nunca de la clase sin manifestar el gusto que le daba ver la atención que demostraba la clase. En esta lección no cabía duda de la absorción de los alumnos.

Por un momento su aparición me dejó mudo. Pero sólo un momento. Reponiéndome, lo saludé y le pedí que tuviera la amabilidad de sentarse en mi silla. Luego, tranquilamente, seguí haciendo mi dibujo. Dibujé a Caín pegándole a Abel con la quijada de un burro. En la parte de atrás dibujé un gran rebaño de ovejas y más allá de los animales un amplio pastizal. Estaba dibujado lo suficientemente bien como para que entendiera la clase, en relación con mi comentario en español sobre el pasaje bíblico de la muerte de Abel por Caín.

Con el capellán que me miraba benévola, me tomé la libertad de dar a la narración del Génesis una interpretación completamente nueva.

—Caín mató a su hermano —le dije a la clase— para apoderarse de sus ovejas y de su tierra. Observen cómo de este modo nació la idea de adquirir la propiedad del vecino. Ahora, si miran un poco a su alrededor, verán que el atajo ingeniado por Caín para aumentar su propia riqueza florece hoy en día con el vigor de 5 mil años de refinamiento progresivo de sus adelantados esfuerzos. Naturalmente, muchachos —señalé—, el método de Caín era primitivo, pero en aquella remota época no había abogados que pudieran aconsejarle cómo lograr su objetivo de una manera más general.

Me volví hacia mi huésped, que no comprendía el español.

—Capellán —le expliqué—, le estoy diciendo a la clase, ilustrándoselo, la triste historia de los hijos de Adán.

—Señor Magón, me da mucho gusto ver que se vale usted de las lecciones bíblicas en su trabajo de clase —dijo todo satisfecho.

¿Era yo un profesor eficaz? Pues bien, cada uno de mis alumnos llegó a dominar los principios del socialismo, además de aprender

a hablar español de una manera aceptable. Con modestia puedo afirmar que realicé un trabajo bastante bueno. Me gané su confianza, la de cada uno y de todos. Me enorgullezco de este éxito, que era un verdadero triunfo, dado que entre ellos había muchos personajes extraños. Por ejemplo, había un banquero con un punto de vista de banquero. Una noche, después de despedir a la clase, se quedó a hablar conmigo.

—Sabe usted, señor Magón —me dijo—, juro que podría confiarle las llaves de mi banco.

Viniendo esto, como venía, de un estafador, era en verdad una muestra de confianza.

—Me alegro mucho de que me tenga confianza, Atkinson —le contesté.

—¡Ah!, no le quepa la menor duda. Pero en otro respecto, señor Magón, no podría confiar en usted.

Lo miré a los ojos, agudos y voraces.

—No lo entiendo —le dije.

—No me gustaría que usted conociera a mis hijos. Por eso.

—¿Por qué no?

—Temo que no podría encargarles las llaves a ninguno, si usted se pusiera en contacto con ellos.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —pregunté. No sabía si enfadarme o no.

Volvería a mis hijos contra mí.

—¿Por qué habría de hacer una cosa así? —dije mirándole. ¿Es que estaba perdiendo el seso?

—Sé que lo haría —dijo.

—Vamos a ver. Explíquese usted —le dije agriamente. Me tocó el brazo con un gesto de súplica.

—No se ofenda, señor Magón. Nuestras ideas no coinciden, pero no importa. No todos podemos pensar lo mismo.

—Está usted hablando con adivinanzas, Atkinson.

—Mire, se trata de esto: usted enseñaría a mis hijos ideas socialistas —esta vez no pude menos que mostrarme molesto.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Me miró con reproche.

—¿No ve usted que me robarían el dinero y que lo usarían para mejorar las condiciones de los pobres?

El 4 de diciembre de 1919, el inspector de inmigración Warren E. Long vino a interrogarme. Lo acompañaba una muchacha que tomó en taquígrafía sus preguntas y mis respuestas. De resultas de su visita, la administración del señor Louis F. Post, secretario asistente de Trabajo, vino a hacer una investigación dirigida por el Comité de Reglamentos de la Casa de Representantes, el 27 de abril de 1920.

Uno de los objetivos de la larga visita de Long, como descubrí por su manera de preguntar, era tenderme una trampa para que admitiese que el oscuro designio del Partido Liberal era el derrocamiento del gobierno de Estados Unidos. Este fue el periodo histórico cuando, obedeciendo las órdenes del fiscal general A. Mitchell Palmers, los empleados del Departamento de Justicia, sin molestarse en presentar órdenes de aprehensión, detenían a miles de extranjeros en todas partes del país. ¿Acusados de qué? De conspirar para el derrocamiento del gobierno por la fuerza y la violencia. Parece increíble que esos agentes del Departamento de Justicia, para poder merecer el reconocimiento de haber hecho enormes cantidades de arrestos, crearan organizaciones comunistas. Sin embargo el hecho

era éste, como lo hizo notar el juez George W. Anderson sin lugar a dudas, se vio que agentes del Departamento de Justicia operaban una sección considerable del Partido Comunista. Ante el Comité de Reglamentos, Jackson R. Ralston, consejero del secretario asistente de Trabajo dio desdeñosamente un resumen de sus sombrías tácticas. Entre otras cosas, lanzó la acusación de que “estos agentes eran culpables del más sucio trabajo. Organizaban ramificaciones del Partido Comunista, fabricaban pruebas, convocaban a reuniones y hacían otros planes para provocar el arresto de extranjeros”.

Yo estaba plenamente informado de estos repugnantes manejos por los amigos que me visitaban en Leavenworth. De modo que cuando Long me preguntó si era ciudadano norteamericano, me sonreí y le conteste que no.

—¿De dónde es usted ciudadano, políticamente hablando? —le dije que de ninguna parte.

Arqueó las cejas.

—¿Ni siquiera de México?

—Según la Constitución mexicana, cada mexicano que va a residir a otro país tiene que cumplir con el requisito de comparecer, después de diez años de ausencia, ante el cónsul mexicano para reafirmar su nacionalidad. No lo hice, de modo que perdí mi nacionalidad —le expliqué pacientemente.

Mirándome severamente, el inspector de inmigración me preguntó si el Partido Liberal se proponía expulsar al gobierno constitucional mexicano. ¡El gobierno constitucional mexicano! No pude reprimir una sonrisa.

—Oiga —le dije—, después de que el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada fue derrocado por Porfirio Díaz por la fuerza de

las armas para hacerse a sí mismo gobernante de México, no ha habido, y todavía no lo hay, un gobierno constitucional.

—¿Y Carranza?

No pude evitar el desprecio en mi voz.

—Basura que se alzó con la revolución.

Long se tocó la barbilla.

—¿Entonces usted está contra Carranza?

—Precisamente por eso estoy aquí en la cárcel —y luego, midiendo mis palabras—. Para ayudar a Carranza, el gobierno de usted liquida a sus enemigos —me callé, mientras Long se ponía de pie, con una expresión de asombro—. Para que usted lo sepa —añadí—, su gobierno me puso en la cárcel de McNeil durante dos años en su esfuerzo por ayudar a Madero en aquella época.

Con estupefacción, se aclaró la garganta, y me preguntó cuáles eran los objetivos de *Regeneración*.

—En México —le dije— era imposible acudir a las urnas, porque todo lo oficial estaba corrompido. Por lo tanto no había ninguna libertad. Ahora, con la revolución a flote, exhortamos al pueblo mexicano a que no deje las armas, hasta que todo lo que le han quitado de las manos se le restituya.

Cruzándose de brazos, meditó una respuesta. De repente, alzó la cabeza y me disparó a boca de jarro:

—¿Es usted anarquista?

—Soy anarquista comunista.

—¡Anarquista comunista! —y frunció el ceño—. ¿Qué quiere usted decir? Deme una definición concisa del término.

Tanto vale, pensé, que imbuya en esta criatura algunas ideas fundamentales. Quién sabe hasta qué punto alimentarán su entendimiento. Y expliqué.

—Por anarquismo comunista quiero decir —y creo en ello— la teoría de tener toda la riqueza natural y social como propiedad de todos. En pocas palabras, que todos puedan tener absoluta libertad política, social y económica. De este modo, todo el mundo sería libre, en igualdad y fraternidad, sin consideraciones de sexo, raza y color. Por lo tanto, mi credo es asegurarle a todos el derecho de trabajar y de disfrutar hasta el máximo de la ganancia de su trabajo, y de esta manera asegurarle a todo el mundo el derecho de vivir y de gozar de la vida.

—¿Entonces su concepto del gobierno es el de uno sin forma política? —dijo Long meneando la cabeza.

—Al contrario —repuse—. Tiene forma política. Desde el momento en que se vota, tiene existencia política... Mi forma de gobierno sería la siguiente: organización de los individuos en sus diversas ocupaciones; de aquí en cada pueblo; de cada pueblo en cada región, de cada región en lo que llamamos ahora una “organización nacional” para formar una especie de república. Cuando otros países se añadan, entonces sería internacional.

—Entonces ¿esta organización, en términos de trabajo, significa democracia industrial?

—No, en absoluto. Porque no se puede decir que la agricultura sea una industria. No es más que trabajo. Por lo tanto, no específicamente industrial. Todo ello no es más que trabajo.

Long se frotó fuertemente la barbilla. No cabía duda que le costaba trabajo seguirme.

—¿El gobierno estaría organizado según los diversos tipos de industria?

—Cada centro de actividad humana tendrá sus propios representantes —contesté— quienes formarán una especie de Congreso.

Y nuestra conversación de toma y daca siguió. ¿Resultado? Long entregó su informe, la Oficina de Inmigración recomendó que se me deportara a México, y el señor Post, cuyo departamento estaba a cargo de las deportaciones, canceló la deportación.

Inmediatamente, los súper patriotas del Congreso, como Albert Johnson, representante de Washington, pidió la cabeza de Post. Se pidió el proceso del Secretario Asistente de Trabajo en la resolución Hoch. Y el pacto de lobos de los periódicos reaccionarios de todo el país se le echaron encima, como lo prueban los siguientes titulares: “Un rojo se queda por la gracia de Post” del *Kansas City Times*, 17 de abril de 1920; “Anarquista confeso sigue en EU por Post” del *Chicago Daily Tribune*, 17 de abril de 1920; “Post complicado por no deportar a un mexicano” de *El Paso Times*, 17 de abril de 1920. En otros, apareció una nota vacilante, como: “La acusación y el proceso de Post puede posponerse una semana”, *Kansas City Journal*, 17 de abril de 1920; “La cámara intrigada por el caso Magón”, *Los Angeles Sunday Times*, 18 de abril de 1920.

El señor Post, durante las audiencias ante el Comité de Reglamentos defendió vigorosamente su acción.

O bien el señor Magón mintió al decir eso (mi explicación de lo que quería decir por anarquista comunista) o bien no se lo podía deportar por anarquista; porque su descripción de lo que cree no es una definición de lo que es un anarquista en ninguna definición conocida. Bajo estas circunstancias consideré que había por lo menos lugar a dudas. Yo no creo que este testimonio sea dudoso, se trataba de algo que daba lugar por lo menos a una duda; y el hombre a quien concernía esta duda tenía seis hijos norteamericanos que dependían de él, ciudadanos norteamericanos en este

país. Además, había sido un refugiado, un refugiado político de por vida de México. El que nosotros lo deportáramos en las condiciones actuales era condenarle a muerte, y bajo estas circunstancias le concedí el beneficio de cualquier duda que pudiera haber en relación con el hecho de que fuera o no un anarquista según el sentido de la ley de 1918.

Luego, el secretario asistente del Trabajo prosiguió.

En su testimonio, para decirlo con sus propias palabras, dejaría que cada país siguiera los sentimientos de la mayoría de sus habitantes. En otras palabras, Magón está a favor de la teoría norteamericana de gobierno pacífico sostenido por la mayoría.

El deportar a uno que cree en un gobierno como anarquista porque se llama así él mismo sería tan absurdo como deportar a un partidario de la propaganda anarquista de hecho, si se llamase a sí mismo cristiano. Aunque le da a su gobierno ideal el nombre de anarquismo, su descripción de su ideal no es anarquista.

Por lo tanto —continuó el señor Post—, no está bajo el acta excluyente del Congreso del 16 de octubre de 1918, a menos que el Congreso tenga la intención de legislar contra todas las formas de gobierno, menos las que existen en realidad, incluyendo las más autocráticas. Esto sería inconcebible en un Congreso norteamericano.

En su sereno análisis de mi caso, el intrépido secretario asistente del Trabajo, cortés, pero resonantemente aplastó a los portaestandartes del Congreso. Siguieron reclamando que se lo procesara, pero en vano.

—Post ya ha sido procesado por el pueblo norteamericano — dijo lastimeramente el representante Johnson.

Pero, como publicó el *Christian Science Monitor*, el primero de mayo de 1920:

La recomendación de la resolución de Hoch de que se procesara a Louis F. Post, Secretario Asistente del Trabajo, no será presentada durante esta sesión del Congreso. Lo más probable es que la acción propuesta detenga el fuego el tiempo suficiente para permitir a los que advocan el proceso que se retiren dignamente.

El *Christian Science Monitor* resultó ser un profeta exacto. El señor Post no fue acusado ni procesado públicamente. Permaneció en su puesto hasta que cambió el gobierno, en 1921, cuando Harding fue presidente.

De este modo debo mi vida a este valeroso empleado que rechazó desdeñosamente el ser pateado por “la amenaza roja” o por la presión política. Porque si me hubiera deportado, Carranza se habría complacido en acallar para siempre a un crítico persistente.

Seis meses después de que las puertas de Leavenworth se cerraron detrás de mí, se abrieron para recibir a Ricardo y a Librado Rivera. Como su caso fue apelado seis meses después del mío, entraron en la penitenciaría con esa diferencia de tiempo. Pero su situación era mucho más grave. Después de haber sido juzgado, Ricardo fue sentenciado a 20 años y Librado a 15. ¿Por qué? Porque se opusieron a la Primera Guerra Mundial.

Noche fatal

En un manifiesto dirigido a todos los trabajadores del mundo, Ricardo había denunciado la guerra como de intereses comerciales rivales.

—La guerra no es su lucha —les dijo—, sino de los industriales y mercaderes: Alemania e Inglaterra y sus aliados respectivos. Son ellos los que deben ir a las trincheras, no ustedes que sólo pueden servir de borricos engañados para sacarles las castañas del fuego.

¿Y qué eminente personaje sostenía el mismo punto de vista? Nada menos que el presidente Wilson, como lo atestiguan sus propias palabras, aun después de haber hundido a Estados Unidos en el llameante remolino. ¿Cómo, si se daba perfecta cuenta de que era un choque entre intereses imperialistas rivales, no evitó que los Estados Unidos se vieran envueltos en él? Durante la guerra y después, se había esparcido un interesante rumor: que el señor Page, embajador norteamericano en la Gran Bretaña, había cablegrafado al presidente Wilson que declarara la guerra

a Alemania. ¿Por qué? Para salvar el dinero de Morgan (JP Morgan & Co eran agentes fiscales de los aliados) y por otras razones diversas.

Cuando el río suena, agua lleva. Pero en este caso, no se vio claramente el agua sino hasta mucho después de la guerra, el 14 de diciembre de 1934. Fue entonces cuando el Comité Nye, investigador de la Industria de Municiones, presentó al mundo asombrado el texto del cable del embajador Page a Wilson.

He aquí algunos de los trozos significativos: “Estoy seguro de que la presión de la crisis que se aproxima está ya más allá de la habilidad de la Agencia Financiera Morgan para los gobiernos británico y francés... No es improbable que la única manera de mantener nuestra actual posición preeminente y de evitar el pánico sea declarar la guerra a Alemania. Existe el peligro de que el intercambio franco-norteamericano y anglo-norteamericano sea profundamente perturbado; las consecuencias inevitables serán que los pedidos de los gobiernos aliados sean reducidos a la menor cantidad posible y que el comercio trasatlántico se acabe del todo”.

Con creciente impetuosidad el alarmado embajador continúa: “El resultado de una tal paralización será un pánico en Estados Unidos. La Gran Bretaña y Francia deben tener un crédito en Estados Unidos que sea lo suficientemente grande como para evitar el colapso del comercio mundial y de toda la estructura económica de Europa. Si los Estados Unidos le declaran la guerra a Alemania, la mayor ayuda que le podríamos dar a la Gran Bretaña y a los aliados sería un crédito como ése. Si adoptamos esta política, sería un plan excelente el que nuestro gobierno hiciera una gran inversión en un préstamo franco-inglés... Y constituiría una gran ventaja el que se mantuviera todo el dinero en Estados Unidos”.

Y ahora se oye una nota de oro en la angustiada exhortación del señor Page: “Podríamos seguir con nuestro comercio y aumentarlo, hasta que termine la guerra, y después de esto, Europa nos compraría alimentos y una enorme cantidad de materiales para volver a equipar sus industrias de paz. *De este modo cosecharíamos el beneficio de un comercio ininterrumpido quizás creciente durante varios años, y conservaríamos sus valores como pago*”.

He subrayado la última frase para darle el peso debido al ideal de hermandad que tan directamente expresó el señor Page. Fechado el 5 de marzo de 1917, fue seguido el 6 de abril de 1917 por la declaración de guerra de Estados Unidos a Alemania, lo que salvó efectivamente la inversión Morgan y costó las vidas de 50 mil soldados norteamericanos, que murieron para asegurar los beneficios de los grandes negocios en el mundo.

Así pues, Ricardo fue a la penitenciaría de Leavenworth porque sostuvo y proclamó el mismo punto de vista acerca de la causa de la guerra que había manifestado el presidente de los Estados Unidos, suceso que debe de haber provocado la hilaridad de los dioses; si es que no los hizo llorar. Quizás pueda resumir mejor la reacción de Ricardo y revelar algo más de su nobleza de carácter, citando una carta que le escribió a una amiga desde la penitenciaría.

Leavenworth, 16 de marzo de 1922.

Querida camarada:

Tu tarjeta y una carta del señor Weinberger me han llegado. El señor Weinberger me informa con toda gentileza cómo mi caso no puede ir para ser considerado por el presidente por falta de recomendaciones debidas, según lo que le ha mandado decir el Departamento de Justicia.

Las recomendaciones, por muy raro que le parezca al resto de los mortales, no pueden estar basadas en mi enfermedad progresiva, ni en la flagrante violación de la justicia más rudimentaria cometida por el juez en mi juicio, ni por el hecho de que tengo familia que depende de mí, en fin, que pueda atraer el corazón o la conciencia del hombre.

La recomendación que los empleados del gobierno consideran de gran importancia son las que pueden hacer el juez y el fiscal de distrito; y en mi caso fueron adversas. El juez no pudo confesar que estaba prejuiciado. Y al fiscal de distrito le hubiera resultado difícil decir que su celo en conseguirme la pena máxima se debió a su inmoderado deseo de que lo ascendieran.

Te ruego, querida camarada, que le digas al señor Weinberger que recibí su carta, y que le agradezco los esfuerzos que hace para obtener mi libertad y su amabilidad de mantenerme informado de lo que hace por mí. Ahora va a Washington. Sin embargo, creo que el mío es caso sin esperanzas.

Los intereses humanos no tienen nada que ver con los empleados de gobierno. Estos empleados son parte de una enorme máquina que no tiene corazón, ni nervios, ni conciencia. La máquina del gobierno no hará nunca caso de mis sufrimientos. ¿Qué me estoy quedando ciego? “Peor para él”. ¿Qué me voy a morir aquí? “Bueno”, dirá la máquina, “habrá sitio de sobra en el cementerio de la prisión para meter otro cadáver”. ¿Que mis seres queridos se están muriendo de hambre? “No serán los únicos”, será la contestación.

Lo esencial para que esta máquina se ocupe de un caso no son motivos éticos. Conveniencia, no justicia, es la llave que abre las puertas de la cárcel. Y sin embargo, actúa en nombre de la justicia.

¿No fue en nombre de la justicia que los gobernantes de las naciones más adelantadas del mundo urgieron a sus pueblos a que se cortaran mutuamente el cuello? Y sabiendo esto, ¿cómo podré jamás albergar esperanza alguna de que los empleados gubernamentales se conmuevan ante mi tormento?

Ah, mi querida camarada, estoy atrapado por el formidable mecanismo de esta máquina monstruosa. Se me abrirá la carne y me aplastarán los huesos, y mis gritos llegarán a las estrellas y el mismo universo se estremecerá; pero la máquina no dejará de moler, y moler, y moler.

Si tuviera un amigo con influencia política, es decir, un pedazo de esta máquina aterradora, podría ser puesto en libertad, aunque hubiera violado uno, o los Diez Mandamientos.

Pero no tengo ninguno. Por conveniencia, tengo que pudrirme y morir. Encerrado como una bestia salvaje en una jaula de hierro, lejos de las inocentes criaturas que amo.

Mi crimen es uno para el cual no hay expiación posible.

¿Asesinato? No. No fue asesinato. La vida humana es barata ante los ojos de la máquina. A un asesino lo sueltan pronto. Si ha matado al por mayor no vivirá nunca en una jaula de hierro, sino que le cubrirán de cruces de honor y de medallas.

¿Estafa? Si fuera así, me habrían nombrado presidente de alguna gran corporación.

No he matado. No he robado. No he explotado a mujeres. No he sido la causa de una lágrima, de una gota de sudor o de sangre de mis congéneres.

Soy un soñador. Ese es mi crimen.

Sueño con lo Hermoso y me deleito compartiendo mis sueños con mis congéneres. Ese es mi crimen. Por eso me han marcado

como un felón y metido en el infierno, donde la oscuridad empieza a amortajarme antes de que esté muerto. Sin embargo, mi sueño de lo Hermoso y mis amadas visiones, que aborrece la máquina, no morirán conmigo.

Mientras haya en esta tierra nuestra un corazón doliente, un ojo lleno de lágrimas, vivirán mis sueños y mis visiones.

Y ahora, adiós. Emma, mi buena amiga. Esta noche recibí una carta estupenda de nuestra querida Ellen. Le escribiré la semana que viene. Mientras tanto, ofrécele todo mi cariño, a ella y a todos los buenos compañeros. Espero que lo aceptarán, porque es lo único que puede dar un cautivo. Ricardo Flores Magón.

Ocho meses después de ser escrita esta carta sucedió lo que me desgarró el corazón cada vez que lo pienso.

Muy contentos se encontraban Ricardo y Rivera la noche del 20 de noviembre de 1922. Iban a ser puestos en libertad al día siguiente. Álvaro Obregón, presidente de México, le había pedido a Harding que los perdonara, a lo que había accedido el presidente de los Estados Unidos. No fue puro amor hacia Ricardo lo que motivó a Obregón a hacerlo. El propósito era hacer en el pueblo mexicano la impresión de que era un verdadero revolucionario y hacerles olvidar y perdonar el asesinato de Venustiano Carranza por la sangrienta mano de su agente Herrero.

—Piensa nomás, Librado —dijo Ricardo a su compañero de celda, con los ojos brillantes—, pronto he de tener la alegría de reunirme con mi familia y de ver a nuestros amigos. Es increíble. Casi no lo puedo creer.

Librado sonrió.

—Sí que lo puedes creer. Da gusto verte tan animado.

—¿Por qué no? —dijo Ricardo—. Ya respiro, aunque todavía esté aquí el aire fortificante de la libertad. Me entusiasma, Librado, pensar en volver a participar en la lucha una vez más...

Fue interrumpido por un guardia que le dijo a Librado que tenía que ocupar otra celda. Ricardo y Librado se miraron.

—¿Me quiere decir por qué, si no tiene inconveniente? —preguntó Ricardo.

El guardia se encogió de hombros y dijo que no lo sabía. Librado se enojó.

—Mañana nos han de poner en libertad juntos. ¿Por qué nos hemos de separar en el último momento?

Mi hermano le dio un golpecito en el brazo.

—No te preocupes, Librado. No son más que unas horas más.

—Nos vemos en la puerta de salida—dijo Librado al marcharse. Mas no había de encontrarse con él.

Antes de medianoche, se acercó un asesino furtivamente a la celda de Ricardo, a través de las rejas, le echó las manos alrededor de la garganta mientras dormía en su catre. Lo que siguió fue una lucha terrible. Cuando hubo terminado, se había apagado la luz de un alma cuya generosidad y devoción a la causa de los humildes había ardidado con la llama pura de los idealistas. Como muchos otros mártires que se negaban a hacer compromisos con sus principios, fue aplastado por chacales hambrientos de dinero. No se arriesgaron a dejar que sus ideales se convirtieran en realidades.

¡Acuso al fiscal general Daugherty y a Albert Fall de ser culpables de la muerte de Ricardo! ¡Y lo mismo opina México!

Daugherty y Fall. Nombres odiosos, sinónimos de lo mucho que hay podrido en la política del petróleo de Estados Unidos. Que Teapot Dome sirva de testigo. Ambos tenían intereses

petrolíferos en México. Conocedores de nuestras ideas, también sabían estos respetables sinvergüenzas que habíamos sido los principales arquitectos del programa del Partido Liberal en 1906; temían las repercusiones que pudiera tener sobre sus posiciones el que Ricardo y yo llegáramos al poder en nuestro país.

La razón por la que no sufrí la suerte de Ricardo fue que, como ya lo mencioné, me habían puesto en libertad medio año antes.

El asesinato fue planeado cuidadosamente. Sin testigos. Por eso, naturalmente, cambiaron a Rivera de celda. Pero los autores del crimen olvidaron que el que la hace la paga.

¿Quién llevó a cabo la acción asesina? El capitán de los guardas de la prisión, llamado El Toro, enorme animal de manos como jamones. Era cosa sabida entre los prisioneros que él había estrangulado a mi hermano, cosa que me contaron, después de que los pusieron en libertad, Ferrer, un mexicano llamado Del Valle, y otros. Librado, puesto en libertad después del asesinato, añadió su acusación a las de ellos. Cualquiera que haya sido el premio que recibiera el asesino, no lo disfrutó por mucho tiempo. Entre los presidiarios de Leavenworth había un mexicano llamado Martínez, con quien Ricardo, y antes yo, nos habíamos portado bien. Él, como todos los otros prisioneros mexicanos, nos tenían cariño... Con ojos de fuego buscó por todas partes hasta que encontró lo que le podía servir: un pedazo de arco de hierro de tonel. En secreto, afiló uno de los lados hasta sacarle punta sobre el suelo de concreto de su celda.

Un domingo por la tarde, se acercó a El Toro en el patio, durante la hora del descanso.

—Señor —le dijo—, tengo una deuda con usted. El Toro levantó la vista.

—¿De qué se trata?

—Es algo especial, señor.

—Bien, dilo de una vez.

—No quiero que lo sepan los guardias. Por favor —le rogó Martínez—, alejémonos de ellos, en ese rincón —y sin esperar, se dirigió hacia el lugar.

El Toro se le quedó viendo. Luego, sonriendo, le siguió. Martínez, con los ojos brillantes, le observó mientras se acercaba.

—Bien, *greaser* —gruñó El Toro—, ¿qué es lo que me debes? Martínez se le acercó.

—Pues oiga. Usted mató a mi jefe. Así que yo lo mato a usted, aunque me maten sus hombres —y antes de que el lento cerebro del asesino de mi hermano comprendiera de lo que se trataba, el otro sacó rápidamente el cuchillo improvisado del bolsillo y se lo hundió en el abdomen, destripándolo.

Se hizo un tumulto en el patio, que se convirtió en un manicomio. Los prisioneros gritaban de satisfacción. En éxtasis de alegría salvaje por el justo premio que había recibido el asesino de su querido camarada, se pusieron a bailar alrededor de El Toro, que, agonizante, se retorció en el suelo. Lo maldijeron, lo escupieron en la cara. Un grupo de guardias se les echó encima, los apartaron a derecha y a izquierda, se lanzaron sobre Martínez y lo aporrearon hasta matarlo.

Imagino que no le pareció un precio exorbitante por vengar la muerte de su jefe adorado.

Yo estaba en Los Ángeles cuando me llegó la noticia de la muerte de Ricardo. Inmediatamente escribí al custodio de Leavenworth pidiendo el cadáver. Cuando llegó a Los Ángeles, lo examiné, y lo que vi me colmó de dolor y de rabia. Tenía la cara

ennegrecida, exactamente como cuando se trata de una estrangulación. En la garganta se veían con toda claridad las huellas de los brutales dedos del asesino. En la cara y en las manos había cardenales, muda prueba de los golpes que llovieron sobre mi hermano mientras luchaba con el asesino. Tenía uno de los dientes roto, él, que los había tenido siempre perfectos.

Unas semanas antes de que fuera acallada su poderosa voz, un amigo que le había visitado nos dijo que Ricardo no se sentía bien. Dispusimos que lo viera un médico de Kansas City, el cual diagnosticó que estaba en buen estado físico, salvo por los ojos: se estaba quedando ciego poco a poco. Pero, según las piadosas declaraciones de los empleados de la penitenciaría, publicados en los periódicos, la muerte fue causada por un ataque al corazón por la gran alegría de Ricardo al ser puesto en libertad, y que había tenido lugar conforme llegaba a la puerta, listo para salir, momento en el que cayó muerto. Mentira evidente, pero ¿cómo refutarla?

—Están protegiendo a los empleados superiores —le dije amargamente a Teresa.

Se nos ocurrió una idea: que una camarada visitara al médico de Kansas para que escribiera una declaración sobre la salud de Ricardo en el momento en que lo había examinado. Mientras el doctor lo hacía, le preguntó que en qué condiciones había encontrado el corazón de mi hermano. Levantando la vista de lo que estaba escribiendo.

—Señora —le dijo—, en mi vida he visto un corazón en mejores condiciones.

Ante esto, incapaz de reprimir su indignación, exclamó nuestra camarada:

—¡Esos infames de las autoridades de la cárcel declararon que había muerto de un ataque al corazón!

El doctor la miró fijamente. Luego, lentamente, rompió su declaración en pedacitos, se los metió en el bolsillo, y dijo en un tono de tristeza:

—Espero que me perdone. Le pareceré cobarde, pero el hecho es que no quiero morir de un ataque de enfermedad del corazón.

En nombre del Congreso mexicano, Obregón pidió el cuerpo de Ricardo. Yo le contesté.

—Ricardo fue asesinado por su lucha a favor del pueblo mexicano, no a favor del gobierno mexicano. El cuerpo será embalsamado y quedará en Los Ángeles, a la disposición y a las órdenes de los trabajadores de México.

Obregón no tenía nada de tonto. Estoy seguro de que no le costó trabajo comprender lo que yo le quería decir. Su petición fue un gesto hipócrita hecho con fines políticos. Mi contestación apareció en los periódicos de todo el mundo, pues nuestra larga lucha por la liberación de México de los caudillos nos había dado ampliamente a conocer. Prácticamente en todos los países sudamericanos se podían encontrar fotografías mías y de Ricardo —y todavía se las encuentra —en los sindicatos y lugares de reunión de los trabajadores.

Llegó una petición de la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana), organización obrera encabezada por Luis Morones. Este despreciable traidor de los rangos y filas del sindicato, estaba amontonando millones, vendiéndolos. No le contesté, y esperé a que me lo pidieran las organizaciones mandadas por hombres honrados.

No tardaron en llegar. Una de ella fue de la CGT (Confederación General de Trabajadores). Pero seguí esperando. Llegó entonces una petición de la Alianza de Ferrocarrileros de México. A ellos sí les entregué el cuerpo, y les pedía que invitaran a tomar parte en el traslado a todas las otras organizaciones.

Imagínense lo que sentí al quedarme atrás cuando se llevaron los restos de mi hermano martirizado. ¿La razón? En aquella época estaba bajo fianza en Los Ángeles. Pero uno de nuestros camaradas que acompañó el cuerpo describió lo que sucedió cuando el tren fúnebre entró en México.

Fue una experiencia profundamente conmovedora. A lo largo del camino vino la gente a rendir homenaje a la memoria de Ricardo. En cada estación grande bajaron el cuerpo: en Torreón, Chihuahua, Aguascalientes, Querétaro, en todas partes. ¡Qué multitudes! Ojalá hubieras estado allá, Enrique. Trabajadores, miembros de los sindicatos, particulares, campesinos, habitantes de los pueblos de la región vecina. El silencio inspiraba reverencia, se te metía en el corazón, a medida que se iban colocando detrás del féretro que llevaban en hombros, o tirado por caballos por las calles. En las aceras, las muchedumbres bajaban la cabeza; no se oía más que el llanto de las mujeres. Sus lágrimas deben de haber acompañado a Ricardo, para consolarlo, sabiendo que las madres de millares de miembros del Partido Liberal estaban de luto por él. Llevaron el féretro a un salón de espectáculos. Subieron a la plataforma hombres de todas las clases sociales: jefes de sindicatos y organizaciones, figuras prominentes de la comunidad, quienes hicieron público su dolor ante la pérdida del hombre cuyo profundo sueño no será nunca más interrumpido por el arduo trabajo de las masas.

En la Ciudad de México colocaron el cuerpo en el salón de la Alianza de Ferrocarrileros de México. De todas partes del país vinieron cientos de miles para ver la cara de mi hermano asesinado. Entre los que pasaron frente al ataúd se contaban muchos médicos. Con dolor e indignación notaron la cara, negra y estrangulada, y las huellas de los dedos en la garganta.

Entonces, Plutarco Elías Calles, que formaba parte del gabinete de Obregón, concibió una idea que él esperaba le encareciera al gobierno ante el pueblo. Envío una gran ofrenda floral. Con rabia, los trabajadores la arrojaron a la calle. Sus derechos de huelga pasados por alto por el gobierno, con los soldados que les disparaban en contra cuando hacían huelga, tomaron la muestra de respeto por lo que era, una hipócrita oferta de apaciguamiento. Al cabo de una semana, durante la que pasaron incontables dolientes ante el ataúd, fue llevado en hombros de los trabajadores por la ciudad, para recibir el mudo homenaje de millares. Ricardo fue enterrado en el Cementerio Francés. El primero de mayo de 1945, fueron trasladados sus restos a la Rotonda de los Hombres Ilustres, donde duermen muchos de los hijos más nobles de México: los que por su devoción al pueblo, por sus actos de patriotismo distinguido, o por otros logros notables, merecen la prueba de la estimación de la República.

Muy apropiadamente, Ricardo está al lado del general Sóstenes Rocha. Y digo esto porque, como Ricardo, la opinión que el general tenía de Porfirio Díaz era desde luego nada halagüeña. Fue el único militar de alto rango que expresó abiertamente su desprecio del dictador. Tenía una razón excelente. Díaz se había rebelado traicioneramente contra Juárez, bajo cuyo mando Rocha había servido con distinción, y cuya memoria adoraba. Díaz temía

a Rocha, quien le había derrotado repetidas veces a él y a sus generales en el campo de batalla. Llegó la famosa ocasión en la cual Rocha se esforzó de manera especial en presentarle sus respetos a Díaz. Sucedió en un banquete que le ofrecían al presidente sus obsequiosos generales. Le pidieron a Rocha que hiciera un brindis. Con el vaso en la mano, se levantó. Paseó la mirada sobre la reunión sonriendo sardónicamente. Levantando la copa, proclamó con una voz estentórea que retumbó por toda la habitación.

—Brindo a la salud de todos los generales cuyas espaldas he visto en el campo de batalla —luego, dirigiendo la copa hacia el dictador, e inclinándose irónicamente, añadió—. ¡Incluyéndole a usted, presidente Díaz!

Se sentó, mientras Díaz se mordía el bigote en medio de un silencio durante el cual se pudo haber oído caer una pluma.

Al otro lado de mi hermano está Guillermo Prieto. Famoso poeta y patriota, le salvó la vida a Juárez en Guadalajara. Capturado por soldados rebeldes, Juárez se enfrentó al pelotón de ejecución. Prieto se puso entre él y los verdugos. Protegiéndole con su cuerpo, echó los brazos hacia los soldados y gritó “Los valientes no asesinan”, y siguió su elocuente llamado, hasta que les convenció que no mataran al gran libertador.

En esta ilustre compañía de inmortales, Ricardo descansa entre sus pares.

Deportado

Me advirtieron que mi conducta era indiscreta y que, si persistía, las consecuencias serían desastrosas. Parece que la indiscreción consistió en haber caído en desgracia respecto a los poderosos intereses norteamericanos que tenían grandes inversiones en México. Estos intereses, junto con otros de su misma clase, dominaban al gobierno de Harding. Para controlar mis actividades, decidieron ponerme entre barrotes durante mucho tiempo: 14 años para ser exactos.

¿Por qué 14 años? Era la sentencia máxima, si me condenaban por sindicalismo anárquico bajo el Estatuto de California de 1919. Así pues, fui acusado de predicar el sindicalismo.

Por supuesto, era necesario probar la acusación, lo cual no pareció ofrecer ninguna dificultad especial para el fiscal de distrito de Los Ángeles. Había decidido recurrir a un procedimiento que es norma entre cierto tipo de fiscales, verbigracia: utilizar testigos perjuros. Qué compensación recibieron, nunca lo supe, pero las personas por lo general no hacen un juramento en falso a menos

que se les compense de alguna manera. Los testigos eran mexicano-americanos. Yo hice de mi propio abogado defensor, los interrogué, demostré que eran perjuros, se dio el caso por terminado y me pusieron en libertad.

Con la insistencia de una horda de coyotes tras un conejo, se lanzaron a la caza un mes más tarde, con la misma acusación. Esta vez estaban seguros de poderme “agarrar” con testigos más listos:

Con habitantes de Los Ángeles que no eran ciudadanos mexicano-americanos. Viendo sus caras duras y vulgares, escuchando sus estúpidas mentiras, la inteligencia de la parte acusadora en su selección de testigos no me impresionó. En un interrogatorio, le pregunté a uno de estos seres, señalando el traje de color claro que llevaba yo:

—¿Cuando usted me vio predicando el sindicalismo anárquico, llevaba yo este traje claro o uno oscuro?

Se mordió los labios, movió los ojos de un lado para otro, se agitó intranquilo y finalmente dijo:

—Un traje oscuro.

—Este es el único traje que tengo desde hace cinco años —le dije al juez.

A renglón seguido, hice aparecer a un grupo de amigos que sostuvo de sobra mi declaración. Confundido, el testigo confesó que se había equivocado. Es decir, que había mentido.

A otro le hice una pregunta que de tan sencilla era absurda.

—Dígame —le dije—, ¿llevaba o no llevaba bigote cuando usted me vio abogando por el sindicalismo?

El tipo miró mi bigote fijamente, como si esperara poder encontrar en él una respuesta.

—No llevaba usted bigote en esa ocasión —declaró.

—Vuestra señoría —le dije al juez—, nunca me lo he afeitado.

E hice llamar a los testigos cuyo testimonio eliminó al perjurio número dos. Sin gran dificultad, probé que los testigos restantes de la parte acusadora no merecían mayor crédito que los dos primeros.

Como nadie puede ser juzgado dos veces por el mismo delito, de nuevo me pusieron en libertad. Pero la experiencia me advirtió que no me dejarían mucho tiempo en paz. Y no me equivoqué.

Esta vez fue el Servicio de Inmigración el que se precipitó al quite, para mantener la dignidad de la ciudadanía norteamericana. Pasando por alto la verdad, con toda tranquilidad, me acusaron de ser un ciudadano indeseable. Yo no era ciudadano norteamericano. ¿Se intimidó por eso el Servicio de Inmigración? No. Seguían las instrucciones recibidas de escalones superiores, de modo que fui deportado con mi familia a México, por El Paso a Ciudad Juárez, el 4 de marzo de 1923.

A medida que el tren se acercaba a la frontera contemplé sombríamente mi situación, contrastándola con el trato que otros disidentes del *status quo* habían recibido de Estados Unidos. Hace mucho tiempo, el pueblo norteamericano había aclamado a los revolucionarios griegos contra los turcos, y Kossuth, patriota húngaro, que había huido de la tiranía austriaca, había sido recibido en Estados Unidos entusiastamente por múltiples simpatizantes.

Vamos, vamos, me dije a mí mismo, no es el pueblo norteamericano quien te ha expulsado. No han sido los camaradas de la Federación Norteamericana del Trabajo, quienes deploran la incesante persecución del gobierno contra los miembros del Partido Liberal; no ha sido el senador La Follette, Clarence Darrow, los

socialistas bajo el mando de Eugene V. Debs, ni los *single-taxers* de Henry George, mandados por John Post.

Pero una prensa injusta había aplaudido ruidosamente la persecución. Poniéndose del lado de los grandes negocios, había tergiversado y falsificado los hechos. Gozosamente, *Los Angeles Examiner* y *Los Angeles Times* cantaron a coro:

“Ahora que Magón y su familia han sido deportados a México, los Estados Unidos tendrán paz.”

Mis melancólicas meditaciones se disiparon como el polvo ante un fuerte viento cuando llegué a Ciudad Juárez. El emocionante recibimiento que me hicieron las organizaciones campesinas y obreras me llenó el corazón como un buen vino. Era éste el pueblo que sabía muy bien que Ricardo y yo habíamos luchado 30 años por ellos. Y me lo dijeron una y otra vez. ¡Cómo me reanimaron sus caras radiantes y amistosas! Me rogaron que hablara. Asentí con gusto, en la plaza, ante una gran muchedumbre. Mirando las caras trabajadas de obreros y campesinos, hablé de las condiciones en que vivían, que se burlaban de la sangre y del sudor sacrificados para hacer de México un país donde poder vivir.

—Hermanos —les dije—, temo que la Revolución ha sido como el parto de los montes. ¿Por qué se luchó? ¿Y quién luchó? Se hizo para ustedes, la hicieron ustedes, para darles tierra y para hacer mejorar las condiciones de trabajo y de vida en las ciudades. ¿Qué se ha logrado hasta ahora? La vasta mayoría de la población agrícola sigue sin tierra.

¡Una de las causas es el ejército! En él hay generales porfirianos y oficiales de la clase de los hacendados. Reciben órdenes de los grandes terratenientes para desgracia de los campesinos. Cuando

estos pobres tipos les piden a los hacendados que les aumenten sus miserables salarios, ¿qué es lo que sucede?

Hice una pausa, ahogándome de rabia. Los campesinos del mitin, con las caras quemadas por el sol, sombrías y silenciosas, me miraron fijamente mientras seguía:

—Sucede esto, hermanos míos. Estos hacendados les dicen a los generales que ordenen ahorcar a los campesinos lo mismo exactamente que en los días de Porfirio Díaz, ¿y qué sucede cuando los trabajadores piden un trato mejor? Son asesinados por los soldados, cuyos oficiales son sobornados por los dueños de las fábricas. Hermanos, ¿este fruto amargo es lo único que va a cosechar la Revolución? ¡Pero, por Dios les digo —y grité dando un puñetazo sobre la barandilla de la plataforma desde la que hablaba— que la revolución no habrá terminado hasta que ustedes, el pueblo, destruyan estas injusticias!

Se oyó un rugido de aplausos y gritos furiosos de “¡Dice la verdad de Dios! ¡Abajo el ejército! ¡Abajo los dueños de las fábricas! ¡Mueran los hacendados!”

En mi discurso, había señalado con desprecio al ejército. Bajo Obregón, apestaba hasta los cielos. Sus venales prácticas persistieron hasta que el general Amaro se convirtió en secretario de la Defensa bajo Calles y disciplinó a los oficiales. Pero no se le puede atribuir de ninguna manera a Calles la limpieza de estas cuadras de Augías. Se hizo solamente con la iniciativa de Amaro. Su sentido del honor militar y su dignidad personal aborrecían prácticas como aquellas. Después de mi discurso, se me acercaron delegaciones de todas las organizaciones de trabajo de Ciudad Juárez.

“Hermano Enrique, es usted el hombre que nos ha de unir en una fuerte federación. Sea nuestro jefe”, me insistieron.

La tentación era fuerte, pero de aceptarla, tendría que limitar mis actividades a Ciudad Juárez y la región vecina.

—Hermanos —dije—, no he vuelto a México para ser jefe de nadie. Como en los últimos treinta años, no quiero ser más que un sencillo hermano de todos, para estar a las órdenes de todos. Por el bien común. Agradezco el honor que me quieren deparar, pero entenderán por qué no lo puedo aceptar.

Ahora que ya había pisado suelo mexicano, surgieron los enemigos: las autoridades de Ciudad Juárez. Como camaleones que reflejan los colores del gobierno en la capital, representantes hipotéticos del pueblo, eran negros reaccionarios. Les sacó de sus casillas el que tuviera el atrevimiento de hacer aquel discurso en la plaza. Cuando se calmaron lo suficiente como para pensar, saltaron con toda una serie de acusaciones contra mí: insultar al presidente, incitar a la rebelión, insultar al ejército, difamar el hermoso nombre de México, y otras cuantas acusaciones horribles. Pero, antes de que pudieran consumir sus patrióticos designios, sirviendo a los periódicos que hacían las acusaciones, yo iba ya camino del sur, en una especie de marcha triunfal. Las semillas iluminadoras plantadas por el Partido Liberal en la mente del pueblo habían dado frutos. En general, por desgracia, no estaba el pueblo, materialmente hablando, mucho mejor que bajo Díaz. Pero el campesino ya no se veía obligado a besar de rodillas las manos del amo hacendado; el obrero de la ciudad se atrevía a pedirle a su patrón un trato humano, aunque, como ya lo dije antes, los perversos oficiales del ejército de Obregón hacían que la vida de los obreros huelguistas fuera dura.

Dondequiera que me detenían, me pedían que me dirigiera al pueblo. Acogieron mis discursos entusiastamente, pero las

autoridades contemplaban mis actividades con ojos helados, por lo cual, aún dos meses antes de que llegara a la Ciudad de México, dos meses después de haber salido de Ciudad Juárez, me esperaban allí 11 autos interlocutorios. Los empleados gubernativos de la capital estaban también indignados.

Como no estaban acostumbrados a que sus turbios manejos fueran expuestos a la luz del sol, descubrieron estos tipos que sus sensibles espíritus habían sido dolorosamente quemados por mis discursos. Entre los más celosos defensores del *status quo* se hallaba el jefe de la policía de la Ciudad de México, Arnulfo Gómez. Con manos impacientes, me esperaba para apoderarse de mí con una lista formidable de acusaciones: conspirar contra la Constitución del país, incitar al pueblo a la desobediencia, conjurar contra el gobierno, a las cuales había que añadir las que las autoridades de Ciudad Juárez le habían atentamente procurado.

Antes de arrestarme, Gómez tuvo una idea. ¿Por qué no tener la fineza de participarle a Obregón sus intenciones?

Amigos míos que estaban en contacto con el presidente me contaron lo que sucedió.

—Señor presidente, este Enrique Flores Magón está creando gran intranquilidad entre el pueblo —dijo Gómez, y Obregón asintió.

—Eso me han dicho.

—Sus bajas calumnias están difamando a su gobierno. Obregón frunció las cejas, pero calló.

—Su completa falta de respeto hacia usted es una infamia, señor Presidente.

—¿Y por qué me dice todo esto? Lo sé tan bien como usted —dijo Obregón irritado.

—Con su permiso, señor Presidente, propongo que se haga algo al respecto.

—¡No me diga! —dijo Obregón arqueando las cejas.

—Con su permiso, señor Presidente —dijo el jefe de la policía—. Por supuesto... con su permiso.

—¿Y qué es lo que quiere usted hacer, Gómez?

—Arrestar a este tipo indeseable.

—De modo que eso es lo que quiere usted hacer —dijo Obregón frotándose la barbilla con la mano izquierda, la única que le quedaba.

—¿Cuento con su aprobación, señor Presidente? —dijo Gómez, con los ojos brillantes de gusto.

Estaba tan contento pensando que el jefe del Ejecutivo estaba a punto de elogiarle su celo, que no vio cómo Obregón se iba caldeando. El presidente lo atravesó con una mirada furiosa.

—¿Así que esto es todo lo que se le ocurre?

—Pero señor presidente —tartamudeó Gómez—, lo ha insultado a usted y al ejército.

—¡Cuidado! —rugió Obregón.

—Sí, señor presidente —dijo perplejo el jefe de la policía.

—¡La nación entera tiene los ojos puestos en Flores Magón y un cretino como usted lo quiere arrestar!

¿Por qué se lo impidió Obregón? ¿Por respeto a los derechos humanos? No, sino porque todo México seguía mis movimientos. Siendo uno de los caudillos más astutos de todos los que habían ocupado la presidencia, se dio cuenta de que ponerle la mano encima al hombre que había pasado los mejores años de su vida combatiendo contra la tiranía, habría sido un enorme error político. Con cólera creciente, escuché a las delegaciones de los trabajadores

agrícolas que venían a contarme sus desgracias. El pueblo había luchado y había muerto por un pedazo de tierra que pudiera llamar suyo. Pero pocos, relativamente, lo habían conseguido.

—Hermano Enrique, los hacendados están furiosos porque han perdido algunas de sus posesiones —me dijo el portavoz de una delegación campesina del estado de Morelos—. Nos hacen la vida imposible. Los muy malditos contratan bandas que nos destruyen las cosechas. Sobornan a los políticos avarientos, que tienen puestos locales del gobierno, para intimidarnos a nosotros los ejidatarios con falsas objeciones legales a nuestras peticiones.

Incapaz de contener la indignación, un ejidatario, pequeño, encogido y de mediana edad, exclamó:

—Nuestros sufrimientos son insoportables. El gobierno al cual compramos semillas, ganado y arados, no nos da crédito. Pero prometió dárnoslo. Es como el arcoiris. Nunca llega. ¿De qué nos sirve la tierra si no tenemos los medios para hacerla producir como es debido? Estamos en un estado terrible, hermano Enrique.

—Escuchen, hermanos —les dije—. Puedo lanzarle un llamado a Obregón. Me oirá cortésmente. Pero es más probable que oigamos la trompeta del Ángel Gabriel anunciando la llegada del Mesías antes de que haga algo efectivo para desarraigar la rapacidad de esos coyotes que se nutren de la miseria del pueblo.

El pobrecillo me miró desconsolado.

—Entonces, hermano Enrique, en el nombre de Dios ¿qué se puede hacer? —dijo el portavoz.

¿Qué se podía hacer con el poder de la riqueza, del ejército, de la ansiosa horda de políticos alineados contra ellos?

—No lo sé —les dije—. Pero hay que encontrar una solución. Déjenme que lo piense.

Salieron esperanzados, después de darme las gracias una y otra vez. La sencilla confianza que me tenían era hermosa y conmovedora.

¿Qué podría yo hacer contra tales iniquidades, que volvía a oír en boca de otras delegaciones?

¡Cuántas noches pasé en blanco pensando el problema! Por fin llegué a lo que creí ser una solución prometedora. Para hacer que las sanguijuelas soltasen su presa era necesario conmover a la opinión pública. También agitaría pasiones peligrosas entre los reaccionarios.

Bueno, pensé, hace mucho que estoy jugando con el peligro, aunque no me guste su presencia.

Lo que más me preocupaba era que, para poder hacer discursos, necesitaba dinero. No tenía nada. ¿Que me lo prestaran los amigos? No me agradaba. Pero en ese momento, y como respondiendo a mi ruego, varias organizaciones de trabajadores de la capital acudieron al rescate, y nos pidieron a Teresa y a mí que fuéramos por el país dando a conocer mis ideas, y que nos pagarían los viajes. Lo acepté agradecido.

Mi temor de que se hiciera violencia contra nosotros se hizo pronto realidad. Subido en el kiosco de la plaza de San Martín Texmelucan, estado de Puebla, tenía ante mí una muchedumbre de 4 mil personas. La mayoría eran trabajadores de las fábricas textiles de la región. Mientras paseaban la mirada sobre la reunión, se oyó un estallido de voces. Tal demostración procedía no de los trabajadores, sino de unos hombres que estaban en los balcones de las casas que rodeaban la plaza. Con los puños en alto y moviéndose de un lado a otro me insultaban.

Desconcertado, les pregunté a los que estaban en primera fila que quiénes eran aquellos locos danzantes.

—Son los dueños de las fábricas textiles, nuestros patrones — contestó un hombre en overol.

—Qué raro —dije—. ¿Por qué no les ordenaron a ustedes que no vinieran a escucharme?

Algunos se echaron a reír, y uno contestó.

—Sí que lo hicieron, pero aquí estamos para escucharlo, señor Flores Magón.

—Muchas gracias. Da gusto oírlo.

Sin hacer más caso de las figuras gesticuladoras, empecé a dirigirme a los obreros. Tomé por tema la descarada corrupción y la crueldad de los oficiales del ejército.

—Muchos —señalé— son una herencia detestable del régimen de Díaz. Bajo ese déspota tiranizaban al pueblo. Y todavía lo hacen. Con desprecio, pasan por alto la revolución que fue hecha para destruir todas las formas de la arrogancia y de la injusticia. Esos perros que laceran el corazón de México siguen cometiendo brutalidades.

Me interrumpió una voz que gritó imperiosamente.

—Le prohíbo que haga un comentario más.

Me callé, sorprendido ante la repentina y cortante orden de una figura militar que había surgido de la nada.

Sacó el pecho.

—Soy el coronel Villegas, y ahora, largo de este kiosco.

Con la misma voz le pregunté por qué no podía hablarle a la gente.

—¡Está usted criticando al ejército! —rugió.

—Así es...

Pero me interrumpió de nuevo.

—¡Vil agitador! ¡Largo de aquí!

—Pero lo estoy criticando con la esperanza de que se corrija.

Soltó una andanada de insultos.

—¡Está insultando al ejército! —gritó temblando de rabia.

—¿He dicho algo que no sea la verdad?

Se acercó al borde de la plataforma, y apoyándose firmemente contra ella gritó:

—¡Si no se larga de aquí, le traeré a toda la guarnición armada!

—Un momento —me volví a la muchedumbre que había seguido, sobresaltada, nuestra conversación—. Hermanos —les dije—, ¿han oído cómo este oficial me ha ordenado que me calle? ¿Por qué? ¿Porque he dicho mentiras acerca del ejército? ¡No! Porque he dicho la verdad. Su actitud es la misma que la de sus compañeros. Me prohíbe que hable. Escupe sobre mi derecho constitucional de expresar mis ideas. De este modo, hermanos, confirma lo que les digo sobre los ultrajes cometidos por estos criminales del ejército.

Me incliné sobre la barandilla del kiosco, miré directamente a Villegas y lo señalé con el dedo.

—Usted sabe —le dije— que no digo más que la verdad acerca de usted y de otros como usted. ¿De modo que quiere que no siga criticando al ejército? Dejen de hacer brutalidades. Hasta que lo hagan, no crean que he de dejar de decir la verdad sobre el ejército. Traiga sus soldados, si quiere —y le troné los dedos como a un perro.

Se puso rojo como un tomate. Agitando el puño, gritó:

—¡Nomás espere! ¡Ahorita vuelvo! —y se fue corriendo hacia el cuartel.

De la muchedumbre se alzó un confuso murmullo. Unos cuantos, el miedo pintado en el rostro, empezaron a alejarse. La muerte repentina de gente pacífica a manos de los militares era cosa corriente. Lo prudente era buscarse un refugio cuando se empezaban a ver los signos de la tormenta. Pero no quería yo que la multitud se dispersara atemorizada, porque haría inútil lo que estaba tratando de decirles. Para evitar que el miedo de unos cuantos se contagiara a los otros, tenía que darme prisa. Levanté los brazos en alto.

—Compañeros —la sonoridad de mi voz detuvo a los asustadizos—, los soldados regresarán para disparar contra nosotros. ¿Por qué? Porque estamos ejerciendo nuestros derechos ciudadanos, nuestros derechos humanos, pensando y expresando nuestros pensamientos en una reunión hecha pacíficamente para hablar de nuestros problemas. El coronel va a traer a los soldados para que pisoteen nuestros derechos —y añadí rápidamente, inclinado sobre la baranda. —¡No quiero que nadie corra delante de los soldados, como conejos asustados! Sería vergonzoso. Les pido a todos los que tengan miedo, que se vayan de la plaza. Los compañeros valientes, que se queden, querrán en verdad defender sus derechos.

Claro que nadie quiso ser despreciado como un conejo asustado, de modo que todos se quedaron para ver los acontecimientos. Eché una mirada sobre la apretada muchedumbre. Lo que vi me hizo sonreír de satisfacción. Los rayos del ardiente sol se reflejaban en una gran cantidad de hojas de navaja y de cañones de pistola. ¡Los trabajadores, inspirados por mis palabras, estaban listos para luchar! Entonces, de aquella inquieta hueste, se oyó un rugido fatal, como el mugido amenazante de una bestia

arrinconada que se aprestaba a lanzarse sobre los cazadores. La pasión de masa que unía a los trabajadores en un solo cuerpo arrastraría con todo. Era magnífico, pero, si cegados por la furia, se lanzaban contra los soldados, morirían muchos. Hay que evitar esto a toda costa, me dije a mí mismo.

—¡Silencio! —grité con toda la fuerza de mis pulmones.

La plaza quedó muda. Asumí el mando de la gente; ordené que nadie utilizara la violencia contra los soldados hasta que yo lo dijera. Para hacer hincapié en lo que había dicho, saqué el revólver, y con el brazo extendido, grité gravemente:

—¡Dispararé contra el primer burro estúpido que me desobedezca!

Al terminar, levanté la vista. A lo lejos, vi a Villegas a la cabeza de 200 soldados que se acercaban rápidamente. Me metí la pistola en el bolsillo. Se acercaba la prueba. En el kiosco, Teresa, con los brazos abiertos, se lamentaba en voz baja.

—¡Asesinos! ¡Nos matarán!

Traté de tranquilizarla.

—No se trata de matar, sino de evitar un derramamiento de sangre.

—Pero ¿cómo, Enrique?

Le hice señas con la cabeza de que se animara.

—Ya verás, Teresa. Manejaré la situación de modo que no se vierta ni una sola gota.

—Señaló con la mano a los soldados que se acercaban.

—Mira cómo se preparan esos verdugos a asesinar al pueblo —dijo con la voz desesperada.

Me incliné y le acaricié la cabeza.

—No será así, mientras lo pueda evitar.

Venían a paso de carga. Conforme corrían, los vi cargar los fusiles. El corazón me daba contra las costillas. Eché una mirada penetrante sobre las espesas filas de trabajadores. Las caras sombrías, allí seguían, firmes. ¡Estupendo!, me dije a mí mismo.

En sombrío silencio, los ojos llameantes de odio, vieron cómo los soldados llegaban a la plaza, se les ponían enfrente, abrían las piernas y colocaban los dedos sobre los gatillos. Los 200 estaban listos a disparar, esperando la orden.

—¡Alto! —ordené con voz imperiosa.

Al oír mi grito, los soldados reconocieron la voz de la autoridad. Obedecieron mecánicamente. De los trabajadores se oyó un gran suspiro. Inmediatamente, empecé a hablarles a los soldados, sin tener en cuenta a su coronel. Con las palabras más sencillas les hablé a la comprensión y a la imaginación de los más ignorantes. Los trabajadores se mantenían silenciosos, escuchando con penosa intensidad.

Inclinándome sobre la barandilla, les hablé a los hombres de Villegas, que me miraban intrigados.

—Hermanos, ustedes como nosotros, son pobres. En sus propias casas, como en las nuestras, viven el hambre y la pobreza. Sus chamacos, como los nuestros, piden pan. Muchas veces no tenemos nada que darles. Por lo tanto estamos aquí, ustedes y nosotros, como hermanos, no como enemigos. ¿Por qué vienen a disparar contra nosotros cuando pertenecemos a la misma clase social? Aquí, en esta muchedumbre —y con un gesto señalé a los trabajadores con los labios apretados, entre los cuales había muchas mujeres y niños—, están quizás sus esposas, sus padres, sus hermanos, sus hijos. ¿Por qué vienen a asesinarlos? No hay más que una razón: su coronel quiere que lo hagan. ¡Quiere que

ustedes maten a su propia carne, a su propia sangre! ¡Qué monstruosidad! Si su familia estuviera entre esta gente, ¿creen ustedes que les ordenaría que dispararan? ¿Por qué han de matar entonces a los de su misma sangre? Miren, hermanos —y eché el cuerpo más todavía sobre la barandilla y extendí los brazos hacia ellos—, ¿saben ustedes por qué estamos aquí? ¡Para luchar y librarnos de tiranos y opresores! Si quieren seguir nuestro noble ejemplo, aquí tienen ustedes a ese coronel y a ese capitán —y señalé a los oficiales—. Los insultan todas las mañanas. Hasta les pegan. Esa es la clase de gente de la cual tienen que librarse. No vengan nunca a disparar contra sus propios hermanos, como lo somos nosotros.

A medida que seguía, los soldados bajaron las armas sin esperar las órdenes de los oficiales. El coronel Villegas se puso lívido. Estaba de pie, junto al kiosco. Podía ver claramente cómo la nuez de la garganta le subía y bajaba cual una corriente que se interrumpía.

Ya sus hombres lo miraban a él y al capitán con ojos incandescentes. Bajo su abrasadora mirada, la cara cetrina del coronel se puso más pálida. Levantó una mano temblorosa y con voz ahogada me rogó que no siguiera hablándole a sus hombres. Enervado hasta el pánico, temblaba de miedo. Lo miré.

—¿Y por qué no, Coronel? Sus hombres parecen interesarse mucho en lo que estoy diciendo.

—Sí, lo sé —dijo roncamente—, pero...

—Entonces seguiré hablando.

—Hágame un favor... —dijo tragando saliva.

—Si no quiere usted que hable a sus soldados, no los traiga a mi reunión.

De los soldados nos llegó un estallido de risa, al cual se unieron los trabajadores. La plaza retemblaba bajo su trueno. El aire,

que apenas hacía unos minutos oprimía de tensión, parecía ahora más fácil de respirar. Dirigí la mirada a Teresa. Lanzó un suspiro tembloroso y me sonrió.

Volví a hablar a los soldados. De reojo, observaba a Villegas. Cuando vio que mis palabras eran brasas de fuego que calentaban sin cesar a sus hombres, se puso a castañear tan fuertemente, que lo oí desde el kiosco. Parecía que estaba tocando las castañuelas.

De repente estalló.

—¡Le juro, señor Flores Magón, que nadie quiere matarlo!

La ira me subió. Había venido a matar. Ahora que había sido frustrado en su intento, revelaba lo que verdaderamente era: ¡un miserable cobarde!

—Hace unos minutos pensaba usted de manera distinta —le dije. Incliné la cabeza y no dijo nada. Al ver su mirada de perro apaleado, el asco sustituyó a la cólera.

—Coronel Villegas —y levanté la voz para que todos me pudieran oír—, quiero que recuerde esto: las gentes de San Martín Texmelucan son seres humanos. Cuando yo me vaya, trátelos como seres humanos. ¿Está claro?

Se pasó la lengua por los labios. Con voz ronca, murmuró:

—Sí, señor Flores Magón.

—Muy bien. Ahora llévese a sus soldados.

Empezó a marcharse. Lo volví a llamar.

—No los vuelva a traer con una comisión semejante porque, la próxima vez que yo vuelva, haré que lo maten o lo haré yo mismo.

De repente gritó alguien: “¡Viva Flores Magón!”. Absorto en los soldados, me había olvidado de los patronos de las fábricas de textiles. Habían contemplado la escena en silencio. Uno de los más jóvenes, incapaz de contenerse, había gritado desde un balcón

cercano. Me volví hacia él y de nuevo gritó: “¡Viva Flores Magón!”. Ante esto, de todos los balcones de los dueños de la fábrica, entusiasmados, gritaban: “¡Viva Flores Magón!”. Y como si eso hubiera encendido una chispa, en sus corazones, los 4 mil trabajadores, como un solo hombre, repitieron: “¡Viva Flores Magón!”, en una exclamación salvaje que hizo retemblar el kiosco. Cesó el griterío. Tenían las caras morenas fijas en mí. Con voz poderosa grité.

—¡Atención! ¡Derecha! ¡Marchen!

Y así, bajo el mando de un civil, los soldados empezaron a marchar. El coronel y el capitán los seguían en la retaguardia. Cabezas gachas, rabo caído, parecían los perruchos que eran en realidad.

Cuando los vi marcharse, me cogió un impulso perverso. ¡No lo pude resistir!

—¡Alto, coronel! —grité—, ¡acérquese aquí!

Automáticamente, como un robot, se acercó.

—A sus órdenes, señor Flores Magón —dijo humildemente.

—No se olvide de llevarle los calzones a la lavandera.

Me miró con ojos humillados. Dio media vuelta, y se alejó, acompañado por una homérica carcajada de la multitud exultante.

Entonces, la plaza se convirtió en el escenario de un júbilo desbordante. Los sombreros por el aire, los trabajadores dándose palmadas los unos a los otros y abrazándose. Hombres y mujeres se daban la mano y se ponían a bailar como locos. El jubiloso griterío era ensordecedor.

—¡Enrique, mira, vienen a buscarte! —susurró Teresa excitada.

Por las escaleras del kiosco se lanzó una densa muchedumbre. En un abrir y cerrar de ojos me encontré a caballo sobre los hombros de los morenos trabajadores. Entre gritos atronadores de “¡Viva Flores Magón!”, me llevaron por toda la plaza.

Aquella noche, los trabajadores nos homenajearon con una fiesta. Pusieron mesas en la plaza, y mientras las marimbas y las guitarras tocaban piezas bailables, los de las mesas, Teresa y yo inclusive, nos dimos un banquete con mole de pollo, barbacoa, chayotes, piñas, mangos, zapotes negros y pulque. Durante la culminación de las festividades, un obrero de edad mediana, con la ancha cara temblante de emoción, se inclinó sobre la mesa y me dijo:

—Ah, señor Flores Magón, no puede usted imaginarse la alegría que nos ha dado ver que usted le hiciera comer mierda a ese cabrón de Villegas. Por Dios, cuánto tiempo ha estado el pueblo bajo la bota militar. Pero ahora —y se dio un puñetazo en el pecho—, que tengan mucho cuidado cómo nos tratan.

Fue un día inolvidable para los obreros, para nosotros y para el coronel. Yo me encontraba bastante satisfecho. Corría un nuevo espíritu en San Martín Texmelucan. No les sería fácil a los militares si de nuevo trataban de amedrentar a sus habitantes.

Pero la continuación del asunto no fue divertida.

Teresa estropea el plan de Almazán

Habíamos hecho del general Juan Almazán un enemigo mortal. Era jefe de la zona militar de la que Puebla es el cuartel general. ¡Sabe el cielo su indignación! ¡Había manchado yo el honor del ejército en San Martín Texmelucan! ¡Había hecho del coronel Villegas el hazmerreír de México!

Considérese el sentido de la dignidad del general. Uno piensa que habría degradado, o por lo menos censurado a Villegas por su despliegue de cobardía. Nada de eso. No pudo pensar en otra cosa más que en castigar a la persona que se había atrevido a dudar de la prerrogativa del ejército de hacer su real gana. Sólo a la luz del carácter de Almazán, o mejor dicho, de su falta de carácter, se puede creer el asombroso incidente que voy a relatar.

Íbamos Teresa y yo en el tren de Puebla a Orizaba. Habíamos dejado a nuestro hijo Enrique, que se había puesto malo, al cuidado de un amigo de Puebla. Íbamos en segunda clase, para que le resultase más barato a los trabajadores que nos pagaban el

viaje; y para no obligarlos a pagar cuentas de hotel, aceptamos con gusto la hospitalidad de los obreros, durmiendo en sus casas, frecuentemente en petates sobre el suelo de tierra.

Al aproximarse a San Antonio Chiautempan, en Tlaxcala, el tren disminuyó la velocidad.

—¿Por qué será? Esto no es una parada regular —le dije a Teresa. Movi6 la cabeza, abriendo los ojos de par en par.

—¿Qué quiere decir esto? —murmur6.

El tren se había parado. Yo seguía la mirada de Teresa. Iba subiendo al carro un oficial del ejército, y detrás de él treinta soldados.

Esta interrupción de soldados me hizo pensar de qué se trataba, entonces noté que por la puerta opuesta entraban el guardia del tren, 10 soldados y su oficial. El primer oficial se me acerc6.

—¿Es usted Enrique Flores Mag6n? —pregunt6

—Así es.

—Queda usted arrestado.

Lo miré, sorprendido.

—¿Puede decirme qui6n es usted?

Arque6 las cejas como si dudara si debía contestarme o no.

—Coronel Arturo Bernal —dijo bruscamente—, ¡sígame!

—Un momento —y levanté la mano—, ¿por qué me arrestan?

—Órdenes del general Almazán.

Teresa y yo nos miramos. Conocíamos bien la brutal reputación de Almazán. Yo había pisoteado la del ejército. En venganza, no vacilaría en aplicarme la ley fuga. Sospechamos que esa era la razón de la aparición de Bernal.

Ya para ese momento el vag6n era una casa de locos. Los pasajeros se preguntaban unos a otros de qué se trataba. Los niños

lloraban; unas gallinas, que pertenecían a un par de mujeres que estaban a nuestro lado, cacareaban; sus dueñas, asustadas por la presencia de los soldados, se apresuraron a levantarlas.

Bernal me puso la mano en el hombro y me hizo con la cabeza que fuera con él. No me gustó ni el gesto arrogante ni la mano suya sobre mi hombro. Enfadado, me la sacudí de encima.

Al mismo tiempo, Teresa, poniéndose de un salto en pie, los ojos echando fuego, soltó una andanada de sarcasmos que pusieron rojo a Bernal.

—Es usted un valiente; para arrestar a un hombre se vale de... déjeme ver —y se puso a contar rápidamente—, se vale de la ayuda de treinta y un cobardes como usted —ante esto, los soldados, que se estaban sonriendo disimuladamente ante el ardiente ataque contra su comandante, se pusieron serios. Entonces Teresa, encaramándose sobre uno de los asientos de madera del carro, se dirigió a los pasajeros, Bernal, con la boca abierta, se olvidó de mí.

—Pasajeros, observen bien lo que está pasando —gritó—, este hombre que arrestan —y me señaló— es Enrique Flores Magón, a quien todos conocen por su reputación, cuando no personalmente. Bien saben ustedes que durante muchos años ha luchado por la libertad de nuestro pueblo. Y ahora, como en los tiempos de Porfirio Díaz, este individuo —y señaló a Bernal— viene para arrestarlo fuera del tren. ¿Para qué? Yo se los diré: para aplicarle la ley fuga. ¿Lo niega usted? —gritó sacudiendo el puño ante Bernal.

Lo vi tragar saliva. No contestó.

—¿Ven ustedes?—gritó—. No quiere comprometerse. ¿Por qué? Porque estoy diciendo la verdad. Si mañana o pasado mañana, Enrique Flores Magón y su esposa son asesinados, porque trataron de fugarse, no será verdad. Óiganme amigos ¡no será verdad!

La verdad será que estos hombres nos habrán asesinado —y Teresa lanzó su brazo, como una bayoneta, contra Bernal.

—No soy un asesino —protestó en voz alta.

—¡Mírenlo, amigos! ¡Miren su cara traidora y cruel, la cara de un asesino! —se inclinó hacia él, los labios tensos. Con voz cortante, siguió—. Si no lo fuera, estaría vestido de civil y no con el uniforme de los asesinos profesionales.

Llegando al límite de su paciencia, Bernal me gritó:

—¡Fuera del tren!

—¿Qué podía yo ganar, salvo una buena paliza, si resistía a 32 hombres? Salí, con Teresa a mi lado, que no dejaba de insultar a Bernal. Cuando hubimos bajado, el coronel parecía confuso en cuanto a lo que debía de hacer. Se quedó viendo cómo se alejaba el tren. Los soldados lo miraban esperando. Por fin se dirigió a nosotros, perplejo.

—Tu descubrimiento —le dije a Teresa en voz alta— del plan lo ha dejado en el aire. No sabe si fusilarme o soltarme.

—El muy sinvergüenza —murmuró, y dirigiéndose a Bernal—: entonces, ¿a dónde nos lleva? —El tono de desprecio pareció forzarlo a tomar una determinación.

—A Tlaxcala, a pedir nuevas instrucciones —gruñó.

—Ya veo —asentí con la cabeza—, me iba usted a aplicar la ley fuga. Le ha fallado por mi esposa. Así que ahora va a pedir nuevas órdenes.

—Le aconsejaría, señor Flores Magón, que no hable tanto.

—No le estoy pidiendo consejo al ejército —le dije moviendo un dedo delante de su nariz—. Permítame que le refiera al coronel Villegas para que lo compruebe.

—Usted me obedecerá —gritó—. Vamos a Tlaxcala.

Se me ocurrió una idea. Teníamos muchos amigos en Puebla. Si Bernal nos llevaba, podría yo enviar a Teresa a que los hiciera protestar contra Almazán y lograr de esta manera que me soltaran.

—Tiene usted que obtener sus órdenes en Puebla —le dije a Bernal—. ¿Por qué no nos lleva allá en lugar de ir a Tlaxcala?

Era esta una sugerencia perfectamente lógica. La única razón por la que no la seguí, pensé yo, es porque Teresa y yo lo habíamos ofendido en su dignidad de manera tan poco sutil.

—No le estoy pidiendo consejos —dijo abruptamente. Me encogí de hombros.

—Muy bien, Coronel. Vamos a donde usted quiera.

Nos llevó a Tlaxcala. De allí telefoneó a Almazán. Para nuestra diversión, oímos al otro que lo insultaba iracundo por su estupidez de haber permitido que Teresa hiciera su devastador discurso en el tren. Luego ordenó que nos llevara a Puebla. Haciendo como que no me había enterado de esta conversación iluminadora, le dije a Bernal:

—¿Qué instrucciones ha recibido usted?

Frunció las cejas, apretó los labios. Pensé que no iba a contestar.

—El general Almazán me ordena que los lleve a Puebla —dijo abruptamente.

—Ah, ve usted, coronel —dije, gozando todavía de la regañina que había yo oído—, podría haber ganado mucho tiempo, si hubiera aceptado mi sugerencia. Además, si me lo permite, el general Almazán aprecia la iniciativa propia de parte de sus oficiales.

Enrojeció.

—¿Conoce al general Almazán?

No sentía gran inclinación por este Bernal; de no haber sido por la rápida inteligencia de Teresa, habría sido mi verdugo.

—Sé que no le gusta hablar por teléfono —repuse—, parece ser que a veces lo enoja enormemente.

Se sonrojó de nuevo y dio media vuelta. No me volvió a dirigir la palabra durante el resto del camino. Cuando el tren se detuvo en la estación de Puebla, nos quedamos asombrados de la recepción que nos habían preparado. El lugar estaba abarrotado de soldados. Sonaban los clarines, retumbaban los tambores y chocaban los rifles. El ruido era ensordecedor.

—Mira —dije señalando la doble fila de soldados a cada lado de los escalones del carro—, nos están haciendo mucho caso.

A Teresa no le causó mucha impresión.

—Detesto este despliegue de fuerzas —dijo, agitando la mano—. Se podría pensar que nunca se ha hecho una revolución para destruir a este odioso despotismo.

—Vamos. Nos están rindiendo honores. Ni el presidente de la República ni su esposa gozan de una escolta tan imponente.

Se encogió de hombros a medida que nos llevaban a la calle, en medio de una escuadra compuesta por una compañía de soldados. Las trompetas y tambores seguían llenando el aire con su clamor, lo cual enfurecía aún más a Teresa. Le apreté el brazo y dije:

—Tranquilízate, querida. Este ruidoso recibimiento me alegra.

—¿Y qué tiene de alegre? —preguntó con la respiración fuerte y las cejas arqueadas.

—Creí que Bernal era un imbécil, pero Almazán lo es todavía más.

—¿Qué te propones, Enrique?

—Señalé los tambores y los clarines que hacían temblar el aire enérgicamente.

—Con este terrible ruido están proclamando a todo Puebla que estoy en sus manos. De modo que no es necesario que tú y yo notifiquemos a los trabajadores de este interesante hecho.

Y así era, pues atraídos por el ensordecedor ruido y el relumbrante aparato militar, la gente acudía de todas direcciones. Unos cuantos me reconocían y gritaban: “¿Qué pasa, hermano Enrique?”. A lo cual contesté.

—Lo mismo de siempre, hermanos, porque hablo mucho y el amo tiene tiernos los oídos. No aprueban mis comentarios y mis acciones de San Martín Texmelucan.

—¿Qué quieres que hagamos, hermano Enrique? —gritaban.

—Díganle a los otros —les aconsejé.

Intercambios como éste sucedían cada cinco minutos, Bernal no hizo el menor gesto para evitarlos, con lo cual demostró algo de sentido común. Las multitudes se agitaban a nuestro alrededor en grandes cantidades. Con la nariz enfilada hacia su punto de destino, Bernal, prudentemente, prefirió pasar por alto los comentarios que me hacían, y las alusiones dirigidas a él y sus soldados. La gente notó el camino que seguíamos. Como rayo se extendió por toda la ciudad el rumor de que me llevaban al cuartel de San Francisquito.

Suavemente le apreté la mano a Teresa.

—Cuando lleguemos al cuartel —le dije—, voy a recordar en voz alta que Enrique está enfermo y que debes ir a cuidarlo. Entonces irás a hablarle a la muchedumbre.

—No, Enrique, me voy a quedar contigo.

—Temo que eso no va a servir de mucho.

—¿Por qué no? —preguntó, con las pestañas temblándole.

—Mira, Teresa. Mi seguridad estará mejor garantizada si reúnes a un grupo de trabajadores que hagan una manifestación contra Almazán y exija que me ponga en libertad.

Teresa juntó las manos. Un rato después, el pecho arrogante, contestó.

—Muy bien, Enrique.

—Todo saldrá bien —dije animadamente.

Dio un tembloroso suspiro y miró hacia lo lejos, los ojos llenos de ansiedad. Yo sabía lo que estaba pensando: que Almazán no vacilaría en fusilarme si no se lo impedían.

Llegamos delante del cuartel. Allí, Teresa chocó con un obstáculo inesperado: un capitán, como una jirafa de alto, o casi. Este ser gigantesco desenvainó la espada, y con gesto teatral se la puso en el pecho ladrando.

—¡Ni un paso más!

Paralizada un momento por lo repentino de este extraño ataque, Teresa dudó. Luego levantó la vista hacia él. Como apenas mide un metro y medio, tuvo que echar la cabeza para atrás para verle la cara.

—Por Dios, qué soldado tan caballeroso es usted —gritó.

Bajó los ojos sobre el brillante acero que tenía en el pecho. De repente, haciéndose de lado, le quitó la espada de la mano al capitán estupefacto y la arrojó lejos.

—¿Qué se cree? ¿Que a mí me asusta su asqueroso palo? —dijo apretando los labios.

Algunos soldados soltaron unas risotadas. La jirafa les echó una mirada, abrió la boca, sin duda para lanzar una terrible regañada, luego, cambiando de opinión, se volvió furiosamente a Teresa.

—Recoja esa espada —gritó.

Poniéndose en jarras, alzó la cabeza provocativamente.

—¿Es suya, no? —dijo arrugando la nariz—. ¡Pues recójala usted mismo, valentón!

Con el capitán que ya echaba espumarajos por la boca, me pareció que había llegado el momento de que se fuera Teresa. Le hice un gesto.

—El chamaco está enfermo, vete a cuidarlo.

—Sí, Enrique —y se volvió hacia el capitán—. Me marcho porque me lo pide mi marido —dijo fríamente—, y no por sus valentonadas. Y haciendo un gesto de desafío con la cabeza, se alejó. Él dio un paso para detenerla, pero se arrepintió, y señalándome colérico, ordenó a dos soldados que me llevaran al cuartel.

En la entrada, di media vuelta y miré hacia atrás. Lo que vi, me hizo sonreír de satisfacción.

Allí, encima de uno de los herborosos bancos enfrente del cuartel, se alzaba Teresa. Con gestos fieros le estaba diciendo a una enorme multitud que yo era víctima de la brutalidad. Pero no pude seguir gozando del espectáculo. Los soldados me cogieron por los brazos y me llevaron apresuradamente a lo largo de un pasillo hasta un cuartito con una silla rota por todo mobiliario.

No es muy alegre, pensé, viendo la ventana enrejada, y luego al soldado que con una pistola se quedó de pie junto a la puerta.

Dentro del cuartel, todo estaba callado. Pero afuera rugía un tumulto. Furiosa por mi encarcelamiento, la ciudad se arremolinaba colérica como una gigantesca colmena de abejas irritadas. Habíamos llegado por la mañana. Al mediodía habían cerrado todas las fábricas. Los trabajadores se echaron a la calle. Con Teresa, que ayudaba enormemente a extender su cólera creciente,

su resentimiento acabó explotando en acción. Algunos de nuestros amigos empezaron a gritar: “¡Vamos a liberar a Flores Magón!”. El grito se extendió como una llama. Quince mil puños agitaban el aire, y otras tantas gargantas gritaban: “¡A liberar a Flores Magón!” Formando líneas que se extendían de acera a acera, empezaron a marchar hacia el cuartel.

En mi cuarto oía un rugido distante. Era como el de la marea cuando rompe contra la playa. Escuchaba atentamente. Eso, me dije, lo hace una gran muchedumbre, y sospecho que me vienen a buscar. Con alegría pensé que no estaría en ese cuartel mucho tiempo. De repente vi a los oficiales que corrían por el pasillo.

“¿Dónde está mi espada? ¿Dónde está mi pistola?”, gritaban. Mis sospechas se veían confirmadas. Pero no las tenía todas conmigo. Era evidente que los militares iban a utilizar la fuerza para evitar que la gente entrara en el cuartel. Correría la sangre. Y no era improbable, ya que yo era el causante de todo, que me aplicaran la ley fuga allí mismo.

Podía oír mis propios latidos mientras miraba al guardia que se mantenía en el quicio de la puerta, con la espalda vuelta hacia mí. Los oficiales corrían precipitadamente como ardillas por el pasillo. La sangre se me subió a la cabeza al ocurrírseme una idea. Quizás pudiera coger al guardia desprevenido, sofocarlo hasta hacerlo desmayar, arrastrarlo dentro del cuarto y cambiar mi ropa por la suya; luego, con suerte, podría escurrirme del cuartel.

Estiró el cuello para observar mejor la actividad del pasillo. Ese era el momento. De puntillas, me le acerqué por detrás.

Se inclinó un poco hacia la izquierda. Me apreté contra la pared para acercármele más por detrás. Di unos pasos más. Estaba

a menos de un metro. Levanté las manos para agarrarle por el cuello, cuando nos interrumpieron.

Irumpió en el cuarto el capitán jirafa, con un gran revólver Parabellum en la mano. El guardia, a quien había empujado rudamente a un lado, frunció ferozmente a sus espaldas, al verlo dirigirse hacia mí, seguido por una mirada de sorpresa al notarme tan cerca de él.

La jirafa me puso el revólver en las costillas.

—¡No me obligue a matarlo! —gritó.

Los ojos parecían salirse de las órbitas. En el estado de excitación en que estaba, podía suceder cualquier cosa.

—Capitán, no se precipite —le dije rápidamente—. Le aseguro que no tengo la intención de obligarlo a que me mate. ¿Por qué habría de hacerlo? No tengo nada que ganar con ello. Y usted, en realidad, tampoco. ¿No es cierto?

Por desgracia, este tipo era una excepción a la excelente regla según la cual el otro se calma si uno se mantiene tranquilo. Mi calmada actitud no hacía más que añadirle lumbre al fuego que le atizaba el cerebro.

—¡No me obligue a matarlo! —repetía con salvaje énfasis y la voz en un *crescendo* desentonado.

El espectáculo de este gigantesco animal, agitado como un chango enloquecido, no tenía ninguna gracia. No tenía ningunas ganas de que me vaciara el revólver en las costillas. Conteniéndome, le dije:

—No sé por qué quiere usted matarme. No tengo armas. Pero si quiere entrenarse, tráigame un revólver y veremos quién dispara mejor. Me puso una mala cara, pero que mostraba un cierto respeto, y que la calentura le había bajado notablemente. Arrugando

la frente, se puso a pasear a lo largo del cuarto. Casi podía oírle el pensamiento:

“¿Qué haré con este tipo, que es el causante de que la canalla esté atacando el cuartel?”. De repente, se detuvo, extendió el brazo hacia el guardia y le ordenó que me apuntara con el fusil.

—Si oyes romperse la puerta del cuartel —gritó—, ¡mátalo inmediatamente!

Lanzándose hacia el corredor le gritó a otro soldado. Le dio la misma orden, diciéndole que se quedara en la puerta. Luego, aludiéndome con un ceño fruncido, se salió dando un largo suspiro.

El rugido de la marea se hacía cada vez más perceptible. Ya antes de que saliera mi desagradable visita, había yo notado que el ruido acababa siempre en una nota alzada, para volver a empezar... el aire empezó a vibrar con la furia de un sonido que va aumentando de volumen. Oí claramente: “¡Flores Magón!, ¡Flores Magón!” Pausa momentánea; luego volvía a empezar el rugido y terminaba con “¡Flores Magón! ¡Flores Magón!”.

En el cargado silencio que oprimía el cuarto esos segundos, los guardias me miraban con aprehensión. Luego los vi sobresaltarse y los músculos de las quijadas ponerse tensos, al estallar una vez más aquel ruido amenazador. Esta vez más alto, más cerca. Entonces, mezclados con el ruido, pude oír “¡Libertaremos a Flores Magón, libertaremos a Flores Magón!”.

¡Cada segundo mi situación se hacía más desesperada! Agudicé los oídos tratando de adivinar qué tan cerca del cuartel se hallaba ya la multitud, y seguía mirando a los soldados. Los fusiles apuntándome a la cabeza me producían una desagradable sensación como de pinchos en la espina dorsal. Hice como que bostezaba y extendía los brazos, simulando gran cansancio. Finalmente me

puse de cuclillas sobre el suelo de concreto, dándoles la impresión de que tenía ganas de descansar.

Ellos seguían mirando y yo me preguntaba, con el corazón latiéndome a ritmo acelerado, si sospechaban lo que me proponía hacer. Me había puesto en la postura del atleta corredor: de rodillas, con las nalgas contra el tobillo del pie derecho, y el izquierdo enfrente del otro. Desde esta posición podía saltar y bajo el fusil del guardia más cercano, darle entre las piernas con la rodilla, lo cual probablemente lo haría desmayarse; luego, con su fusil en mis manos y usando su cuerpo como escudo, me enfrentaría a su compañero. En el mejor de los casos, pensé tétricamente, será toma y dale. ¿Pero si ya han adivinado mis intenciones y esperan a que haga el primer movimiento? Malditos guardias, cómo me miraban, mientras yo, desde mis ojos medio cerrados miraba a los dos agujeros negros y redondos de los cañones del fusil de donde podía surgir la muerte en cualquier momento.

Todo el tiempo, me exprimía el cerebro para tratar de encontrar una solución mejor a mi desesperado plan.

El rugido me daba en los oídos cada vez con más fuerza. Las caras de los guardias se ensombrecieron. Las ganas de saltarles encima eran incontenibles. No, no, todavía no. El momento no había llegado, me decía a mí mismo. Me fiaba en mi agudo oído para saber antes que los guardias, el momento en que el ataque contra la puerta fuera inminente. Entonces, como un rayo de sol que brilla a través de un cielo nublado, me vino una inspiración: Recurriría a mi fuerte poder de concentración para enviar un mensaje mental a la muchedumbre. Alguno podría recibirlo. Y yo seguía repitiéndole a ese alguien desconocido: “¡No se acerquen! ¡Aléjense, no se acerquen, porque el primer muerto seré yo, y el

sacrificio de ustedes será inútil!” Teresa, a la cabeza del ejército de trabajadores, vio a un hombre que se hacía camino a golpes, como un nadador que lucha contra las olas para llegar a la primera línea, alzar los brazos y gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Alto compañeros! ¡Si pasamos de aquí, al primero que matarán será al hermano Enrique!

Oí que el rumor de la marea se acallaba, cada vez más, hasta que se hizo silencio. Inconscientemente los guardias bajaron los fusiles. Me apoyé contra la pared, dando un suspiro; levanté la mano y me limpié el sudor de la frente.

¿Y Almazán, que había provocado todo este tumulto? El hombre se revolvía, febril de indecisión. Quería que me mataran, pero pensó con temor en la reacción que esto provocaría entre el pueblo inflamado. Mientras trataba de decidirse, llegó una orden del presidente Obregón de que me trasladaran a la penitenciaría de Puebla. Extendidas ante el juez MacGregor había una docena de acusaciones que me había ganado en mi jornada desde Ciudad Juárez a Puebla. Ya he contado de qué tipo, así que no diré nada de ellas más que venían a decir que era el mayor criminal desde que Eva sedujo a Adán para que comiera la fruta prohibida.

Para entonces todo el estado de Puebla era un volcán en erupción. Campesinos, gente de los pueblos de los alrededores, se volcaron en la ciudad como ríos. Juntándose a los habitantes de la ciudad, se agrupaban en grandes muchedumbres y escuchaban discursos candentes contra los militares; luego, con el ánimo encendido, empezaron a marchar a través de las calles gritando “¡muera Almazán!”, y escupían simbólicamente sobre el odiado ejército, maldiciéndolo con frases pintorescas. Cada maldición terminaba con “¡Queremos a Flores Magón!”

Entonces el increíble Almazán se eclipsó a sí mismo. Oyendo las denuncias del pueblo, no cabía en sí de rabia, y coronó la estupidéz de mi arresto con un acto todavía más estúpido. Telefonó al cuartel desde la oficina del juez de distrito.

—¡Disperse a la multitud con soldados! —ordenó.

Pero el pueblo, con la sangre encendida hasta más no poder por Teresa y otros oradores, no estaban como para que los trataran como ganado. Al ver a los soldados se apoderó de ellos una furia en masa: “¡Abajo el ejército!”, rugieron. Antes de que los sorprendidos federales supieran lo que estaba pasando, el pueblo cayó sobre ellos como una nube que se revienta, y los desarmó sin derramar prácticamente ni una gota de sangre. La única baja fue la de un soldado cuya nariz se tropezó con una pala.

Teresa, con los ojos echando chispas, me contó más tarde:

—¡Ese bestia de Almazán! Enfrentando a este torrente de ira, cambió de tono para salvar la piel. ¡Más aprisa de lo que puede correr un coyote! ¿Lo podrías creer Enrique? Tuvo el descaro de darse un aire de justiciero y de indignado. Pasando entre los soldados como un César los riñó: “¡Quién los ha llamado, estúpidos! ¿Qué no saben que al pueblo se le respeta? ¡Vuélvanse al cuartel!” Y al cuartel se volvieron bajo los gritos insultantes de la multitud.

Almazán por lo visto pensó que la humillación que había impuesto injustamente a sus hombres le favorecería a los ojos del pueblo, y que su hipócrita gesto les haría olvidar lo que se proponían. Pero pronto se desengañó. De todas partes se alzaron gritos amenazadores de “¡Suelten a Flores Magón!”. Empezaron a rodearle. Sintiendo el hálito caliente de los humildes abanicando su augusta compostura, pronto se las vio negras para conceder lo que fuera para salvarse. En dulces tonos prometió que me

soltarían inmediatamente y que se haría justicia. Sólo entonces se dispersó el pueblo reluciente.

Se anularon todas las acusaciones. Me soltaron al día siguiente. Desde luego, no se hizo justicia en una cosa, porque de haber sido así, se habría visto obligado a ordenarles a los soldados que lo fusilaran. Dos años después, en la Ciudad de México, me volví a encontrar con el coronel Bernal. Como ya no estaba bajo la autoridad de Almazán, se atrevió a contarme la verdad.

—Señor Flores Magón —me dijo—, el general Almazán me había ordenado de verdad que le aplicara la ley fuga.

Exactamente como lo habíamos sospechado Teresa y yo. En el capítulo siguiente tengo algo más que decir de Almazán.

Adversarios de Veracruz

—Me parece, Teresa —le dije mientras íbamos de Puebla a Orizaba—, que a juzgar por la oposición con que nos estamos tropezando, el trabajo por hacer va a ser muy grande.

—Lo que me extraña —comentó pensativamente— es que el pueblo sea tan apático. Parece faltarle la voluntad de hacer cumplir las leyes de la Constitución de 1917.

—Eso es porque se lo impiden los arribistas políticos. Agitando con empeño la bandera mexicana esos sinvergüenzas desvían la vista de la gente con sus pillerías secretas.

Ya antes de empezar esperaba encontrarme oposición. ¿Cuándo era que no la había encontrado desde que empecé en 1892 a levantar al pueblo, haciéndole comprender que tenía su propio destino en las manos? Y ahora, desde la tumba, además de las voces de mi padre y de mi madre estaba la de Ricardo, tronante, apremiándome a la lucha. En todas partes, los dueños de las fábricas, de las plantaciones, de las haciendas, se resistían descaradamente a

obedecer la ley. Los animaban a ello, pues podían contar con la poderosa ayuda de los políticos traidores, de los jueces venales y de los oficiales tan venales como ellos que no recordaban ni olvidaban anda. Este estado de cosas se hizo especialmente pestilente después de que salimos de Orizaba, donde yo había pronunciado unos cuantos discursos. Nuestro hijo Enrique, ya bueno, nos acompañaba. El primer pueblo al que llegamos, Soledad Doblado, ofrecía un ejemplo admirable de cooperación entre hacendados y ejército. El militar al servicio de los sátrapas terratenientes locales era un Coronel apodado Kilómetro a causa de su estatura.

Enterado de nuestra llegada, los hacendados convocaron a Kilómetro a una conferencia. Asunto a tratar: cómo deshacerse del entrometido Enrique Flores Magón. Inmediatamente surgió una divergencia de opinión en cuanto a la mejor manera de expedirme de este mundo pecaminoso. La idea de Kilómetro era tenderme una emboscada en la carretera. A esto se opusieron los patricios: era demasiado público. Y, como opinó enérgicamente uno de ellos, si un campesino de casualidad presenciaba el hecho, sería embarazoso, y provocaría a la región entera contra ellos.

—¿Y por qué habría de ser así? —preguntó Kilómetro.

—Porque la gente sabe que el ejército está de nuestro lado y a nuestro servicio —replicó el que objetaba.

—Tengo una manera mejor, más discreta —sugirió un hacendado—. Hagamos que uno de nuestros empleados de confianza siga a Flores Magón por el pueblo y lo apuñale en la noche.

Su plan no atrajo en absoluto a Kilómetro. En su opinión, tenía menos mérito que el suyo. ¿Y qué tal si uno del pueblo lo veía? De seguro que reconocería al del puñal, y entonces sí que estarían en un lío.

Llegamos al pueblo cuando estaban en plena práctica, lo cual detuvo por el momento sus discusiones. Nos reunimos en un hotel y allí nos sentamos a cenar unos cuarenta campesinos, Teresa y yo.

En ese momento, mi hijo Enrique, que ya había comido, se convirtió en el intermediario de la fortuna. Abandonado a sus instintos, se puso a dar vueltas por el lugar. Siguiendo su curiosa naricilla espió a través de una puerta entreabierta. Entró. Sentados a las mesas había unos veinte hombres. Algunos le echaron una mirada, pero no le hicieron más caso. Había dado con la pandilla de Kilómetro.

No viendo nada interesante, Enrique estaba a punto de salirse cuando oyó que mencionaban mi nombre. Con curiosidad renovada miró con grandes ojos al que hablaba, sentado a una mesa, y que era el hombre más alto que le había sido dado ver. El coronel Kilómetro. La educación del muchacho no había llegado aún al punto en que pudiera distinguir la significación de ciertas palabrotas que me dirigía Kilómetro, pero por la cara sudorosa y enrojecida y los gestos de enojado, adivinó a su manera infantil que no me estaba elogiando.

Muy excitado, corrió hacia Teresa. Un hombrazo, le dijo, hablaba de mí y de mi madre llamándome hijo de puta. Me levanté de un salto y alcé las manos hacia mis huéspedes.

—Dispénsenme, hermanos, unos minutos —dije, apretando los puños—. Creo que sé quién es ese tipo.

Teresa me cogió del brazo.

—No vayas, Enrique —dijo con voz nerviosa—. No está muy bien que dejes a nuestros amigos que han preparado una cena tan linda en nuestro honor.

Suavemente aparté su mano.

—Hermanos —dije enfadado—, no puedo dejar que ese tipo me insulte impunemente.

—No importa, Enrique, yo me ocupo de ello.

Y antes de que pudiera detenerla, Teresa se marchó rápidamente del cuarto. Me quedé viendo por dónde se había ido. ¡Cómo iba a dejar a mis huéspedes ahora! Pasaron diez minutos. No había vuelto. Me intranquilizaba cada vez más. Ese sinvergüenza de Kilómetro no cabía duda que había oído lo de sus discursos en Puebla. Si se le ofrecía la ocasión, ¿no podría asesinarla? Pidiendo disculpas apresuradamente, me lancé hacia afuera y me detuve en el pasillo.

¿En qué cuarto buscar? Echando rayos, estaba a punto de abrir todas las puertas del hotel cuando de repente oí la voz de Teresa, irritada. No podía entender lo que decía, pero rápidamente, siguiendo el ruido, llegué a un cuarto al otro lado del pasillo para oír a Teresa que exclamaba despreciativamente:

—El señor Flores Magón no está en venta.

Al entrar yo, Kilómetro corrió hacia mí, la mano sobre la espada. Tambaleándose, se detuvo en seco a unos dos metros. Me había metido la mano en el bolsillo del pantalón y le mantenía a raya con mi pistola.

—Conque usted es el famoso coronel Kilómetro —le dije, mirándolo con los ojos entrecerrados.

Enrojeció enojado.

—No me llamo así, me llamo...

—Mucho he oído acerca de usted, coronel Kilómetro.

—¡Le digo que no me llamo así! —gritó y dio un paso hacia mí.

—¡Quédese donde está! Kilómetro le va bien, amigo.

—¿Cómo es eso de que no estoy en venta? —dije a Teresa.

Un hombrecillo gordo y de mediana edad, con un vientre como un barril de vino se puso a hablar apresuradamente.

—Señor Flores Magón, su encantadora esposa no ha entendido bien nuestras intenciones.

—¿De veras? ¿Y cuáles son sus intenciones?

Alzó las manos regordetas y sonrió aduladoramente.

—Con mucho gusto se lo diré. Cree que queremos comprarle sus buenos servicios, pero...

—Así me pareció mientras me acercaba. Y por lo general sabe muy bien lo que se dice...

—Señor Flores Magón: insultarle a usted, ni soñarlo. Se trata de esto —y siguió suavemente—, hay mucha intranquilidad entre los campesinos...

—Así me han dicho.

Se detuvo un momento, y me miró con sus ojillos saltones, inseguro del significado de mis palabras. Luego prosiguió diciendo que pedían mayores salarios, servicios médicos, gastos de enfermedad y otras demandas que no eran sólo poco razonables sino absurdas. Suspirando, se puso las manos sobre el protuberante vientre y siguió con voz melosa.

—Señor Flores Magón: usted tiene una enorme influencia sobre los campesinos. Nosotros, los terratenientes, nos sentiríamos felices de que usted se estableciera entre nosotros y les mostrara los errores de su extraviada manera de pensar. Muy ingratos seríamos en verdad si por este gran favor no le mostráramos la gratitud debida, una gratitud sustanciosa.

—Ah —murmuré—, una gratitud sustanciosa.

Se le alegró la cara.

—Es lo menos que podríamos hacer.

Inseguro de que pudiera contenerme, si comenzaba a hablar, le hice una señal para que continuara.

—Nos sentiríamos honrados —e hizo un gesto comprensivo de todos los que estaban en las mesas—, si usted aceptara un gran terreno. No sería esto más que en justo reconocimiento de los esfuerzos que usted haga para hacer que los campesinos entren en razón.

Me volví hacia Teresa.

—La oferta del señor es en verdad halagüeña, ¿no te parece?

Me miró con los labios temblando, pero no me contestó. Le hice una señal con la cabeza al hombre gordito.

—¿Me permite que haga una pregunta?

Creyendo que le iba a contestar afirmativamente, le brillaron los ojos.

—Se la contestaré con todo gusto.

—¿Sin reservas? —no pude evitar el darle un tono ligeramente irónico a la pregunta.

—Sin reservas —dijo lentamente, bajando los ojos.

—Bien. ¿Qué se propone haciendo que los campesinos entren en razón? Por ejemplo, existe la ley que le ordena que pague dos pesos mínimo por un día de trabajo. ¿Paga usted el mínimo?

Esperé su respuesta. Se rascó la barbilla partida y me miró fijamente.

—Le pregunto: ¿da usted el mínimo? No contesta usted, señor. ¿Por qué? ¿Porque usted y todos lo demás —y tracé un amplio arco a mi alrededor con el brazo—, pagan un tantito menos? Me pide usted que haga entrar a sus trabajadores en razón. Lo felicito por tan hermoso pensamiento —y me incliné ante el gordito—. De este modo, guiado por la luz de la razón, debo decirle a esos

pobres infelices que no existe tal ley. Deberán contentarse con la miserable pitanza que a usted le place dar. Es lo que usted quiere que haga, ¿no?

Se alzó un murmullo de enojo. Kilómetro, maldiciendo en voz baja apretó el puño, e hizo como si se me acercara.

—No se mueva, Kilómetro —le aconsejé.

Me miró con su cara café oscuro toda rabiosa. Pero se mantuvo a distancia. Me dirigí a los otros.

—¿Por qué no han hecho el menor gesto para darle a los campesinos las tierras ejidales como lo pide el Artículo 27 de la Constitución? Porque con la ayuda de los despreciables jueces que ustedes controlan, no tienen la intención de cumplir jamás las disposiciones agrarias. Si acepto su ofrecimiento, ustedes esperarán de mí que mantenga tranquilos a los trabajadores. Querrán ustedes asegurarme que estoy trabajando mucho para conseguirles tierras; pero en realidad no querrán que haga nada. Confiarán ustedes en mí para que los mantenga en la esperanza de lograr el deseo de su corazón, que nunca lograrán —me callé un momento—. Eso es lo que esperan de mí, ¿no?

Kilómetro se retorció fieramente el bigote, pero con cuidado de no acercarse. Los otros se sentaron con las manos extendidas sobre las mesas, el cuello hacia delante, gruñendo y respirando como perros furiosos. Ninguno me contestó. Pensé en sus pobres trabajadores, medio muertos de hambre, y sentí náuseas al ver esas caras y vientres gordos y bien alimentados.

—¡A la chingada ustedes y su asquerosa oferta! —les escupí con amarga intensidad.

En su prisa, al levantarse, tiraron las sillas, moviendo las manos y lanzando miradas de odio, pero con los pies clavados en el suelo.

Esperando que se me echaran encima, había sacado el revólver del bolsillo.

—Lindo discurso, hermano Enrique —dijo una voz a mis espaldas. Di media vuelta. En el quicio se apretujaban los campesinos que había dejado en el comedor. Tan concentrado había estado, que no los oí acercarse. Echaban miradas furibundas contra los hacendados, lo que terminaba de explicar por qué no me hubieran puesto mano encima.

—Hermanos, vámonos —y me llevé la mano a la nariz—, aquí apesta.

Con grandes carcajadas, salimos.

¿Cuál es la forma más baja de vida? Tengo para mí, que es la del jefe de trabajo corrompido. Es un caníbal que se alimenta de los corazones de hombres y mujeres que le han hecho confianza. Jefe de estos odiosos seres era Luis Morones, zar de la CROM. ¿Cómo describirlo? ¿Cómo dar toda la medida de su iniquidad? Audaz, enérgico, hablador, este traidor del trabajo se hizo dueño de haciendas, casas, apartamentos, acciones y bonos. Iracundos e indefensos, los trabajadores, a quienes vendía, lo veían pavonearse en sus lujosos automóviles.

¿Por qué estaban indefensos? ¡Obsérvese quiénes eran sus ángeles de la guarda! Capullo apenas nacido bajo Obregón, que lo utilizaba para disciplinar a los obreros a fuerza de latigazos, de acuerdo con su política de gobernar a México con “firmeza”, Morones floreció plenamente bajo Calles, quien lo nombró secretario de Economía e Industria. De regreso en la Ciudad de México, Morones siguió con enojo mi progreso por la parte sur del país. Había que hacer algo para desacreditarme, pensó. ¿Por

qué? Porque no desperdiciaba oportunidad para meterme con la jefatura de la CROM. Fue en Santa Rosa, Veracruz, donde por fin el largo brazo del patrón del trabajo se extendió para asestarme un golpe. En campo abierto, se habían reunido campesinos y obreros de Santa Rosa, Nogales y de otros pueblos vecinos para oírme. Desde la plataforma, pasé la vista sobre la gran muchedumbre y pensé: “Muchas de estas pobres gentes han caminado kilómetros para oír lo que tengo que decirles. No puedo quedar mal”. Apenas había empezado a hablar cuando me interrumpieron.

Un hombre enfrente de mí, del otro lado, pedía permiso en voz alta para dirigirse al público. Lo miré con cuidado. ¿Dónde lo había visto anteriormente? Entonces recordé: era un jefe de la CROM, llamado León. Muchos de los trabajadores, entre los que había estado haciendo propaganda a favor de esta organización, lo reconocieron también. Unos cuantos cerca de él le gritaron: “¡Cállate León!”.

¿Se molestó? En absoluto. Imitando las tácticas provocadoras de su superior, proclamó a voz en cuello, señalándome:

—Tengo el mismo derecho de hablar que ese hombre.

Irritado por su insolente aspecto, los que le rodeaban extendieron los brazos para arrastrarlo fuera. En ese momento, intervine yo.

—Hermanos —dije—, este hombre de la CROM tiene derecho a hablar si lo quiere hacer. Les agradecería que le permitieran subir a la plataforma.

El mitin había sido convocado sólo para mi discurso, pero no mencioné. Tenía curiosidad por oír lo que el tipo aquel tenía que decir. Rojo de ira, León se abrió paso hasta la plataforma. Ignorándome ex profeso, se puso a hablar. Vi en las caras del público el disgusto que causó su grosería. A decir verdad, yo estaba

perfectamente de acuerdo con que hablara. Después del jefe de la CROM, yo les podría decir a estas gentes algunas cosas acerca del mando de la CROM que les abriría los ojos.

Sin perder un momento. León me soltó la andanada.

—No dejen que este bribón de la ciudad venga aquí a engañarlos —gritó—. Un hombre como este —y me señaló con el pulgar— no se ha ensuciado las manos jamás al contacto de herramientas de trabajo. ¿Por qué habrían de escucharlo los trabajadores? ¿No conoce los problemas de los obreros! Todo lo que hace es engañarlos con su pico de oro.

Orador experto, su vehemencia tenía los acentos de la sinceridad. En las caras de muchos apareció una expresión de incertidumbre. Pronto se vio claramente que cuanto más tiempo siguiera lanzándome ese tipo de piropos, tanto más hostil se haría la muchedumbre contra mí. No me dejarían la oportunidad de dirigirles la palabra ¡Que se lo lleve el demonio! Si lo detenía, tampoco daría resultado. Para estos valerosos, pero sencillos campesinos y obreros equivaldría a admitir que sus acusaciones tenían base de verdad. Así que seguí esperando. Que siga hasta que se le acabe la cuerda. Lanzándome una mirada de triunfo saltó de la plataforma. La muchedumbre lo aclamó. Esperé, ceñudo, hasta que cesó el aplauso. Y empecé:

—Este representante de la CROM tenía mucha razón en todo lo que dijo. —Me detuve. Por la audiencia corrió un rumor agitado como cuando pasa el viento por entre una arboleda. León, de pie enfrente de mí, me miraba con la boca abierta. No sabía qué pensar de tan singular manera de empezar un discurso. Los hombres se miraron asombrados, y luego alargaron los cuellos hacia la plataforma. Seguí, en voz más alta.

—Es verdad que no deben permitirle a una señorita que se dirija a ustedes. Una persona como esa no entiende las condiciones y las necesidades de los trabajadores. Así pues, ¿cuál es mi posición? Eso es lo que tienen ustedes derecho a saber —me detuve, y agité el brazo de derecha a izquierda en dirección al público silencioso—. Sepan, por lo tanto, que no sólo soy un obrero como cada uno de ustedes. Soy más obrero que el que me ha atacado malvadamente. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Para engañarlos a ustedes! No quiere que ustedes sepan la verdad acerca de lo que he venido a decirles, incluyendo las vergonzosas acciones de los jefes de la CROM, entre los que está él mismo.

De nuevo me detuve. Abajo, enfrente de mí, León fruncía el ceño, apretaba las quijadas con una mirada torva, sin quitarme los ojos de encima. Con énfasis creciente, proseguí.

—Pero antes quiero decirle esto: domino tres oficios.

Extendiendo el brazo agité un dedo señalando León.

—El pobre señor León —y mi voz tembló de compasión— conoce uno a lo sumo. De modo que soy mejor obrero que él. ¿Hay alguien que dude de mis palabras? ¿Quizás usted mismo, señor León? —dije inclinándome hacia él—. En ese caso, sugiero que le escriba a la Compañía Constructora Johnson de Albuquerque, Nuevo México.

Pregunte, señor León, si es verdad que en 1908 trabajé para ellos; primero, como obrero común, luego haciendo piedra artificial para cemento. La piedra que hice ganó la medalla de oro en la exposición local. Y escuche, señor León: puede preguntarle también a los constructores del Edificio Singer de Nueva York, el más alto del mundo. En él trabajé en 1907 como electricista. O puede comunicarse, señor León, con la American Can Company,

los mayores fabricantes de lata del mundo. Trabajé en su fábrica de San Francisco, California, desde principios de 1909 hasta septiembre de 1910; primero como obrero corriente, luego en la maquinaria, finalmente tuve a mi cargo 36 máquinas, como experto mecánico. Recuerde el número, señor León: 36 máquinas.

Me detuve para dejar que mis palabras causaran su efecto mientras lo miraba irónicamente. Con los labios apretados en una mueca salvaje, me miraba como si fuera yo el mismísimo diablo.

Dirigiéndome de nuevo a la audiencia, seguí.

—Hermanos y camaradas, han aprendido que mis manos saben trabajar tan bien como mi cabeza. Por lo tanto, no citaré más lugares donde he trabajado. No tiene tanta importancia. Lo que sí la tiene son los problemas de ustedes. Por eso he venido. Quiero que sepan lo que pienso yo, porque espero que les pueda ser útil.

De nuevo me interrumpieron. Esta vez por gritos de rabia del último extremo de la muchedumbre. Vi escaparse como flecha una figura. No cabía duda. Era el señor León, que corría para salvar su querida existencia, seguido de un grupo de hombres enfadados. No cabe duda de que debe de haber tenido mucha práctica en este tipo de carrera a pie, porque fácilmente se adelantó a sus perseguidores, afortunadamente para él, pues si hubieran alcanzado al representante de la CROM, temo que su fuerte temperamento meridional los habría incitado a utilizar sus navajas siempre listas para callar su lengua embustera. No fue ésta la última vez que supe de Luis Morones. En el lugar debido describiré cómo este siniestro tipo trató otra vez de perturbar mi tranquilidad.

A medida que seguía haciendo mi gira, me encontré con un fenómeno raro en Estados Unidos, pero bastante corriente en México,

verbigracia, el clero alineado por lo general con los elementos reaccionarios oponiéndose al empuje de las ideas liberales. La historia de mi país revela completamente la causa.

A principios del siglo diecinueve, la Iglesia, según el historiador católico, Lucas Alamán, poseía la mitad de la tierra del país. También tenía hipotecas sobre una gran parte del resto. Esto, además de recibir gratis el trabajo forzado de decenas de miles de indios que construían iglesias y servían de otras muchas maneras.

En 1857, sucedió algo que cambió radicalmente este estado de cosas. Ese año, Benito Juárez confiscó todas las propiedades de la Iglesia. Y el artículo 27 de la Constitución de 1917 reafirmó sus leyes. Establecía la incautación de todas las propiedades que la bondad del corazón de Porfirio Díaz había permitido adquirir a la jerarquía eclesíastica. ¿Tenía entonces algo de raro que el clero me mirase con desconfianza?

El sacerdote de San Cristóbal La Llave, Veracruz, no era ninguna excepción. En un pueblo llamado Congregación del Zapotal, alguien me advirtió:

—Hermano Enrique, ¡tenga cuidado con el cura de San Cristóbal La Llave!

—¿Qué tiene, Adolfo?

—Debe usted saber que le dio armas y municiones a sus feligreses. Con su bendición, les ordenó que dispararan contra el demonio que va a llegar pronto a su pueblo. Ese es usted, hermano Enrique. Pero hay más. Les ha regalado una bandera negra. Cuando oigan doblar las campanas de la iglesia, dijo, deben colocarla a la cabeza de sus tropas. Luego, con una plegaria a la Virgen en los labios, las pistolas en las manos, han de venir corriendo para darle una bienvenida endemoniada.

Nunca averigüé el significado de la bandera negra. Quizás habría de simbolizar los negros designios del cura. O el color de su alma.

Pensé que tendríamos que esperar hasta el día siguiente para tener el placer de conocer a este pastor y a su rebaño, porque eran ya las diez de la noche cuando llegamos a Congregación del Zapotal.

¡Qué recibimiento nos hicieron! La gente del pueblo nos había estado esperando desde mediodía. Pero nos habíamos detenido en varios lugares donde los habitantes insistieron en que les habláramos.

Teresa y yo. De modo que todos dormían cuando, acompañados por mi hijo Enrique, entramos a caballo a Congregación del Zapotal. Los habitantes debían de tener el sueño ligero. El ruido de los cascos de los caballos los lanzó a la calle, a nuestro encuentro. Para expresar su alegría por no tratarse de una ocasión común y corriente, dispararon grandes cohetes hacia el cielo, llenos no de pólvora, sino, por desgracia, de dinamita.

Aquel día, temprano, el burro de Teresa se había apartado repentinamente del camino y la había tirado. La subí en la silla de mi caballo y yo me senté detrás de ella, en la grupa, espoleándola con mis piernas. El primer cohete que explotó hizo retemblar todo a su alrededor, justo debajo de las narices de nuestra montura. Aterrado, el caballo se encabritó, y poniéndose de manos lanzó a Teresa violentamente en contra mía. Al suelo fuimos a dar, ella para un lado y yo para el otro, donde di fuertemente con una piedra. Me rompí la tibia de la pierna derecha.

Los cohetes cesaron de repente. A mi alrededor se agrupó la gente, con cara entristecida. En medio de sus exclamaciones de

preocupación, llegó corriendo un habitante que trabajaba en una hacienda cercana a darnos un mal agüero.

—Malas noticias, señor Flores Magón —dijo sumamente excitado—. Los hacendados dieron armas a sus peones y a sus guardias blancas. Y estas son las instrucciones: cuando oigan mañana estallar los cohetes, deberán venir y atacarlos a usted y a sus partidarios.

—Muchas gracias, amigo —dije—. Conviene saber lo que le espera a uno.

Aquel hombre de cara oscura y delgada parecía muy preocupado.

—¿Va ir de veras a San Cristóbal? —Asentí con la cabeza. Meneó la suya y juntó las manos—. Son muchos, señor Flores Magón. Necesitará una gran fuerza para vencerlos.

De nuevo le di las gracias por su afán, y se desapareció en la oscuridad del pueblo.

—Ya son dos los grupos contra los cuales tendrás que luchar. ¿Crees prudente ir? —dijo Teresa temblando.

Me hacía daño verla angustiada. Claro que iría a San Cristóbal, pero de nada servía que aumentara su inquietud con decirlo.

—Teresa—le dije, acariciándole el brazo—, no te preocupes por eso. Mañana será otro día —bostecé—. Vámonos a dormir.

Pero no pude dormir bien. La pierna herida me dolía bastante y me despertó varias veces.

Desde luego que advertencias no me faltaban. Esta vez fue un joven soldado quien se acercó mientras me estaba lavando, a la mañana siguiente.

—Señor Flores Magón —dijo saludándome—, le tengo una gran admiración por la lucha que está llevando a cabo por la justicia del pueblo. Por eso le ruego que no vaya a San Cristóbal.

—Por eso tengo que ir —le contesté, secándome la cara con una toalla—. Dime, muchacho, ¿por qué no habría de ir?

—Porque lo van a matar.

—Ya. ¿Y quién quiere matarme?

—¡Por favor, no vaya! —levantó la mano con toda seriedad—. El alcalde de San Cristóbal me ha enviado para advertirle que no vaya.

—¡Qué amable de su parte! ¿Y por qué no habría de hacerlo?

El joven soldado dio un hondo suspiro y me echó una mirada.

—Le ruego que no vaya, señor Flores Magón. Los soldados de la guarnición tienen instrucciones de disparar cuando lo vean.

—¡Caramba! —me dije—. Con esta ya van tres amenazas. Le acaricié la morena mejilla al muchacho.

—Muchacho, te doy las gracias de todo corazón por tu interés en mí. Y ahora oye lo que le dirás al alcalde: yo recibo órdenes del pueblo, no de una rata como él. Puedes también informarle que en dos horas llegaré a San Cristóbal para entrar al baile.

La cara se le iluminó.

—Señor, permítame que le dé la mano.

Nos estrechamos la mano. Volvió a saludar y se marchó. Adolfo, nuestro anfitrión, empezó a caminar tras él.

—Ese alcalde es un piojo en el pelo de San Cristóbal —murmuró, y me reí.

—Adolfo —le dije—, por favor ten la bondad de notificar a los hombres de tu pueblo que se presenten inmediatamente delante de tu casa. Quiero hablarles acerca de algo muy importante.

Veinte minutos después se habían reunido 300 campesinos, los negros ojos reventándoles de curiosidad. Sin disminuir el peligro, les dije lo que nos esperaba en San Cristóbal.

—En cuanto a mí —concluí—, voy. Pero si hay alguien que no quiera seguirme, que se quede, sin remordimientos.

“Lo seguiremos hasta el infierno, hermano Enrique”, gritaron con fuerza. “¡Nomás llévenos!”

El corazón les saltaba de gusto. Amargados por el trato que recibían de los hacendados locales, tenían sus buenas ganas de darles encima. Le eché una mirada culpable a Teresa.

—Más vale que te quedas aquí cuidando a Enrique.

Asintió con la cabeza. Yo suspiré aliviado y le di gracias al cielo de que no hubiera insistido en acompañarme.

Los hombres se habían desperdigado, pero no de miedo. Pronto volvieron con sus mortales machetes, armas tan formidables que de un solo golpe se pueden cortar ramas de diez centímetros de diámetro. Las ramas sirvieron de mazas para los que no traían machetes.

Con los ojos encendidos con la luz de la batalla, mis hombres gritaban: “¡A San Cristóbal con los caballos!” Eso no lo permití. El estallido de las armas de fuego, a que no estaban acostumbrados los animales, los habría precipitado en confusión. Les ordené que se quedaran en Zapotal. Luego añadí:

—Vamos en fila de uno en fondo. Si por desgracia los de la vanguardia mueren, el resto tendremos más oportunidad de enfrentarnos con el enemigo.

Por un momento se pusieron serios. Luego, los ojos echando chispas, gritaron aquellos valientes: “¡A darle a esos cabrones!”

Entre constantes aclamaciones, desplegamos nuestra bandera roja, con las palabras electrificantes escritas: “Tierra y Libertad”. Sí, pensé tristemente ¿cuándo recibirá el pueblo la tierra y cuándo tendrá la libertad económica por la cual tantos han sacrificado sus

vidas en vano? Mis reflexiones se vieron interrumpidas por alguien que me tocó el brazo. Era un hombre joven. Tendría unos veintidós años, de estatura mediana, fuerte de aspecto y con un aire determinado. Seriamente pidió el privilegio de llevar la bandera.

—¿Por qué quieres asumir deber tan peligroso? —pregunté con curiosidad—. ¿Sabes, verdad, que la bandera irá al frente?

Los ojos le brillaron.

—Está bien. Esos perros hacendados me han prohibido que entre en el pueblo.

—¿Por qué?, es arbitrario.

—¡Porque no me gusta la manera en que me mangonean esos cabrones!

Sonreí. Un rebelde de nacimiento. Uno no puede obligarse a doblar las rodillas en humilde homenaje ante patronos arrogantes. Le di una palmada en el hombro.

—Muchacho —le dije—, México necesita hombres como tú para ponerse en pie.

Los ojos le brillaron al entregarle yo la bandera.

—Muchas gracias, señor Flores Magón —exclamó con voz resonante al cogerla con su nerviosa mano y corrió hacia la vanguardia para ponerse a la cabeza de la columna.

Lo seguí con la vista. Un tipo determinado, como él, puede llegar lejos. Era inteligente. Conocía a muchos como él a quienes la gran marejada de la Revolución había llevado hasta la cumbre, pero no siempre con ventaja del país.

En muchos casos, viniendo de un pueblecito como Congregación Zapotal, el que antes había sido campesino se encontraba como pez fuera del agua cuando se veía elevado a una posición de alguna importancia en el gobierno de la Ciudad de México.

Estaba acostumbrado a una ración de tortillas y frijoles, a dormir en el suelo de tierra, pero en la capital era delicioso poder saborear buena comida, beber buenos vinos y dormir en blandas camas. Los hombres de negocios lo adulaban. Algunos empresarios, mexicanos y extranjeros, le ofrecían discretamente sustanciosas participaciones en sus empresas; todo lo que tenía que hacer a cambio de esto era sencillamente utilizar sus buenos servicios para que obtuvieran concesiones. ¿Y los camaradas con quienes habían luchado hombro con hombro para hacer justicia al pueblo? Bah, se habían convertido en vagos recuerdos durante su asociación diaria con hombres ricos que lo estaban modelando a su propia imagen y semejanza.

Este era el innoble fin de muchos jóvenes, con su ardor revolucionario derretido en el abrazo de la Prostituta Tentación. Le deseé mejor suerte a nuestro abanderado.

De repente me vi rodeado de 50 muchachas. Me les quedé viendo con asombro, oyéndolas clamar que querían que les permitiese seguirme a mí y a la bandera.

—¡Eso es absurdo! —les dije, haciéndoles señas de que se fueran.

—¿Qué es absurdo? —gritaron indignadas. Empecé a impacientarme.

—Señoritas, permítanme hacerles ver que no se trata de una fiesta.

Pero seguían insistiendo, y me enojé.

—No pueden ir. Eso es todo. Es demasiado peligroso.

Una de ellas, una criatura esbelta y graciosa de grandes ojos brillantes, me aseguró que estaba equivocado.

—Cuando el enemigo vea un montón de muchachas al frente no disparará —dijo suavemente—, y eso salvará la vida de muchos de nuestros hombres.

¡Qué sencillez!, pensé. Era increíble.

—Señorita —le dije cansado—, mucho me temo que tiene usted demasiada fe en la galantería de esos hacendados. Mejor es que vayan en la retaguardia. Mejor aún que se queden en Zapotla.

Al oír esto, el grupo entero levantó una verdadera tormenta de protestas y decidió terminantemente no seguir mi sugerencia de tanto sentido común. Reuniéndose en una masa compacta enfrente de nosotros, obstaculizaron la carretera y gritaron que no nos dejarían pasar hasta que accediera a su petición.

—Esto es un aprieto —le dije a Adolfo, furioso.

—Hermano Enrique —y se tapó la boca para ocultar una evidente sonrisa—, de nada servirá que les ordene a los hombres que las echen. Si tratan de hacerlo, se meterán en un lío mayúsculo, y si me perdona lo que voy a decir, hermano Enrique, se ganará usted la reputación de ser un opresor de las mujeres.

Volvió la cara a un lado y tosió.

Se hacía tarde. Los hombres sonreían y decían comentarios que hacían estallar de risa a sus compañeros y que provocaban sonrisitas de las aguerridas mujeres. Adolfo se pellizcó la oreja.

—Hermano Enrique, permítame que haga una observación.

—Sí.

—Pues mire: cuando un grupo de mujeres se empuja en una idea ya se puede hundir la tierra, que no ceden.

Miré a las mujeres y agité la mano en señal de asentimiento y disgusto. Con chillidos de triunfo se formaron detrás de mí y de la bandera, con los hombres detrás. ¡Extraña procesión para dar batalla! A medida que avanzábamos bajo el sol tropical, yo temblaba. ¿Qué iba a suceder a esas muchachas cuando encontráramos al enemigo?

Me di media vuelta oyendo sus claras voces que rompían a cantar:

¡Buenos días, paloma blanca,
hoy te vengo a saludar,
saludando a tu belleza
y a tu reino celestial!

Se me hizo un nudo en la garganta. ¡Caramba con aquellas muchachitas tontas y valientes!

Llegamos a San Cristóbal a las once. Vimos cohetes estallando al sol, oímos campanas doblando en alarma. Blandiendo pistolas y machetes, dando gritos salvajes, nuestros hombres rodearon la plaza. Todo el tiempo nos manteníamos bien en guardia, pero ni feligreses católicos ni guardias blancos acudieron a exterminar al demonio. ¿Y dónde estaban los soldados que me iban a matar?

De los jacales salieron sus habitantes, primero tímidamente, luego más atrevidos, a vernos.

—Tú que conoces a esta gente —le dije a Adolfo—, invítalos a que asistan al discurso.

Miré al otro lado de la plaza. ¡Allí estaba el cuartel! Los soldados corrían de acá para allá, desplegando una gran actividad.

—Hermanos—les dije haciendo un gesto sarcástico con el dedo—, ¡miren a esos tipos! Parece que nos quieren aterrar correteándose así como otras tantas ratas. ¿Qué, se sienten asustados?

—¡Que se nos echen! —gritaron, agitando los pesados machetes de 90 centímetros de largo por encima de sus cabezas.

A la luz del sol las hojas de acero centelleaban como espadas de fuego.

Llegué hasta medio camino del cuartel.

—¡Soldados!—grité—, métanse en el cuartel, si no quieren morir. Venimos en son de paz. Pero si alguno de ustedes quiere bailar, estamos listos a acompañarlos, aquí o en el infierno. Ahora, métanse en el cuartel. Y les advierto: no saquen las narices.

Se metieron y se quedaron. En cuanto al alcalde y al sacerdote, ninguno de los dos salió a conjurar al demonio.

—Esto es demasiada negligencia por parte del sacerdote —le dije a Adolfo—, ya que se especializa en conjurar demonios.

Estaba de magnífico humor, ya que se veía que las muchachas no estaban en peligro.

—Que se vaya al infierno ese hipócrita santón —gruñó Adolfo, escupiéndolo en el suelo.

Mientras tanto, empezó a meterse gente por nuestras líneas para oírme hablar. Entonces noté algo extraño. Había dos hombres jóvenes que por lo visto estaban dando una exhibición de equitación. Pero, de cuando en cuando, en sus caracoleos empujaban sus cabalgaduras hacia nuestros hombres, que empezaban a intranquilizarse con tanta maniobra. Observándolos atentamente, pensé: ¿Estarán esos dos tratando de desorganizar nuestras líneas?

—José —le dije a uno de nuestros hombres—, ¿los conoces? Justo en ese momento se lanzaron al galope contra nosotros parándose en seco a unos tres metros de donde estábamos. Mirándonos con desprecio soltaron una carcajada.

—¡Cabroncitos! —dijo José acaloradamente.

—Bueno, di, ¿quiénes son? —le pregunté de nuevo. Se echó una mano al machete.

—Hijos mimados de los hacendados, eso es lo que son —dijo. Les hice una señal a esos perros desvergonzados.

—¡Vengan acá!

—¿Para qué? —preguntó uno de ellos desafiante.

Iba vestido de charro: un muchacho guapo, de unos 18 años, con el aire arrogante de los de su clase. El otro, mayor unos dos años, me miraba con incertidumbre.

—¡Acérquense antes de que los haga arrastrar por los caballos!

Lentamente se acercaron. Les hice una señal con la cabeza a José y a un hombre que tenía al lado.

—¿Cómo están sus machetes? ¿Bien afilados?

—Sí, hermano Enrique.

—¡Estupendo! —les mostré el ceño a los dos jovencuelos.

—¡Córtenles la cabeza si tratan de escapar!

Mis hombres sofocaron la risa al guiñarles yo un ojo. Comprendieron que sólo quería meterles un poco de miedo a esos dos insolentes. Mientras ellos, en sus caballos ponían una cara que les llegaba hasta el pecho, llamé a los guardias aparte y les dije en voz baja:

—Será una buena cosa para la moral del pueblo ver la humillación de estos jóvenes cerdos.

—Sí, hermano Enrique.

Con una sonrisa de oreja a oreja pusieron manos a la obra. Pálidos, sin saber lo que les iba a pasar, los dos muchachos, todavía a caballo, quedaron frente a la multitud. En un abrir y cerrar de ojos supieron todos por qué estaban allí. De cuando en cuando una carcajada o una risa ahogada interrumpía mi discurso. Era una variante de lo mismo en que insistía siempre, adaptada a la localidad: que el hombre que trabaja la tierra tiene el derecho de poseerla: que los trabajadores deben obligar a los terratenientes a obedecer las leyes agrarias, etcétera. Cuando terminé, me volví a mis prisioneros, convertidos ya en una miserable pareja.

—Están en libertad —les dije en voz alta—. Cuéntele a sus padres y a otros hacendados lo que acabo de decir.

Temblando de alivio y humillación, se marcharon.

—Pues bien, Arturo —le dije dándole unas palmadas en el hombro—, a pesar de esas terribles amenazas, hemos capturado San Cristóbal y conquistado una victoria sin sangre.

—Si mi machete hubiera podido cortar una tajadita de las posaderas del alcalde y del cura —dijo Adolfo—, nos habría hecho mucho bien a mí y a ellos.

Me reí. Había dicho lo que tenía que decir y había avergonzado a los hacendados, estimulando el espíritu de los campesinos en su ardua lucha por una vida mejor. Frenéticamente los de San Cristóbal nos aclamaron mientras nos preparábamos para volvernos a Zapotal. La mirada humilde, el aspecto humillado característico del campesino apaleado, habían desaparecido. Allí quedaban, firmes, las quijadas en un fuerte gesto de determinación.

—Espero que luchen por sus derechos constitucionales, ahora que han visto que a los hacendados se les puede manejar —dije.

—Así lo espero —contestó Adolfo, y añadió luego seriamente los de Congregación del Zapotal sabremos cómo manejarlos. Usted nos ha enseñado, hermano Enrique.

Los hombres delante, las muchachas detrás y el joven abanderado y yo en la retaguardia, nos pusimos en marcha. Había cinco kilómetros hasta nuestro punto de destino. Cuando llegamos, tenía la pierna hinchadísima. Estaba tan hinchada que no me pude quitar los pantalones, que hubo que cortar. Tan concentrado estaba en comunicarle mis ideas al pueblo de esa parte del país, que estuve de gira unos dos meses sin ver a un médico, lo cual tuvo consecuencias catastróficas.

Mis discursos causan revuelo

Busqué en vano un médico en aquella aislada comarca del estado de Veracruz. Había pasado la estación de lluvias, para mi mayor desgracia, porque en muchos lugares era imposible conseguir agua, y por lo tanto, no había modo de hacer compresas para bajar la hinchazón de la pierna. ¿Cómo satisfacían su sed los habitantes del lugar? Cortando cierto tipo de bambú para beber el agua que exudaba.

Nuestros medios de transporte eran variados. Utilizábamos caballos, burros, carros tirados por bueyes o sencillamente íbamos a pie, lo cual no me servía mucho para mejorar el estado de mi maldita pierna. Muchos de los pueblos estaban tan lejos que no había —ni hay todavía— carreteras, sólo caminos. En algunos sectores, nuestros guías tenían que abrirse paso a través de la selva con machetes. Un día se abre un camino. Unos días más tarde ha desaparecido, cerrado por la vegetación en su furioso y lujurioso crecimiento. ¡Imagínese usar antorchas durante el día! Muchas

veces nos vimos obligados a hacerlo. El sol da con toda la fuerza de sus rayos sobre el macizo follaje, pero no llega hasta la maraña de árboles, matorrales y trepadoras gigantes.

Mis discursos habían puesto todas las fuerzas reaccionarias del estado en contra mía, cosa desde luego esperada. Cuando volví al puerto de Veracruz, contra ellos descargué mis más poderosos cañones en una tórrida polémica en la plaza Juárez.

Lancé las andanadas más fuertes contra la Compañía local de Luz y Fuerza motriz, cuyos empleados estaban en huelga. Siguiendo la política de muchas empresas grandes, les pagaban a sus hombres un salario que apenas bastaba para vivir, al mismo tiempo que obtenían jugosas ganancias. “Manténganse firmes”, fue mi exhortación a los electricistas. Con las aclamaciones de 15 mil personas a mis comentarios, los desanimados entre los electricistas sintieron revivir el decaído valor. Por lo visto, el despliegue de público apoyado en mi discurso indujo a la compañía a meditar; unos días más tarde capituló ante sus empleados.

Todo este barrenar con la verdad produjo gritos agónicos de muchas almas sensibles. Lo que más daño les hacía era saber que tenía un efecto desmoralizador en sus trabajadores. Sus sentimientos ultrajados hallaron formulación en lo que dijo el dueño de una gran plantación platanera, en una entrevista con un periodista de un periódico local. Furioso de indignación, declaró: “Este hombre es un agitador desvergonzado. Fomenta la lucha de clases, causa tumultos en el escenario social y económico. Cuando un tipo como este anima a los trabajadores a ensuciar las limpias aguas de la ley y el orden, constituye un peligro para los elementos respetables de la sociedad. Cualquier medio para detener su malvado progreso está justificado”.

—Enrique —Teresa dejó a un lado el periódico, intranquila—, ¿Será que este tipo asqueroso está aludiendo a la posibilidad de darte una mala sorpresa?

—Olvídate —le dije burlando—, lo hace para desahogarse — más tarde, sin embargo, los hechos comprobaron que la intranquilidad de Teresa estaba justificada.

Era nuestra última noche en Veracruz. Al día siguiente, íbamos a embarcarnos para Progreso, Yucatán. Teresa, mi hijo Enrique y yo estábamos en la casa de un trabajador amigo nuestro, tranquilamente. De repente se abrió la puerta, y entró en la habitación un joven trabajador del muelle.

¿Por qué esta manera tan impetuosa de entrar?, pensé. Durante unos segundos no pudo hablar, de tan agitado que venía. Por fin dijo con voz jadeante:

—¡Hermano Enrique, gracias a Dios que he dado con usted!

Algo iba mal. Me levanté.

—¿Qué pasa, Gustavo?

—¡Le están preparando una emboscada para esta noche!

Teresa ahogó un grito. Enrique la miró, curioso. Le hice gesto de que no intranquilizara al niño.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté al joven.

Con la mano se limpió el sudor de la frente, conforme contestaba.

—Un par de muchachos fueron a verlo a la pensión en que se hospeda, compañero Enrique. Al doblar en su calle, dos soldados los detuvieron. Luego de examinarlos, les permitieron continuar. Los muchachos no entendieron qué pasaba, hasta que estuvieron frente a su puerta, Enrique, y se dieron cuenta de todo, porque

Fernando Igualada, con un poco de luz, vio a media docena de soldados que estaban ocultos.

Gustavo no dejaba en paz sus callosos dedos conforme hablaba.

—Oí cuando usted aceptaba la invitación de Pedro a cenar, así que me apresuré a venir tan rápido como pude —se volvió hacia nuestro anfitrión—. ¿Podrá usted dejar que Enrique, su señora y el niño pasen aquí la noche?

—Desde luego —dijo Pedro Hortelano efusivamente—. Es lo único lógico que se puede hacer.

Eché un vistazo a la apretujada casucha de dos habitaciones. En ella vivían Pedro, su mujer y sus ocho hijos. Meneé la cabeza.

—Esos perros pueden olfatearnos hasta aquí, y me sentiría muy culpable metiendo a su familia en mis asuntos.

Trataron de disuadirme, pero insistí. La esposa de Pedro le prestó un rebozo a Teresa, que se puso alrededor de la cabeza como las mujeres del país, y así quedó bien disfrazada. Nos dimos todos la mano y emprendimos la marcha. Había un poco más de un kilómetro hasta la pensión susodicha.

Del océano soplabla una suave brisa. La noche, templada y hermosa. En circunstancias diversas hubiera disfrutado de mi paseo. De repente se me ocurrió: ¿por qué poner en peligro a Teresa y al niño? Me detuve.

—Teresa —le dije—, lo que estamos haciendo no es prudente. Te voy a llevar de nuevo a casa de Pedro.

—¿Y tú?

—Yo seguiré.

Tenía curiosidad por ver qué clase de recibimiento me esperaba.

—Es una tontería, Enrique. Si es peligroso para mí, más aún para ti.

—Pero —le dije a Pedro, que nos acompañaba— quienquiera que me ande buscando me seguirá hasta su casa. A ti no te molestarían, creo —le dije a Teresa.

—Mejor seguimos —contestó en voz baja, en el momento en que Enrique bostezaba, dejando claro que tenía sueño.

Hice un gesto suplicante con las manos.

—Piensa cómo me voy a sentir si te pasa algo.

—¿Y cómo crees que voy a sentirme si a ti te pasa algo porque yo no esté allí? —contestó.

—No veo cómo tu presencia me puede ayudar.

—Vamos, Enrique, es inútil que me discutas.

Suspiré, desesperado. ¿Qué marido ha podido jamás ganar una discusión cuando la mujer ensordece? A cinco cuerdas de nuestra pensión, le dije a Teresa que fuera adelante con el niño, y que entrara en la casa por la puerta frontal. Apretó los labios.

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Voy a entrar por la parte de atrás —la abracé a ella y al niño.

Enrique se frotó los ojos y murmuró que quería acostarse.

Entré a la pensión por una casa alemana, que, desde una calle distinta, comunicaba con nuestro alojamiento por el interior. Como una emboscada depende de la sorpresa, los que me tendieron la trampa, seguros de mi ignorancia, descuidaron cualquier otro acceso. Cuando llegué a la habitación sin un rasguño, Teresa me abrazó.

—A Dios gracias —me dijo lacrimosamente— que te puso a salvo.

Me contó que los soldados la habían alumbrado con la linterna, pero que no la habían molestado. Eso es lo que me había imaginado, a pesar de mi temor. A la luz fantasmal de la luna que entraba por la ventana, vi que nuestro hijo Enrique dormía

profundamente. Tenía una de sus manitas regordetas sobre su oscuro pelo rizado. Me agaché y le acaricié la frente con los labios. Luego me dirigí a la puerta, le eché llave y previne a Teresa que si llamaban, no contestara.

—Así creerán que no hay nadie.

Me detuve. El paso de unas botas se oía en el pasillo. Se fueron acercando. Se detuvieron ante la puerta. Golpes atronadores. ¡Eran soldados! Teresa se puso toda tensa, con las manos apretadas a lo largo del cuerpo. Me miró a mí, luego al niño. Me saqué la pistola del bolsillo. ¡Por qué demonios no había obligado a Teresa a que volviera a la casa de Pedro! Gritó una voz: “¡Abran la puerta!” Le toqué los labios a Teresa con las yemas de los dedos. Asintió con la cabeza y los apretó conforme miraba a la puerta. De nuevo los golpes. La puerta temblaba. Esperaba verla saltar en cualquier momento. Me incliné sobre Enrique con aprehensión, la mano casi sobre su boca, dispuesto a apretársela como se despertara. Pero los niños no tienen una mala conciencia que les impida el sueño profundo. Siguió respirando tranquilamente. Teresa me cogió el brazo, señalando la puerta. El gozne superior se había soltado. Pronto sucedería lo mismo con el otro. Apunté a la puerta. Se oyó otra voz enojada.

—No hay para qué. ¡Este maldito viejo no ha regresado aún! Luego, la primera voz:

—Sin duda. No se nos podría haber escapado. Y la segunda voz:

—Está bien. Más tarde lo agarramos.

Me habían llamado viejo, pensé amargamente. Es por mis canas, cosechadas por la comida envenenada de la penitenciaría de McNeil Island. Como nos diéramos un agarrón, ya verían que no estaba tan viejo. Los pasos se alejaron.

—Es un milagro que la puerta haya resistido —murmuró Teresa. Volví a guardar la pistola.

—Ahora más vale que te duermas. Ha sido un día cansado para ti. También mis nervios agradecerán un poco de descanso.

Bostezando, me eché en la cama y me dormí. No así la pobre Teresa. Sentada en la cama, con mi pistola en la mano, mientras yo roncaba como una locomotora. Aguantó los ronquidos todo lo que pudo. Por fin me dio un codazo.

—¡No ronques tanto! —murmuró.

—¿Todavía estás despierta? Por favor, duérmete —dije con los ojos entrecerrados.

Di media vuelta y me puse a roncar de nuevo. Fue una noche verdaderamente dolorosa para Teresa.

Una y otra vez volvieron los soldados, golpeando la puerta. Cada vez sufría un doble terror; que la débil puerta pudiera vencerse, y que pudieran oír la música que yo hacía. El roncar es una de esas desgracias que afectan más la sensibilidad del oyente que la conciencia del culpable.

—La naturaleza ha dispuesto este extraño fenómeno —le dije a Teresa a la mañana siguiente—. Lo siento, pero no puedo evitarlo.

—Sí, ya —dijo dudosa—, pocos nervios tienes para poder dormir así. Yo no pegué el ojo.

Con la mañana, los soldados y los criminales que los mandaban se desvanecieron, como lo que eran, ratas que temían a la luz del día.

Desde el puente del barco que nos había de llevar a Progreso, pronuncié mi último discurso. Diez mil personas me escucharon desde el muelle. Yo había hecho correr la noticia de que habían

tratado de asesinarme. La multitud gritaba pidiendo saber detalles. Se los di, pero dije que no sabía quiénes eran los responsables: expliqué luego por qué muchos hombres que poseían fábricas, azúcar, plátanos y otras grandes tierras agrícolas querían callarme.

—Porque digo la verdad intolerable, cómo corrompen a los empleados del gobierno y desafían las leyes en el trato que les dan a sus trabajadores. Pero da lo mismo, amigos míos, seguiré diciendo la verdad mientras me quede aliento en el cuerpo —añadí—. Ahora voy a contarle al pueblo de Yucatán algunas verdades que debe saber acerca de sus patronos que los mantienen en una esclavitud política y económica.

La multitud arrojó sus sombreros al aire y gritaba “¡Viva la Revolución! ¡Viva Flores Magón!”. Levantaron la escalerilla. En la brisa, débilmente me llegaban todavía las aclamaciones de los “vivas” conforme el barco iba saliendo del puerto.

La pierna coja me obstaculizaba enormemente. Después de un mes de discursos en Yucatán, volví a Veracruz y seguí hasta la Ciudad de México. El doctor Gastón Melo me examinó la pierna, prescribió un tratamiento y dictaminó una cosa que me dejó helado: que tendría que usar muletas el resto de mis días. ¡Muletas! Le miré incrédulo. Después de la activa vida que había llevado, quedarme varado con muletas ¡de ningún modo!

—Doctor, no me va usted a poner muletas.

—Lo siento —dijo meneando la cabeza—, tendrá que acostumbrarse.

—No tengo la menor intención de hacerlo.

El doctor se echó para atrás en su silla, me miró bondadosamente.

—Tiene que hacerlo, para su tranquilidad, señor Flores Magón. Y cuanto antes, mejor.

—Mire, doctor —le dije enfadado—, voy a caminar sin esos malditos palos.

Me sonrió compasivamente.

—Es imposible. Si hubiera usted venido a verme cuando sucedió el accidente, yo habría ayudado a la naturaleza a ponerle en pie. Ahora es imposible.

—De todos modos me las arreglaré sin ellas —dije dando un puñetazo en su escritorio.

Al día siguiente hice la primera prueba en refutación de la opinión del doctor. Fue una prueba lastimosa, como las que le siguieron. Pero seguí insistiendo. Día tras día me arrastré por las calles, agarrándome a los muros de las casas como un insecto herido.

¡Qué espectáculo tan lastimero el mío para los que pasaban! Me detenía a limpiarme el sudor de la cara. Luego, volvía a dar otro paso agonizante.

Un día me encontré un gorrión en la acera, con las alas rotas. Con cuidado llevé a mi compañero de sufrimiento a casa.

—Cuidalo bien —le dije a Teresa—. Bien sé lo que sufre. Cogió al pajarito de mis manos, lo miró y se alejó.

El ligamento del interior de la pierna, encima del hueso roto, justo sobre la rodilla, se había soltado y enroscado alrededor del hueso encima de la rodilla, y allí está todavía.

Durante esa época, estoy seguro de que me gané el derecho a no ser exiliado al infierno cuando me muera. El infierno por el que pasé no puede ser inferior al de los condenados a toda la eternidad. Al principio, los pedazos del hueso herido se salían de lugar. Con la práctica, aprendí a mover la pierna en rotación hasta que los pedacitos se volvían a encajar, haciendo un sonido como el de los dedos de la mano al hacerlos resonar. ¿Qué pude mostrar

después de dos años y medio de este doloroso régimen? Había entrenado a mi pierna a asentarse sobre el suelo. En año y medio más, la había entrenado a correr, jugaba a la pelota y podía saltar a los autobuses en marcha.

—¿Cómo demonios se las ha arreglado usted? —exclamó el doctor Melo asombrado.

Le sonreí.

—Concentrándome con toda la fuerza de mi mente para hacerme caminar, doctor.

Movió la cabeza incrédulamente, a pesar de la evidencia que tenía ante los ojos. No era más que un médico, no un estudiante de la psique como yo, que había pasado muchos años fortaleciendo mi poder de concentración y mi fuerza de voluntad para lograr lo que me propusiera.

Sabía que tarde o temprano chocaría de nuevo con Morones. Ese demonio del movimiento del trabajo era jefe de la CROM, la organización más poderosa del país. Por poner a la CROM al servicio de Calles, fue recompensado debidamente con la Secretaría de Economía e Industria. Cuando Adolfo de la Huerta se levantó en armas contra Calles y Obregón en 1924, Morones indujo cínicamente a algunos miembros de su CROM a luchar por Calles. Fue entonces cuando intervine para desanimar a los trabajadores de irse a sacrificar estúpidamente por las ambiciones de Calles y de Morones.

Antes quiero explicar claramente los extraños sucesos que engendraron la revuelta de De la Huerta. Después del asesinato de Carranza, De la Huerta fue nombrado presidente provisional para completar los seis meses del periodo inconcluso de Carranza. La

Revolución había producido un milagro físico: había endurecido la espina dorsal de muchos mexicanos. Por todo el país la gente acusaba a Obregón y De la Huerta de controlar la sucesión presidencial.

¿Qué clase de amistoso acuerdo fue éste? Establecía que Obregón fuera presidente primero, De la Huerta después y por último Calles. Pero sucedió algo imprevisto, es decir imprevisto para De la Huerta. Calles, impaciente por llegar al mando, decidió que se adelantaría a sus colegas. El periodo de Obregón daba a su fin. Calles dejó a De la Huerta estupefacto cuando anunció su propia candidatura, en contra de lo que habían convenido. Rabioso, De la Huerta organizó un alzamiento armado en el estado de Veracruz contra Calles. Fue entonces cuando quiso Calles que los trabajadores se lanzaran a luchar por él. En ese momento les aconsejé públicamente que se mantuvieran fuera de la lucha, recordándoles que “una simple pelea política entre Calles y De la Huerta no es razón suficiente para que ustedes se interesen en ella. ¡No tienen ustedes nada que ganar, pero pueden perderlo todo: su vida!”

Cuando conoció de mi intervención, aumentó el odio de Calles contra mí, como el de su compinche Morones. ¿Por qué? Porque los trabajadores me hicieron caso. Sin embargo, su enemistad no me desalentó. Por el contrario, me espoleó a seguir previniendo a los trabajadores para que no se enlistaran con ninguna facción. Sabía que mis actividades en este asunto podían muy bien tener consecuencias desagradables. Y no me equivoqué.

Entre los gánsters de Calles había un coronel. No era soldado. El tipo se había apropiado sencillamente del grado. Además de su mérito por el uso de armas letales en contra de los enemigos de Calles, era un elocuente orador.

En un mitin general del Sindicato de Panaderos, en la Ciudad de México, les habló sobre el tema de Calles contra De la Huerta.

—En el nombre sagrado de la Revolución —gritó con apasionada vehemencia—, deben ustedes apoyar al presidente Calles. ¿Por qué?, preguntarán ustedes. Y yo les respondo: porque Calles es el portaestandarte de los trabajadores de México. Ahora, en este solemne momento de emergencia nacional, les advierte que se defiendan. ¡Los llama a la lucha por sus derechos! ¿Cómo? Enlistándose en la lucha contra el traidor Adolfo de la Huerta.

Corriendo sin aliento, llegó a mi casa uno de los miembros del sindicato. Por mi miserable pierna no me podía mover a prisa. Con la ayuda de mi visitante y de Teresa, quien insistió en acompañarnos a pesar de mis objeciones, nos metimos en un taxi. “Rápido”, le dije al chofer. Lo hizo, pero no bastó. Cuando llegamos a la sala ¡Díaz ya había seducido a todos los afiliados para que se enlistaran en el ejército!

—¡Demasiado tarde! —murmuró Teresa.

Así parece, pensé frunciendo el ceño. Nada podía hacer ya ¿o sí? Me encontré con la mirada del presidente del sindicato y levanté el brazo a manera de saludo.

—A sus órdenes, señor Flores Magón —dijo respetuosamente.

—Me gustaría decir unas palabras a los muchachos.

Me rogó que lo hiciera. Díaz sonrió con afectación. Ya se habían enlistado los 500 miembros. Así ¿qué podía hacer yo? Me di cuenta de su sonrisa, que me provocó aún más. Empecé a hablar. Primero, hice un análisis de los sucesos que habían conducido al lanzamiento de De la Huerta...

—Pero, hermanos —proseguí—, Morones, que es el brazo derecho de Calles, tiene mucho que ganar si se aplasta la revuelta de

De la Huerta; y naturalmente, también Calles. Y tampoco dudo que lo mismo le pasa a este hombre —dije señalando a Díaz.

Se puso rojo de rabia. Vi que se llevaba la mano al bolsillo, pero luego, pensando dónde se encontraba, la dejó caer de lado. Lo observé sonriendo irónicamente. Mi irritación cobró alas. Me sentía mejor, mucho mejor. Luego, conforme me volví hacia los panaderos, mi sonrisa se hizo más grande: muchos empezaban a mirar a Díaz críticamente. Seguí con placer.

—Díganme, hermanos —pregunté—. ¿Qué ventaja van a sacar ustedes? ¿Por qué meter al fuego las manos por Calles? No es la hoguera de ustedes. Todo lo que sacarán será una quemadura. ¿No ven hermanos, que no es más que una pelea personal entre Calles y De la Huerta? ¿Para qué? Por el poder, por la oportunidad de escalar la presidencia sobre las espaldas de los trabajadores. Yo les pregunto ¿Calles se ha mostrado amigo de los trabajadores o amigo de la clase patronal que los mantiene sometidos? Calles y Morones quieren aplastar a De la Huerta. También lo quiere hacer este hombre —y señalé con el pulgar a Díaz—. ¡Muy bien! No pongamos obstáculos en su camino. Que vaya al frente. En cuanto a ustedes, su lugar está con sus familias. Sus esposas, sus hijos les piden que les den tortillas y frijoles en lugar de dejar su cuerpo pudriéndose en un campo de batalla sin sentido.

Cuando terminé, la asamblea se había convertido en un griterío. Todo el mundo se había puesto de pie, gritando y agitando los puños contra Díaz: “¡No iremos! ¡Ese sinvergüenza de Díaz nos ha engañado! ¡Al infierno con Calles y De la Huerta!”, gritaban.

Teresa, a mi lado, el rostro enrojecido, habló en voz baja.

—Creo que voy a tener que retirar lo que dije antes.

—¿Qué quieres decir?

—Que habías llegado demasiado tarde.

En ese momento, seguidos por una tormenta de gritos, Díaz y sus asesinos, 15 en total, se marchaban apresuradamente. Al pasar ante mí, tenía el rostro contraído del odio.

—¡Ya me las pagarás, y pronto! —gruñó, alejándose antes de que pudiera responderle.

—Dijo que ya se las pagarás pronto—murmuró Teresa, mirando hacia la puerta por la cual acababa de desaparecer.

—¡Amenazas de zorro vencido! —le dije con desprecio.

A nuestro alrededor se apretujaban los panaderos, estrechándose la mano con entusiasmo hasta dejarla maltrecha. Una y otra vez me dieron las gracias por decirles la verdad acerca del hombre que era presidente de México.

Finalmente, nos permitieron salir a Teresa y a mí. Acompañándonos iban una docena de miembros que insistieron en llevarnos hasta la puerta de entrada.

Al llegar, nos quedamos paralizados con lo que vimos. En la acera de enfrente, con caras amenazadoras, estaban Díaz y sus pistoleros. Cogí a Teresa del brazo y la puse detrás de mí. Díaz y los suyos empezaron a gritar.

—¡Viva el gobierno! ¡Abajo los traidores!

Reconocía el truco de obtener la ayuda de la policía. Los guardianes de la ley y el orden los reconocerían de esta manera como hombres de Calles. Hombres de Calles también ellos, los dejarían escapar después de su ataque. Gritando todavía, Díaz y su banda se dirigieron a mí. Nada podía hacer yo. ¡Qué estupidez la mía haber dejado la pistola en casa!, y la pierna coja no me podía servir de mucho. Sentí helárseme la sangre al pensar en Teresa atrapada en medio de todo lo que iba a pasar.

Si había de salvarme, no cabía duda de que mi ángel de la guarda tendría que presentarse prontamente. Y lo hizo, ¡con la fuerza de 500 hombres!, pues, advertidos por algunos de los que nos acompañaban, los 500 panaderos salieron en masa, gritando.

—¿Qué le quieren hacer a nuestro camarada Flores Magón? ¡Dígannos, cabrones! ¡Nomás dígnannos!

Pero Díaz y sus pistoleros no esperaron a ser interrogados.

—Enrique, me vas a matar—murmuró Teresa.

—Tú pediste acompañarme, querida —le dije apretándole el brazo.

Mi actitud intransigente contra el gobierno de Calles condujo a un suceso sorprendente. Mi prestigio entre la gente era grande. Lo que decía un día impreso en los periódicos de la Ciudad de México aparecía al día siguiente en los periódicos de toda la nación. Por lo tanto, mis constantes fulminaciones contra Calles no redundaban en su reputación. Después de mucho meditar, él y Morones compusieron un menjurje. Si me lo tragaba, me haría contemplar su tipo de filosofía social y política de manera mucho más amable. Como antecedente estaba una convención de la Confederación General de Trabajadores, reunida en la Ciudad de México en 1924. Yo era uno de los delegados. La CGT se oponía fuertemente a la CROM. Con una expresión de excitación retenida, se apresuró a saludarme un delegado.

—Le tengo grandes noticias del señor Morones —dijo. Lo miré asombrado.

—¿Qué tiene usted que ver con Morones?

Agitó las manos febrilmente.

—Eso no tiene importancia. Lo que importa es el mensaje.

—¿Usted, delegado de la CGT con un mensaje del jefe de la CROM? Es algo raro, amigo.

—Le puedo asegurar, hermano Enrique, que el mensaje lo justifica.

—Bueno, ¿de qué se trata?

Me llevó aparte, para que no nos oyera nadie. Qué raro, pensé. ¿Qué tengo yo que ver con Morones para que me envíe un recado? Arqueando las cejas, miré al mensajero. Hirviendo como guisado en el fuego, me murmuró:

—El señor Morones y el presidente Calles están ansiosos de obtener su colaboración.

—Mi colaboración —repetí mecánicamente. Se me acercó más.

—Quieren que usted entre a formar con ellos dos un triunvirato que gobierne a México.

Lo miré fijamente.

—Eso sí que es una idea —dije.

—Es una gran idea, hermano Enrique —dijo, meneando la cabeza como cabra loca.

—¿Y qué les hace creer que me interesará?

—Eso es lo que quieren saber —dijo ansiosamente.

—Oigamos el resto.

—El señor Morones dice que ustedes tres serían un grupo gobernante ideal.

Me quedé callado un momento.

—¿Por qué lo cree? —pregunté.

—Porque incluiría el apoyo de todos los elementos.

A través del recuerdo desfiló una larga procesión: los años de privación que había padecido luchando por mejorar la vida de mi pueblo. En todos esos terribles años no había tenido el menor

lujo, mi vida había transcurrido en un nivel de mera supervivencia. Ahora se me ofrecía la ocasión de hacerme rico.

—En verdad es una propuesta extraordinaria —comenté.

—De verdad, hermano Enrique, es una oportunidad maravillosa para que usted sirva a la patria.

Moví la cabeza distraídamente. ¿Por qué había de ser un delegado de la CGT mensajero de Morones? De veras, era muy extraño.

—Perdóneme, amigo, por hacerle esta pregunta, pero ¿qué interés tiene usted en traer este recado de Morones?

Dijo con toda solemnidad “el bien de la patria”. Hasta entonces no había visto ninguna prueba de que ninguno de esos caballeros le hubiera hecho algún bien al país. ¿Se proponían que yo proporcionara la levadura que hiciera fermentar sus planes en algo de más gusto que el pueblo pudiera tragar?

—¿Dijo Morones que era por el bien de la patria?

El delegado se pasó la lengua por los labios y me miró vacilante.

—No lo dijo así, exactamente, pero estoy seguro, hermano Enrique, de que si usted se une con ellos no puede ser de otra manera.

—¿Qué más dijo?

—El señor Morones le ha dejado dicho al portero de su residencia que lo lleve a su cabecera, a la hora que usted llegue, esté dormido o no, sea media noche o cualquier otra hora.

—Muy amable el señor Morones.

—De veras, hermano Enrique, tiene muchas ganas de verlo a usted.

—Sería una lástima dejarlo esperando. Estoy seguro de que el pobrecillo necesita dormir.

Con las mejillas temblando de ansiedad, preguntó el delegado:

—¿Entonces se entrevistará con él pronto? ¿Puedo decírselo?

Sentí en el pecho la ira. Mirándolo a través, medité un momento qué decir. Pero el enojo me impidió pensar claramente. Me compuse. Tenía que decir algo que no dejara lugar a malentendidos.

—Tenga la amabilidad de decirle al señor Morones que un hombre casado y respetable no se mezcla con prostitutas.

El delegado, pálido, como gris, dio unos pasos hacia atrás, dio media vuelta y salió corriendo del edificio.

El insulto a su dignidad fue algo que Calles y Morones no podían olvidar. Y menos perdonar. Cinco días después tuve ocasión de recordar esto, después de hablarles a unos tranviarios en huelga.

Me había hecho un principio de hablarle a los grupos huelguistas, con el objeto de elevarles la moral. Poca era la ayuda que recibían de los periódicos reaccionarios. Quienes lucraban con negocios rapaces hicieron hincapié en que las huelgas perturbaban a la industria, omitiendo cuidadosamente mencionar las causas de las huelgas, o bien apenas las comentaban, o tergiversaban la narración de los hechos. Mantenían un silencio de mudos acerca de las largas semanas y meses que pasaban los sindicatos negociando en vano con los testarudos patrones, antes de lanzarse desesperados a la huelga. Cuando terminé de hablar, salí por la calle Luis Moya hacia la Alameda, acompañado de unos cuantos hombres. Contestando a mis preguntas, me relataron incidentes que ilustraban las injustas prácticas de la compañía de transportes. Tras ellos, venía una larga columna de compañeros empleados suyos. En la esquina de Luis Moya y Delicias se hallaban parados media docena de hombres, con las manos en los bolsillos. Me

extrañó el que cada uno tuviera la mano derecha metida en el bolsillo derecho de la chaqueta. De repente, hubo algo en su aspecto, una cierta observación tensa, que me hizo detenerme.

Uno de los tranviarios dijo:

—¿Qué pasa, hermano Flores Magón?

—Esos hombres tienen algo raro —contesté, mirándolos fijamente. El tranviario se alzó de hombros.

—No son más que un montón de vagos.

—No son vagos corrientes. Me parecen sospechosos—murmuré.

—¿Cómo, sospechosos? —preguntó un motorista.

Estaba a punto de decir que eran pistoleros, cuando los 12 sacaron revólveres de sus bolsillos y gritaron “¡Viva el gobierno!”, señal convenida para que la policía no se metiera en el asunto.

“Esta vez sí que me agarraron”, pensé, conforme me paraba indefenso, metiendo el abdomen, esperando sentir sus balas destrozándome los intestinos en cualquier momento.

Pero me equivoqué. Adelantándose para escudarme con sus cuerpos, mis compañeros se volvieron gritando “¡Aprisa, compañeros! ¡Van tras Flores Magón!”.

Enfurecidos, los cientos de tranviarios que nos seguían llegaron en masa, haciendo un denso círculo a mi alrededor. Los pistoleros se escaparon. Saqué un pañuelo del bolsillo del pantalón y me limpié el sudor de la frente.

Más suerte tuve yo que otros que desafiaron el rayo de Calles. Por ejemplo, el senador Jurado, uno de los muchos que acusó a Calles y a Morones de saquear el tesoro público. El presidente decretó su muerte y los hombres de Morones lo asesinaron.

Repitiéndola lo suficiente, una mentira era aceptada sin discusión por los que no pensaban. Dándose golpes de pecho, Morones declaró que estaba luchando por el bien de los trabajadores. Con profunda seriedad pronunciaba esta seductora frase una y otra vez, y daba resultado. Hechizaba a muchos. ¡Qué sinvergüenza este bandido! En los discursos a los trabajadores, yo aprovechaba todas las oportunidades para despojarle de sus pretensiones. Pero me pareció que esto no bastaba.

—¿Cómo luchar contra la inercia? —le dije a Teresa—. ¿La pereza mental que soporta, antes que sacudirse las condiciones degradantes? ¡Maldita sea, es la rémora más grande en el progreso del trabajo!

Se alzó de hombros.

—De acuerdo. ¿Y qué puedes hacer? Nada.

—Quizá haya modo —y me pasó un pensamiento por la cabeza—. Sí, se me ocurre algo: una campaña continua de educación. Eso es lo que se necesitaba para inducir a los trabajadores a repudiar su corrupto mando.

Y yo era el que iba a hacer la incitación. Se lo dije a Teresa, pero ella parecía dudar.

—Te deseo buena suerte, Enrique.

La nota escéptica en la voz de mi esposa no me hizo desistir. Con cuidado, fui redactando mis acusaciones contra Morones. En una serie de cartas explosivas di ejemplos específicos de su traición a los trabajadores. Usé el infame trato que daba a las trabajadoras que eran lindas, y escribí lo siguiente:

El despreciable Morones obliga a las muchachas que son lindas a ir a sus bacanales en su quinta en Tlalpan, en las afueras de la ciudad.

Dirán ustedes: ¡es imposible! ¿Cómo puede obligar a una muchacha a hacer una cosa semejante? ¡Ah, amigos, no conocen ustedes a Morones! Imagínense que la muchacha tiene la temeridad de rechazar la orden del palacio de placer de Morones. Se encuentra de repente privada de medios de subsistencia. Le quitan su tarjeta sindical. Tal es el poder de este jefe indigno, tan temido por sus empleados que no se atreven a darle trabajo a una muchacha sin tarjeta sindical. ¡Trabajadores! Morones, insultando a estas muchachas, insulta a las mujeres de México: a sus esposas, a sus hijas, a sus hermanas. La asociación con Morones las contamina. ¡Expúlsenlo, sáquenlo del sindicato! ¡Únanse a uno que sea honrado!

Muchos de los jefes locales de la CROM eran meras ediciones, en versión pequeña, de su deshonesto jefe, de modo que envié cartas a varios miembros en todo el país, hombres a quienes yo conocía, y les di instrucciones de que leyeran mis comunicados en las reuniones generales. Naturalmente que el jefe de una unidad, si era un corrupto, trataría de impedir la lectura. Por lo tanto les aconsejé a mis hombres que se armaran de antemano, y que se ganaran todos los partidarios que pudieran. Esta táctica hizo enmudecer a los impenitentes. Como dijo alegremente un miembro:

—Cuando me levanté para decir que quería leer una carta del camarada Enrique Flores Magón y el jefe trató de impedírmelo, mis amigos se levantaron como un gigantesco muro y lo hicieron callarse. Tan constante granizada de latigazos sobre la piel de Morones dio resultados. Tardó su tiempo, pero acabó abriendo los ojos a los trabajadores, y en consecuencia de esto, tuve la satisfacción de ver a la mayoría de la CROM desertar a Morones e ingresar en la CTM.

—No creí que fuera posible —dijo Teresa.

—Es porque te olvidaste de algo, querida —le dije—. No tomaste en cuenta la capacidad del trabajador de pensar por sí mismo cuando conoce los hechos.

Sigue la lucha

La verdad es que en 1925, a los 48 años de edad, había pasado por peligros y privaciones capaces de matar a media docena.

Tenía desde luego buenas razones para estarle agradecido a mi ángel de la guarda, pues ¿no había sido él quien había cuidado que no se hiciera bala o cuchillo que cortara la cuerda que ataba mi serie de actividades? Pero no pudo arreglar una cosa: que me escapara a las exigencias de la naturaleza cuando ésta me entregó la cuenta de los muchos giros que le había presentado. Estaba en pésimas condiciones de salud. Mi buen amigo Felipe Cervantes me invitó a restablecerme en su rancho, ubicado en Melchor Ocampo, Estado de México. “Y tráete a los chamacos”, me dijo. Acepté con gusto. Tres de los niños estaban en Los Ángeles con Teresa. Me llevé a Pedro, que tendría unos 10 años, a José de ocho, y a Enrique de cinco, y llevé también a nuestro perro Pepe. No sería justo dejar de hacer un retrato de Pepe, pues se convirtió en actor de un papel importantísimo que voy a narrar. ¿Raza? ¡Gran

misterio! Pero nada de misterio tenía el hecho de que el animal fuera un cobarde. Su cobardía era increíble. Para dar un ejemplo: un día vio una sábana flotando al viento en el tendedero de ropa. Dios sabe lo que pensó que era esa masa de blanco e inofensivo algodón. Se puso rígido como un perro muerto, se echó a temblar con cada músculo de su cuerpo, los ojos saliéndosele de las órbitas y salió disparado como si tuviera al diablo en los talones.

Además de cobarde, Pepe era como un niño mimado. Los chamacos le solían dar pastel. En el rancho rechazaba las tortillas. Quería pastel, cosa que prohibí severamente, y ordené que se le diera lo mismo que a los perros del rancho, con lo cual el muy testarudo se puso sumamente delgado. Cuando le ofrecían tortillas, que él rechazaba, los otros perros las cogían, y encima le gruñían con desprecio y lo mordían. Pero el muy cobarde no se defendía.

Después de una semana de estar en la casa de Cervantes, el animal se había quedado en los puros huesos y piel. Entonces, un día, la psicología de Pepe sufrió un cambio asombroso.

Le echaron un montón de tortillas. Como siempre, uno de los perros del rancho se abalanzó a apoderarse de ellas. Pero esta vez se llevó la sorpresa de su vida. Gruñendo de rabia, Pepe saltó sobre el presunto ladrón y le dio una tremenda maltratada. Y mientras el otro se alejaba cojo y aullante, Pepe se lanzó sobre las tortillas y no dejó ni siquiera una miga.

Desde entonces se convirtió en un ser cambiado e independiente. Se acabaron las inhibiciones, los complejos y los terrores neurasténicos que aterrorizaban su psique. Su autotratamiento psiquiátrico fue todo un éxito. En cuanto a los otros perros, no vacilaba en atacar a media docena, con tanta ferocidad que se dispersaban como hojas al viento.

Al día siguiente de la sensacional metamorfosis de Pepe, Cervantes había invitado a unos vecinos a una fiesta en mi honor. Pepe, saboreando su nueva personalidad, se contoneaba haciendo amistad con los invitados. Que la fiesta fuera a tomar un giro dramático era algo que no nos sospechábamos ninguno en lo más mínimo.

Nuestro huésped era secretario de los campesinos locales que habían recibido tierras ejidales expropiadas a los grandes terratenientes, por las cuales el gobierno les estaba compensando. Pero esto no les satisfacía. Ardían en ganas de recuperar sus antiguas propiedades. Al igual que en otras partes de la república podían contar con soldados y oficiales del ejército para ayudarles a hostigar a los nuevos propietarios.

Aunque en plan de reponerme no estaba completamente ocioso. Como abogado ayudaba a defender los derechos legales de los campesinos. “No cedan en lo más mínimo. ¡Agárrense bien a su libertad tan caramente ganada!”, los exhortaba. Mis actividades no pasaban inadvertidas por los hacendados.

A mi alrededor se arremolinaban los huéspedes de Cervantes, todos campesinos. Hablábamos sobre todo de sus riñas con los antiguos propietarios de sus tierras. De repente, nos sobresaltó el ruido de unos cristales rotos. Todos miramos hacia la ventana, que estaba siendo destrozada por las culatas de los máuseres de los soldados. Los campesinos lanzaron un rugido salvaje y se llevaron las manos a los puñales. Levanté el brazo.

—Amigos, nada de eso. Tienen fusiles. Veamos de qué se trata.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando irrumpió un teniente por la puerta. Tendría unos treinta años, era bajo, delgado y los ojos inyectados por la sangre.

—¡Manos arriba! —gritó lanzando un hipido. Obedecemos en silencio. Mirándonos, gritó:

—¿Quién es Enrique Flores Magón?

¿Qué querrá este tipo?, me dije. Levantándome del asiento, se lo pregunté. Con gran asombro mío, me agitó el puño frente a la cara. En ese momento se oyó un salvaje ladrido de Pepe, conforme entraba en acción. Creyendo que me estaba atacando, se lanzó sobre la pierna derecha del teniente y se agarró de sus pantalones.

Profiriendo una maldición, el teniente le dio una patada. Siguió un ruido de ropa desgarrada y vimos a Pepe dar vueltas y más vueltas con un pedazo de pantalón entre los dientes.

La boca abierta, el teniente miró con una expresión de estúpida sorpresa sus pantalones desgarrados. Tenía la cara contraída del furor, más todavía al ver que los campesinos se daban palmaditas en la espalda retorciéndose de risa.

—¡A callar, payasos! —rugió, con la cara roja como un tomate. Echaron una mirada sobre los diez soldados, y se callaron.

—Queda usted arrestado —me escupió.

Arqueé las cejas. ¿Se había vuelto loco? Le pedí que me mostrara la orden de aprehensión. Se dio un golpe en la espalda.

—¡Aquí está!

Al oír esto, Cervantes y el resto, veintiuno en total —sin contar con las mujeres y los niños— gritaron que si me arrestaban, tendrían que arrestarlos a todos.

—Muy bien —dijo el teniente con un respingo que acabó en hipido—, pueden venir todos a acompañarlo.

Nos dirigimos hacia el cuartel. A mi lado iba Pepe, mirando de lado al teniente que estaba completamente borracho. Empezó a jurar que estaba sediento de sangre agrarista. Sed extraordinaria,

pensé, que requiere satisfacerse de esa manera. Cada vez que proclamaba su sed con voz bronca, me miraba con sus ojos rojos. Por fin advertí lo que traía.

Debía estar ahogado en el alcohol de los hacendados de la localidad. Lo que se proponía estaba claro: hacer algo radical contra mí, algo que acabara con mi influencia entre los campesinos. En el estado de embrutecimiento en que se hallaba, no había modo de saber qué burrada se le podría ocurrir. Yo no lo perdía de vista.

Al mismo tiempo espiaba a Pepe. Soltando una andanada de palabrotas, cogió el máuser de un soldado, y con mano temblorosa apuntó al perro y soltó el gatillo. Se oyó un “clic”, pero sin detonación. El perro, intacto, seguía tranquilamente a mi lado, meneando la cola, burlonamente, me parecía, conforme miraba al teniente. Entonces empezó el imbécil aquel a meter cartuchos en el cañón del fusil y siguió insultando al perro e insistiendo en su sed de sangre agrarista. De reojo yo seguía sus movimientos. ¿Qué es lo que iba a hacer?

Describiendo una curva en el aire, levantó el mauser, apuntó a Pepe, metió el dedo en el gatillo... se detuvo de repente, me miró, levantó el fusil y me apuntó al pecho. Pero antes de que pudiera disparar, mirándole de frente le aconsejé con el mayor desprecio:

—¡Deje ese fusil! No es para viejas.

El tipo se quedó casi sin habla. Con voz ahogada exclamó.

—¡No soy vieja! ¡Soy hombre! —y me disparó a una distancia de unos tres metros.

La bala se llevó el sombrero de un campesino que hallaba a mi izquierda. Una segunda bala rozó el cuello de otro a mi derecha.

Maldiciendo como un loco, el teniente, con las manos temblorosas, apuntó con más cuidado. Tragué saliva, fijé la vista en ese

redondo agujero negro que, bailando como loco, me apuntaba a la cabeza. En ese momento, Pepe decidió que tenía que intervenir. Saltó contra la pierna izquierda del teniente. Lanzando un grito de dolor, aquella bestia apretó el gatillo. Oí la bala silbarme sobre la cabeza.

Como en un mareo, vi que Pepe salía disparado hacia la casa de Cervantes con su segundo pedazo de los pantalones del teniente.

Mis compañeros apretaban las manos lanzando miradas furiosas al oficial borracho. Sin duda le habrían hecho pedazos, si no hubiera sido por la presencia de los soldados.

—¡Por Dios, teniente, no se meta en líos! —dijo un soldado mientras le quitaba el fusil.

Mi truco de insultar al borracho aquel me salvó la vida. Pero ¿y Pepe? Quedaba enormemente endeudado con él. ¡Qué astutamente había desviado el curso de la tercera bala! Aunque tenía mis dudas de que el punto de vista del teniente acerca de la inteligencia de Pepe coincidiera con el mío.

Esa noche nos encerraron en una habitación del cuartel. Compartíamos todos la misma cama: del mismo tipo de las de los soldados, consistía en una mesa larguísima, inclinada como una mesa de dibujo. Allí nos echamos, unos contra otros, como otros tantos pescados desplegados en el Mercado Juárez. Algunos de mis compañeros se quejaban de la dureza del leñoso lecho, pero yo que había dormido en algunos más incómodos, me dormí enseguida.

Me parecía que acababa de cerrar los ojos cuando me despertó un ruido monstruoso. En realidad eran ya las dos de la mañana. Alguien gritaba “¡Quiero beber sangre agrista!”

—Otra vez ese maldito teniente, más borracho que nunca —dijo Cervantes entre bostezos.

Me enderecé, frotándome los ojos. Se oyó un tiro seguido por otros. ¡Estaba disparando a través de la puerta!

En la oscuridad, entre un griterío confuso, la mitad de los que allí estábamos nos echamos a un lado, y la otra mitad a otro. Caímos unos encima de los otros como bultos animados. Mientras tanto, la bestia borracha seguía gritando que quería beber sangre agrarista y disparando balas que daban contra la pared que estaba detrás de la mesa. Le murmuré a Cervantes en el oído:

—Dile a los otros que se arrastren sobre el vientre hacia la pared donde está la puerta, y que no levanten la cabeza del suelo.

Me apreté el brazo. Al poco rato, como otros tantos cocodrilos, empezamos a arrastrarnos hacia nuestro relativo refugio. Allí nos quedamos, escuchando el estallido de las balas. Finalmente, el teniente se cansó de su juego, o quizás se le acabaron las municiones, y se marchó. Como no sabíamos con qué otras sorpresas nos podría deleitar, no dormimos el resto de la noche. Conforme me abrazaba a la pared pensaba en lo poco descansada que era esa manera de pasar unas vacaciones.

Once días nos tuvieron en la cárcel.

—Tendría gracia, si no fuera tan trágico, que yo fuera la causa de que estén ustedes en la cárcel —le dije a Cervantes—. He viajado por todo el país predicando al pueblo que resista a los hacendados, y ¿qué hacen estos sátrapas de la localidad? Se ríen de la ley y nos meten a ustedes y a mí en la cárcel, cuando son ellos los que deberían estar tras las rejas.

—Hermano Enrique —dijo Cervantes—, la Revolución no ha terminado todavía.

—Eso parece.

El doceavo día salimos con un amparo que obtuvo mi hermano Jesús. Liberados por el juez federal de distrito con sede en Toluca, nos pusieron bajo la custodia del juez de paz local. El suegro de Cervantes me demostró más que amistad, y por la misma razón odiaba al teniente, cuyo nombre no recuerdo.

—Cuidado, teniente —dijo—. He aquí un amparo para estos hombres. Están ahora bajo mi cuidado. No los toque. ¿Entendido? Si les pasa cualquier cosa, será usted responsable —se inclinó sobre la mesa, y su ruda cara de campesino se endureció conforme continuó—. Si les pasa algo, lo enviaré a la cárcel tan rápidamente que quedará usted más aturdido que si se echa al gaznate seis litros de tequila.

Mientras el teniente se mordía los labios, el juez se dirigió a nosotros con una amplia sonrisa.

—Bueno, muchachos, tienen ustedes toda mi confianza —y con una mirada penetrante dirigida al pálido teniente, añadió—, lo cual no puedo decir respecto a ciertas personas. Váyanse a sus casas. Si salen de la ciudad en algún viaje de negocios, háganmelo saber de antemano, para que yo sepa dónde localizarlos en caso de que el juez de distrito quiera que los lleve ante él.

Cinco meses después, el juez de distrito dio por concluido el caso, censurando severamente al teniente por el papel que había desempeñado en el asunto. Con lo cual volví a la Ciudad de México con los niños y con mi valeroso Pepe, pero no pude dejar de pensar: de modo que es así como se hace justicia estos días ¡el teniente recibe una regañina y sigue tan contento! De veras que Cervantes dijo la verdad al afirmar que la Revolución no había terminado.

Pero el incidente tuvo una segunda parte que el teniente no se había imaginado. Narré esta curiosa experiencia a unos amigos de Villa Acuña, en Chihuahua. Indignados, exclamaron: “Denos su permiso y acusaremos a este maldito teniente”. Me encogí de hombros. ¿Para qué ocuparse más de él? Se me había pasado el enfado. Pero ellos seguían insistiendo.

—Muy bien —les dije—, si así lo quieren, háganlo.

Y lo hicieron, de la manera más poderosa, lanzándole a la cabeza, de acuerdo con la ley militar, una serie de formidables acusaciones: abuso de autoridad, asalto con la intención de asesinar, homicidio frustrado y una lista de otros cargos.

En el juicio tuvimos una sorpresa: la conducta del teniente. Cuando me vio, Dios mío, ¡cómo se humilló! Casi me da náuseas. Se tambaleó y casi cayó de rodillas aterrizado. A punto de llorar me pidió perdón.

—Señor Flores Magón, tenga piedad de mí, tenga piedad de mi familia. Lo mismo que usted ama a la suya, yo quiero a la mía. Sávelos de la deshonra que caerá sobre ellos si me condenan.

Apreté los labios conforme miraba su rostro temblante. Qué diferente fue su actitud cuando estaba seguro de ser el gallo del gallinero; entonces se pavoneaba y pedía obscenamente sangre de agrarista, en la furia de la borrachera. ¡Maldita sea su alma repugnante! Inflado de vanidad, juguete de sinvergüenzas más listos que él, como otros muchos villanos del ejército, contribuyó con lo suyo a detener la marcha de la Revolución.

¡Y tenía la osadía de rogarme que me apiadara de él a causa de su familia!

—Cuando usted trató de matarme, olvidó convenientemente que yo tenía familia. Vio usted a mis tres hijos. ¿Se apiadó de

ellos? ¿O de mi valiente perro Pepe? —le dije furioso. Ante la mirada herida de sus ojos, me di media vuelta, asqueado.

Jorge Reed, el fiscal militar, era amigo mío. Hacía años habíamos sido compañeros de escritorio en la escuela de leyes.

—Enrique —dijo con una mirada de desprecio para el prisionero—. Voy a pedir la condena más fuerte. Quince años de cárcel.

Quince años son mucho tiempo para pasarlos en la cárcel. Hasta un año es una eternidad. Bien que lo sabía yo. ¡Maldito teniente! Me debería tener sin cuidado.

—Se lo merece, Jorge —asentí—. Sin embargo, no quiero que el pobre diablo sufra demasiado. Además tiene familia. Me parece que lo que debemos hacer es algo que lo disuada de volver a perpetrar un ultraje así en otra persona.

Jorge sonrió.

—¿Y qué propones? Tengo una idea que serviría para disuadirle de modo efectivo.

—¿Cómo?

—Disuadir quince años —meneé la cabeza.

—No, Jorge. Sugiero que le den una condena condicional por quince años.

—Eres más blando que yo.

—No importa. Vamos a ver si podemos arreglarlo de ese modo.

—Bien, si así lo quieres, Enrique.

Jorge consultó el asunto con el juez, quien accedió a mi petición. El teniente quedó tan confuso que se echó a llorar y se puso a balbucir como un niño. Cuando se repuso fue a la prisión militar por sus cosas. Allí le confinaron por tres meses hasta que llegara el día del juicio.

Me lo encontré cuando iba ya camino de la libertad.

—Me ha dado usted buenas razones para ser vengativo — dije—. Pero lo perdono. Por mucho que me haya ofendido, no le guardo rencor. Además, sienta mal a la digestión. ¿Sabe usted por qué pedí una condena condicional?

—No, señor Flores Magón, no lo sé.

—¡Se lo diré! No quiero que vuelva a tratar de asesinar a nadie cuando se vuelva a emborrachar.

Levantó las manos en un gesto de horror.

—Nunca más me volveré a emborrachar.

—¿No? —le dije escépticamente.

—Le juro por Dios que nunca más —exclamó con una voz temblando de emoción.

—Bien, jure. Pero no incluya a Dios.

Se me quedó mirando con la boca abierta.

—Permítame preguntarle —tartamudeó—, ¿por qué dice eso, señor Flores Magón?

—Porque puede que se disguste si su juramento chocase alguna vez con una botella de tequila —le contesté secamente.

El incidente del teniente borracho era un síntoma de las intolerables prácticas que veía yo en todas partes bajo el gobierno de Calles. No podía quedarme callado.

Por fin, Calles dejó la presidencia. No pudo renunciar a su deseo de dominio. Forjador de reyes entre bambalinas, seguía manejando los hilos, y ponía a sus títeres a bailar en el asiento que había abandonado, al son que él tocaba.

Primero, le tocó al acomodaticio abogado Emilio Portes Gil; siguió Ortiz Rubio; obedientemente hizo lo que le decía el forjador de reyes desde su suntuosa mansión de Cuernavaca. Cuando

Rubio dio muestras de usar su propia iniciativa ¿qué fue lo que sucedió? El trueno de Calles cayó para expulsarlo de su puesto. Tocó con su varita mágica el forjador de reyes a Abelardo Rodríguez, y he aquí que Rodríguez, propietario de garitos, banquero y millonario, quedó transformado en presidente de México.

Con tristeza e indignación vi cómo Calles manipulaba los destinos del pueblo para su daño, por medio de estos peleles. Una de las causas primordiales de la Revolución había sido el hambre de tierra del pueblo. ¿Tomó Calles medidas para apaciguar este imperioso deseo? Casi ninguna. Al contrario, obligó a Ortiz Rubio a detener la redistribución de las tierras. Y hablé. Lo dije en las reuniones de campesinos y a la prensa, y no gustó al forjador de reyes. Teresa no tenía pelos en la lengua cuando se trataba de expresar públicamente sus opiniones. En consecuencia, su vida y la mía estaban en constante peligro.

Una y otra vez vinieron pistoleros de Calles a nuestro encuentro en la avenida Juárez, y en el Paseo de la Reforma, pero, como caída del cielo, la gente nos rodeaba, nos defendía y los presuntos asesinos huían para escapar de su ira. ¡Qué serie tan horrorosa de caudillos ambiciosos y egoístas había procreado la Revolución!

Por fin llegó un hombre en quien podía confiar: Lázaro Cárdenas. Ascendido a la presidencia en 1934, me tendió la mano de la amistad, que estreché con gusto. Sucedió entonces una cosa que, concedida como cortesía, no me agradó del todo. Consistió en una oferta del Congreso de Cárdenas: 1) Una pensión de 1 500 pesos mensuales de por vida; 2) un subsidio de 1 500 pesos mensuales más para escribir una historia del movimiento revolucionario en sus principios. El subsidio habría de seguir hasta que terminara el libro.

Me quedé pensando: ¿cómo agradecer esa generosidad hecha con la mejor voluntad? Después de mucho pensar le escribí a Cárdenas, dándole las gracias por su generosa propuesta. “Con todo, no puedo aceptar la pensión —añadí—. Soy todavía un hombre fuerte, que puede ganarse la vida. Pero, le aseguro, señor presidente, que le estoy sumamente agradecido”. Y lo estaba. Me confortaba saber que mi devoción a mi patria había sido reconocida por un gobierno honrado. Pero no la quería en forma de dinero.

Y en cuanto al subsidio, lo rechacé, porque quería que mi pluma permaneciese libre, para decir la verdad tal y como yo la veía y la sentía. Durante muchos años de persecución había escrito como me había parecido. Se había convertido en una costumbre. Y es difícil romper una costumbre. ¿Por qué arriesgarse a atar a mi espíritu de cualquier modo o forma?

No quiero que se me entienda mal. Yo era incondicional de Cárdenas. Hombre al fin y al cabo, no era infalible; cometió errores; ¿pero quién no los comete sino Dios? Y algunas veces al contemplar a ciertos especímenes de la raza humana, me pregunto si Él no se echa una siesta de vez en cuando.

Verdaderamente Cárdenas, en todos sus discursos públicos y sus actos, mostró su profunda comprensión de las necesidades del pueblo. Fue el primer presidente, y el único en aplicar en gran escala —como debía hacerse— los principios encarnados en el Artículo 27. Véase el resultado; al final de su tercer año, había distribuido a los campesinos seis millones más de acres que todos los otros presidentes anteriores juntos. Cuando salió de la presidencia, le había dado a los trabajadores agrícolas 18 348 099 hectáreas.

Considérese su notable logro en otro campo: uno de los reproches nacionales bajo Porfirio Díaz que me había enfurecido y

deprimido era la vergonzosa falta de facilidades escolares para el pueblo. Cuando Cárdenas subió al poder había unas siete mil escuelas. Al terminar su periodo, había 21 mil escuelas esparcidas por todo el país, en las cuales 44 mil maestros enseñaban a un millón de alumnos. Su preocupación por el explotado asalariado industrial me alegraba el corazón. Queda ejemplificada de la mejor manera posible con la expropiación de las propiedades norteamericanas y británicas, cuando estas compañías se negaron arrogantemente a acatar la decisión de la Suprema Corte de México en el sentido de que debían aumentar los salarios hasta cierto punto. Verdaderamente, desde lo más profundo de mi corazón puedo decir de Lázaro Cárdenas: “¡He aquí a un hombre!”.

A su debido tiempo se presentaron de nuevo las elecciones presidenciales. En el horizonte aparecía la figura de un candidato que yo despreciaba: Juan Andreu Almazán. Ávila Camacho era tan diferente de él como la nieve del barro.

Toda mi simpatía estaba con Ávila Camacho. Lo consideraba una persona de confianza, constante, que respetaría la vida y la dignidad del hombre corriente. Desde luego que le daría mi apoyo, y me preparé a hacerlo con un séquito de 600 mil hombres en todo México. Esta era la gente entre la que mi prestigio brillaba con el lustre de medio siglo de lucha por sus derechos. La campaña empezó en 1939. Sucedió entonces algo inesperado. Me detuvo en mi carrera otra oferta.

Vino a través de un amigo íntimo: el ofrecimiento de una de las secretarías en el gabinete de Cárdenas. Entraría en posesión de mi cargo inmediatamente. Si Ávila Camacho ganaba, lo conservaría durante su gobierno. Además me ofrecieron una cuenta en

el banco, de tales proporciones que nunca tendría que volverme a preocupar por asuntos económicos el resto de mi vida. En una especie de ensueño, escuché, conforme seguía hablando mi amigo:

—Además, Enrique, no estás obligado a empezar a trabajar por la candidatura de Ávila Camacho hasta que tengas el puesto en el gabinete de Cárdenas, y hasta que no tengas en las manos la cuenta de banco. El trabajo en sí será muy fácil. No tendrás que escribir artículos de propaganda, ni hacer giras por el país, ni hacer discursos. No, Enrique, nada de eso. Todo lo que tendrás que hacer será sencillamente esto: a cada delegación de sindicatos, de campesinos, en suma, a todo el que te pregunte “¿quién es su candidato?” contestar sencillamente: “Ávila Camacho”. Eso, y nada más...

Apenas consciente de sus palabras, escuché cómo mi amigo me seguía animando a asegurar mi futuro. Estaba perdido en mis recuerdos. Recordaba los muchos años que había pasado en malolientes prisiones, viviendo como animal perseguido para escaparme de las garras brutales de los detectives, perros hambrientos ansiosos del premio de 20 mil dólares si me capturaban vivo o muerto. Me veía en el recuerdo sudando como trabajador corriente en Estados Unidos y Canadá: preocupándome por Teresa y los niños que estaban a miles de kilómetros, recordando, con un puñal en el corazón, la muerte de mis nobles camaradas Francisco Manrique, Praxedis Guerrero y miles más; viéndome de nuevo ante mi hermano martirizado de cuerpo presente en un ataúd de Los Ángeles, después de haber pasado su vida combatiendo contra las fuerzas de la codicia y del privilegio, y recordando a mis padres, cuando escogieron la pobreza mejor que las riquezas de Porfirio Díaz que también habían muerto antes de

tiempo por la causa de la libertad. Así, con mi pasado revolucionario como fondo, se iban desarrollando estas conmovedoras, tristes, imborrables escenas. Y a cuánto ascendían en términos monetarios. Me eché a reír.

Mi amigo, interrumpido en su exposición, se sobresaltó.

—Perdóname, querido amigo —le dije—. Sólo pensaba. Tenía la intención de ofrecer mis servicios para ayudar a elegir a Ávila Camacho. Me gusta este hombre. Tengo la impresión de que hará lo que pueda por el bien del país. Ahora me haces esta oferta. Tu intención, y las tuyas, son sumamente amables. Pero perdóname, tengo que rechazarlas y apartarme.

Así pues, no hice campaña por Ávila Camacho de la manera que me había sido sugerida. Pero le ayudé. ¿Cómo? Atacando a Almazán. Sus tentativas de poner fin a mis actividades, ordenando al coronel Bernal que me aplicase la ley fuga, ocupaba un lugar importante en mi memoria. En *El Universal* y en otros periódicos lo denuncié, explicando con toda claridad que había ayudado al traidor general Victoriano Huerta, que había asesinado al presidente Francisco I. Madero y al vicepresidente José María Pino Suárez.

“No creo —escribí—, que una persona con su pasado y sus antecedentes pueda ser un buen presidente.” Y los periódicos publicaron mis opiniones para que las leyera todo México.

Ávila Camacho fue elegido. Y resultó ser el tipo de presidente que yo había esperado. Consciente, honrado, con una sólida influencia en el país. Conmigo, como adelanto de la Revolución, mostró la máxima consideración. Cuando pudo ayudarme, lo hizo. Hubo épocas en que me encontraba enfermo y sin dinero. Lo supo, inmediatamente ordenó que me pasaran una pensión

de veinte pesos al día durante un año, para que tuviera dinero para pagar las cuentas del médico y las medicinas. Y esto me recuerda otro ejemplo de su consideración, característica de este hombre.

Este planeta tragicómico está habitado por todo tipo de seres en dos pies. Está el tipo, por ejemplo, representado por Marte R. Gómez. Dirigía en 1944 la Secretaría de Agricultura. Yo era consejero legal en su departamento. Por desgracia, y por mis muchos años de padecimientos, sufría de diabetes. En tres semanas mi peso bajó de 170 libras a 122. Mi estado me obligó a guardar cama durante mucho tiempo. Esta ausencia obligada desagradó a Gómez, quien ordenó que me cesaran. ¡Desgraciada decisión!, pues cuando supo el asunto el presidente Ávila Camacho se puso furioso. En una comunicación oficial ordenó a Gómez que me volviera a poner en mi puesto, que me diera un permiso de ausencia durante el tiempo que lo necesitara y que lo exigiera mi salud, y que me pagara el sueldo retroactivamente hasta el último centavo. Luego añadió: “Debemos tener en cuenta que Enrique Flores Magón tiene inestimables méritos revolucionarios que cualquiera de nosotros bien quisiera tener. Por lo tanto, es un honor para nosotros el mostrar el respeto y la consideración debidos a este hombre”.

Al recibir esta bomba de comunicado, Gómez se quedó casi parálítico del susto. Había ofendido al presidente de la República.

¿Perdería, por lo tanto, su distinguido —y lucrativo— puesto? ¿Qué golpe más terrible para su escudo de armas! Se puede imaginar mejor que describir el estado mental del secretario de Agricultura. Más tarde, ya restablecido, me presenté ante Gómez por instrucciones del presidente. La parte exterior de su oficina estaba

dividida en dos secciones; una para la élite y otra para la gente corriente. Yo estaba entre los últimos.

Cuando hice pasar mi tarjeta, el hombre dio un salto en su escritorio como si el diablo le hubiera pinchado en el trasero. Se lanzó hacia mí, olvidando, en su precipitación, la posibilidad de contagio con los desheredados, y abriéndose paso a codazos para llegar a mí. Con reverencias y zalamerías me rogó.

—Señor Flores Magón, hágame el honor de venir a mi despacho privado.

En su solicitud, casi me llevó en brazos. Dios mío —pensé— ¿es que me va a besar en las mejillas? Me apresuré a dar un paso hacia atrás. Una vez en su despacho, me ayudó con toda delicadeza a sentarme. Con un gesto de imploración extendió las manos.

—Señor Flores Magón, le ruego que me diga si está bien para reasumir sus deberes. Por nada del mundo quisiera que arriesgara su persona si existe el menor peligro de recaída. En toda circunstancia, seguirá pasándosele su sueldo...

¿Hay algún país que esté libre del burócrata adulator?

Miguel Alemán sucedió a Ávila Camacho y Ruiz Cortines sucedió a Alemán. En el discurso del primero—de diciembre de 1952, Ruiz Cortines dijo:

—Los monopolios protegidos por el gobierno tienen que acabarse. Exigiré honradez estricta de parte de todo el mundo. Seré inflexible con los empleados públicos que no sean honrados.

¡Palabras valientes! Le deseo buena suerte al presidente Ruiz Cortines.

La Revolución no ha terminado, entre otras cosas, por cierto tipo de políticos que son la maldición de México. No sirven al pueblo

sino a los grandes consorcios de negocios. De verdad, como goma de pegar sobre el papel, se hacen enteramente parte de esos grupos. Con sustanciosas acciones en muchas industrias engordan económicamente, mientras la gran mayoría del pueblo lucha por ganarse lo estrictamente necesario para tortillas y frijoles, mientras los mendigos se arrastran por las ciudades y pobres infelices sin casa mueren miserablemente de frío en las calles de la Ciudad de México las noches de invierno.

¿Cómo describir adecuadamente los males que resultan de la mordida? Es el gusano que corroe a la sociedad mexicana, desde los altos empleados del gobierno hasta los más bajos. ¡Y en todos y cada uno de los campos de la actividad económica!

Por otro lado, la educación del pueblo sigue adelante, de manera alentadora. No tan rápidamente como a mí me gustaría, pero a pesar de eso, a paso acelerado. Se están estableciendo las fundaciones de una clase media inteligente. ¿Qué resultará de ello? Esto: conforme crezca y se ensanche, de sus entrañas saldrán jefes que, con el tiempo, desafiarán con éxito la rapacidad de los monopolistas de los negocios cuyo único objetivo es mantener el *status quo*.

La base de mi confianza en que a la larga el nivel de vida de México llegará a ser parecido al de Estados Unidos, es la Constitución. En muchos aspectos no se cumplen sus preceptos con el espíritu en el que fueron creados; lo importante es que ahí están; para ser aplicados cuando surjan suficientes hombres de carácter noble y fuerte determinación, como por ejemplo Lázaro Cárdenas. La Revolución tardó 24 años en producir a un Lázaro Cárdenas. En la vida de una nación eso no es más que un diminuto fragmento de tiempo. Si es necesario, México esperará otros 24 años,

o más, hasta que surja otro Cárdenas. Somos un pueblo paciente. Existe un amable sentimiento de humanidad entre los pobres de México. Cuando se vea reforzado por una educación que les enseñe los hechos de su medio ambiente, pondrán al descubierto el cinismo y la insensibilidad de las “clases altas” que los mantiene en un nivel apenas superior al de la creación en bruto. Hoy día, una cadena de solidaridad está empezando a atar a las masas. La fuerza que funde el poder creciente en sus anillos es la infiltración del conocimiento político, social, económico, que el indio y el mestizo no poseían antes. Esto sucede a pesar de la propaganda tergiversadora y en masa de los políticos corrompidos y de sus aliados, los periódicos reaccionarios.

Gracias a Dios que los columnistas de los periódicos de México tienen libertad de expresión. Yo soy uno de ellos. El pueblo piensa lo que lee. Un pueblo bien informado actuará por medio de los jefes que elija para transformar una mera existencia en algo más digno de los seres humanos. ¿Cuándo sucederá esto? No este año, ni el próximo. Quizás tarde un siglo más. Pero el dedo del Destino, señalando la lenta, pero irresistible marcha de los sucesos —a pesar de la rémora de la reacción— es testimonio de un futuro más feliz para mi patria.

Aquí está ese pilar de fuego, la Constitución, para alumbrar el camino. Sus rasgos principales, que afectan en particular al hombre común, son el producto del programa del Partido Liberal de 1906. Eso es lo que anima mi corazón a medida que la sombra del Eterno Mensajero se va acercando (tengo 77 años, hoy, en 1953). Con la diabetes, la artritis y la arteriosclerosis rastreándome los talones, no creo que me quede mucho tiempo antes de que Él me haga su señal. Pero dondequiera que vaya, tendré mucho tiempo

para contemplar con purísima alegría una cosa: Que Ricardo y yo, y los otros que redactamos el programa, empezamos un terremoto que, adquiriendo más y más impulso, influenciará profundamente la historia de México por muchos siglos.

FIN

Enrique Flores Magón murió el 28 de octubre de 1954. A velar su cuerpo acudieron altos dignatarios de la República... Unos días después, se reunió en el Palacio de Bellas Artes un gran ejército de gente humilde. A petición del orador que estaba en la plataforma, se pusieron en pie y guardaron silencio en homenaje reverente a la memoria de Enrique y Ricardo. Observando la expresión de sus serias caras, se tenía la impresión de que el espíritu de Enrique debía de hallarse complacido. Porque esa era la gente a quienes él y Ricardo habían dedicado la vida de todo corazón.

Notas

Noticias falsas que hicieron circular los agentes de Madero

—“Madero le ofrecía a Ricardo la vicepresidencia de México”, p. 309.

En la página 133 de su libro *Movimiento Revolucionario 1906 en Veracruz*, Cándido Donato Padua escribe que el 20 de abril de 1911 (dos meses después de que Jesús Flores Magón y Juan Sarabia presentaron la oferta de Madero a Ricardo y a Enrique):

...hablaba con ciertos miembros del Partido Liberal que creían saber cómo estaban las cosas. En realidad, no sabían que el Partido Liberal se oponía de manera irreconciliable al Partido de Madero. Hasta mi amigo Ignacio Gutiérrez me dijo que era cosa sabida, por haber sido publicado ampliamente en la prensa, que los hermanos Flores Magón y Madero estaban totalmente de acuerdo en el movimiento revolucionario. Los dos partidos, según estos informes, habían formado una proclama al efecto; sus principios

eran idénticos. Se me ocurrió que la gente de aquí (en el estado de Tabasco) no conocía la verdad por dos razones: 1) por estar tan lejos del centro de la República; 2) porque los agentes de Madero no cesaban de enviar una corriente continua de artículos de periódicos y de telegramas a los ciudadanos principales diciendo que Francisco I. Madero y Ricardo Flores Magón habían publicado conjuntamente una declaración a la nación diciendo que los dos partidos se habían unido, firmándolo aquel como presidente provisional de México y el otro como vicepresidente.

La confusión que crearon estas falsas historias en la conciencia pública puede entenderse si se sabe que muy pocos de nosotros conocían las últimas instrucciones de la Junta Organizadora: que luchamos junto con los maderistas para derrocar a Porfirio Díaz, pero trabajamos por los objetivos del Partido Liberal.

Cómo inculcó el fiscal federal de distrito Robinson a Ricardo y Enrique Flores Magón, a Librado Rivera y a Anselmo L. Figueroa

—“¿Por qué cometieron perjurio los doce hombres a quienes nunca habíamos visto antes del juicio?”, p. 318.

Estado de California, Condado de Los Ángeles. El capitán Paul Smith, habiendo jurado como es debido, declara que: En febrero de 1912 recibí una carta de Stewart, misma que ahora se encuentra en manos de Williams, quien antiguamente fue periodista del *Evening Herald*. Di esa carta a Williams junto con otros materiales: telegramas de Stewart y otros documentos. En conjunto, comprueban plenamente lo que sigue.

En la carta referida, Stewart me preguntaba si podía conseguir a quien actuara como testigo en contra de los Magón, que él se ocuparía de que se les enviaran citatorios, de modo que se vieran obligados a asistir. Me había pedido que colaborara con la parte acusadora mientras él era fiscal ayudante de distrito. Me dijo que me pagarían muy bien, y dijo que si colaboraba fielmente, vería de conseguirme algo bueno. Querían que diera caza a los sujetos que habían participado en Baja California, especialmente a los que estaban en oposición a los Magón. Me tenían confianza. De modo que me emplearon, y me pagaron 10 dólares al día y cubrieron mis gastos de ferrocarril, a razón de 10 centavos por milla. Donde quiera que encontraba a quienes cubrían el perfil, los traía, aceptaban mi recomendación y seguían mis instrucciones.

Estuve a sueldo tres semanas en El Paso, y luego me desplacé a Los Ángeles, donde me quedé hasta julio. Asignaba una iguala de tres dólares al día a los testigos que traía a Los Ángeles, inclusive domingos y días festivos. Traje testigos entre el primero y el 18 de abril, y recibieron su iguala desde el primero de abril y hasta que terminó el juicio. Me los encontré en San Diego, Yuma y Los Ángeles, pero se les pagó viaje desde El Paso y San Francisco. Por ejemplo, encontré a Goshevsky en Los Ángeles, sin embargo, pagó su viaje desde San Francisco. Robinson sabía de todos estos hechos, y amenazó a L. J. Reese: si los testigos pagados no decían exactamente lo quería que dijeran, le ataría una cuerda al cuello y lo colgaría de la ventana”.

Cuando estuvieron juntos, Robinson llevó a todos los testigos a su despacho, y los instruyó en cuanto a lo que tenían que decir. Rechazó a Madison, porque no quiso jurar en falso. Con todo, le siguió pagando iguala, y recibió, en total, 250 dólares, aunque nunca

rindió su testimonio. Dejaron que se fuera. También rechazaron a Webster, que recibió unos 200 dólares.

A Martín lo trajeron de Yuma. Me dijo que el cónsul mexicano le había ofrecido 250 dólares si juraba su primera declaración. Me dijo que vivía en Easy Street, pero que no le pagaron. Conocí a Martín cuando estuve en Mexicali.

Reed llegó a Mexicali una semana después de la pelea en que murió Stanley, el 8 de mayo. Sin embargo testimonió que había ido con Stanley a Algodones. Nunca vio a Stanley. Reed nunca había visto a los Magón en libertad. Simmons nos llevó a la cárcel, y nos puso detrás de un biombo —los Magón no nos podían ver— ¡de modo que luego pudiéramos identificarlos en la corte! Nos dieron los nombres de los miembros de la Junta encarcelada. Esta fue la primera vez que Reed, Kickey y yo vimos a los Magón.

Me ofrecieron este empleo cuando finalmente se realizó el juicio. Los testigos de la parte acusadora estaban esparcidos por todo el país. Fue así que me pagaron para reunir a los que se pudiera.

Tres meses estuvieron sobornando testigos que inculparan a los Magón. Les pagaban con dinero del gobierno mexicano, pero en dólares. Stewart tenía un presupuesto del gobierno mexicano de 5 mil dólares para tal efecto.

No llamaron al *marshal* a declarar. Mis amigos aceptaron el dinero como si fuera premio de lotería. Querían que Reese apoyara el testimonio de Reed en este sentido: que se habían enlistado aquí en Los Ángeles y habían ido juntos a Baja California. Reese y Reed nunca se volvieron a encontrar, hasta después de la batalla de Ranch Lillie, después del 8 de mayo.

Webster estaba amenazando con descubrir todos sus manejos. Lo mismo Steve O'Donnell. Sabía cuándo se habían conocido

Reese y Reed, y conocía el testimonio que iban a dar, porque lo estuvieron practicando en el cuarto de enfrente suyo. Webster también lo sabía y amenazó con descubrirlos. Robinson le pagó a Reese inmediatamente después de que terminó el caso, y le exigió que se largara de la ciudad, amenazándolo con un juicio pendiente por perjurio. Webster estuvo un año en libertad condicional en San Diego. En Sacramento lo querían por robo. Robinson hizo que las autoridades judiciales revisaran su expediente y consideraran que el robo de Sacramento era un delito grave. Webster lo calló, y le exigió que se largara de la ciudad. Webster me dijo que todo esto se había conocido en la oficina.

Martín me dijo primero que lo llevara como testigo cuando estaba en Yuma, pero me negué. Poco después lo aceptaron. Cuando vino a Los Ángeles, vio al cónsul mexicano, quien le ofreció 250 dólares.

Salinas fue de Yuma a El Paso. Allí recibió 2 dólares al día del cónsul mexicano, y el citatorio para presentarse en Los Ángeles. Se cubrió su transporte y se le asignó el estipendio de 3 dólares diarios.

Capitán Paul Smith, Declarante

Declaración de Enrique Flores Magón hecha durante el juicio contra él y su hermano Ricardo el 3 de junio de 1916.

—“Si nos quedamos asombrados ante tal absurdo, ¡imagínense nuestros sentimientos cuando el tribunal lo sostuvo, y nos condenó a tres años de cárcel a mí y uno a Ricardo!”, p. 343.

Sí, Ricardo y yo hemos estado siempre en dificultades con la justicia. Nos hemos visto en líos durante años, tanto en México como en los Estados Unidos. Esperamos seguir en líos toda nuestra vida, porque siempre hemos luchado y seguiremos luchando por el bienestar de los pobres.

En este momento, luchamos en particular por los hombres de México, pues es aquí donde más se necesitan nuestros esfuerzos. Nos esforzamos por lograr su libertad política, social y económica, para que todos los habitantes de México puedan ser un pueblo libre; un pueblo que pueda tener, dentro de sus posibilidades, todos los medios para ser feliz, todos los medios necesarios para vivir y gozar de las alegrías honradas de la vida.

Trabajamos por el mejoramiento de las condiciones del pobre. Esa es la razón por la que estamos eternamente en dificultades jurídicas. Como nuestra lucha lo es contra “los grandes intereses”, nos persiguen, y como luchamos por las libertades de nuestro pueblo, naturalmente estamos en contra de los grandes intereses.

Al esforzarnos, como he dicho, por mejorar las condiciones de los pobres de México, es natural que siempre seamos perseguidos; pues luchamos contra los intereses capitalistas como Rockefeller, Morgan, Guggenheim, Otis, Hearst, contra todos los individuos que obtuvieron ganancias poco honestas bajo el régimen de Porfirio Díaz. Por ejemplo: Otis obtuvo dos millones de acres de una

tierra muy rica que le fue dada para que glorificara a Díaz. Hearst adquirió tres millones de acres en el estado de Chihuahua. ¿Para qué? Para que él también defendiera al gobierno de Díaz, para que hiciera parecer a Díaz como un presidente benefactor cuando en realidad era un tirano.

Del mismo modo, haciendo concesiones aquí y allá y en todas partes en México, más de 20 millones de acres fueron dados por Díaz sólo a capitalistas de Estados Unidos, por no mencionar lo que entregó a los de otros países.

Toda esa tierra se le arrebató al pueblo mexicano por la fuerza. Cuando el pueblo objetaba contra este despojo que sufría su propiedad, los soldados de Porfirio Díaz los asesinaban en masa, o individualmente, en las carreteras, en las calles y aun en sus casas. Los que trataban de obtener justicia apelando a los tribunales, desaparecían misteriosamente. Nadie sabe qué pasó con ellos. Sólo sus tumbas saben el secreto, y lo guardan.

Después de que mi pueblo fue despojado de todas sus posesiones, se convirtió en esclavo, en paria; no tenía ni un terrón de lo que había sido suyo una vez, donde descansar después de dieciocho horas de duro trabajo, por un salario de 18 a 37 centavos diarios. Quedaron reducidos al triste estado de peones.

Por eso combatimos contra la opresión y la tiranía. Por eso combatimos por medio de la palabra hablada y de la prensa contra los opresores y explotadores de nuestra patria, porque queremos que nuestro pueblo sea libre, que tenga el derecho natural, que pertenece a todos los seres humanos, de vivir seguro y en paz.

Por eso combatimos por la libertad económica, social y política del proletariado mexicano. Ante todo hacemos hincapié en la conquista de la libertad económica, por que sabemos que el

que es libre económicamente lo es al mismo tiempo política y socialmente.

Ricardo y yo somos indios, proletarios. Nacidos y crecidos entre los pobres, somos testigos de las grandes injusticias, de la tiranía y de la explotación que han sufrido las masas.

Por eso somos anarcocomunistas.

El *Times* y toda la prensa capitalista trata de presentarnos con feos colores. Se esfuerzan por hacer creer a sus lectores que somos unos sangrientos salvajes, unos asesinos, que amamos la violencia por la violencia misma. En realidad somos todo lo contrario. Esta es la política de estos periódicos: sembrar odio y prejuicios contra nosotros entre la gente sencilla e ignorante.

Nos llaman anarcocomunistas. Es decir, afirmamos el derecho de todos los seres humanos a ser libres. Queremos que termine la tiranía, el despotismo, la explotación, ya sea autoritaria, capitalista o religiosa. Queremos que todos los seres humanos se identifiquen como hermanos, y que todo sea para todos; para que, acabando con los antagonismos de razas y de intereses, pueda haber paz en la tierra, fraternidad, igualdad, libertad. Eso es lo que queremos, no sólo para nuestro pueblo, sino para todos los pueblos.

Por eso somos anarcocomunistas.

En México nos encarcelaron con muchos pretextos. Finalmente nos vimos obligados a venir a los Estados Unidos donde se decía que había más libertad que en nuestro país. Pero nos hemos encontrado en la misma situación que en México, y aún peor.

No había pasado un año desde que llegamos a Estados Unidos cuando nos molestaron. Un sicario se coló a nuestra casa en San Antonio Texas y trató de asesinar a nuestro camarada Manuel Sarabia. Yo le di un fuerte puñetazo que lo alzó y arrojó de bruces

por la calle. Por rechazar a ese asesino y defender la inviolabilidad de mi hogar fui arrestado y condenado a tres meses de cárcel y a pagar 75 dólares, más el costo del juicio. El asesino era un enviado de Porfirio Díaz. Por eso el tribunal de San Antonio lo protegió a él y me condenó a mí.

Desde entonces, nos han arrastrado de cárcel en cárcel, de penitenciaría en penitenciaría. De los doce años que hemos vivido en Estados Unidos, hemos pasado siete a la sombra de sus prisiones, siempre perseguidos, siempre condenados, por medio de testigos falsos y documentos espurios.

Por ejemplo, a la vez que nos enviaron a McNeil Island, el fiscal director asistente, un tal Dudley W. Robinson, cuyo lugar en el caso está ahora ocupado por el señor M. G. Gallaher, sobornó a testigos contra nosotros. Esto fue probado más tarde cuando ya estábamos en la penitenciaría. Estos mismos testigos rindieron declaraciones juradas ante un notario público. Acusaron a Robinson de haberlos entrenado y pagado 3 dólares diarios durante el año en que estuvimos libres bajo fianza, y 300 dólares en efectivo cuando nos condenaron por testimonios falsos. Todas estas declaraciones juradas le fueron enviadas al presidente Woodrow Wilson a través de diez senadores, pidiendo nuestra libertad por falta de pruebas. Wilson leyó esos documentos, ¿y qué fue lo que dijo? “Estoy perfectamente convencido de que los Magón son inocentes. Pero no creo conveniente, políticamente hablando, ponerlos en libertad”.

Ni siquiera se nos dejó en libertad bajo palabra, a pesar de que así lo recomendó nuestro custodio. Tuvimos que permanecer hasta el último día de nuestra condena en esa penitenciaría, de donde salimos enfermos, a causa de la comida envenenada. De resultas

murió Anselmo L. Figueroa, después de una larga y penosa enfermedad, el 14 de julio de 1915.

Si Thomas Paine y Benjamín Franklin hubieran recibido en Francia el tipo de trato que nosotros, revolucionarios mexicanos, recibimos en Estados Unidos, las actividades de estos habitantes de las colonias para hacer triunfar la causa de la Revolución Americana habrían sido enormemente obstaculizadas, como son las nuestras...

[En este punto, el juez interrumpió a Enrique, e impidió que continuara, sin duda por temor a que sus palabras influyeran de modo desfavorable en el jurado].

Integrantes del Comité del Congreso de Estados Unidos de América ante el que Post justificó su acción de no deportar a Enrique Flores Magón.

—El señor Post, en la audiencia ante el Comité de Reglamentos, p. 376.

27 de abril de 1920

Philip P. Campell, Kansas, Presidente
Bertrand H. Snell, Nueva York
Williams A. Rodenberg, Illinois
Simieon D. Fess, Ohio
Aaron S. Kreider, Pennsylvania
Poner H. Dale, Vermont
Royal C. Johnson, Dakota del Sur
Thomas D. Schall, Minnesota
Edward W. Pou, Carolina del Norte

Finis J Garrett, Tennessee
James C. Cantrell, Kentucky
Daniel J. Riordan, Nueva York

La opinión del presidente Wilson acerca de la Primera Guerra Mundial hace eco de Ricardo.

—“¿Y qué eminente personaje sostenía el mismo punto de vista?”, p. 380.

Los Beards en *The Rise of American Civilization*, vol. 2, p. 629, dicen: Aún después de que Wilson llevó a los Estados Unidos al conflicto, mantuvo la convicción de que el interés principal de Gran Bretaña en la guerra era comercial e imperialista. Con este argumento, se opuso a la propuesta de enviar al expresidente Taft a Inglaterra en diciembre de 1917, en calidad de mensajero de buena voluntad, para cimentar los lazos de las dos potencias aliadas en los campos de batalla de Francia, diciendo lisa y llanamente que no debería parecer que Estados Unidos estuviera complicado con la política inglesa. Para remachar su argumento citó como prueba uno de los tratados secretos publicados por los bolcheviques. De acuerdo con él, los Aliados del *entente* se habían repartido los despojos de la guerra aun antes de la victoria.

H. CÁMARA DE DIPUTADOS LXIV LEGISLATURA

MESA DIRECTIVA

Dulce María Sauri Riancho
Presidente

Dip. Dolores Padierna Luna
Dip. Xavier Azuara Zúñiga
Dip. María Sara Rocha Medina
Vicepresidentes

Dip. María Guadalupe Díaz Avilez
Dip. Karen Michel González Márquez
Dip. Martha Hortencia Garay Cadena
Dip. Julieta Macías Rábago
Dip. Héctor René Cruz Aparicio
Dip. Lyndiana Elizabeth Bugarín Cortés
Dip. Mónica Bautista Rodríguez
Secretarios

JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA

Dip. Mario Delgado Carrillo
Presidente y Coordinador del Grupo Parlamentario de MORENA

Dip. Juan Carlos Romero Hicks
Coordinador del Grupo Parlamentario del PAN

Dip. René Juárez Cisneros
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Reginaldo Sandoval Flores
Coordinador del Grupo Parlamentario del PT

Dip. Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Coordinador del Grupo Parlamentario de MC

Dip. Jorge Arturo Argüelles Victorero
Coordinador del Grupo Parlamentario del PES

Dip. Arturo Escobar y Vega
Coordinador del Grupo Parlamentario del PVEM

Dip. Verónica Beatriz Juárez Piña
Coordinadora del Grupo Parlamentario del PRD

CONSEJO EDITORIAL

GRUPO PARLAMENTARIO DE MORENA
Dip. Hirepan Maya Martínez, *Titular*.
PRESIDENCIA

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PES
Dip. Ricardo De la Peña Marshall, *Titular*.
COORDINADOR DEL ÓRGANO TÉCNICO

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN
Dip. Annia Sarahí Gómez Cárdenas, *Titular*.
Dip. Ma. Eugenia Leticia Espinosa Rivas, *Sustituto*.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI
Dip. Brasil Alberto Acosta Peña, *Titular*.
Dip. Margarita Flores Sánchez, *Sustituto*.

GRUPO PARLAMENTARIO DE PT
Dip. José Gerardo Rodolfo Fernández Noroña, *Titular*.

GRUPO PARLAMENTARIO DE MC
Dip. Alán Jesús Falomir Sáenz, *Titular*.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD
Dip. Abril Alcalá Padilla, *Titular*.
Dip. Frida Alejandra Esparza Márquez, *Sustituto*.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM
Dip. Leticia Mariana Gómez Ordaz, *Titular*.

SECRETARÍA GENERAL

Mtra. Graciela Báez Ricárdez

SECRETARÍA DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

Lic. Hugo Christian Rosas De León

DIRECCIÓN GENERAL DE SERVICIOS DE DOCUMENTACIÓN,
INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

Dr. Samuel Rico Medina

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL LOGRO DE LA IGUALDAD DE GÉNERO

CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES

PARLAMENTARIAS

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y

LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

SECRETARÍA TÉCNICA

Lic. Daniel Gerardo Paredes Camargo

COORDINACIÓN Y ENLACE EDITORIAL

Mtro. Gustavo Edson Ogarrio Badillo

ASESORÍA Y ASISTENCIA PARLAMENTARIA

C. Juan Gerardo Pimentel Mendoza

Por eso combatimos
contra la opresión
y la tiranía. Por eso
combatimos por medio
de la palabra hablada
y de la prensa contra los
opresores y explotadores
de nuestra patria, porque
queremos que nuestro
pueblo sea libre, que
tenga el derecho natural,
que pertenece a todos los
seres humanos, de vivir
seguro y en paz.



**CÁMARA DE
DIPUTADOS**
LXIV LEGISLATURA



H. CÁMARA DE DIPUTADOS
ISBN 978-607-8621-57-6

CENTRO DOCUMENTAL FLORES MAGÓN AC "CASA DEL AHUIZOTE"
ISBN 978-607-99002-0-5

ISBN: 978-607-99002-0-5



9 786079 900205